

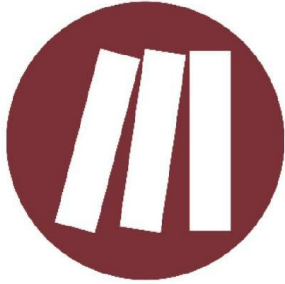
HUGO VALERO MUÑOZ

Pajarito



Pajarito

Hugo Valero Muñoz



malbec
EDICIONES

MALBEC EDICIONES
Editor: Javier Salinas Ramos

© 2018, Hugo Valero Muñoz
Primera edición: Agosto de 2018

Fotografía de la cubierta: Pexels
Diseño de portada y cubierta: Santiago González Prieto
Revisión: Ana Escarabajal

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

A mis hijos, Javier y Ana

*Pienso que un sueño así
no volverá nunca más.
Me he pintado las manos
y la cara de azul.
De repente, me he visto
atrapado en el viento,
y he comenzado
a volar en el cielo infinito.
Volar.*

Modugno y Migliacci

Prólogo

Hace más de siete años conocí a Hugo Valero, un profesor de música del Conservatorio de Cartagena, un buen lector que hacía sus primeros guiños a la escritura. Estaba ungido por dos saberes que formaban parte mi vida, la literatura y la música; Hugo era capaz de unir las palabras para crear una historia, de profesión músico, su verbo enjaulado en otros tiempos estaba decidido a tomar una parte de las riendas de su vida.

A lo largo de aquel año entablamos una pequeña amistad, sostenida por voces y cuerdas de violines. Nunca pensé que el destino de ese sutil camino sería prologar su última novela, *Pajarito*.

Silvia tiene solo quince años, es hija única, su madre es una abogada que trabaja en un prestigioso despacho, una ejecutiva que apenas está en casa; el padre, un afamado cirujano que le compra todos los caprichos y Emilia, la vieja tata buena que la entiende y la cuida. Hugo Valero, ha elegido y se ha atrevido a escribir con voz de mujer, la de esta joven que desea ser adulta, que vive inmersa en sus contradicciones y lucha por ser aceptada por sus compañeros del instituto y lograr una identidad.

Hay más personajes importantes dentro de esta novela que el autor nos va presentando unidos a sus tres grandes capítulos: Pajarito, Alcotán y Cetrería. El subinspector Cuadrado, un policía inteligente, observador y dispuesto a llegar hasta el final, la amiga invisible de Silvia y Ely, ese amigo muy visible y que nos llena de sospechas.

La trama de la novela se sitúa en una pequeña ciudad de la vieja Castilla, Zamora, allí las cigüeñas de San Cipriano no tienen miedo a los fríos del duro invierno y vuelan con los personajes al encuentro del sol de la mañana que ilumina el cimborrio de la catedral, arrancándole reflejos multicolores, creando en ellos un ambiente de recogimiento y misticismo.

La narración está dosificada con maestría. La información al lector se le ofrece poco a poco, para así crear el suspense y la intriga, a veces casi haciéndonos una insinuación y anticipándonos algún acontecimiento para lograr esa incertidumbre a la que el lector se ve abocado sin más remedio. Es una obligación, un imperativo y un inmenso placer, seguir leyendo hasta la última página.

Ana Escarabajal

Nota del Autor

En algunos capítulos de esta novela, pretendo transmitir el flujo del pensamiento con la asociación de ideas que se produce cuando imaginamos algo o hablamos solos. En estos casos he optado por un lenguaje, como vocación de estilo, que no sigue las habituales pautas de puntuación.

Espero que, cumpliendo mi objetivo literario, no dificulte sobremanera la lectura y comprensión de los mismos.

PAJARITO

I

Temblaba. No conseguía dejar su cuerpo quieto por más que lo intentaba. Su madre se dio cuenta enseguida y la abrazó.

Pensó que tenía frío. Eran las siete de la mañana de un enero riguroso y, aunque la calefacción de la casa funcionaba a la perfección, veintidós grados en los termostatos, achacó a las circunstancias la tiritona de su hija. Le frotó la espalda con cariño.

—Has salido caliente de la cama y estás destemplada.

El intento resultó baldío. Aquellos brazos que durante tantos años le habían transmitido una protección indestructible ahora le parecían de cristal. A los dieciséis años ya veía el mundo de otra manera y la sensación de seguridad, de cobijo, que sentía antaño al ser abrazada había desaparecido por completo. Silvia la miró al separarse, esbozando una sonrisa triste con la que intentaba encubrir sus pensamientos. Se sentó a desayunar en la cocina como un pajarillo sobre el columpio de su jaula, frágil y temerosa. Era el protocolo diario, mas en esta ocasión las galletas se negaban a pasar por su garganta, que tenía anudada, obstruida, comprimida como si una garra invisible la sujetara por el cuello. Por fortuna su madre continuaba aseándose ajena a su mirada apagada. Silvia trituró las galletas con las manos antes de echarlas al cubo de la basura. Vació el vaso de leche en el fregadero y abrió el grifo para borrar cualquier rastro que quedara del delito de ayuno. Volvió a su silla para continuar con la comedia y, al sentir unos pasos acercándose a la cocina, se levantó y salió rumbo a su habitación, dejándolo todo desordenado.

—Vaya cocina que me has dejado, hija. Podrías haber metido las cosas en el lavavajillas, que lo tenías a un metro. Ni que tuviéramos una de esas cocinas de los americanos en las que puedes jugar al tenis. Desde luego, qué poca colaboración por tu parte. Y mientras tanto yo me paso el día trabajando...

No hubo respuesta, nunca la había, era el ritual de cada día que, especialmente hoy, se esforzaba en repetir para no pensar en los acontecimientos futuros. Puso los libros en la mochila, en la odiosa mochila azul que estaba obligada a llevar. Se sentía desgraciada de no poder elegir ella misma cómo llevar los libros; sin embargo, no se quejaba. No poseía la suficiente confianza en sí misma como para discutir con su madre. Salió caminando por el pasillo intentando no vomitar. La entrada de la asistenta, una mujer rozando la ancianidad que emanaba energía con la mirada, le facilitó el paso de revista ante los ojos de su progenitora; pantalón vaquero sin agujeros, nada de modas raras, cubriendo unas piernas todavía infantiles; zapatillas blancas, sudadera de la Universidad de Sevilla dos tallas más grandes de lo necesario gentileza de su padre, guantes, bufanda, gorro a juego y el plumas sin cerrar. Solo asomaban unos hermosos ojos marrones y unas cuantas pecas a su alrededor. El resto de su cara redonda y la melena castaña quedaban a salvo de las inclemencias meteorológicas.

—Venga. Silvia, alegre esa cara, ni que fueras a un funeral. Cuando te quieras dar cuenta, estamos en Semana Santa y otra vez de vacaciones.

«Claro que voy a un funeral, al mío, y por tu culpa», pensó mientras recibía dos sonoros besos en las mejillas y el olor a colonia le saturaba la pituitaria. Por un instante se planteó negarse a ir al instituto, compartir sus miedos, asirse a aquella mujer rubia de bote como un náufrago a su tabla, pedirle auxilio a esa extraña desgredada y somnolienta que le sonreía deseando perderla de vista para continuar maquillándose. Desechó la idea de inmediato, se sabía de memoria todos los consejos que podía recibir: no te mezcles con la gente maleducada que revienta las clases y si te insultan, no les hagas caso; si se pasan, habla con los profesores, sin que te vean, no te vayan a tomar ojeriza; no te sientes con ellos ni les hables en los recreos, ignóralos, ve con los que son como tú... Había oído esos consejos cientos de veces y era consciente de que no le aportaban nada, porque aquella gente que su madre odiaba tanto no le preocupaba en absoluto. El problema estaba en los denominados «iguales».

—¿No estarás yéndote sin ordenar tu habitación?

«Por supuesto que sí, como cada día», pensó Silvia mientras abandonaba su casa. El contraste térmico que sintió al salir acentuó, todavía más, su nerviosismo. No habría más de dos grados en la calle y la densa humedad que venía del río aumentaba la sensación. No dejaba de tiritar. ¿Y si no fuera a clase? Era una pregunta que se formulaba a menudo. ¿Existiría algún sitio donde desaparecer unas horas? No, era absurdo. ¿Qué podía hacer dando vueltas por la ciudad a las ocho de la mañana? Parece que aquí los únicos que madrugan son los estudiantes. ¿Dónde quedarse? No podía entrar en ningún bar y hacía mucho frío para dar vueltas por un parque. Si al menos El Corte Inglés estuviera abierto; pero no, ni siquiera esas tristes iglesias románicas franqueaban el paso tan temprano, o quizá sí, aunque lo último que le apetecía era oír misa o estar sentada en un banco de madera oliendo a cera entre las gélidas sombras. Y, además, si faltaba, con las malditas PDA's, la falta de asistencia llegaría al instante a los móviles de sus padres y saltarían todas las alarmas.

No tenía otra opción, así que lo mejor sería no pensar en nada, dejarse llevar como los corderos al matadero. Apretó el paso con la esperanza de atravesar los pasillos del centro antes de que se poblaran y sentarse en la primera fila, junto al profesor, sin que el timbre hubiera sonado todavía. Entró a la ciudad vieja por la Puerta del Obispo soportando el aire que le empujaba por la espalda, imaginando cómo, tiempo atrás, los caballeros habían pisado aquellos adoquines haciendo saltar chispas con los cascos de sus caballos, con fuerza, honor y orgullo, y ahora era ella la que discurría por el mismo camino presa de un temor que la paralizaba. A veces rodeaba la muralla. Aunque esta vez eligió el camino que más le gustaba, sabía que no lo disfrutaría.

Apenas se cruzó con alguien junto a la catedral, y eso aumentaba su miedo, sintió que caminaba por una ciudad fantasma, que aquellas desgastadas piedras la observaban desde lo alto como testigos mudos de su desgracia. Al llegar a la Rúa de los Notarios atisbó movimiento; la gente salía hacia el trabajo recogida sobre sí misma, con los hombros altos, la cabeza baja y la espalda curva intentando no dejar escapar el calor corporal. Una cafetería abierta lanzaba luces rojizas sobre el gris plomizo de la mañana. Caminó lo más rápido que pudo sobre los desgastados adoquines y bajó la Cuesta del Mercadillo a la carrera. No lo consiguió. Cien metros antes de

aquel edificio gris que aborrecía con todas sus fuerzas, antes de aquel instituto con nombre del poeta zamorano, vio que a la entrada ya se arremolinaban un buen número de alumnos que charlaban animados. Trazó en su mente el recorrido interior con el fin de no detenerse ni un segundo y pasó entre ellos como si la fueran persiguiendo. Pero el objetivo no estaba cubierto, había que llegar hasta la clase y sentarse, dar la espalda a todos y bloquear los oídos. Atravesó el recibidor pegada a conserjería, con la vista clavada en el suelo moteado, subió las escaleras camino del aula de lengua y, decidida, fue hacia la puerta: estaba cerrada: Las vacaciones; los conserjes no habían abierto las aulas como lo hacían habitualmente, seguro que estaban charlando con los profesores sobre las fiestas. Al ser el primer día, el ritmo natural de las cosas no se había restablecido.

Tenía que tranquilizarse, habían transcurrido casi quince días sin ver a nadie, no existía ninguna razón para pensar que todo continuaría donde lo dejaron. El espíritu navideño, los buenos deseos, los regalos. Se habrían olvidado de todo con las fiestas, año nuevo, vida nueva, vale. Por si acaso mejor sería pasar desapercibida, lejos de la puerta. Caminaba hacia los grandes ventanales del final del pasillo con la esperanza de que no la vieran y con la intención de ser razonable, sonrojada por la carrera y el calor que emitían los radiadores ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Por qué ese temblor incontrolable y esas ganas de vomitar? No le había pasado nada grave, la insultaban sí, también se reían de ella, era el blanco de todas las bromas empero hasta el momento no habían pasado de ahí. ¿A qué venía ese terror enfermizo que sentía?

El problema, pensaba, era que en su vida de color de rosa nunca había asomado la violencia, ni tan siquiera la verbal. Incluso cuando sus padres se separaron todo fue de una naturalidad desconcertante; le dieron la noticia cuando estaban desayunando los tres juntos: papá, el cirujano más respetado de toda la provincia, se va de casa sin dejar que se le mueva ni un solo músculo de la cara, como si tuviera un escalpelo sujetado con la boca, sonrisas; vivirás con mamá, la mejor abogada de la ciudad, la que buscan los señores con una cartera repleta y una cuenta corriente de seis cifras, abrazos; eso sí, a papá lo podrás ver cuando quieras porque aunque nos separemos nosotros no somos enemigos, explicaciones almibaradas; no te preocupes por nada te queremos mucho los dos y tu vida va a ser, mejor que antes, caricias en el pelo. Fin de la función, como si no pasara nada, como si fuera algo

cotidiano, había vivido en una urna y ahora no sabía cómo actuar cuando notaba la crispación en otros, cuando se sentía acosada, cuando tenía que valerse por sí misma, no sabía qué hacer ni qué decir, no estaba preparada para enfrentarse a los que pretendían herirla; quizás no fuera para tanto y todo se debía a su falta de habilidades sociales.

El restallo del timbre que indicaba el comienzo de las clases la arrancó de sus pensamientos y, entonces, se dio cuenta del terrible fallo que había cometido al imaginar su camino. Todos sus compañeros se apelotonaban junto a la puerta para entrar, como si fueran a salir. No podría elegir dónde sentarse y quedaría expuesta al asedio por todos los flancos. Sería pieza fácil para sus enemigos. Esperó la llegada del profesor, un cincuentón que deseaba el rápido transcurrir del tiempo pensando en su jubilación, Pablo Mesonero, su tutor, la única persona que podía convertirse en su aliado y al que no le interesaba lo más mínimo lo que sucediera a su alrededor con tal de que no le molestaran mientras disertaba junto al encerado. Vio cómo se abría un pasillo que le allanaba el camino hacia la puerta y se cerraba tras él de inmediato imitando a Moisés en el mar Rojo. Cuando ya habían entrado casi todos, se acercó despacio, ya daba igual, y escuchó las risas de los demás al descubrirla y los primeros comentarios despectivos:

—Mira, Silivía la Puñetera, parece un fantasma sin cadenas.

—No le digas eso o se lo contará a su mamá y a sus muñecas y entre todas te llevarán a la cárcel.

—¿Qué muñecas? ¿Las que tenía o a las que le han traído este año los reyes magos?

—Calla, que este año no han sido muñecas, ha sido un disfraz de princesa y el palacio de la reina de las nieves.

Silivía la Puñetera, ese era el mote que le había caído en suerte desde el día en que comenzó su calvario. Estaban en el patio buscando el calor de los últimos rayos de sol del otoño. Las demás se comían un grasiento bocadillo o dulces esponjosos sacados a mordiscos de sus envases de plástico, de pie, con las cabezas pegadas mirando los móviles, paraíso celestial de piojos si los tuvieran, haciendo corros mientras ella abría su *tupper* de fruta y cogía los trozos con un tenedor de plástico, sentada en uno de los pocos bancos disponibles. Marta y Carla se acercaron a ella y empezaron a burlarse sin que mediara provocación. Se creían con derecho a todo porque ya tenían cuerpo de mujer, les permitían llevar todos los pendientes que querían,

perforaciones, se maquillaban, tenían iPhone y una cuenta en *Twitter*, además fardaban de rellenar los vaqueros como nadie.

—¡Qué fina la niña! Con su tenedor y todo. Mírala qué mona, si parece un pajarito. Pío pío.

Hacían gestos imitándola, se carcajaban en sus narices, entonces llegó Andrea, morena, bajita y con gafas; se consideraba la líder intelectual del grupo. Traía el móvil en la mano, estaba totalmente prohibido sacarlos en clase sin embargo se podían utilizar durante los recreos. Al principio se vetó por completo su uso, luego se revelaron muy eficaces para que los alumnos llamaran a sus padres en los días de inclemencia meteorológica o ante cualquier otro imprevisto; de esta manera nadie esperaba más tiempo del necesario cuando acababan las clases, por eso se cambió la normativa y se permitió utilizarlos fuera de las aulas.

—Vamos, dejad a la niña bien, seguro que tendrá algo que ofrecernos. Venga, saca tu móvil y pásanos algún vídeo o alguna canción.

No las miró, intentó recordar los consejos que recibía tan a menudo, «ignóralas», se dijo. Terminó la fruta y se limpió la boca con una servilleta de papel. Aquello fue el no va más para sus compañeras, como si no hubieran visto en su vida a nadie usar una servilleta, menudo jolgorio montaron parodiándola, empezaron a llamarle de todo: pija, ricachona, niñata... Eran cinco o seis las que disfrutaban humillándola. Andrea intervino para condimentar un poco más la situación.

—Con esos modales seguro que tiene toda la música de Justin Bieber en el móvil. Venga, no te hagas la fina y sácalo, que no te lo vamos a romper.

Como continuaba ignorándolas le quitaron la mochila de un tirón y empezaron a registrársela. Aquello era más de lo que podía soportar y en un arrebato de furia les gritó con todas sus fuerzas.

—Dadme la mochila e idos a hacer puñetas, que no tengo móvil.

Se produjo un silencio general ante su colérico estallido. El estupor se apoderó del grupo y, tras un silencio, estalló la risa generalizada. Más que risa fue un estado de hilaridad permanente, una bulla festiva que las invadió a todas. Se ponían las manos en la barriga incapaces de parar de reírse, abandonaron la mochila para tirarse al suelo y otras compañeras que pasaban por allí las imitaban sin saber el origen de la chanza. En aquella escandalosa algarabía solo se distinguían unas frases repetidas hasta la saciedad: «A hacer puñetas», «nos ha mandado a hacer puñetas», «qué tonta Silivía... la

Puñetera». Pronunciaron mal su nombre una vez entre tanta risotada y todas se contagiaron con la nueva gracia. Cogió su mochila del suelo e intentó marcharse de allí, ocultarse, desaparecer. Le resultó imposible. La persiguieron por todo el patio, la siguieron hasta los aseos, por los pasillos, y el jaleo no terminó hasta que, ya sentadas en sus respectivos sitios, entró el profesor de inglés, Ángel Camacho, con el que nadie osaba abrir la boca a menos que quisiera tener un contratiempo importante. A partir de aquel día el cachondeo fue en aumento, se convirtió en el blanco de las burlas del grupo dominante de la clase. Las rebautizó como «las matonas», la buscaban durante el recreo y se colocaban frente a ella, a escasos metros, para imitarla y parodiar cualquiera de sus movimientos. A veces se envalentonaban y le proferían insultos y amenazas o inventaban fantásticas historias para ridiculizarla sin piedad. Las demás se dejaban llevar y, si bien no colaboraban en el linchamiento directamente, lo hacían por omisión de socorro, por seguir la corriente a las más fuertes.

Le tocó sentarse en la tercera fila, junto a la ventana. Las mesas estaban colocadas de dos en dos. Todos evitaron ocupar el asiento de al lado, y con razón: antes de que sacara los libros recibió el primer impacto en la cabeza. A lo largo de la mañana la lluvia de meteoritos fue incesante. Solo eran unas bolitas de papel impulsadas a través de la carcasa de un boli *Bic*, no contenían nada, ni tan siquiera llevaban escritas amenazas. Su única pretensión era fastidiar, recordarle que el año nuevo no cambiaba nada, que seguía siendo Silivía la Puñetera y que estaban dispuestas a pasárselo en grande a su costa.

II

¿Por qué tengo que vivir en un sitio como éste? ¿Tú lo entiendes? La casa es nueva, y cómoda, y tenemos una piscina que no sé para qué la queremos.

Cuando llega el verano nos vamos a la playa, a la casa de Motril, y aquí en septiembre ya hace un frío que pela, según mi madre. Así que tengo una bonita piscina en la que casi nunca me puedo bañar. Eso es lo único bueno, porque esto no puede considerarse la ciudad, es un barrio del extrarradio, como dice mi abuelo, nadie diría que esto pertenece a una ciudad del siglo veintiuno. Casas de piedra con las paredes agrietadas y con hortensias en las ventanas, sé que son hortensias porque me lo dijo Emilia, con las calles desiertas, sin gente, sin ambiente, solo cuatro viejos que toman el sol los pocos días en que aparece. Si mi madre es tan importante como ella misma cree, siempre viajando a Valladolid o a la capital, y tiene dinero, ¿por qué me margina obligándome a vivir aquí? Sin amigas, menos tú.

Vale que quiera ser una señora fina y elija el sitio más guay, vale que la miren por la calle más que a mí, ella tiene que lucir sus noventa sesenta noventa y sus carnosos labios rojos, yo no digo nada, vale que vaya al gimnasio y se vista con ropa cara y zapatos carísimos, porque no te cuento nada de los complementos y acepto que sea tan guapa. ¿Pero vivir aquí? ¿Qué tiene esto de guay? Si hasta estamos fuera de las murallas, como los campesinos que nos cuenta el profe de historia. Menos mal que estás tú, vamos por donde siempre, por el Campo de la Verdad, que por lo menos suena poético, y desde allí a la plaza de San Claudio, Claudio por aquí Claudio por allá, Claudio es un nombre de muertos, no conozco a ningún

vivo que se llame así. Vaya, ya estamos como siempre, todos los bancos ocupados por los viejos. ¿Sabes lo que más gracia me hace? Que se quedan atontados mirando la cruz de piedra, la que hay encima de la columna; los hombres con la radio en la mano y las mujeres sin hacer nada, mirando y mirando, como si fueran estatuas, quietos, sin hablar entre ellos. Creo yo que estarán pensando en sus cosas, no parecen humanos. Anda, vámonos de aquí que me pongo enferma, vamos hacia el río que, aunque haga un poco de viento, nos da en la espalda y con el sol no se nota.

Lo he pensado mucho, de verdad, menos mal que mi madre no está casi nunca en casa, si no, ayer me hubiera visto llorar porque cuando llegué ya no pude aguantarme más. Me vio Emilia pero no me dijo nada y creo que tampoco a ella, olvídale, eso ya es pasado. Ahora tengo que hacer algo porque si sigo así me voy a morir, o me van a matar. Verás lo que he pensado: conseguiré que me acepten. No pareciéndoles una rara pasarán de mí. Si se dan cuenta de que soy como las demás, porque yo soy como todo el mundo lo que pasa es que ya sabes tú lo estrictos que han sido siempre conmigo mis padres en algunas cosas, cuando vivíamos los tres y todavía más ahora que estamos las dos solas, bueno la que está sola soy yo, porque ella se pasa el día por ahí, menos mal que está Emilia que se encarga de todo.

¿Sabes? A veces me da pena, Emilia digo, todos los días llega antes de que me vaya al insti y no se va hasta que mi madre vuelve. Emilia hace la comida, limpia, lava... todo ¡Con lo mayor que es! O a lo mejor no es tan mayor y a mí me lo parece, como siempre va vestida de negro. A veces me mira como si quisiera decirme algo pero no lo hace, se calla, yo creo que no se atreve por mi madre.

Pues lo que te decía, como dijo algún iluminado de esos de los libros: Platón, Colón, Franco, ¿qué más da quien fue? Lo importante es lo que dijo: «Si no puedes con tu enemigo únete a él», y eso voy a hacer. Empezaré por comprarme un móvil, no es que tenga mucho dinero, el que me dan por mi cumpleaños que no me he gastado todavía y si no es bastante le pediré a mi padre, que después de diez años todavía tiene sentimiento de culpa después de lo del divorcio, y no me pondrá pegos. Me encanta el río, sobre todo en invierno, con el agua oscura y ese sonido a todas horas. Muchas noches abro un poco la ventana de mi habitación, aunque entra mucho frío, para oírlo. Bueno, pues me voy a comprar uno.

Otra cosa que he pensado es cambiar mi forma de vestir, solo tendría que

comprarme la ropa y llevármela en la mochila para cambiarme antes de llegar al insti. Bueno, esa es la segunda idea, después del móvil, si hace falta. Me lo compraré, pero tiene que ser uno de los nuevos, un *smartphone* con Internet, vídeos... no sé, porque como nunca he tenido, pero éste tiene que llevar de todo o se reirán más de mí. Tú me ayudarás a elegirlo, ¿verdad que sí? ¿Crees que con doscientos euros tendré bastante? Porque es lo que tengo, oye, tendrás que ayudarme también a meterle cosas que yo ya te digo que no tengo ni idea, en cuanto lo tenga te lo digo y descargamos todo lo que podamos. He pensado comprarlo lo más lejos que pueda de aquí, no quiero que nadie me vea entrar o salir y luego vayan con el cuento a mi madre, te voy a necesitar también para eso. ¡Si no fuera por ti, no sé si podría hacerlo! Dime ¿Qué compañía elijo? ¿Me hago contrato o compro uno de tarjeta? No tengo ni idea, pero ¿para qué están las amigas? Ya me imagino la cara que pondrán cuando me vean, tendré que llevar cuidado en no darles envidia, quizá estaría bien que no me compre el último modelo, sí, me compraré lo más nuevo, que esas cosas se quedan antiguas enseguida. Compartiré con ellas todo lo que quieran, nos haremos fotos, vídeos, les pasaré juegos. ¿Eso se puede hacer? Bueno pues lo que sea, el caso es que tampoco me pase, no vaya a ser que empeore las cosas. Éstas no aguantan que nadie tenga mejores cosas que ellas. Cuando me vean con él se darán cuenta de que no soy nada rara y dejarán de meterse conmigo. ¿A que sí?

Qué día más claro que hace. ¿Quieres que subamos a la muralla o nos vayamos para Los Herreros? No, olvídale, mejor nos quedamos por aquí, podríamos sentarnos un rato en el merendero y tomarnos una Coca-Cola, tengo cinco euros. Espera, ahora me acuerdo de que va a venir mi padre para llevarme a comer con él, es sábado y le toca, esto de tener que estar con uno o con otro según el día no me hace ninguna gracia, a veces pienso que soy como una pelota que va de un sitio para otro, bueno, da igual. Vale, me callo, no te quiero amargar con mis paranoias, bastante te estoy aburriendo ya, estoy hecha un plasta. Aprovecharé la comida para que me regale algo de dinero, me inventaré que me gusta algo de ropa y le diré que necesito un ordenador, se lo diré mil veces, ya sé que no me lo va a comprar, pero a lo mejor consigo que hable con mi madre para que me deje el de casa sin estar ella delante. Ojalá le quitara la puñeter... ¡La contraseña, jolín! No puedo ni arrancarlo sin tenerla al lado con sus gafitas de marca mirándolo todo, seguro que a ti no te pasa, ya, no me lo quieres decir para no hacerme sentir peor

pero yo lo sé, eso no le pasa a nadie más que a mí, lo único que me salva es que a veces la llaman por teléfono y entonces o se marcha o se queda a mi lado sin prestar atención y puedo meterme en YouTube y buscar esos vídeos de los que habláis en el patio. ¿Tú no tendrás un programa de esos de averiguar contraseñas? Claro, eso es cosa de las películas. ¡Qué castigo de padres que me han tocado! ¿Por qué no podrán ser como los demás? Llegar a casa y poner la tele, tirarse en el sillón y no hacerme ni caso, bueno, eso ya lo hace, pero aún me gustaría que me hiciera menos, cenar una pizza viendo cualquier cosa. ¡Cómo me gustaría!

¿Te he contado ya que en mi casa la tele está encerrada? Sí, encerrada, como lo oyes, no solo no está en el salón como en todas las casas, la tienen en una habitación pequeña dentro de un mueble con puertas, dice mi madre que es por el *feng shui* o como se diga, la cosa es que si no lo sabes no encuentras la tele por ningún lado porque esas puertas están siempre cerradas y claro como está dentro del mueble no puede ser una tele de esas gigantes, ni te creas que es una *Smart TV*. Además, no se puede ver mientras comemos, ni mientras cenamos, ni mientras nada, ni entre semana, pero la radio sí, noticias por aquí, tertulias por allá y nada de música... ¡Qué cosas me pasan! Y luego me dice que le cuente mis cosas, que entre nosotras no tiene que haber secretos, que confíe en ella, que piense que además de mi madre es mi amiga, que ella también fue joven y me entiende, todo con la sonrisa puesta, pero en realidad pensando: que no me cuente nada, que no me cuente nada... Si supiera lo que me pasa, seguro que montaría una buena, pero no me ayudaría, se ayudaría a sí misma, como siempre. Haría de abogada, denunciaría al director, al jefe de estudios, a mi tutor, al insti, a los padres de esas, a la Junta, a todo el mundo. Hasta saldríamos en los periódicos y así de paso se daba un poco de publicidad. ¿Cómo le voy a contar nada? No puedo confiar en ella, no lo entendería, nunca miraría a ver si ella tiene parte de culpa. ¿Ella? Atacaría a todo el mundo y a mí también, me saldría con alguna de sus típicas frases, que ¡No te lo pierdas! Además, se contradicen, que si soy una mosquita muerta, que si no sé defenderme, que seguro que alguna cizaña habré sembrado, y al final, cuando la haya liado del todo, me cambiaría de insti, o nos mudaríamos a Valladolid o peor aún, a un chalé grandísimo en un pueblo pequeñísimo, a Muelas del pan o a Pereruela o yo qué sé. Eso sin contar la que tendría con mi padre, sería la bronca con las palabras más finas de toda la historia, se dirían de todo con lo más rebuscado del diccionario y al

final me echarían las culpas a mí. No le puedo contar nada, a nadie, bueno a ti sí.

Se acabó, fin de las quejas, lo que vamos a hacer es quedar para comprar el móvil, tendrá que ser el martes. ¡El lunes tengo que ir al ballet! Le he dicho mil veces que no quiero seguir, pero no me hace ningún caso, me marea con razones y siempre acabo rindiéndome por no oírla más. Vale, he dicho fin de las quejas. Cuando sepa el dinero que tengo te lo digo y el martes o el miércoles vamos, creo que por la avenida Requejo hay una tienda y si hace buen tiempo nos bajamos después a los tres árboles para trastearlo. La una, vámonos que mi padre estará al llegar. Hablamos.

III

Era un ruido sordo, un rumor casi imperceptible, un runrún constante, tranquilo, espeso y a la vez calmado, ella sabía de qué se trataba y no le hacía ninguna gracia. ¡Vaya suerte tenía! En otras circunstancias, cuando era más pequeña, aquello habría significado un día especial, alegre y divertido, juego en la calle, risas, carreras...

Hoy no, hoy solo se podía traducir por problemas, por urgencia de trazar un plan para sobrevivir durante el recreo, por una nueva batalla que se avecinaba y que perdería con seguridad, y en la que, como mucho, solo conseguiría minimizar los daños. No se desesperaría, todavía le quedaba una posibilidad; si la temperatura subía un poco y la nevada no se intensificaba, les dejarían salir al patio. A campo abierto pensaba que tenía más posibilidades de escabullirse. Sin embargo, lo de salir siempre dependía, dijera lo que dijera el termómetro, de la opinión de los profesores, y éstos, bajo la presión de los padres, optaban últimamente por elegir siempre la opción más segura para ellos, así se evitaban accidentes que pudieran llevar adjuntada alguna denuncia.

—Levántate ya Silvia, que vas a llegar tarde otra vez, además está nevando y yo no te puedo acercar al instituto que tengo mucha prisa, abrígate bien que hace un frío que pela.

Salió de la cama sin ganas. La voz de su madre acababa de corroborar sus peores augurios, alzando la voz quiso confirmarlo desde su habitación.

—¿Cuántos grados son un frío que pela? Me gustaría que en vez de decir

lo mismo de siempre fueras un poco más concreta, si es posible.

—Cuatro bajo cero, según acaba de decir la radio.

¡Cuatro bajo cero! No la libraba nadie, quizás si fingiera estar enferma, un dolor de tripa repentino, los dolores premenstruales o un mareo durante el desayuno. No, a su madre no la engañaría con esas tretas infantiles, lo único que iba a conseguir es que la obligara a tomarse alguna pastilla, así que mejor no intentarlo. Se vistió adecuadamente a excepción de la última capa de ropa, medida preventiva que tomaba para no deshidratarse con la calefacción de la casa, y se dispuso a desayunar. Mientras lo hacía se sorprendió a sí misma, ya no temblaba como los primeros días, realmente no sentía miedo, se había acostumbrado a la presión y aunque seguía causándole un gran desasosiego la admitía como su forma de vida, como admite un herbívoro la existencia de los predadores a su alrededor. Tras el trámite alimenticio, se dirigió hacia el instituto por su camino habitual a paso ligero. Un grueso manto blanco lo cubría todo y, lo que era peor, las bajas temperaturas de la madrugada habían formado grandes placas de hielo por todas partes. No saldría al recreo, eso seguro, y encerrada en el aula resultaría muy difícil escapar del acoso. Caminaba intentando no resbalar, la nieve había dejado de caer, buscaba en su cabeza la manera de desaparecer durante treinta minutos sin que nadie supiera dónde estaba metida. El aula de música, la biblioteca, el aula de tecnología, el gimnasio... No, lo más probable es que tuviera que quedarse en su propia aula. ¡Si al menos perteneciera al grupo de teatro o de música! ¿Y si se produjera un milagro en las próximas dos horas y saliera el sol?

No se produjo. «Los milagros nunca le ocurren a la gente normal, solo son mentiras que se inventan algunos lerdos para impresionarnos o para intentar explicar lo que no entienden», pensó. Faltaban cinco minutos para que sonara el timbre y no tenía ningún plan, solo ganas de ir al baño. ¡El baño! Claro. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Ésa sería la solución, se metería el sándwich bajo la ropa y pediría permiso para ir nada más comenzara el recreo, tal vez con el barullo del momento pudiera pasar inadvertida, no iría al más cercano, cruzaría corriendo los pasillos y subiría las escaleras para entrar en el más alejado de la segunda planta, allí se encerraría en el váter que estuviera menos sucio y, sin hacer ningún ruido, se comería el almuerzo deseando con todas sus fuerzas que el tiempo pasara lo más rápido posible. Se adentró en el edificio recibiendo una intensa bofetada de calor nada más cruzar la puerta. Muchos compañeros estaban todavía allí

charlando sin ir hacia sus aulas.

Esperó el estruendo del timbre para marchar escondida entre los demás, sin quitarse el gorro ni aflojarse la bufanda, sin hacer ningún movimiento que llamara la atención, mimetizándose con el entorno todo lo que le era posible, dejando apenas los ojos al descubierto. Aguantaría así hasta entrar en su aula, pese a que estaba comenzando a transpirar abundantemente. La estrategia funcionaba y consiguió llegar a la meta sin percances. Cuando estuvo sentada se dio cuenta de que Carla, una del grupo de las matonas, no había llegado. Mejor, menos peligro, ellas necesitaban a la manada para sentirse fuertes, apoyadas, importantes, si el grupo menguaba perdía fuerza de manera desproporcionada. Las clases le parecieron tan insoportables como cada día, un auténtico rollo. Primero Lengua, donde había que analizar frases y más frases, sujetos, verbos, complementos... ¿A quién le interesaba eso? A nadie. ¿Quién piensa cuando habla si está pronunciando un sujeto o está utilizando un sintagma adjetival? ¿Quién se detiene un momento antes de hablar para decidir si usará oraciones yuxtapuestas? Absolutamente nadie, claro, pero María Jesús, la profesora morena con acento del sur, le ponía tanta ilusión que no podían hacer otra cosa que mirarla y, de vez en cuando, para que pareciera que les interesaba algo, copiar los garabatos con los que manchaba el encerado. Lo positivo era que durante su clase no había problemas, la energía que liberaba con su voz, sus movimientos exagerados y sus explicaciones salpicadas de comentarios graciosos mantenían a todo el mundo pegado a la silla sin posibilidad de tomar decisiones por su cuenta ni de aventurarse a interrumpirla. Durante aquellos cincuenta y cinco minutos hubo un momento de esperanza: la nevada parecía cesar.

Al sonar el timbre la clase fue entrando poco a poco en ebullición, María Jesús se marchó y los cinco minutos que transcurrieron hasta que apareció Carlos, el profesor de francés, fueron suficientes para que desapareciera la calma reinante y los alumnos se diseminaran en pequeños bloques humanos asociados a sus afinidades lúdicas. Silvia se acercó a uno de ellos para mantenerse a salvo, hablaban un lenguaje casi desconocido para ella. Todo giraba alrededor de un tal Cj de quien ella no había oído hablar en su vida. Para no quedar desplazada le preguntó a Sergio, un compañero, si estaban hablando de algún muchacho de otra clase, él la miró incrédulo. ¡No conocía a Carl Johnson, el protagonista de *San Andrea Grand Theft Auto!* Ante el asombro que había provocado en Sergio, Silvia se retiró con discreción y

continuó escuchando las maravillas del videojuego recién descubierto en tanto se acordaba de su madre que nunca le permitió tener una videoconsola. Por lo que contaban, debía de ser para mayores de dieciocho años, dado que parecía un concurso de asesinatos, capaz no solo de absorberlos durante las partidas sino también cuando dejaban de jugar. El ruido de unos libros al caer al suelo la expulsó de su escondite. Eran sus libros. Marta se alejaba sonriendo.

—Ay, ha sido sin querer.

Silvia miró impotente al chico que se sentaba a su lado, un chaval invadido por el acné juvenil que bastante arriesgaba con estar sentado allí y que le explicaba con la mirada su decisión de adoptar una política exterior de no intervención. Se agachó a recogerlos cuando entraba Carlos, sonriendo con su «Bonjour» habitual. Eso no arreglaría la situación. El profe se empeñaba en pasarse la clase hablando en francés y permitía a cada cual hacer cualquier cosa siempre que fuera capaz de explicar, mínimamente, en la lengua de Napoleón lo que estaba haciendo. Malas noticias, la única solución razonable que se le ocurrió fue intentar entablar una patética conversación con el profesor. No se atreverían mientras fuera el centro de atención de la clase.

—*Monsieur professeur, vous aimez la... la neige?*

Su voz le sonaba a la de alguien que hace la pelota. En esos momentos justificaría sin reparos que le lanzaran alguna cosa. ¿A ella qué le importaban los gustos del profesor? Solo quería tenerlo pendiente, focalizado en sus preguntas.

—*Je préfère le soleil et la pluie.*

Era mentira, no prefería nada excepto prolongar aquella deprimente charla como fuera. De repente, se produjo un súbito cambio en el nivel de ruido de la clase, una exclamación conjunta por algo que les asombraba. Apartó los ojos del profesor y miró hacia atrás para ver qué pasaba. Estaban todos pegados a la ventana, como las moscas en verano, como si no hubiesen visto nevar en su vida y, realmente, no lo habían hecho, al menos no de esa manera tan intensa. La nevada era tan copiosa que no dejaba ver nada a través de ella, solo una cortina blanca deslizándose sin cesar, con gruesos copos cayendo en línea recta como si tuvieran prisa en llegar al suelo. Era un bonito espectáculo de la naturaleza que para Silvia solo significaba una cosa: no saldría al recreo y tendría que buscar la manera de pasar ese tiempo sin sufrir

demasiado.

Al sonar el timbre que indicaba el cambio de clase, se levantaron casi todos los alumnos, como si tuvieran un resorte que les empujaba hacia arriba, y arrastraban sus sillas hacia atrás produciendo un ruido atronador. Algunos se dirigieron al profesor para saber qué podían hacer, si tenían que quedarse en clase, si les permitía estar en los pasillos o en el hall... Fue ese el momento que aprovechó Silvia para emprender la huida. Le pareció el momento preciso. No pidió permiso para salir, ni tan siquiera ocultó el sándwich, como había planeado. Fue rauda hacia la puerta valiéndose de la invisibilidad que le proporcionaba la agitación de sus compañeros y salió tranquilamente. Una vez en el pasillo, comenzó a correr tan rápido como pudo. Tenía que desaparecer antes de que alguien abandonara la clase y viera en qué dirección se había marchado. Paró fatigada una vez fuera del campo visual del aula, también debía evitar que algún profesor la viera corriendo y la mandara a jefatura, aunque bien pensado eso no sería una mala solución. Lo único que le pasaría sería tener que aguantar la bronca de su madre, nada que ver con el acoso de las matonas. Subió los escalones de dos en dos y, ya en la segunda planta, se dirigió hacia los aseos del fondo del pasillo, se cruzó con algunos alumnos de bachillerato y agachó la cabeza intentando que nadie la reconociera. Al llegar frente a la puerta verde con la plaquita de «alumnas» se sintió reconfortada. Aquel sería su hogar dulce hogar durante los próximos treinta minutos. Dentro no olía del todo mal y todavía estaba vacío. Fue abriendo la puerta de los váteres y optó por tomar posesión del último, cerró con pestillo, bajó la tapa del inodoro y se sentó encima con las piernas cruzadas. En ese momento pensó que hubiera sido buena idea hacer un cartelito de «averiado», debía de aprender a adelantarse a los problemas para solucionarlos. Seguro que así nadie sospecharía que era su escondite. Lo haría por si había una próxima vez: con los inviernos de aquí todos los cursos pasaba algo parecido algún día. Empezó a comerse el sándwich pensando por qué su madre no hacía el esfuerzo de levantarse más temprano para ir a la panadería y ponerle pan normal, o bien que lo congelase, como hacían otras madres. No soportaba el pan de molde, se le hacía una bola enorme en la boca y le costaba horrores tragarlo aun dando bocaditos pequeños. Peor aún era cuando le ponía los *tuppers* con frutas. De sus pensamientos la sacaba el ruido de la puerta cada vez que se abría, le provocaba un sobresalto que agudizaba su oído como si estuviera de caza y la hacía ponerse en tensión

pensando que quizá la habían encontrado. Seguía en su mente los movimientos de quien entraba, guiada por el ruido de los pasos, e intentaba identificar todo lo que llegaba a sus oídos. Volvía a relajarse cuando la puerta se cerraba de nuevo.

Ya se había terminado el sándwich y miraba su reloj con impaciencia, deseando que avanzara para poder salir de su encierro voluntario, cuando el sonido del grifo la sacó de su ensimismamiento. Quedó un poco sorprendida, pues no tenía conciencia de haber escuchado la puerta abrirse. Dudó por unos instantes y se puso de pie. Algo pasaba, el grifo seguía abierto y el ruido del agua era diferente, como si ya no cayera en el lavabo sino en otro sitio. Al percibir las pisadas acercándose tuvo la seguridad de que la habían encontrado. Todo había sido en vano, ahora debía decidir qué hacer, seguro que tendrían algo preparado por si abría de repente e intentaba escapar y también habrían planeado algo para fastidiarla sin necesidad de que saliera. Los váteres estaban cerrados por unas paredes que distaban más de un metro del techo; por ahí vendría el ataque, pues eran incapaces de forzar la puerta. Se colocó en el centro del espacio con las piernas abiertas y la vista clavada en el hueco que quedaba encima de la puerta, dispuesta a saltar a uno u otro lado, a esquivar lo que cayera, a salir ilesa de allí. Oyó cuchicheos y después vio cómo un pequeño maremoto comenzaba a inundar el váter y amenazaba con mojarla, titubeó un instante pensando si esquivarlo yéndose hacia delante o hacia atrás. El inodoro le dejaba poco campo de maniobra atrás, así que se pegó a la puerta lo que pudo con la ilusión de que el impulso que le habían dado al agua para lanzarla hiciera que la sobrepasara. Sus teorías solo se cumplieron a medias: consiguió que la mayor parte no cayera sobre ella aunque un poco le mojó el pelo y otra parte, al rebotar contra la taza, los pantalones. Risas, carreras y de nuevo sola, sola y calada. Quitó el pasador y salió de su madriguera abriendo la puerta chorreante; delante de ella, en el suelo, un cubo de las mujeres de la limpieza que habían sacado de alguna parte y un charco de tamaño considerable que dificultaba el caminar. Se miró en el espejo para evaluar los daños: la parte posterior de la cabeza y las piernas estaban empapadas. Entró en otro váter, se bajó los pantalones y comenzó a secarse con papel higiénico. Pensó recogerse el pelo en una cola y secarse bien la nuca, de manera que la parte húmeda no estuviera en contacto con la cabeza. Sonó el timbre mientras llevaba a cabo la operación de secado. Ahora, además, tendría que darse prisa para no llegar tarde a la siguiente

clase. Con los pantalones no podía hacer nada, el algodón había absorbido el agua, así que decidió envolverse rápidamente las piernas con papel como si fuera una momia y volvérselos a subir, la cola que se hizo le ayudaría a no resfriarse mientras estuviera allí. Cuando entró en su aula la clase de música ya había comenzado y nadie le prestó atención a excepción de Andrea y Marta, que se tronchaban de risa mientras le contaban lo ocurrido a su grupo de fieles admiradoras. Clara, la profesora, ni la miró.

IV

¡No me lo puedo creer! Te digo que lo que no me pase a mí no le pasa a nadie. Tengo una mala suerte...

Cuando ya tenía el dinero preparado y sabía lo que quería hacer, resulta que no me dejan por la edad. ¡Y ella lo sabía! Vale, no sabía que me iba a comprar el móvil, como para decírselo, pero se me ocurrió decirle lo que había pasado. Se lo conté como si le pasara a una amiga, y cuando le digo que después de estar en la tienda a mi amiga no la dejan hacer el contrato del teléfono me suelta: «Claro, según el artículo mil no sé cuantos del Código Civil», blablabla... Espera. Porque me chafó tanto, que me apunté en un papel de los de la lista de la compra lo que decía; mira, aquí está, según el artículo mil doscientos sesenta y tres del Código Civil, los menores no emancipados no pueden celebrar contratos. Y se queda tan tranquila. Me dieron unas ganas de llorar o de tirarle algo que no te lo imaginas, además se quedó mirándome esperando a que siguiera hablando y yo no tenía nada más que decirle, me quedé pillada, solo se lo contaba para saber si los de la tienda se habían reído de mí, seguro que hay cientos de tiendas que no me pondrían problemas y voy a meterme en la única tienda que cumple la ley en esta ciudad. ¡Joder! Después de que me exigieran la firma de mi madre o de mi padre, me largué desilusionada, y no caí en preguntar si podía comprar uno de tarjeta sin que ellos tuvieran que firmar, así que otra semana sin móvil y sin nada, mañana voy a ir a otra tienda a ver si tengo un poco de suerte, ahora

que le saqué a mi padre el dinero suficiente. ¡Y no veas cómo lo hice!

Fue genial, estuve mucho tiempo callada mientras comíamos, la verdad es que yo casi no comía para que me viera triste. ¡Aunque tenía un hambre! Y cuando me preguntaba qué me pasaba le decía que nada, él no es abogado y no insistía, lo dejé así un rato y al final cuando me preguntó otra vez le dije que mi madre me tenía muy presionada y que no me dejaba el ordenador, ni tenía móvil ni nada, que todas mis amigas tenían y que a mí me consideraban un bicho raro, lo cual no es precisamente mentira, luego me callé y cuando pasó un rato le dije que como mi madre estaba en ese plan estaba pensando que lo mejor sería irme a vivir con él, que me daba igual vivir en otro sitio porque aquí tampoco tenía muchas amigas. Entonces le cambió la cara, se quedó un momento sin decir nada y enseguida me dijo que no me preocupara, que hablaría con ella para que fuera más razonable, además me dio otros cien euros.

¿Sabes lo que estoy pensando? Que si no consigo que me vendan el móvil haré que me lo compre él, le contaré los problemas que me ponen en las tiendas, le volveré a hablar de mi madre y le devolveré el dinero para que lo compre, seguro que no me lo coge, es un caballero aunque mi madre tiene otra opinión, y entonces me quedo con el móvil y con la pasta, buena idea se me ha ocurrido, lo malo es que esta semana no le toca y tendré que esperar un poco más, pero no puedo, de verdad, estas tías del insti me están puteando cada día más y no voy a estar siempre escondiéndome en los recreos, ya no sé dónde meterme para que no me encuentren y no quiero ir a jefatura a quejarme porque entonces se vengarían y sería peor. A lo mejor puedo hacerme una cuenta de *Twitter* en un ciber. ¿*Twitter* o *Facebook*? *Twitter*, *Facebook* es para mayores y si me encuentro a mi madre, que seguro que lo tiene en el ordenador del despacho, me da algo, pero eso sí, tendrás que ayudarme, claro. ¿Y qué me dices de *Instagram*? Claro, si no tengo móvil no sé qué fotos voy a subir. *Twitter* es la mejor opción para no tener que esperar tanto y empezar mi plan de una vez. ¿Es difícil? Seguro que no, lo malo es que no podría estar mucho tiempo allí, en el ciber, sin que empezaran a preguntar, todos los días me pregunta mi madre lo que he hecho y siempre lo hace delante de Emilia, así que no puedo mentirle, aunque si hubiera un ciber cerca de donde viven mis abuelos se solucionaría el problema. ¿Sabes por dónde te digo?

Ellos viven en la calle Amargura, cerca de la plaza de toros, sí, queda un

poco alejado, podría pasarme a verlos un momento y luego ir al ciber o a un locutorio, que también he visto ordenadores en algunos. ¿Hay por allí? Habrá que buscarlo, aunque muchas veces diré que me he ido contigo porque tampoco puedo ir de repente a ver a mis abuelos todos los días cuando lo normal es que los vea cada dos semanas, enseguida preguntarían si pasa algo, que no son tontos.

En eso me tienes que ayudar, cuando salgas, por si acaso, di siempre que has quedado conmigo y yo haré lo mismo, así nos defendemos las dos si preguntan. Bueno, otra cosa más: la ropa. No puedo seguir vistiendo como si fuera a tomar la primera comunión, apareciendo por el insti como si fuera al Divina Providencia o al Santísima Trinidad, ya tengo casi quince años. ¿Vamos para la plaza Mayor? Lo tengo bastante claro, me voy a comprar unos vaqueros ajustados, pero no mallas que, aunque yo creo que no tengo el culo feo, tampoco quiero que se pasen el día mirándome al pasar todos los chicos del insti, unas *Converse* también, ya veremos de dónde saco ochenta euros, y algunas camisetas. Lo que no sé es dónde y si comprarme algo de marca o no, he visto cosas muy chulas en las tiendas del centro, las que hay cerca de la calle Benavente, ya sabes, Mango, Zara, Inside. No tengo que pasarme, a ver si me cogen ahora manía por ir demasiado bien, éstas son capaces de todo, y luego está la manera de ponérmela, eso sí que es un problema grave, porque de mi casa tengo que salir vestida como siempre y con la cola hecha, yo creo que con la parte de arriba no tendré problema, me pongo la camiseta debajo de todo y luego, en el aseo, me quito el jersey de pico y la camisa que me pone mi madre y con la calefacción del insti seguro que no me da frío, lo que no sé es qué hacer con los pantalones y con todo lo que me quite, que en invierno va a ser mucho, quizás debería comprarme una mochila más grande para meterlo todo dentro, si hubiera taquillas en el insti estaría solucionado pero así no sé, porque todo no me cabe en la mochila que tengo, los libros y la ropa imposible.

El otro día lo probé en mi casa y no hubo manera y eso que doblé la ropa bien antes de intentar meterla, además, aunque la doble, después sale arrugada y, o la meto cada día en la lavadora, o se va a dar cuenta enseguida. ¡Joder, qué problema! Aunque si no me llevo los libros se soluciona todo, en la clase utilizo los de algún compañero, si encuentro a alguien que se quiera sentar conmigo, y conque me lleve algún cuaderno es suficiente, tampoco hace falta que me los lleve todos, los libros siempre en el cajón del escritorio,

como mi madre nunca entra a mi habitación, dice que es una leonera y que si no la ordeno y la limpio yo no la va a ordenar ella, puede ser una buena idea aunque también tengo que pensar en qué hacer con la ropa, porque alguna vez habrá que lavarla y la que ella me obliga a ponerme también se va a arrugar de meterla siempre en la mochila. Podría hacer como que me voy y quedarme esperando a que ella salga. Cuando se haya ido, volver y cambiarme. No; un día no pasaría nada pero si lo hago siempre al final Emilia se lo diría y hay algunos días que se va tan tarde que si me espero llego tarde al insti y enseguida le mandan la falta al móvil, que por supuesto ella tiene uno de los más modernos, un iPhone 6, no te vayas a creer, y no me deja ni mirarlo.

Si Emilia no dijera nada, sería todo más fácil, pero no puedo fiarme, porque Emilia sí que tiene problemas de verdad con el dinero porque su hijo está en el paro, pobre, con lo vieja que es y aun trabajando, ella es buena, mejor que mi madre, pero no se va a arriesgar a que la despida. ¡Cuidado con el tren! Mira que si nos pilla el tren de los turistas, entonces sí que se iban a reír de mí si se enteraran, Andrea iba a estar contándoselo a todo el mundo hasta que se le secase la lengua.

A lo mejor podría apuntarme a un gimnasio o a algún sitio así, que tuviera vestuarios con taquillas para cambiarme y dejar allí la ropa colgada, los gimnasios abren muy temprano pero eso vale dinero, el dinero siempre por en medio, y además, que yo sepa no hay ninguno que me pille de camino, están todos por la parte nueva, bueno, pensándolo bien creo que lo mejor será no borrarne del ballet. Quién me iba a decir que con los años que llevo aguantando y queriendo quitarme, ahora podía ser una ayuda, pero, claro, el ballet me sirve por las tardes, cuando salga por ahí, siempre puedo decir que voy al ballet y aprovechar allí para cambiarme y salir, pero eso tampoco va a durar mucho, puedo hacerlo un par de meses y luego insistir hasta que me borre, conseguirlo como sea, porque si no, se enterará de que no entro y ella siempre va a la función de Navidad a verme bailar, y se sienta en primera fila para que todo el mundo la vea. ¡Qué asco de películas americanas! El problema sigue siendo el mismo, cómo cambiarme para ir a clase... Lo pensaré.

V

Preparada para la batalla un día más, el paréntesis del desayuno con los interminables consejos maternos ya quedaba atrás, las noticias anodinas que su madre escuchaba cambiando de cadena en la radio de la cocina, el olor a café caliente, a pan tostado y al perfume caro de letrada se diluía en el aire húmedo del río en cuanto cruzaba la puerta de su casa.

Por lo menos no nevaba. Pese a que le encantaba la nieve, desde que empezaron los problemas en el instituto prefería que no nevara nunca, así podía escabullirse con más facilidad durante los recreos y aumentar las posibilidades de regresar a su casa sin sufrir ningún acto vandálico contra su

persona o de sabotaje hacia cualquier objeto que llevara. Pese a todo, durante los últimos días estaba saliendo muy bien librada, ya que había optado por pasar los descansos en la cantina, escondida entre la multitud vociferante. A veces se comía el bocadillo que traía de casa y en otras ocasiones compraba una napolitana de chocolate para que el cantinero no la mirara con malos ojos. De ese modo se garantizaba la paz mientras estuviera a cubierto, si bien llegar hasta ella y volver a la clase sin altercados resultaba cada día más complicado; se había convertido en una competición y las matonas salían raudas al pasillo con el fin de sorprenderla en el trayecto. Hacía frío, como siempre en invierno, llevaba el gorro calado hasta los ojos, un verdugo, guantes y el abrigo suficiente como para resistir la vida en un gulag, nada se podía hacer contra esto, su madre era así de precavida. Además, subir por la Puerta del Obispo con la pesada mochila cargada a la espalda la hacía entrar en calor de inmediato. Pisaba los adoquines centenarios con fuerza, como quien sabe de la imposibilidad de rehuir a su destino y se dirige hacia él con la frente bien alta y el corazón henchido, sin mirar a la catedral ni al castillo, la vista al frente, desfilando bajo el inocuo sol de febrero que luchaba por abrirse paso entre la niebla, como casi todos los días.

Todo comenzó con normalidad cotidiana y nada le hacía presagiar lo que le depararía aquella mañana de miércoles sin marca en el calendario. Fue después del recreo, del que Silvia había conseguido salir indemne gracias a su nueva táctica. Acababan de entrar en clase y Álex, un muchacho pelirrojo con la cara salpicada de pecas y los pantalones caídos, dejó por un momento su móvil encima de la mesa mientras sacaba el libro y el cuaderno de sociales. Fue un segundo, suficiente para que una mano rauda lo cogiera y lo hiciera desaparecer entre sus ropas. Era Carla, ella lo había visto y media clase también, porque estaba en la segunda fila, incluso era posible que Rosa, la profesora, se hubiera percatado del movimiento, Álex, no. Comenzó a buscarlo entre sus cosas, después se tocó los bolsillos, se agachó y miró por el suelo y cuando estuvo seguro de su falta se lo comunicó a la profesora:

—Rosa, acaban de robarme el móvil.

La profesora era una mujer de carácter, de mediana edad, con no más de uno cincuenta y cinco y ligero sobrepeso, muy celosa en el cumplimiento de su tarea y nada dispuesta a tolerar ese tipo de incidentes en su clase, entre otras cosas porque le hacía perder mucho tiempo.

—Que salga ahora mismo quien haya cogido el móvil y lo dejaremos

como una broma, de mal gusto, pero una broma.

El silencio se intensificó por unos instantes ante la expectativa de que apareciera el «bromista». No lo hizo, nadie dijo nada a pesar de que eran muchos los que sabían el nombre del sustractor.

—Si no lo hace, haré lo que sea necesario para que aparezca y quien lo tenga irá directo a jefatura con un parte para ser expulsado del instituto. Estad seguros de que voy a encontrarlo, en mi clase hay cosas que no están permitidas bajo ningún concepto y ésta es una de ellas.

La amenaza no surtió ningún efecto. Los alumnos se miraban entre sí sin abrir la boca e intentando no mirar a Carla. ¿Cómo pensaba hacerlo? Aquel día eran veinticuatro personas en la clase. ¿Qué pensaba hacer?

—De acuerdo, empecemos, que todo el mundo meta sus cosas en su mochila... A ver tú, Silvia, Silvia Galián, ven aquí.

Ella lo hizo con tranquilidad, no tenía nada que temer, al menos eso creía en ese momento.

—Vacía tu mochila encima de mi mesa.

Fue sacando con calma sus cosas hasta haber ocupado toda la superficie del tablero. Cuando hubo comprobado que el teléfono no estaba entre sus libros, la cacheó por completo como si fuera un policía de los que salen en las películas. Al finalizar con Silvia desveló su plan.

—Ella ha sido la primera porque sabía que no tenía el teléfono y porque confío en ella. Ahora me ayudará a registrar al resto. Es la última oportunidad para el amante de lo ajeno, que salga ahora.

Nadie se movió.

—Vale, haced dos filas. Una pasará por mí y la otra por Silvia, que se prepare quien haya sido para dar unas buenas explicaciones al director y pasar unos cuantos días en su casa.

Los alumnos se organizaron como les indicaba la profesora y Silvia comprobó horrorizada cómo Andrea, Marta y Carla se colocaban en su fila. ¿Qué podía hacer? Si fingía que no encontraba nada, las registraría la profesora y la acusaría de cómplice, y si lo encontraba estaba perdida: en definitiva, un callejón sin salida. Carla era una de las matonas que la acosaban a diario, sería su sentencia de muerte. Fue un registro minucioso, la profesora hacía el suyo y observaba a Silvia de reojo para que no se relajara en sus funciones. Hacía tiempo que había dado la clase por perdida y no le importaba demorarse. Los alumnos vaciaban sus mochilas y los bolsillos

sobre una mesa y luego levantaban los brazos en cruz para ser cacheados. Ella lo hacía lo más despacio posible con la esperanza de que Rosa, la profesora, terminara rápido con su fila y se pusiera a ayudarla. No fue así. La primera en llegar fue Andrea, que volcó el contenido de su mochila sobre la mesa e imitó al resto de sus compañeros.

—Ya sabes que yo no lo tengo —le dijo en un susurro—, y como no te estés calladita te vas a meter en problemas... de los gordos, muy muy gordos.

Silvia la miraba en silencio en tanto que con las palmas de las manos le daba golpecitos por el cuerpo, fingiendo que buscaba, sin ningún ánimo de encontrar nada.

—Y no me toques tanto el culo que no voy a quedar contigo. ¿Es que te gustan las tortillas?

Esta vez no bajó la voz, lo dijo alto y claro para que la escuchara toda la clase y la carcajada fue general hasta que intervino la profesora. Marta fue la siguiente y, envalentonada por lo que acababa de oír, se animó a continuar la broma.

—¿Con quién me lo podría montar mejor que con la Puñetera? —dijo lo suficientemente alto como para que la oyeran todos—. ¿O es que no te gusta? ¿No soy tu tipo?

De nuevo Rosa tuvo que establecer el orden, mas Marta, mientras estuvo enfrente de Silvia, se dedicó a pestañearle, ponerle morritos y mandarle besos. Luego, al ser registrada, comenzó a gritar:

—Oh, sí, sí, sigue, así, más, más, no pares, por favor.

Fue expulsada de la clase y mandada a jefatura ante la algarabía general y los gritos de Rosa, que ya se encontraba también fuera de sí. Sus amenazas hicieron efecto: el silencio volvió a imperar en el aula.

Carla era la siguiente. La miró a los ojos sin miedo e hizo lo mismo que el resto de la clase. Durante el cacheo percibió cómo Silvia tocaba el móvil, que llevaba metido en el sujetador bajo la axila izquierda, y retiraba presta la mano como si hubiese sufrido una descarga eléctrica. Estaba tranquila, sabía que la niña apocada a la que maltrataban todos los días no tendría el valor de delatarla, les tenía miedo y no se atrevería a iniciar una guerra en la que iba a perder con toda seguridad. Así fue, no dijo nada, pidió al siguiente que pasara para continuar el registro sin ni tan siquiera mirarla a la cara. De ese modo, cuando terminaron de ser inspeccionados todos, el teléfono no había aparecido. La profesora ordenó que se sentaran en su sitio y ante el estupor

general mandó a Carla a jefatura de estudios.

—Toma el parte para el jefe de estudios y esta nota en la que propongo que te expulsen del instituto por robar un teléfono móvil. Más te vale devolverlo y pedir perdón.

—Perdón. ¿Por qué? Si yo no he sido —a pesar de haber sido descubierta continuaba con la comedia y cada palabra era emitida con mayor potencia—. ¿Tú me has visto? ¿A que no? Ni tú, ni tú, ni nadie, porque no he sido yo, pero me voy porque lo último que quiero es estar en esta puta clase, rodeada de subnormales.

Antes de que Rosa le llamara la atención por los gritos y el lenguaje, salió del aula dando un portazo en dirección a los despachos. Al pasar por delante de una papelería metió la mano bajo sus ropas sacó el móvil y lo tiró dentro, después continuó su camino, iracunda. Al terminar la jornada, las sanciones eran del dominio público. A Marta la habían amonestado y llamado a sus padres, Carla resultó expulsada por una semana, dado que era reincidente en este tipo de faltas. Al salir, Silvia tenía miedo, no podía evitarlo, ella no la había delatado. Sin querer se había convertido en su cómplice para no meterse en líos y al final no consiguió nada. Lo que más le intrigaba era por qué la profesora había organizado aquel truculento juego si sabía desde el primer momento quién era la ladrona, o quizás lo descubrió más tarde, o alguien de la otra fila se lo dijo mientras lo registraba. ¿Qué más daba ya? En cualquier caso, era su sentencia de muerte. Las matonas pensaban que ella era la delatora y se vengarían con creces, además la profesora le habría perdido el poco respeto que le tenía. Como si pudiera leerle el pensamiento, Andrea se le acercó por detrás y le dijo al oído:

—Lo mejor para ti será que te cojas unas vacaciones hasta que nosotras terminemos el bachillerato, chivata.

Pablo Sánchez, el profesor de Biología, observó la maniobra y se acercó para hablar con Silvia.

—¿Te ha amenazado? ¿Qué te ha dicho? Dímelo, no tengas miedo.

—No me ha dicho nada de verdad, solo quiere que le pase unos apuntes, si somos amigas. ¿Cómo me va a amenazar?

Él la miró a los ojos transmitiéndole que sabía que lo engañaba. Los dos sabían que estaba mintiendo, pero era ella quien debía dar el primer paso. Ante la negativa, Pablo se retiró sin dejar de mirarla hasta que salió del recinto. Para ella ahora comenzaba lo peor, al menos eso pensaba. Se

imaginaba que estarían las tres emboscadas en un rincón para sorprenderla en cualquier lugar y darle una paliza. Presa del pánico, decidió cambiar su ruta habitual y volver a casa por otro camino: las callejas del casco antiguo eran ideales para que la capturaran. Llegó a la calle Vega, una vía espaciosa de doble sentido en la que la niebla no había levantado del todo, con un parque a un lado y una fila de árboles desnudos al otro. Un parterre y una pequeña vía de servicio separaban la estrecha acera del tráfico. Eligió ir por la acera, pegada a las viejas casas, comenzó a correr pese a la carga que portaba a su espalda, a la pesada ropa de invierno que le restaba agilidad y sobre todo a las gruesas botas. No le importaba, continuó por Trascastillo sin cambiar de lado, sin mirar a la muralla ni al escudo, cruzando la carretera sin paso de cebra, forzando a los coches a detenerse y pasando por encima del césped de una pequeña isleta.

En esos momentos se arrepentía de no esforzarse un poco más en las clases de Educación Física. Le faltaba el aire y se le salía el corazón. Miraba a todas partes pensando que la seguían, mas le daba cierta tranquilidad encontrar tan despejado su recorrido, sin rincones ni vericuetos. Siguió corriendo tan rápido como pudo sin abandonar la orilla de la carretera. Los grafitis en una vieja pared —al menos las imponentes murallas de la ciudad habían quedado a salvo de los autodenominados artistas urbanos— le anunciaban que se hallaba cerca. Le dolían las piernas y respirar se convertía en una tarea casi imposible. Pasó por delante del supermercado sin aminorar la marcha, al menos voluntariamente, y llegó a su urbanización. Sin embargo, no se adentró en ella. Sabía que se trataba de una zona nueva de dúplex donde la mayoría de sus habitantes pasaba fuera todo el día y solo volvían para dormir. Calle Santa Colomba, calle Romancero y estaría en Campo de la Verdad, en su casa. Su sentido común le decía que podía dejar de correr, que era imposible que hubieran podido llegar hasta allí antes que ella, hasta su misma casa para atacarla. El miedo tenía más fuerza que cualquier razonamiento. No se detuvo, abrió la portezuela del jardín y alcanzó a tocar el timbre. Al no escuchar ningún ruido en el interior pensó que tal vez Emilia había salido a comprar. Normalmente, ella no regresaba tan rápido del instituto. Comenzó a golpear la madera blindada de la puerta, primero con las palmas de las manos y después con los puños, hasta que se abrió.

—Pero, ¿qué son esas prisas? ¿Qué te pasa, mi niña? —le preguntó Emilia, mirándola sobresaltada desde el umbral.

Silvia no le contestó y la evitó para poder entrar. Subió las escaleras al borde del infarto y se encerró en su habitación. Se dejó caer en la cama y comenzó a llorar sin consuelo.

VI

No vayas a creer que fue difícil, más bien fue desagradable, además, se me ocurrió enseguida cómo hacerlo. Me vino la idea de repente, así como en los cómics, una bombilla que se enciende.

Lo importante era no tener que ir al insti el jueves y el viernes sin dar explicaciones a nadie, el plan era que todo se aclarara antes de mi vuelta y que las matonas me dejaran en paz. Después de llegar estuve pensando que si seguía mucho tiempo encerrada en mi habitación, no iba a conseguir nada bueno, se enteraría mi madre de que había vuelto llorando y me haría preguntas, muchas preguntas, como es abogada eso de preguntar le sale con facilidad y si la pillas en el modo profesional no se da por satisfecha con cualquier respuesta, así que me calmé, me lavé la cara y bajé a la hora de comer como si tal cosa.

Emilia estuvo preguntándome, porque ya son varias las veces en que me ha visto volver del insti llorando, pero ella no es mi madre y no insiste demasiado, yo no le conté nada, bueno sí, la engañé un poco, le dije que había discutido con un chico para que pensara que tenía un novio y esa era la causa de que llorara al llegar, se lo creyó y me dijo una cosa muy bonita, que ninguna persona valía lo suficiente para hacerme llorar. ¡Si es que la tengo que querer! Luego me comí toda la comida, sin ningún esfuerzo, la verdad es

que estaba buena y tenía un hambre, bueno yo siempre tengo hambre, no me mires de esa forma que es un detalle muy importante para lo que te voy a contar. ¿Nos vamos para las Aceñas? Y de allí, si quieres, nos vamos para el centro, aunque haga un poco de frío podemos pasear hasta que oscurezca. Pues lo que te decía, por la tarde hice lo de siempre y hasta salí un rato diciendo que me iba contigo, en realidad me fui a las pistas de deporte que hay cerca del puente nuevo y estuve por allí más de una hora mirando el río, que bajaba imponente, se trataba de aparentar normalidad antes de empezar. Mi madre vino más tarde que de costumbre, con un montón de trabajo en su portafolios Louis Vuitton, lo sé porque siempre está diciendo: «Cuidado con el portafolios que es de Louis Vuitton y vale una fortuna».

En fin, que tenía que revisar algunos casos, iba hablando por el móvil mientras saludaba y pensando en sus cosas, estaba tan atareada que Emilia se fue sin contarle nada. En la cena, no te rías otra vez, también me lo comí todo y me porté como si no pasara nada, ella me hizo las dos o tres preguntas de siempre, las que me hace esperando que las respuestas no molesten su vida; que cómo me había ido el día, si había tenido algún problema, bueno, lo normal, al terminar recogimos los platos, subí a mi habitación y en el aseo me metí los dedos hasta la garganta para vomitar, me costó bastante y no fue nada cómodo pero al final lo conseguí, cuando empecé a vomitar abrí la puerta para que mi madre lo oyera, por cierto que al moverme para abrir la puerta manché todo el suelo, vale, me callaré los detalles más repugnantes.

Subió a ver qué pasaba y me dijo que me habría sentado mal la cena, se fue y al cabo de un rato volvió a subir con su remedio milagroso para todo. ¡Una manzanilla para que me la tomara a pequeños sorbos! ¡Vaya rollo! Lo primero y más importante, porque no me gusta la manzanilla, lo segundo y también importante porque se quedó conmigo esperando para ver cómo me la tomaba, y lo tercero porque si no la vomitaba se iba a creer que no me pasaba nada. En cuanto se fue volví a meterme los dedos y eché la manzanilla de camino al cuarto de aseo, eso la descolocó un poco pero tampoco voy a pensar que se preocupó o se puso nerviosa, me dijo que me metiera en la cama y que el descanso me vendría bien.

A la mañana siguiente me levanté como si tal cosa, le dije que no me dolía nada y desayuné con hambre. ¡Joder si tenía hambre! Ella me miraba contenta, estaba segura de que estaba bien, un problema menos, cuando me fui de la cocina a mi habitación lo hice de nuevo, lo de vomitar, ya sabes, y

mi madre decidió de repente que sabía mucho de medicina, casi como un premio Nobel de esos que dan, en realidad ella cree que sabe mucho de todo y me dijo que sería un virus del estómago y que lo mejor era que me quedara en casa todo el día, llamó a Emilia para contárselo, mientras cogía sus cosas le dio un montón de instrucciones sobre la comida, la temperatura de la calefacción, a qué médico tenía que llamar si empeoraba y muchas más cosas, luego comprobó que me quedaba acostada y se fue antes de que viniera Emilia.

Y ya está, te puedes imaginar el resto. ¿Sabes una cosa? No entiendo cómo las anoréxicas son capaces de estar siempre vomitando. Yo estuve provocándome los vómitos todo el jueves y el viernes, y vaya castigo, a veces lo hacía sin haber comido para que no dudaran de que estaba mala, pero controlando, cada día vomitaba menos, el sábado y el domingo fui comiendo poco a poco, ya sabes, arroz hervido, tostadas, comida de enferma de esas que no saben a nada, como si tuviera miedo a que algo me sentara mal y el lunes ya estaba lista para volver. ¿Sabes lo peor? Que a veces, cuando lo hacía sin haber comido, los líquidos del estómago me quemaban la garganta y me dejaban un sabor de boca horrible, luego masticaba un chicle sin que me vieran, echaba una cosa entre verde y amarilla con un olor asqueroso pero no tenía más remedio que hacerlo si quería que se creyeran de verdad que estaba mala. Lo de meterse los dedos y provocar las arcadas tampoco molaba nada, algunas veces me los tenía que meter tan adentro que se colaban los nudillos en la boca, bueno me acostumbré y ya está, al final conseguí lo que quería, cuatro días de tranquilidad en mi casa, porque como estaba mala ni mi madre me mandaba que hiciera cosas.

Ayer volví con un poco de miedo, bueno, con mucho, a ti no te voy a engañar, yo ya sabía que Carla no estaría, está expulsada hasta mañana, pero no sabía lo que me podrían hacer las otras dos, estuve con mil ojos todo el día y nada, como si no me vieran, pasaron de mí, menos mal, creo que alguien las convencería de que yo no me había chivado, la profesora a lo mejor les dijo que ella lo había visto todo, yo que sé, lo importante es que ni me miraron, aunque no me fío, no te creas que soy tan tonta, que esas a lo mejor están esperando el momento para hacerme algo o a que venga Carla para vengarse las tres, si supiera qué decirles intentaría acercarme pero con esas no se puede hablar, lo mejor será mantener las distancias y no salir de la cafetería en los recreos, por si acaso.

Oye, otra cosa, por fin voy a tener el móvil, estoy nerviosísima, no pienso en otra cosa, el sábado me toca con mi padre y la última vez me prometió que lo traería. ¿Sabes? Él es de los que cumplen sus promesas, al menos conmigo, porque mi madre siempre dice que es un cochino mentiroso. ¿Verdad que no te imaginas a mi madre diciendo eso? Pues lo dice, son los únicos tacos que le he oído en mi vida a doña Perfecta, y te aseguro que los dice de corazón, espero que no me traiga un *piedraphone*. ¿Te imaginas que viene con el iPhone 6? Más vale que me haga unas ilusiones normales y no piense lo mejor, así si me lo trae me pondré aún más contenta. Estoy impaciente por empezar con esto, porque ya verás, que en cuanto lo tenga me voy a hacer amiga de todo el mundo, no solo de los de mi clase, me van a conocer en todo el insti y en todos los insti de la ciudad para empezar, después España y el mundo, a lo mejor me hago bloguera o algo de eso, usando otro nombre, eso sí, buscaré un nombre artístico y no te creas, que ya he pensado que para qué me sirve ser amiga de todos si ellos no saben quién soy, pero de momento es mejor así porque si no las matonas me sabotearían y lo utilizarían para putearme y seguir riéndose de mí.

¡Mira! Ya hay cigüeñas en San Cipriano. ¡Qué bonitas! Y les da igual que todavía haga frío, qué chulas, se ponen aquí en esta iglesia que tiene partes tan inclinadas que parece que se pueden caer ¿A ti no te da la sensación de que se van a ir al suelo? Ya, ya sé que no se cae, que las iglesias antiguas son más resistentes que las casas de ahora, pero no me dirás que no está inclinada y no me vengas ahora con que es un efecto óptico porque eso seguro que no. Bueno, lo que te estaba diciendo es que tendré el móvil el sábado pero no podré enseñártelo hasta el lunes porque este fin de semana mi padre quiere que me vaya con él, sí, a esquiar, creo que ha alquilado una casa rural cerca de Leitariegos por Las Viñas o algo así, eso dijo el otro día mi madre, aburridísimo, no por esquiar, que eso si me gusta, lo que pasa es que cuando se hace de noche nos encerramos en la casa y hala, hasta el día siguiente, ni tan siquiera salimos a cenar, me lo conozco de otras veces, si en vez de una casa fuéramos a algún hotel de la estación sería diferente, allí siempre puedes dar una vuelta aunque sea dentro del hotel. Espero que no se traiga a su novia porque no la trago, se pasa el tiempo intentando hacerse amiga mía o algo así, preguntándome cosas sin importancia o hablándome de moda, dice que un día tenemos que ir juntas de compras y le encanta y se ríe con cualquier cosa que le cuente, que es nada porque yo no le doy

conversación. Le pongo buena cara, pero no la soporto, me parece tan falsa, siempre tan maquillada, con los zapatos de tacón, los bolsos de Loewe y esas faldas que le marcan el culo, la verdad es que si mi madre piensa alguna vez en recuperar a mi padre, cosa que dudo por lo de «cochino mentiroso», ya puede ir olvidándolo, con esa no tiene nada que hacer, es mucho más joven y está muy buena, como dicen los chicos. Aunque pensándolo mejor, si me trae el móvil, mejor que venga ella también, así cuando terminemos de esquiar me deja tranquila y puedo ponerme a descargarme aplicaciones en la habitación, si es que tengo cobertura donde vamos.

Espera, por aquí no, vamos a ir por la otra calle, ahí está la academia de baile y no quiero que me vea nadie, es que me he quitado del ballet. ¿No lo sabías? No lo puedes saber porque no se lo he dicho a nadie todavía, estaba harta de los tutús, de las puntas. ¡Las putas puntas que te hacen polvo el dedo gordo! No te puedes imaginar lo que duele eso, otra cosa es la barra, venga barra, pierna para arriba y pierna para abajo, horrible. A mi madre lo que le encanta es ir cuando la academia organiza un festival, aparentar, charlar con las señoras y lucirse bien, pero si tuviera que bailar ella hace tiempo que lo habría dejado, cree que sigo yendo a las clases, dice que a ella le hubiera encantado hacer ballet cuando era pequeña, pero lo que hago es que me quedo dando una vuelta, por el parque de la Marina, por los Jardines de Barrón o por la plaza del Mercado, si hace mucho frío me traigo algo de los deberes en la mochila y me tomo una Coca-Cola en algún sitio mientras los hago, cuando se hace la hora de volver tomo un taxi y me voy a casa como siempre, meto la ropa en la lavadora y como si nada, pero se lo tengo que decir antes de que se entere por Carmen, la profesora, me inventaré algo para que no siga obligándome, que solo van niñas pequeñas y soy demasiado mayor, o le diré que me hago daño al saltar, no, que entonces es capaz de llevarme al médico para que me hagan radiografías, le diré que necesito estudiar más para el insti, como ella viene tarde en realidad no sabe si estudio más o menos, lo malo es que si traigo las notas de siempre no se lo va a creer, tonta no es, a lo mejor tengo que bajarlas un poco o suspender algún examen para que me deje quitarme, pero eso me traerá problemas, igual le da por ponerme un profesor particular o por apuntarme a clases de refuerzo y tampoco me hace ninguna gracia, lo que sé es que intentar razonar con ella y decirle que no quiero seguir no me va a servir de nada, es la dueña de mi vida, puede decidir por mí lo que quiera y no tengo derecho a abrir la boca,

casi como las matonas. Lo que intento decirte es si quiero hacerlo tendré que intentar ser más lista que ella porque a malas no tengo nada que hacer. Bueno, vamos a volver ya o se nos hará muy tarde, que desde aquí nos queda un rato, a ver qué pasa mañana cuando vuelva Carla al insti, casi mejor no pensarlo. ¿Para qué? Yo por si acaso intentaré que no me vea fuera de clase, no vaya a tener algo preparado, joder lo que me ha tocado con estas tías, vaya sufrimiento.

VII

Que la suerte es algo necesario para vivir una vida digna entra dentro de lo que cualquier persona puede aceptar, si bien el concepto suerte es algo complejo de admitir para muchos engraidos que se consideran autores de todos los beneficios que les ha proporcionado la vida, o para aquellos que adjudican a la religión y a la superstición todo lo que el azar provoca y escapa a su entendimiento.

Solo con pararse a pensar en qué méritos contrajeron tales individuos para nacer en el primer mundo a partir de la segunda mitad del siglo veinte debería bastarles para entender que simplemente nacer cuándo y dónde lo hacemos es suficiente maniobra de la suerte como para influir en el resto de nuestra existencia, eso ya es un primer golpe de suerte.

Ella tuvo un segundo cuando menos lo esperaba y más lo necesitaba, cuando empezaba a adentrarse en un callejón desolado del que podría no encontrar nunca la salida. Le sucedió, de repente, lo que jamás pensó que le pasaría; y en ese momento fue hábil, valiente, decidida. Aprovechó la oportunidad según los dictados de su efervescente razón. Sin pararse a meditar sobre la dignidad de su acción, cruzó una pequeña línea que hasta entonces se le antojaba un muro inexpugnable, dejando atrás la ética que le habían inculcado a lo largo de su corta vida y con la que, desde su punto de vista, no había obtenido grandes beneficios. Era el momento de cambiar las

cosas para siempre, de dejar de ser un peón para ser la reina.

Bajo una fina niebla de finales de febrero, cruzaba la ciudad a paso cansino en dirección al instituto. La temperatura no llegaba a diez grados, aunque subiría hasta convertir la mañana en apacible para los residentes en estas latitudes, en cuanto el sol insistiera en su labor. Caminaba imaginando otra jornada tensa, quizás aciaga, con suerte anodina, ideal para desarrollar las técnicas de camuflaje que practicaba desde hacía tiempo. Intentaba no padecer pensando en lo inevitable. Las cosas no habían evolucionado tan rápido como a ella le hubiera gustado; de hecho, prácticamente nada había cambiado y todas las esperanzas que depositó en su plan se habían mostrado irrelevantes. Le quedaba seguir aguantando o hacerlo saltar todo por los aires contándosele a su madre.

El chirrido estridente de un neumático derrapando sobre la escarcha la sacó de su ensimismamiento. Vio la moto deslizarse sin control unos metros sobre el asfalto húmedo hasta que colisionó bruscamente contra un vehículo estacionado en la bajada de San Martín. El choque fue rotundo. Del suelo se levantó, tras unos segundos, un hombre delgado sin daño aparente. Se tocaba la rodilla y el codo izquierdo doloridos por la caída. Llevaba el casco puesto y la ropa mostraba signos del arrastre; sin embargo, sus papeles quedaron esparcidos varios metros alrededor del lugar como confetis gigantes. Portaba un maletín y varias carpetas sujetas en el pequeño portaequipajes de la moto, que saltaron por los aires en el accidente. Silvia valoró un instante la opción de acercarse a socorrerlo, lo suficiente para entender que no era necesaria su presencia allí y que sería mejor seguir su camino si no pretendía llegar tarde a clase, pues varias personas rodeaban ya al conductor, interesándose por su salud. Se detuvo ante uno de los papeles que habían volado para no pisarlo. La agudeza visual de la juventud le permitió leerlo sin agacharse y aquellas pocas palabras la condujeron a identificar de inmediato al accidentado.

Era Wenceslao, su profesor de matemáticas, ahora rodeado por un numeroso grupo de viandantes y por el amedrentado y apesadumbrado dueño del coche, al que recriminaba gesticulando y con la voz en grito el mal estacionamiento del vehículo. En menos de un segundo tomó la decisión, sacó el móvil del bolsillo y fotografió el examen que tenía a sus pies, después pasó por encima del papel y continuó la marcha sin volver la vista atrás. Cuando llegó al instituto no comentó con nadie lo que acababa de suceder, ella no sabía nada, no había estado allí, ni tan siquiera había llegado por ese

camino. Se dirigió a su clase sin olvidar que, pese a lo acontecido, las matonas seguían allí, y pensando que a primera hora tenía clases de Matemáticas, seguro que se quedarían con el profesor de guardia perdiendo el tiempo una vez más.

Así fue: pasados diez minutos de la hora establecida para el inicio de las clases apareció Rubén, un profesor joven, de Educación Física, que este curso no les daba clase y que traía de cabeza a las alumnas de segundo de bachillerato. Les dijo que se pusieran a hacer deberes, a estudiar o que hicieran lo que quisieran, resumiendo, que estuvieran callados y no le dieran la lata durante el tiempo que iban a compartir. Esas condiciones previas le parecieron aceptables a todos y en el aula se instauró un suave murmullo que no llegaba a molestar. Cada uno hizo lo que le apeteció en ese momento. Ella sacó el móvil del bolsillo y comprobó si había fotografiado lo que creía, la inundó una ola de emoción, era exactamente lo que pensaba e incluso llevaba un encabezamiento escrito en un recuadro en el que figuraba el curso al que estaba destinado, al suyo, a 4B, tenía delante el examen de Matemáticas con dos días de antelación y con la posibilidad de pasarlo a toda la clase y dar un golpe de mano por fin. No obstante, no sabía cómo hacerlo. Hasta ese momento su soñado plan de propagación y control de las redes sociales debía considerarse un auténtico fracaso, apenas contaba con unos cuantos seguidores que, además, conocían su identidad y solo le proporcionaban muchas más burlas desde el ciberespacio. No acertaba colgando vídeos, nadie los compartía, ni *retuiteando* chistes, ni cómics, ni nada. O sus gustos estaban desfasados o la ignoraban por ser quien era. Seguía estando sola en ese nuevo e inmenso lugar que no sabía cómo controlar. Si quería triunfar, tendría que arriesgar bastante más de lo que lo había hecho hasta ahora, jugárselo todo a cara o cruz.

Su problema era la falta de seguidores y el anonimato; podría colgar el examen y nadie lo vería, sería dejar un diamante en mitad del desierto. Lo segundo se solucionaba fácil abriendo una nueva cuenta con un nombre menos aclaratorio que @silgaza (corazón solitario). En cuanto a tener más seguidores solo discurría una idea de cómo, mas le parecía un disparate y era consciente de que no sería capaz de hacerlo, quitarle el móvil a Andrea para copiar su lista de contactos y compartir el examen con todos los de su clase. Si a un metro de distancia ya se sentía intimidada por su presencia, acercarse y sacar el teléfono de la mochila o cogerlo de encima de la mesa le resultaba

imposible, máxime cuando después debía de hacerse con los contactos. Asistió al resto de las clases del día con la cabeza enredada en la planificación de la sustracción momentánea del móvil, contempló momentos, varios escenarios y maniobras de distracción sin que nada la convenciera. No lo haría, lo veía imposible. Ya descartaba la maniobra cuando se le ocurrió una solución: que alguien lo hiciera por ella, necesitaba un cómplice, un brazo ejecutor y sabía a quién recurrir.

Se llamaba Elías, aunque todos le llamaban Ely. Alumno de 4A, dos o tres años mayor que ella, multirrepetidor, con algunos tatuajes en el cuello, guapo, engreído, chulo, un poco cani y, lo más importante, la miraba fijamente desde que empezaron en el instituto, la saludaba sin conocerla e incluso en la fiesta de Halloween del año anterior se pasó toda la noche detrás de ella intentando ligar, algo novedoso y emocionante que no le había pasado nunca. Su experiencia con los chicos se reducía a un beso robado en el cine de verano en Motril. Elías era alto y musculoso, se notaba que pasaba muchas más horas con las pesas que con los libros, no tenía muy buena fama y lo habían expulsado alguna vez del centro. Él podía ser la solución, o quizás otro problema más. ¿Y si le decía que no? ¿Y si después se lo contaba todo a Andrea? Y si le contestaba que sí. ¿Qué le pediría a cambio? Pese a su viaje por la pubertad, Silvia ya sabía que nadie da algo sin esperar una compensación del tipo que sea, si lo que quería era el examen no existía ningún problema, si le pedía dinero sería más difícil, mas si no se trataba de una cantidad desmesurada también podría conseguirlo, todo indicaba que en el intercambio buscaría algo más personal. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a concederle? ¿Valía la pena arriesgarse? Quizás salir con él un sábado no fuera un precio muy elevado teniendo en cuenta que, por lo que contaban, era un chico muy divertido y con intentarlo no perdía nada. Lo buscó con la mirada entre la muchedumbre al terminar las clases y no lo encontró. Eran demasiados cuerpos ocupando todo el espacio y tapándole el campo de visión, si hubiera sido un poco más alta quizás lo hubiera conseguido, podría subirse a un banco un instante y mirar por encima de las cabezas de los demás, pero llamaría demasiado la atención, cosa que no le convenía en absoluto. Ante aquel problema pensó que lo más útil era salir cuanto antes del edificio: a campo abierto lo localizaría con mucha más facilidad, al menos eso deseaba.

Bajó las escaleras corriendo y atravesó el muro humano hasta llegar al

horrendo pórtico de hormigón que daba acceso al recinto. Allí se detuvo nada más pasar la puerta metálica pintada de gris que los mantenía recluidos durante las mañanas. Con la espalda apoyada en la pared exterior oteaba el horizonte intentando localizarlo. Era difícil, ni tan siquiera sabía qué ropa llevaba ese día y de lejos no presentaba muchas diferencias con los demás; pelo corto, moreno, la misma forma de vestir... Ya pensaba en abandonar su puesto de vigía cuando creyó identificarlo caminando por el parque. Era él, sin duda, acompañado por otros dos chicos. Se quedó quieta esperando a que definiera su trayectoria. Por el parque no era lógico continuar, los dúplex cerraban el paso dejándolo sin salida, estaría allí haciendo tiempo con sus colegas. Lo abordaría en otro momento, cuando estuviera solo y pudiera hablar. Nadie podía saber lo que se proponía.

Aguardó hasta que comprobó que se dirigía hacia la calle Vega, y entonces comenzó a seguirlo a cierta distancia, como había aprendido de las películas. Al cruzar la calle los vio despedirse chocándose las manos, sus dos amigos se dirigieron hacia la Bajada de San Martín y Ely entre los árboles continuó en dirección a la muralla, subiendo la leve cuesta hacia al Portillo de la Traición. «Ahora o nunca», se dijo, «es el momento». Apretó el paso tras él y le dio alcance un poco antes de atravesar la puerta de la muralla que sirviera de entrada al magnicida. Mientras llegaba hasta él decidió que no lo abordaría, dejaría que fuera él quien diera el primer paso. Estaba segura de que cuando la viera sola sería él quien tomaría la iniciática dirigiéndole la palabra, no se equivocó.

—¡Anda, si es la Puñetera! Y vaya prisa lleva. ¡Espera! ¿Dónde vas tan deprisa? ¿Se te escapa el autobús?

«La Puñetera». Desde luego no era así como le hubiera gustado que comenzara la conversación, aunque por lo poco que lo conocía tampoco se extrañó de aquella falta de delicadeza y siguió caminando sin hacerle caso, como si no lo hubiera oído. Ignorarlo fue una buena decisión.

—¡Silvia! ¡Silvia!

La cosa empezaba a mejorar, había funcionado. Dejó que la llamara unas pocas veces más y después se detuvo hasta que estuvieron a la par.

—Hola.

—Hola. ¿Qué haces por aquí? Tú siempre vas por otro sitio.

—Pues tampoco creo que tú hagas siempre este camino, pero no está mal cambiar de vez en cuando, aunque la verdad es que tengo tantas cosas que

hacer que he venido por aquí pensando en que era el camino más corto para volver a casa. Lo estaba cronometrando pero parándome contigo ya no me sirve el crono.

—Pues yo no tengo nada que hacer, seguro. Ya sabes que los repetidores vamos más relajados. Si quieres que te ayude en algo, estoy disponible para lo que quieras.

Para las últimas palabras usó un tono muy distante del que cualquiera usaría para la ocasión, insinuante, mostrando claramente sus intenciones para no dar lugar a equívocos. Justo lo que ella estaba esperando.

—No, no puedes... aunque quizás...

Se quedó callada y continuó andando, el anzuelo estaba en el agua y solo faltaba que el pez se lo tragara.

—¿Aunque... qué? —preguntó tan ansioso que a Silvia no le cupo duda de que había picado. Ahora tenía que recoger el carrete con cuidado para que no se le escapara, como le enseñaba su padre cuando se empeñaba en llevarla a pescar en verano.

—Nada, no es nada, un problemilla pero tú no creo que puedas hacer nada.

—Que sí, seguro, dime lo que es y no te arrepentirás.

—Prefiero no decírtelo. Además, te puedes meter en un buen lío si lo haces, y no quiero que te arrepientas. Es mejor que nadie tenga problemas por mi culpa, ya me las arreglaré.

Que ella lo tratara como a un cobarde era algo que no podía tolerar. Estaba poniendo en duda su valentía, su hombría. ¿Por quién lo había tomado? ¿Por un pijo o por uno de esos tipos raros disfrazados de negro? Los líos eran su especialidad, estaba doctorado en líos de todo tipo, sus padres no se atrevían a decirle nada, ya se las había visto con el director del instituto muchas veces, con los vecinos, con gente chungu, incluso con la policía, que le había pedido el carné en más de una ocasión. Seguro que sería una tontería lo que le podía pedir una chavala como ella. Decidió ponerse duro para erradicar las dudas.

—Venga, déjate de chorradas y dime a quién quieres que le parta la cara. Dime quién se ha metido contigo y lo haré muy a gusto sabiendo que es lo que tú quieres, seguro.

Ella se detuvo un momento, lo miró fingiendo que meditaba sus palabras y siguió andando dejándolo atrás. Debía de ser una buena actriz si quería que

él hiciera lo que le pidiera. También ese paso daría inicio a una relación de amistad, que ignoraba cómo iba a manejar. Así pues, no debía parecer que lo estaba deseando.

Atravesaba el parque que coloreaba el espacio entre el castillo y la catedral cuando sintió una mano fuerte que le atenazaba el brazo y le obligaba a pararse. Ely le cerró el paso.

—Venga, suéltalo ya. Te garantizo que no te vas a arrepentir.

VIII

¡Joder! Tiene gracia, tanto tiempo esperando que llegara el día y una vez que llega resulta que no estás aquí para echarme una mano.

Ya, ya sé que no fue culpa tuya y que tú no podías hacer nada, pero no me negarás que tengo mala suerte para algunas cosas. Bueno, ahora de qué vale lamentarse. Te cuento y a ver si la próxima vez no coges la gripe o lo que sea que hayas tenido. Pobrecita, no me hagas caso, encima de que te pones mala te echo la bronca.

Mi padre me trajo el teléfono, lo de los vómitos lo asustó muchísimo, tanto que a la semana siguiente, cuando ya estaba yendo a clase, le comió la oreja a mi madre de tal manera que no tuvo más remedio que llevarme al médico. ¡Al pediatra! Decía que hasta los dieciséis tengo que ir al pediatra, tenías que haberme visto en la sala de espera, parecía una profesora de guardería. El médico le dijo que no era nada, que tal vez hubiera sido un virus, lo cual aumentó la confianza de mi madre en sus diagnósticos, pero mi padre se ablandó y cuando llegó el fin de semana me trajo el teléfono, bueno, en realidad me dio una sorpresa, nos fuimos a la casa rural ésa que te había dicho, yo no tenía ninguna gana de ir, y encima no me dejó esquiar porque decía que estaba débil por la enfermedad. Él se fue con su novia y yo me quedé en la casa con un regalo sorpresa, por el tamaño de la caja solo podía ser un móvil o un libro y ya te puedes imaginar lo que era. No es iPhone 6,

pero no está mal: un Samsung Galaxy S5 que está muy guay y con una tarifa —según mi padre, que entiende de esto— súper económica, con muchos minutos para llamadas y muchos megas de Internet. La verdad es que yo a eso no le presté atención porque estaba flipada con el teléfono y porque me dijo que él se encargaba de pagar la línea. Se puso muy contento al ver mi cara cuando regresó y me dejó trastearlo toda la tarde, lo malo es que, en la casa rural, como me temía, no había cobertura, así que solo pude conectarme cuando íbamos a la estación a comer en algún restaurante. Por eso el fin de semana estuvo bien, pero no pude hacer nada.

El lunes por la tarde no aguantaba más, tenía que empezar a sacarle partido, y como tú no dabas señales de vida decidí hacerlo yo sola, pensé que para el primer día sería mejor un ordenador, por eso de que es más grande y se ve todo mucho mejor, le dije a Emilia que me iba contigo y me fui a un ciber, iba con un poco de miedo porque no sabía qué gente me encontraría allí, pero no tuve problemas, por cierto me cobraban dos euros por una hora. ¡Qué morro! A lo que iba, me metí en *Google*, tecleé «*Twitter*» y empecé a registrarme, parecía fácil, solo tenía que seguir los pasos, pero a medida que escribía tenía cada vez más dudas. ¿Debía poner mi nombre real? Lo dudé un poco y al final no lo puse, después me pedía mi cuenta de correo electrónico. ¡Y yo no tenía ninguna! Lo bien que me hubiera venido tenerte al lado, bueno, me metí entonces en *Hotmail* y me creé una cuenta, aquí sí que puse mi nombre de verdad, no sé, era como si me sintiera mal por no usarlo en *Twitter*, vaya paranoia, y cuando fui a ponerle el nombre a la cuenta no se podía porque ya estaba cogido, al final le puse mi nombre con el número cuarenta y siete que era el que me sugería, y vuelta a *Twitter* para poner el nombre de usuario, y ¿te puedes creer que no se me ocurría nada? Tanto tiempo pensando en esto y cuando llega el momento no tenía nada preparado, así que después de un rato de mirar la pantalla como una tonta puse @silgaza pero también estaba cogido, entonces le puse el cuarenta y siete igual que en *Hotmail*, «silgaza» por Silvia Galián y «za» por el sitio éste donde vivimos.

Qué tonta fui, me pareció que nadie sabría quién era y para más seguridad me llamé *Corazón Solitario*, pero me equivoqué. No te rías, le di a crear cuenta creyendo que empezaría a *twittear* y me salió una pantalla con un montón de fotos de chicos, de ciudades, nieve y un mensaje que me pedía que le contara cosas más. ¡Si mis cosas no le interesan a nadie!

En realidad, era una encuesta para saber lo que me interesaba y respondí

con sinceridad, venía marcada la casilla de cuentas populares y como no estaba segura de lo que era la dejé, luego puse la cruz en música, entretenimiento, tv y cine y cultura y literatura. No es que lea, pero así parecía alguien más interesante, me pareció que estaba bien y pulse continuar. La siguiente pantalla eran recomendaciones de páginas para que las siguiera, no sé para qué te cuento todo esto porque seguro que tú ya lo has hecho y lo sabes, pero me llamó la atención que hasta aquí hubiera que rellenar cosas, como los papeles, burocracia, bueno, entonces el ordenador empezó a parpadear y a decirme que se acababa el dinero. ¡Ya llevaba una hora y ni me había enterado! Le eché rápidamente otra moneda de dos euros para poder seguir y le di a seguir a los cuarenta que me proponía y continuar. Lo siguiente que me pedía era que subiera mis contactos de móvil pero yo tenía el móvil nuevo y no iba a subir el número de mi madre, el de Emilia, el de mi padre y el de su novia, porque no tenía otros, por eso miré un rato la pantalla y encontré abajo que ponía omitir este paso y por fin me dijo que estaba configurando mi *Twitter*, y entonces, cuando ya no sabía lo que hacer, me apareció una pantalla con la parte central llena de mensajes, yo le di a la barra para bajar esperando que eso acabara y pusiera algo más pero los mensajes no acababan nunca, y te juro que estuve un buen rato bajando, después me pasé por lo menos diez minutos mirando la pantalla sin hacer nada y me di cuenta que ponía que reenviara la confirmación, lo hice y de nuevo parada. Para matar el rato pasé el ratón por encima de todos los iconos que vi y por lo menos me enteré de unas cuantas cosas, luego pensé que lo importante era tener seguidores y como no tenía el *Twitter* de nadie que conociera pues no podía hacer nada, lo cerré y me fui a mi casa, desilusionada, si te digo la verdad, y echándote de menos.

Si hubieras estado allí habría sido más fácil, de todas formas, me fui pensando en pedirle a algunos de la clase su *Twitter* al día siguiente, y fue un desastre, no me atreví a pedírselo a los que creía amigos de las matonas, así que acabé el día con el de los cuatro frikis de la clase que aprovecharon para seguirme, pasarle mi dirección a los demás y burlarse todos de mí por lo de corazón solitario. Que si era una cursi, que si más sola tenía que estar, en fin, un éxito total como te puedes imaginar.

Luego llegó el miércoles, ese día fue el del accidente, ya sabes, me la jugué con Ely y resultó increíble, no estaba muy segura de hacerlo, pero cuando le conté lo que quería me dijo que eso estaba hecho, seguro, que dice

él siempre, se fue y a la mañana siguiente tenía todos los contactos de Andrea en su móvil. Fue guay, me contó que por la tarde salió a dar una vuelta por donde siempre salen ellas y le cogió el móvil sin que se enterara, dice que llevaba los contactos en la micro, yo no sabía qué era eso pero él me lo explicó, metió la tarjeta en su teléfono y copió todos los contactos y luego le devolvió el teléfono de la manera más tonta, diciéndole que se le había caído y él lo había recogido, y la muy lista se lo creyó. Yo estaba supercontenta, me pasó todos los números a mi móvil y se quedó conmigo ayudándome a descubrir quiénes eran de mi clase y quiénes no, la tía los tenía a casi todos.

Cuando le dije para qué los quería, me dijo que hiciera un grupo de *WhatsApp* y les pasara el examen a todos de golpe, aunque eso tenía una pega, aparecería mi número y podría buscarme muchos problemas. Nos quedamos mucho rato pensando qué hacer, en realidad creo que la que pensaba era yo, porque Ely solo decía chorradas para que me riera y me miraba el culo cuando me separaba un poco de él, se notaba que le gustaba mi ropa nueva pero de eso te cuento después que si no me voy a liar.

Bueno, pues no sé cómo le hablé de *Twitter* y me dijo que tenía la solución, no lo tomé en serio porque no hacía nada más que decir chorradas pero era verdad, me dijo que lo mejor era mandar un *WhatsApp* a todos diciéndoles que alguien me había pasado un *Twitter* donde estaba el examen, que se hicieran seguidores de ese *Twitter* y podrían verlo, la idea no estaba mal pero había unos cuantos que ya conocían mi *Twitter* y si esos colgados me habían reconocido me reconocerían todos, entonces me dijo que eso se solucionaba pronto, que me creara otra cuenta, que él me ayudaría y lo haríamos en un momento. Después, para que no pudiera entrar todo el mundo, pondríamos no sé qué cosa de privacidad de manera que tendría que autorizarlos para que pudieran ver el examen y al día siguiente podía quitarlo de mi *Twitter* y cambiar la privacidad para tener más seguidores si quería. Me pareció tan bueno que dudaba que aquello se pudiera hacer de verdad, y sí se podía, pero tenía un pequeño fallo, al mandarle el *wasap* aparecería mi número y al final se sabría quién estaba detrás de todo esto. Él se ofreció a mandar los *wasaps* desde su teléfono, dijo que le daba igual, no veas cómo controla Ely, los libros se le dan mal pero el *Twitter* lo controla de maravilla. Colgamos la foto del examen y estuvo intentando enseñarme, pero me quería explicar tantas cosas de golpe, y él que tampoco es que se explique muy bien, que al final no es que me enterara de mucho, bueno, ahora mi cuenta secreta

es, por favor no le digas a nadie que soy yo, @sinthemoon, *The Wizard of Sheba*, así, en inglés, bonito, ¿verdad? Esta vez se me ocurrió enseguida, como si lo llevara preparado. La verdad es que el nombre lo saqué de un disco de música clásica que llevaba mi padre en el coche, algo de la reina de Saba pero a mí me gustaba más la maga y eso puse, y fue mandar el *wasap* y empezar a llegar un montón de seguidores, los acepté a todos, incluso a las matonas, porque pensé que si no lo hacía a lo mejor sospechaban de mí y de todas formas iban a tener el examen porque alguien se lo pasaría, yo también me hice seguidora de mí misma, sí, con la cuenta corazón solitario, para que nadie sospechara, el resultado de todo ha sido que hemos aprobado veintiuno de veinticinco, es que hay algunos que ni dándole el examen, y muchos con buenas notas, yo saqué un diez, como es normal, pero ya sabes que siempre saco buenas notas pero otros sacaron un ocho o un nueve y no habían aprobado un examen de matemáticas en su vida, es un decir. Wenceslao estaba un poco mosqueado con tanta buena nota, menos mal que suspendieron cuatro que si no, no se lo traga.

Y de Ely qué voy a decirte, después de que me ayudara tanto no podía decirle que no a nada, me preguntó si podíamos vernos el sábado por la tarde para dar una vuelta, quedamos en el centro, yo no quería que se acercara a mi casa, por allí desentonaría mucho y si lo ve mi madre lo ficha, pues eso, quedamos en la plaza Mayor. Como quería ir por la calle de los Herreros, estábamos a un paso. Me puse lo más guay de lo que me había comprado, bueno, eso no te lo he contado.

Resulta que cuando mi madre me vio con el móvil nuevo fue como si le diera un ataque de celos, se volvió loca, mi padre me había hecho un regalo que me encantaba y ella no tenía nada más que la cena para darme, encima puré de verduras. El martes, sin decirme nada antes, me llevó a comprarme ropa a Valladolid, que no sé para qué, porque al final las tiendas a las que entramos eran las mismas que hay aquí solo que un poco más grandes, bueno, imagino que ella quería hacer algo especial y a mí me gustó, para qué te voy a decir otra cosa, fue una de esas pocas tardes en las que nos llevamos muy bien. No me echó ni una bronca y me dejó elegir a mí la ropa, yo al principio no sabía si iba a poder, pero, cuando vi que me decía que sí a todo no me corté un pelo, *leggings*, camisetas, botas y hasta una chupa, en eso fue en lo único que no estuvimos del todo de acuerdo, ella se empeñaba en un abrigo largo pero al final me dejó que hiciera lo que quisiera. Entramos en todas las

tiendas Zara, Mango, Stradivarius, Berska, Blanco, bueno, todas, y al final cuando creía que ya volvíamos a casa me llevó a cenar al McDonald's, ella que siempre dice que eso es comida basura y que si por ella fuera cerrarían todos los McDonald's de España. Es que es muy gracioso, tenía un sentimiento de culpa superior a sus fuerzas. A lo mejor pensaba que mi padre me estaba convenciendo para que me fuera a vivir con él y con su novia. Fue una sorpresa tras otra, y es difícil que ella me sorprenda porque te puedo asegurar que siempre sé lo que va a decir o lo que piensa. Creo que su imaginación la deja para los juicios, pero el martes era otra persona, y la cosa no quedó ahí porque luego llegó el momento de ponerme lo que había comprado y no estaba yo segura de que me dejara llevarlo al insti, pero no me dijo nada, bueno sí, me dijo que iba muy mona y yo aproveché para, al día siguiente, tirar a la basura unas cuantas cosas que estaba deseando perder de vista. No sé si ella se dio cuenta, pero no me dijo nada.

Bueno, a lo que iba, que empiezo a hablar y no paro, te estaba contando lo de Ely, pues quedamos por la plaza Mayor y nos fuimos para Los Herreros, entramos en un sitio que se llama La Bodeguilla, yo no había estado nunca porque parece para gente un poco mayor que nosotras, mayor que yo quiero decir, como iba con él nadie me dijo nada, la música estaba muy bien y me invitó a lo que quisiera aunque ya sabía que no bebo, él sí que se tomó varios chupitos pero yo pasé con una Coca-Cola toda la noche. La verdad es que pensé beberme algún chupito de esos, pero al final no lo hice, después estuvimos bailando, él estaba muy animado y yo no iba a estar me quieta, bailamos mucho rato, hasta que se hizo la hora de volver a casa. Entonces me acompañó, fuimos bajando hasta el río, que no veas el frío que hacía, y allí íbamos los dos uno al lado del otro, yo esperaba que hiciera algo, pero no se atrevió ni a cogerme la mano ni nada de eso, quién lo diría con lo chulo que es.

Al final, cuando llegamos a San Claudio le dije que se volviera y que me lo había pasado muy bien, entonces se acercó y me dio un beso, bueno nos dimos unos cuantos porque me gustó y lo dejé que siguiera. Me dijo que me llamaría al día siguiente para quedar, y lo hizo, pero no le cogí el teléfono, no sé, no quiero que crea que me tiene en el bote. Luego, cuando lo vi en el insti, le dije que tenía el móvil sin sonido y que no me había dado cuenta. Ahora se pasa los recreos cerca de mí, no se atreve a venir o a estar hablando conmigo, por los amigos, creo, pero siempre lo tengo a la vista, lo que me viene muy

bien, por las matonas, no es que hayan parado pero creo que si se pasan mucho él me ayudaría. Como ves, las cosas empiezan a ir bien, ahora tengo que hacer que la gente siga a *The Wizard of Sheba*, y sé muy bien cómo hacerlo.

IX

No lo hacían con disimulo, no se necesita disimular delante de aquellos a los que no se teme. La miraban con desdén y cuchicheaban a su paso, más por hacerse notar que con la intención de no ser oídos.

Algunos sacaban los móviles y comparaban, descaradamente arrogantes, la imagen de la pantalla con la que tenían delante. Aquello era un filón inagotable: la última semana habían aparecido unas fotografías suyas en *Twitter*, solo dos días, suficiente como para que fuera la protagonista indiscutible de los que viven con mayor intensidad la vida ajena que la propia. No deberían de haber llamado mucho la atención, lo hicieron, estaban tomadas desde lejos y ella aparecía con unas bolsas de basura camino del contenedor o ya echándolas dentro, una serie de instantáneas de diferentes días describiendo una tarea rutinaria y superflua, un quehacer doméstico que se lleva a cabo en todos los hogares. A pesar de lo insustancial de la situación hubo quien se apresuró a difundirlas como si fuera la cura contra el cáncer u otra información vital para la humanidad. Seguramente Carla o Andrea fueron las primeras, y, además, empezaron a hacer comentarios del tipo: «Ya te decía yo que era basura». «Basura llama a basura» y «Basura x basura= basura al cuadrado XD». Las fotos circularon por los móviles de casi todos los alumnos en cuestión de minutos; nada se detiene en Internet.

Silvia se dio cuenta de que algo raro pasaba: ya hacía varios días que las tandas de imágenes habían cesado; un miércoles durante el recreo, se sentó en el suelo del patio para comerse el bocadillo que lucía como un trofeo después de haber luchado con su madre para que dejara de ponerle *tuppers* con fruta. Buscaba el sol tibio de la mañana como antídoto al viento gélido y apoyó la espalda contra la pared. Tenía los ojos entornados, a ratos cerrados para evitar la incomodidad de la luz excesiva. Una sombra rauda pasó por delante y cuando ella abrió los ojos descubrió que alguien había dejado varios papeles a sus pies. No le dio mayor importancia y continuó comiéndose el bocadillo. El siguiente compañero no tuvo ni tan siquiera la delicadeza de esperar a que cerrara de nuevo los ojos: desde un par de metros de distancia le lanzó una bola de papel de aluminio, una piel de plátano y el cartón de un zumo que se había bebido. ¿Qué era aquello? ¿A qué estaban jugando? Fue el pistoletazo de salida. Antes de que sonara el timbre para volver a las clases, estaba rodeada de papeles, plásticos, botellas y todo tipo de envases y embalajes caídos de todas partes, como si alguien hubiera vaciado las papeleras a su alrededor. Se levantó con la intención de alejarse de allí cuando oyó que la llamaban antes de que le diera tiempo a marcharse. Era Pablo Sánchez, el profesor de Biología que se encontraba de guardia.

—¡Silvia! ¿Se puede saber qué has hecho? Has llenado la pista de basura. ¿No has oído hablar de las papeleras?

Convencerle de que ella no había tenido nada que ver y de que en realidad era la víctima de todo aquello no fue tarea fácil, aunque en realidad no debía de serlo, porque ¿cómo iba una sola persona a generar tantos desperdicios? En esos momentos su carácter era más agrio de lo habitual y no atendía a explicaciones. Más difícil incluso fue hacerle comprender lo injusto que resultaría tener que recoger aquel pequeño vertedero cuando ella había sido la víctima de una broma pesada. Todos los esfuerzos en ese sentido fueron inútiles y solo consiguió no efectuar el trabajo de recogida en solitario. Tuvo que esperar allí a que llegaran los limpiadores del instituto y ayudarles a recoger.

Por desgracia para ella, la humillación iba en aumento. Cuando entró a la clase de Sociales el profesor indagó sobre su retraso provocando la carcajada general. Al ver la reacción de la clase, dejó pasar el asunto y se dispuso a comenzar. Sergio, un compañero casi amigo, la cogió de la muñeca y le mostró su móvil, en él aparecía una foto tomada unos minutos antes, era

Silvia sentada al sol rodeada de basura con un título: La basurera. No tuvo nada más que levantar la mirada para darse cuenta de que de los ojos del resto de compañeros estaban clavados en ella esperando una reacción. Bajó la vista al suelo, como si temiera tropezar con algo, y fue a sentarse en uno de los pocos lugares que quedaban vacíos. El murmullo y las risas *sottovoce* ocupaban todo el espacio del aula. En cuanto estuvo acomodada, su compañera ocasional, una chica con la que apenas se trataba y que en la mayoría de las ocasiones no formaba parte de la burla colectiva, le dijo al oído:

—Esto no es nada, ya verás cuando la pase por el *Photoshop* lo bien que te voy a dejar, vas a ser la reina de la basura, con corona y todo.

Aquel linchamiento hubiera derrotado a cualquier persona, todos unidos para atacar al más débil aprovechando la impunidad que ofrece la multitud, señalando al indefenso, como animales que cazan en manada, acorralando a su presa hasta que se entrega. Aquella condena sin juicio, sin delito, hubiera acabado con las esperanzas de supervivencia de quien estuviera en el punto de mira de las hordas sedientas de sangre.

Sin embargo, la víctima era, por el momento, mucho más fuerte de lo que cabía esperar, aguantaba la carga y se levantaba, indemne en apariencia, una y otra vez. Encajaba como un mal boxeador que se pone en pie noqueado, impulsado por la necesidad de no rendirse aun sabiendo que el próximo golpe será, todavía, más contundente, empujado por la ilusión de un acontecimiento maravilloso que ponga fin a la tortura. De esa pasta parecía estar hecha la muchacha menuda objeto de escarnio, erguida en su asiento, como un pajarito sobre la rama de un árbol, miraba al frente con los cinco sentidos puestos en lo que acontecía a su alrededor sin pensar en nada que no fuera sobrevivir y temiendo el día en que su rama se quebrara y todo se viniera abajo.

La voz imperiosa del profesor apagó los comentarios y pospuso la tragicomedia para más adelante. Fue un bálsamo para Silvia, consciente de que, mientras el humor del docente continuara por esos derroteros, nadie se atrevería a volver a cruzar la raya. Serían minutos de descanso, de calma hasta que volviera a sonar el timbre. Disponía de un rato para decidir qué hacer. Pensó que saldría de la clase bajo su paraguas protector, le preguntaría cualquier cosa relacionada con la asignatura cuando fuera a acabar la clase y continuaría la conversación por el pasillo interesándose por sus respuestas.

Después podría buscar a Ely y quedar con él para cuando terminara la jornada, solo quedaba una hora más, así se garantizaba que nadie la acosaría de regreso a casa.

Cuando llegó el momento se le quedó la mente en blanco y no supo cómo iniciar una conversación. No le importó, se levantó de su silla y se pegó a él como si fuera su guardaespaldas, si bien en realidad era al revés. Caminó un metro detrás, recorriendo pasillos, hasta que encontró el lugar idóneo para continuar su camino, se separó del profesor y empezó a subir las escaleras casi a la carrera. Al levantar la mirada lo encontró, como si le hubiera leído el pensamiento. Ely estaba allí, oteando el horizonte, mirándola, y ella le dedicó a su salvador la mejor de sus sonrisas. Se acercó lo justo para esquivar el beso que le dirigía a los labios y poner la cara en su lugar. Él no pareció molestarse.

—¿Nos vemos luego?

—Seguro, lo que tú quieras.

—Tengo Tecnología. ¿Me esperas en la puerta del aula?

—Por supuesto, pero ¿qué te pasa? Y no me digas que nada porque no me tienes acostumbrado a venir a buscarme, aunque si quieres venir todos los días, a mí no me molesta.

—¿Y quién te ha dicho que he venido a buscarte? Serás creído... Me voy que llego tarde, nos vemos luego.

El regreso estaba asegurado, con él a su lado nadie se atrevería, pero la fiesta a su costa en la clase continuaba. De nuevo Sergio le mostró los avances que habían efectuado sus compañeros: una serie de fotografías enlazadas como si fueran viñetas de un dibujante. En las dos primeras se la veía transportando la basura y en la última, sentada con las inmundicias alrededor. Debajo, un pequeño texto que preguntaba: «¿Qué hace la Puñetera con la basura? Se la come».

La sonrisa en la cara de aquel chico era lo más estúpido que había visto en su vida. La miraba y sonreía. ¿Qué esperaba? ¿Que se riera ella también?

—No tiene gracia —le dijo y se fue a buscar un lugar donde sentarse.

La clase de Tecnología fue tan aburrida como de costumbre. El profesor puso un vídeo del programa de Discovery Max: *Cómo lo hacen*, sobre la fabricación de fibra óptica para Internet, y a su finalización habló sobre los cables submarinos que cruzan el Atlántico, hasta que llegó el momento de marcharse.

La falta de motivación del tutor era aplaudida en silencio por la mayoría de los alumnos, que solo deseaban vegetar tranquilamente sin que nadie le molestara. Esos vídeos suponían cuarenta y cinco minutos de paz. La mayoría ni tan siquiera prestaba atención a la televisión, tenían la cabeza agachada mirando la pantalla de su teléfono móvil. Al profesor le daba igual, teniendo en cuenta los meses que le quedaban para retirarse, ni tan siquiera un año, siempre y cuando no armaran jaleo.

A la única que no le daba igual era a Silvia. Se imaginaba los cerebros de los demás trabajando al cien por cien y en equipo, cosa que no harían para ningún otro proyecto, con sus fotografías, trucándolas, combinándolas con otras, retocándolas, agregándoles frases mordaces y ofensivas que provocaran la hilaridad a todo el que las viera. Las estarían compartiendo como locos. Seguro que todo el instituto tendría ya a «la basurera» en su tarjeta micro.

Al salir del aula encontró a Ely esperándola:

—Ya sé lo que te pasa.

—¿A ti también te han llegado?

—Claro, las tiene todo el mundo.

—¿Y te hacen gracia?

En sus ojos descubrió que estaba dolida, no había que ser ningún genio para darse cuenta. Comenzaron a caminar en silencio buscando la salida. Antes de llegar a la calle él la cogió de la mano.

—¿Sabes quién las ha hecho?

—Sí y no, puede ser cualquiera. ¿Qué más da? ¿Te parece que lo hace alguien que me tiene manía? Son todos, se divierten riéndose de mí. Soy su piñata y me golpean con alegría. Vienen todos los días esperando encontrarme para joderme. ¡Cómo odio este instituto de mierda!

Ely la miraba sorprendido. Sabía que un grupo de chicas se pasaba con ella. Sin embargo, era la primera vez que la veía afectada. Siempre le había parecido que podía con todo, que no le importaba lo que dijeran los demás. Pensaba que la conocía mejor y verla tan deprimida le hizo sentirse mal.

—Si tú quieres me entero de quién lo ha hecho y le ajusto las cuentas, seguro, no me va a costar nada dar con él o con ella y cuando lo encuentre...

Silvia le dedicó una triste sonrisa.

—No, déjalo. ¿Qué vas a hacer si consigues localizarlo? ¿Amenazarle? ¿Pegarle? Lo único que conseguirás será meterte en líos otra vez y te expulsarán de aquí, y quizá definitivamente. Muchas gracias, pero no, no vale

la pena. No te preocupes, ahora me siento mal, pero ya se me pasará. Dentro de unas horas nos reiremos de esto.

—Déjame que lo haga, no me gusta verte así, te prometo que cuando encuentre al de las fotos te diré quién es y haré lo que tú quieras, seguro.

—No lo entiendes, no es una persona, son todos, al principio eran dos, tres, pero ahora son como una banda que se divierte yendo a por mí. Encontrarás a éste y mañana será otro y si lo encuentras, otro le seguirá, siempre habrá alguien que ocupe su lugar, siempre hay alguien dispuesto a aprovecharse del más débil.

X

Ya tengo casi mil *followers*. ¿Se dice así? ¡Casi mil! Es una pasada, todos los días tengo seguidores nuevos. A muchos ni los conozco, por supuesto, porque no son del instituto, ni tan siquiera de aquí, me siguen porque sí y yo no bloqueo a nadie.

Cuando colgué el examen empezó todo a cambiar, y gracias a Ely aprendí un montón sobre *Twitter*, y ahora no hay quien me pare. A este ritmo estaré en mil quinientos en dos o tres semanas. Aunque no veas lo que me está costando, de verdad, no te lo puedes imaginar, y luego está la pega de que nadie sabe que soy yo; al contrario, ni se imaginan quién hay detrás de @hipsterlapuñetera. Es como si el inventor de una cosa muy importante, de la vacuna contra el cáncer o algo así, no pudiera decir que la ha inventado él, y eso no mola. ¡Tanto esfuerzo para seguir siendo «La puñetera»! Pero algún día descubriré quién soy. Cuando todos estén enganchados y me necesiten, lo haré.

¿Sabes? Tengo que darte una noticia increíble, lo que nunca te esperarías, tampoco me lo esperaba yo. Mi madre me ha regalado una Tablet, yo creo que sigue con miedo a que me vaya con mi padre, o está celosa, o se ha echado un novio o yo que sé, el caso es que una noche llegó muy contenta y me dio una bolsa de El Corte Inglés, me dijo que era un regalo por las

buenas notas y que lo usara con moderación, eso lo dice siempre, cuando abrí la caja que había dentro me encontré una Tablet de diez pulgadas, ella estaba esperando mi reacción y la abracé y le di unos cuantos besos. Después, como era de una marca que no conocía, la busqué en Internet y ponía que era de las mejores, fíjate ahora tengo móvil y Tablet. ¿Quién me lo iba a decir hace unas semanas? Puedo navegar en Internet cuando quiera. De todas formas, no te creas que soy tonta, desde mi casa no uso nunca la cuenta, entro en ella como un *follower* más, pero si tengo que decir o colgar algo me voy al ciber, cada día a uno diferente, e intento no ir todos los días, porque le pregunté a Ely si se puede saber desde qué ordenador se suben las cosas y localizarlo y me dijo que sí, que hay programas para rastrear las *ipés*, que no sé lo que son, y es muy fácil de hacer, además en *YouTube* se pueden encontrar tutoriales para hacerlo. El problema es que a veces no tengo nada para poner y me da miedo que dejen de seguirme, se pasan dos o tres días y nada, entonces me estrujo la cabeza pensando qué hacer, porque no me gusta *retuitear* cosas de otros, aunque si no me queda más remedio lo hago.

Creo que me voy a llevar una grabadora que tengo al insti, la grabadora es de mi madre, ella ya no la usa, me parece que es buena y graba en mp3 directamente. Es que grabar con el móvil es un rollo, no es rápido de poner. Con la grabadora solo tengo que darle a un botón y puedo llevarla dentro de la mochila si la dejo abierta; así podría grabar lo que dice la gente y a lo mejor encuentro algo interesante que colgar si soy capaz de manejarme con los archivos de sonido de la grabadora. Seguro que sí, y si veo que no puedo te pediré ayuda, a ti o a él, al que encuentre más cerca que será él porque tú no sé dónde te metes que cada vez eres más difícil de ver, no estudies tanto y sal un poco más que no te vas a morir si en vez de un diez sacas un nueve con cinco.

¿Qué te parece si nos vamos para la estación? La del tren, sí, ya sé que está un poco lejos, pero es que no quiero entrar a ningún sitio y si nos quedamos por aquí, paradas, al final nos dará frío. Además, ya sabes que me gustan muchísimo los trenes, a veces le digo a mi madre que quiero ser conductora de tren. Cuando me escucha decir estas cosas parece que le va a dar un infarto. Me dice que esas ocurrencias son solo para molestarla, pero no es verdad. Imagino que me voy sola en uno sin ningún destino, siempre viajando de un lugar a otro, sin bajarme, mirando por las ventanas grandes de la locomotora todo el día, viendo el sol y el campo pasar a la carrera, las

nubes y la gente que mira el tren como si no lo hubieran visto nunca en su vida, lo miran con envidia por no estar alejándose de allí, por no poder escapar, eso es el tren para mí, escapar. No te creas que estoy loca, eso debe ser maravilloso, piénsalo bien, sin insti, sin mamá, sin nadie que me diga «la Puñetera», sin prisa, sin un lugar al que llegar. Bueno, a lo mejor me cansaba pronto de ir siempre de un lado a otro, pero como es algo que no puedo comprobar pienso que estaría guay, soñar es gratis.

Te decía que como los temas para colgar se me van acabando, he pensado varias cosas. Hacerle algunas fotos a la gente de la clase sin que se den cuenta y si sale alguna graciosa, colgarla con algún comentario divertido, lo malo de esto es que si alguien denuncia pueden cerrarme el *Twitter* y sí, a las matonas también, sobre todo a ellas porque ya me tienen harta, parece que su única misión en la vida es hacer la mía imposible, no estaría mal que ellas probaran su propia medicina y supieran lo que se siente cuando todo el mundo se ríe de ti. En fin, será mejor que hablemos de otra cosa, porque estar contigo es lo mejor que me pasa algunos días y no quiero fastidiarlo contándote siempre mis penas.

¿Te has dado cuenta de que me ha crecido mucho el pelo? Me voy a dejar una melena impresionante, ya verás, no me la pienso cortar hasta que me llegue a la cintura, aunque es un rollo peinarse, y cuando llegue solo recortes y a lo mejor me la tinto de rubio. Creo que voy a estar mucho mejor con el pelo largo.

Te voy a contar una victoria, entre comillas, pero una victoria. Mi madre se ha enterado de que hace tiempo que ya no voy al ballet, la llamó la profesora para saber qué me pasaba y, claro, se enteró de todo. Al principio estaba un poco enfadada y empezó a echarme el sermón. Que si la había engañado, que no se esperaba eso de mí y yo no sé cómo me atreví, pero le dije que no quería ir más, le expliqué el daño que me hacían las puntas y que era la mayor de todas y me sentía extraña y todas las excusas que se me ocurrieron y que si no se lo había dicho es porque ella nunca me deja decidir. Esperaba una bronca de las que hacen historia cuando terminé, pero al final no le ha dado demasiada importancia, de verdad que está muy rara, algo le pasa que no me ha dicho.

El caso es que me dijo que hiciera lo que quisiera, que ya era mayorcita y que ella no iba a intervenir en las cosas que no fueran verdaderamente importantes. ¿Te lo puedes creer? ¡Ella que parece la CIA, siempre

controlándolo todo! Siguió hablando un poco más sobre lo importante que era el insti, que pensara qué iba a hacer con mi vida y todas esas cosas trascendentales que suelta como si estuviera hablando delante de un juez. Mencionó el futuro, la universidad, la importancia de no depender del dinero de un hombre. Yo puse la cara seria de las ocasiones importantes y no volví a abrir la boca, no era cuestión de decir algo y estropearlo todo. Cuando terminó le dije que lo del ballet lo había pensado mucho y que prefería apuntarme a un gimnasio a ver si crecía un poco más.

No me mires así. ¿Qué querías que dijera? Si no me apunto a un gimnasio, me preguntará a dónde voy cada día que salga y necesito tener libertad para moverme, para quedar con Ely, contigo y para ir al ciber a subir cosas a *Twitter*. Sabiendo que voy a hacer deporte, dejará de interesarse en lo que hago por las tardes, siempre que siga con las mismas notas y que no la llame el monitor para decirle que tampoco voy. Aunque eso ya tengo claro cómo solucionarlo, me inscribiré en un combinado de zumba y musculación dos días a la semana, ya he preguntado en varios sitios, pero a ella le diré que iré los cinco días, así si de vez en cuando falto los del gimnasio no se extrañaran y podré salir todos los días, unos contigo, otros al ciber, otros al gimnasio. Preguntará los primeros días qué tal me ha ido, si tengo agujetas o cosas así, luego se conformará con saber que estoy allí. ¡Si incluso le pareció una buena idea! Eso significa libertad absoluta por las tardes.

Ven, vamos por aquí, por la plaza de toros y luego por la calle Libertad, eso sí que es un buen nombre, optimista, no como la calle Amargura, donde viven mis abuelos, o la calle Misericordia. La verdad es que hay cada nombre... ¿Sabes que hay una calle que se llama Mataburros y otra que se llama Muela Quebrada? Y Carniceros, la Manteca, Barriomojado. ¿Cómo lo sé? Muy fácil, me he aburrido tanto durante tanto tiempo que me entretenía mirando los nombres de las calles en una guía de teléfonos vieja que hay por mi casa, de esas que daban antes de Internet. Miraba cuál era el apellido más común, que es García, no te creas que aquí tenemos algo especial, del más raro no me acuerdo, qué más da, no era nada más que otra forma de perder el tiempo cuando no tenía móvil ni me dejaban ver la tele, eran tardes interminables.

Ya llegamos, no me digas que no es bonita, compárala con lo que nos rodea, edificios modernos, vulgares, pintados de los mismos tonos marrones u ocres, sin personalidad, y si la miras a ella es otra cosa, la piedra, el reloj,

los adornos encima de las ventanas que no sé cómo se llaman, esa especie de barandillas, que tampoco se llamarán así, bueno qué sé yo, no soy una experta en arquitectura ni en arte aunque muchas veces me gustaría haber prestado más atención cuando nos han explicado algo de eso. Cuando era muy pequeña, antes de los atentados en los trenes, mi padre me traía muchas veces a la estación, a él también le gustan mucho, y a veces nos dejaban montar mientras lo limpiaban y recuerdo una vez que estuvimos sentados con el revisor durante la maniobra que hizo el tren. Ahora sería imposible, hay unas barreras que no te permiten llegar a los trenes ni a las vías, le han quitado todo el encanto.

Vamos a tomar algo, te invito que aún tengo dinero del que me dio mi padre. Te voy a contar mi plan, como te he dicho antes, voy a hacer algo para aumentar los *followers*, se me está ocurriendo fotografiar a los profesores o grabar alguna de sus clases y subirlas luego, lo pensaré porque si me pillan me voy a meter en un buen lío, aunque si sigo teniendo cuidado y utilizo ordenadores diferentes no creo que me cojan, le preguntaré a Ely. ¿Te parece bien aquí? Yo quiero una Coca-Cola. ¿Tú otra? Por cierto, con Ely me va muy bien, no te extrañes, ya sé que tiene fama de chungo y que puede ser muy borde, pero a mí me trata fenomenal. En el insti hacemos como que no pasa nada, por él y por mí, creo que a sus amigos les parezco una cría y a mí tampoco me apetece estar con ellos y también es mejor que nadie de mi clase lo sepa, sería un motivo más para meterse conmigo.

Lo que te decía, los fines de semana quedamos siempre, si mi madre está en plan dictador salimos por la tarde y le digo que voy al cine contigo, a veces es verdad que vamos, no que voy contigo, y otras veces nos vamos por ahí, a parques o a sitios tranquilos, y si mi madre está en modo «no me molestes» salgo por la noche y nos vamos de bares, donde él elija, eso sí, volviendo a las once. La verdad es que lo del cine tiene su gracia porque vaya o no vaya tengo que aprenderme de qué va la peli leyéndolo en un periódico, por si a mi madre se le ocurre preguntarme, si no voy no me queda otro remedio y si voy, Ely está deseando que apaguen la luz para empezar a besarme y a meterme mano. Pide las butacas más retiradas, arriba en una esquina, y cuando empieza la película es como si dieran la salida de una carrera, no me quejo, me gusta y no veas cómo me pone, pero alguna vez lo he tenido que parar y decirle que se dedique a comer palomitas hasta que se tranquilice. No creas que se enfada, se ríe y se toma un descanso para

empezar otra vez en un rato. Ya me ha propuesto que vayamos a pasar la tarde a casa de su abuela, yo sé lo que quiere y que allí no vive nadie y le he dicho que no, no quiero parecer una chica demasiado fácil, llevamos muy poco tiempo saliendo, de todas formas, nunca se toma a mal que le diga que no. Si no fuera por él, y por ti, no sé cómo iba a resistir a las matonas y a todo el insti.

XI

¿Dónde se halla la línea que divide lo permitido de lo prohibido? ¿Qué nos marca hasta dónde podemos llegar? ¿El instinto? ¿La moral? ¿Unos elementales principios éticos?

La línea más clara que señala el límite es el código penal. Eso lo sabía Silvia desde que tenía uso de razón, con la madre que le había tocado no podía ser de otra manera. Mas conocía también que se trataba solo de una idea, de la teoría. La práctica del día a día le decía que la verdad era bien distinta: los jueces no están para atender nimiedades.

Existen muchas maneras de cruzar la raya con impunidad, múltiples formas de invadir, de incordiar, de molestar, de hacer daño a alguien y volver al otro lado sin haber tenido que pagar un mínimo arancel por la tropelía cometida. La manera de reclamar el pago, obtener una mínima satisfacción que impida la repetición de la ofensa y avise a navegantes de la ausencia de impunidad es tan costosa para el agredido que renuncia a recibirla de antemano aun a costa de continuar en el punto de mira de desaprensivos. Y la línea que marca el respeto a su persona se difumina como el borde del horizonte cada vez que rehúsa a reclamar sus derechos. Esa era su realidad, no existía ningún límite visible que la protegiese, compañeros, conocidos, desconocidos y agregados se mofaban de ella sin ningún tipo de remordimientos. La turba confunde el entendimiento de aquellos que se comportarían de otra manera, al margen de sus normas, convirtiéndolos en

seres sin capacidad de decisión propia. Siguen al líder que les proporciona seguridad y se esconden en el anonimato que les garantiza la multitud enfervorizada.

Miraba a su interior y se veía en el centro de un laberinto, rodeada de enormes setos de cipreses que impedían el paso a la luz del sol. En la umbría gélida miraba a su alrededor, caminos sin destino, infinidad de salidas probables y solo una posible, quizás la que ella había elegido, tal vez no. ¿En qué dirección debía marchar? ¿En la misma que había emprendido o estaba a tiempo de cambiar el rumbo? Preguntas que muchas mañanas bailaban en su cabeza mientras ella, sentada en el borde de la cama con el pijama todavía puesto, salía del sueño e intentaba imaginarse un nuevo día, más plácido y calmado que los anteriores, en el que dejara de llevar una diana pintada en la espalda, en el que no sintiera el agobio de ser acosada y pudiera encontrar caras amables a las que mirar, sonrisas, abrazos, palabras en vez de insultos, saludos en lugar de exabruptos. No era pedir demasiado, se decía, quizás hoy fuera ese día y el pasado una pesadilla que olvidaría en cuanto el aire frío de la mañana le acariciara la cara. A veces las cosas cambian sin que uno haya hecho nada para ello, porque sí. De sueños también se vive.

Se vistió despacio mirándose en el espejo. A lo lejos la voz insistente de su madre la conminaba a bajar. No se inmutaba, cada día era la misma rutina, sin prisa, le sobraba tiempo. Si bajaba rápido a la cocina le tocaría escuchar las noticias de la radio, si tardaba un poco más empezarían a ganar intensidad las voces de su madre. Eligió la última ropa de su armario, prendas caras, de marca, obtenidas aprovechando el buen carácter reciente de sus padres y favorecida por la competencia entre ellos durante las últimas semanas. Una carrera por sus favores, como si ella fuera una niña pequeña que se pudiera comprar con regalos. Hacía tiempo que no era así, pero no le importaba; al contrario, le encantaba que hubiera personas luchando por ser de su agrado. Ya vestida metió los libros en la mochila y bajó las escaleras con la pereza de quien todavía no está en el mundo de los vivos.

Al llegar a la cocina reconoció la rotunda voz de hombre que llenaba el espacio pugnando con el olor a café. La odiosa radio, siempre presente, en ese instante rememoraba el segundo aniversario del suicidio de una muchacha de catorce años víctima de acoso escolar. ¡Qué locura! Eso no le pasaría nunca a ella, no permitiría que la llevaran hasta ese punto de desesperación; antes las denunciaría, se lo diría a su madre y ella sabría lo

que hacer; o se haría de respetar, entablaría una guerra a muerte contra las matonas. Ely le ayudaría a acabar con ellas; o mejor todavía, se marcharía de su casa y de esa ciudad pequeña, donde tanto sufría, a un lugar donde nadie la conociera, a Madrid, a Barcelona. No lo diría, desaparecería sin más y no se comunicaría con nadie, sería empezar de nuevo, romper con el pasado, conocer gente nueva en el lugar que ella eligiera. Su madre interrumpió sus pensamientos. Sonriente, le apremiaba a que saliera ya, o iba a llegar tarde. Silvia obedeció al instante, dejando en su retina aquella sonrisa perfecta. Ya se había maquillado, estaba más guapa de lo habitual, y más feliz. ¿Qué le pasaría? Pertrechada contra el frío del invierno, se disponía a emprender el camino del instituto cuando el móvil vibró en el bolsillo del pantalón. Lo ignoró, si lo sacaba para mirarlo lloverían las preguntas. ¿Quién es? ¿Qué pasa? ¿Qué quiere?... Se despidió. Extrañamente, su madre todavía no se había marchado al trabajo, y salió sintiendo el acentuado descenso térmico pese a la indumentaria casi polar.

Cuando se hubo alejado unos cientos de metros, transitando ya por calles fuera del campo de visión materno, comprobó el *wasap* que le había llegado. Era Ely: «*Tspero en l Pta d Santa Colomba XD*». Se extrañó del lugar de la cita, un poco apartado y a la sombra de la muralla del castillo. Se congelarían a aquella hora. Sin dudar lo cambió el rumbo para dirigirse al encuentro. El sol de la mañana iluminaba el cimborrio de la catedral arrancándole reflejos multicolores. Entraba por casi la mitad de sus dieciséis ventanas proporcionando luz natural al recinto sagrado, creando un ambiente de recogimiento y misticismo. Para Silvia no era más que un adorno, una cúpula bonita que había visto tantas veces que no le llamaba nada la atención. Además, la religión era un tema olvidado. Iglesias y lugares de culto no contaban con su presencia desde poco después de tomar la primera comunión.

Contestó el mensaje: «voy volando». Y apresuró la marcha. No quería llegar tarde y estropear el buen humor reinante en las pocas horas transcurridas de día, que al menos prometía avanzar sin demasiados sobresaltos. Sus presagios climáticos se cumplieron, aunque a Ely no parecía importarle. La esperaba de pie, junto a la muralla, serio, con su entrecejo depilado fruncido, hablando solo. «Está enfadado», pensó Silvia. Llegó hasta él y, poniéndose de puntillas, depositó un suave beso en sus labios.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanta prisa?

—¿Aún no lo sabes? ¿No te lo imaginas? Mira lo que te mando, a ver qué te parece. No te va a gustar nada.

Sacó su móvil y le envió unas fotos por *WhatsApp*. En unos segundos la vibración la avisó de que ya estaban allí. Las fue abriendo una por una sin decir palabra. Eran fotos de ella, tomadas desde una ventana de su dormitorio a través del cristal. Se le veía con una sudadera gris en la primera, en la segunda estaba quitándose y en las siguientes seguía el proceso de desvestirse hasta que solo llevaba puesta la ropa interior. La cámara disparó desde un solo punto. Sin embargo, al moverse ella salía en diferentes ángulos, de frente, de perfil, de espaldas, algunas estaban movidas, otras eran nítidas.

En total, diez fotos que en aquellos instantes ya tendría todo el instituto y probablemente cientos de personas en las redes sociales, quizás miles de ojos se posaban ahora en su cuerpo deseándola o vituperándola. No dijo nada, las pasó varias veces observándolas con detenimiento. En la última estaba de espaldas, poniendo un libro en un estante. Aquella escena contribuyó a fijar en su mente con exactitud el día y el momento en el que habían sido tomadas las instantáneas. Cuando terminó de verlas, guardó el teléfono en el bolsillo y lo miró con honda tristeza.

—No puedes seguir así. Tienes, tenemos que hacer algo ya. Ahora mismo los móviles echarán humo en el insti. Estarán todos esperándote para reírse de ti, te va a caer una que no te lo imaginas. ¡Silvia! Mírame. ¿Me oyes? Piensa, esto se tiene que acabar. Si no lo detenemos de una vez, cuando queramos hacerlo será tarde... —Ella lo escuchaba en silencio, y sin decir una palabra comenzó a caminar junto a la sólida muralla—. No vayas al insti hoy, o mejor en unos días, deja que pase todo, que se cansen de mirar las fotos, que se aburran de criticarte. Seguro que la semana que viene ya no es novedad y se habrán olvidado de ti. Pasará algo gordo y quedarás en segundo plano. Provocaré una pelea o romperé una ventana, quemaré el contenedor de los papeles...

La cogió del brazo para que se parara y la hizo girarse. La miraba a los ojos intentando leer su pensamiento, buscando en su mirada algo que revelase que en su estado de ánimo todavía quedaba un lugar para la esperanza, un detalle que le dijese que lucharía contra lo que acontecía en su interior, que no se rendiría.

—Vuelve a tu casa. Tu madre ya se habrá ido a trabajar y no volverá porque tengas un poco de fiebre. Dile a Emilia que estás mala, que te va a

venir la regla y te duele la barriga. Invéntate lo que quieras y métete en la cama, no salgas de allí en todo el día. Si te da el termómetro, caliéntalo con un mechero. Yo iré al insti a enterarme de todo, te llamaré para decirte cómo va la cosa, seguro, buscaré al hijo de puta que ha empezado esto con esta mierda.

Silvia le acarició la mejilla con su fría mano. Estaba tenso, con los músculos de la cara contraídos por la ira.

—Al menos tengo una persona que se preocupa por mí.

Lo besó de nuevo y luego se quedó mirándolo durante unos instantes, sopesando la futilidad de sus palabras y las posibilidades que tenía de escapar de la telaraña sin que la devoraran. Si volvía a su casa, solo dilataría el tiempo hasta el momento de afrontar lo inevitable. Daba igual que tardara una semana en volver, la estarían esperando, quizás con menos ímpetu. Algunos, los menos, ya lo habrían olvidado y tendrían su atención en otra parte. No obstante, otros, las matonas y su coro estarían aguardando su regreso con el cuchillo entre los dientes, pacientes, como el cazador que se mantiene al acecho esperando que la presa se coloque a tiro. De esos no podría escapar ilesa, sin ningún arañazo.

—De acuerdo, tienes razón, lo mejor será que vuelva a mi casa, pero lo haré con una condición.

—¿Una condición? ¿Para qué? No sé lo que me quieres decir.

—No vayas al insti a buscar a nadie, por favor, déjalo, no te metas en esto. No conseguirás ayudarme y te expulsarán si montas bronca. Ya encontraremos la manera de solucionarlo. Vete tú también a tu casa a jugar a la Play, a ti no te piden explicaciones y porque tengas una falta más no te va a pasar nada.

Él la escuchaba con la cabeza agachada, estático, evitando encontrar sus ojos. No estaba de acuerdo con lo que oía. Ella era su chica, ya lo sabía todo el mundo, y no iba a permitir que la maltrataran de aquella manera, la humillaran a ella y pusieran en entredicho su valía. Sería un *pringao*. Un tío que aguanta todas esas cosas sin dar la cara no vale nada, menos que un perro. Y él no era así, lo tenía decidido, iría al insti, claro que iría, y buscaría, preguntaría hasta enterarse de dónde habían salido las fotos, quién las había hecho y a quién tenía que partirle la cara. Serviría de escarmiento para cualquier otro que quisiera seguir pasándose con Silvia, él se iba a encargar de acabar con lo de «la Puñetera», las fiestas a su costa se iban a terminar.

—No puedo hacer eso, voy a ir al insti y voy a solucionar las cosas de una vez. Se acabó, verás cómo a partir de ahora van a cambiar las cosas.

—Por favor, no lo hagas, no valen la pena, son basura, tú eres mucho mejor que todos ellos. Olvídalos, ya se cansarán, los ignoraré hasta que se aburran.

—Esas hijas de puta no se cansan nunca, pero yo me encargaré de que no lo vuelvan a hacer. Esta mañana no se van a aburrir conmigo.

Pensó que aquello podía ser un auténtico desastre, Ely y Las Matonas gritándose, jaleo hasta que un profesor interviniera. Entonces vería las fotos irremediadamente, todas. Avisarían a sus padres y vendrían las preguntas, las explicaciones, montones de razones intentando convencer a todos. Tal vez el psicólogo, terapia, horas hablando del tema. No era buena idea.

—Por favor, Ely, escúchame. Si me quieres, si de verdad sientes algo por mí, no hagas nada, déjalo tal como está.

La voz se le quebró y apenas pudo terminar la frase. Las cuerdas vocales se anudaban en su garganta. Bajó la cabeza y pequeñas perlas saladas salieron en procesión de sus ojos resbalando por las mejillas.

—Prométeme que no vas a ir.

Verla llorar lo desarmó por completo. Sopesó lo que le pedía y de buena gana hubiera accedido a su petición, mas algo en su interior lo incitaba a la acción. La abrazó con fuerza junto al foso del castillo, de pie, en silencio, iluminados por el sol del invierno, durante un momento en el que sus corazones detuvieron todos los relojes del planeta, olvidando el mundo que los rodeaba y los hacía ser infelices y dichosos casi al mismo tiempo.

—Promételo.

Volvió a pedirselo con la voz más dulce que encontró, un sonido que no producía su garganta sino su corazón.

—No puedo, voy a ir, tengo que ir. Lo que sí puedo asegurarte es que no me van a expulsar tendré más cuidado que nunca, seguro, acabaré con todo esto como un asesino silencioso de los que salen en las pelis.

—Si lo haces, quizás no volvamos a vernos. No te estoy chantajeando, solo quiero que lo sepas. Si no puedes respetar mi vida y aceptar mis decisiones, no eres tan diferente de los demás.

La apartó de él extendiendo los brazos. Sorprendido, él la sujetó por las muñecas, queriendo comprobar que era ella quien hablaba. No la entendía, era la única posibilidad que tenía de volver a una vida normal y le amenazaba

con dejarlo si intervenía. Optó por no discutir, como si las últimas frases no las hubiera pronunciado nunca.

—Vete a casa, Silvia, ya hablaremos de todo esto con más tranquilidad.

Se fue caminando raudo hacia la plaza de la catedral mientras ella lo veía alejarse de su vida. No había entendido nada y lo más probable es que nunca la entendiera. Sin embargo, algo la impulsaba a perdonarlo. La dulzura con la que la trataba, el brillo de sus ojos al mirarla o la voluntad de protegerla... Había alguna razón ignota que le hacía desear estar a su lado.

Cuando llegó al instituto, la segunda clase de la mañana llevaba un rato impartándose. Tenía que esperar a que terminara para poder hablar con alguien, y si se quedaba por los pasillos tendría que responder a las oportunas indagaciones del profesor de guardia. Entró en el aseo y aguardó dando vueltas como un animal enjaulado hasta que el timbre le indicó que era la hora del recreo. Salió hacia el patio oteando los diferentes grupos de alumnos y localizó detrás de una de las porterías a un montón de compañeros de Silvia. Todos tenían el móvil en la mano y una hilaridad desaforada reinaba en la reunión. Se acercó intentando no llamar demasiado la atención, fijando a Carla como su objetivo. Cuando estaba a menos de un metro, se percataron de su presencia y las risas cesaron. Carla, que estaba de espaldas sacó la cabeza de la pantalla ante el cambio repentino de ambiente y se giró, pero fue tarde. Cuando quiso reaccionar su móvil estaba ya entre las manos de Ely.

—¿De dónde habéis sacado esto, pandilla de gilipollas?

Lo dijo en un tono amenazante, mas el grupo se sentía seguro, protegido por el número de integrantes.

—Mira, ha venido el macho alfa a defender a la Puñetera. Anda, devuélvemelo y déjate de tonterías, que eso vale una pasta.

Carla, impertérrita, estaba dispuesta a divertirse riéndose de él, y el resto, aborregados, le seguía la broma.

—¿De dónde las habéis sacado?

—Otra vez. ¿Es que no sabes decir otra co...?

Antes de que ella terminara de hablar, Ely estrelló el teléfono contra el suelo con tal violencia que algunas piezas salieron como metralla dispersándose alrededor.

—¡Hijo de puta, me has roto el móvil! ¡Verás cuando lo diga en jefatura y te echen de aquí!

—No se lo vas a decir a nadie si no quieres ganarte una paliza, idiota. El

móvil se te ha caído. ¿Te enteras?

La perplejidad de todos se manifestó en forma de silencio repentino. Antes de que nadie reaccionara, Ely se apropió de otro móvil, el de Andrea, lo alzó en alto y habló con mayor fiereza todavía.

—Lo voy a preguntar otra vez, y todas las que hagan falta hasta que no quede un solo cacharro de estos que romper.

Iba en serio, nadie lo dudaba ya.

—Espera, no hace falta, baja la mano. Yo te diré de dónde han salido las fotos, dámelo y te lo enseño.

Se lo entregó mientras el resto se le acercaba engulléndolo.

—Mira, han salido de donde salen siempre.

XII

Felicitame, venga felicitame, más de tres mil *followers*, increíble, impresionante, la verdad es que estoy muy contenta, tres mil seiscientas dieciocho personas que entran todos los días a ver si he puesto algo.

Eso fue la última vez que lo miré, ahora puede que sean más. Ya falta poco para que todo el mundo sepa quién está detrás de esa cuenta y se van a sorprender. Algunos pensarán primero que es una broma y cuando salgan de su asombro querrán ser mis amigos en persona, me falta la bomba final y ya estoy imaginando lo que haré, seré tan famosa que puede que acabe como bloguera y me paguen y todo. Lo malo es que me está afectando mucho más de lo que pensaba, creía que lo llevaría mejor, pero no.

No veas la discusión que tuve con Ely el otro día, él me quiere, de eso no tengo dudas, pero no entiende nada de lo que digo, es muy simple y un poco machista. Ve las cosas desde un solo punto de vista, el suyo, y por más que le expliques tus razones nunca las acepta, es como si cada vez que no estamos de acuerdo en algo iniciáramos una guerra por ver quién tiene razón, es absurdo, sobre todo porque todas las discusiones vienen por cosas que me ocurren a mí. Él hace con su vida lo que le da la gana, falta a clase, sale con sus amigos y además quiere decirme lo que tengo que hacer. Yo entiendo que es porque le preocupa mucho lo que me pueda pasar pero no puedo dejarlo

que decida, él es mi ayudante, mi apoyo, mi compañero, el que a veces me protege y otras veces me consuela, el que me toca el culo, no te rías que es verdad. Lo que no va a ser nunca es mi jefe o mi padre, yo no voy a dejar que me controle, ni él ni nadie, no como hacen otras que tienen que decirle a sus novios dónde están y lo que hacen a todas horas. Ésas son las condiciones que me he impuesto para que sigamos juntos, aunque como puedes imaginarte no se lo he dicho. ¿Para qué? No lo iba a comprender.

Por cierto, el otro día después de la pelea que tuvimos hubo reconciliación de la buena, qué guay, salimos por ahí y me compró una rosa, algo muy romántico, pero yo me pasé luego la tarde con la rosa en la mano con el frío que hacía. Bueno estaba súper cariñoso, me dijo que le gustaba muchísimo más con el pelo así de largo y acabamos yendo a la casa de su abuela, me lo había propuesto tantas veces que al final tuve que decir que sí. Él no quiere nada más que hacerlo, pero a mí me da un poco de miedo, no es que no quiera, es que pienso en las cosas que pueden pasar y me asusto.

¿Y si nos vamos para el parque de los Tres Árboles? ¿Lejos? ¿Has quedado con alguien? Pues entonces vamos, será un buen paseo y después, si no estás muy cansada, podemos acercarnos al club náutico y a Las Pallas.

El caso es que fuimos a la casa de su abuela y como ya me imaginaba allí no había nadie, no me importó, nos metimos en una habitación y lo pasamos muy bien, no llegamos al final porque yo no quise, él lo tenía todo preparado y había traído condones y todo, pero le dije que todavía no, que no estaba preparada, lo que dicen en las películas ya sabes, carita de buena y de triste y esas cosas y no se lo tomó mal, porque de todas formas, en el rato que estuvimos en la cama nos quitamos la ropa y ya te digo que fue estupendo, no te voy a dar más detalles, imagínate lo que quieras. Al final nos quedamos mucho tiempo abrazados en la cama y casi me duermo, menos mal que me despertaron las campanas de la Iglesia de San Antolín, y no me preguntes cómo me sé el nombre de todas las iglesias, pues igual que sé el de las calles, perdiendo muchas tardes de invierno mirando planos de la ciudad. Como te decía, menos mal que las campanas me pusieron en marcha otra vez, porque llegué a mi casa un poco tarde, lo que pasa es que mi madre como si nada, estaba en lo suyo.

Oye, ya sé lo que le pasa, no te decía que últimamente estaba muy contenta y me trataba mejor que nunca, es que le han dado un trabajo, un caso muy importante. Cuando entré estaba estudiándose unos papeles y tenía por

todas partes un montón de bolsas con ropa nueva que se había comprado. Entonces me lo contó, es sobre un político al que acusan de haberse quedado con dinero. Corrupción de esa, ya sabes, un político de aquí, pero por lo visto también hay gente gorda metida, y ella tiene que defenderlo, saldrá en los periódicos de toda España, en la tele, en la radio, en Internet, está como loca de contenta. Eso sí, también está muy nerviosa porque si la caga, bueno, ella nunca lo diría así, si lo estropea o falla no volverá a tener otro caso de los grandes. Tiene que ganarlo para hacerse una abogada famosa, aunque yo creo que si la invitan a la tele lo tiene hecho.

En un programa de esos de tertulias triunfaría, con lo guapa que es y cómo se arregla, la llamarían más veces. Sí, tendré una mamá estrella de la televisión. A medio explicármelo se levantó y se fue probando lo que se había comprado para que viera cómo le quedaba. ¡Y cómo le quedaba! No vayas a creer que es de Zara ni de sitios baratos. No, lo suyo es Carolina Herrera, Louis Vuitton... Y anda que no se nota. Me empezó a contar un poco de qué iba todo, pero luego se arrepintió y me dijo que cuanto menos supiera mejor para mí y que tuviera cuidado a partir de ahora.

Tiene muchos papeles importantes en casa, porque no quiere dejarlos en el despacho, y, aunque hace tiempo que tenemos alarma, quiere que me asegure siempre de que todo está bien cerrado cuando salgo y ha cambiado la clave, lo que es una tontería, no la sabía nadie y así lo único que pasa es que siempre nos equivocamos y ponemos primero la clave antigua. A Emilia también le dijo lo mismo y que si veíamos a alguien o algo extraño se lo dijésemos enseguida o llamásemos a la policía. Qué miedo, ¿no? También me dijo que a lo mejor venían personas que yo no conocía a casa, para hablar con ella, y que nadie podía saber quiénes eran ni cuándo venían, que cuando estuvieran aquí no saliera de mi habitación o que me fuera a dar un paseo sin verlos siquiera. ¿Verdad que parece una peli de espías? A mí me va de maravilla, porque creo que esto es lo que me faltaba para ser libre del todo. Ahora, cuando piensa en mí, lo hace buscando la manera de que no le moleste, de tenerme contenta, entretenida y lejos de ella el mayor tiempo posible, sin problemas. Creo que nos vamos a llevar muy bien en esta nueva etapa.

Lo que no va tan bien es el insti, qué ganas tengo de que se acabe el curso y aún estamos en febrero. Cuando ocurrió lo de las fotos estuve dos días sin ir y como después venía el fin de semana, al final pasaron cuatro días

antes de volver a aparecer. Ely tenía razón, aunque solo en parte. Las cosas estaban un poco más calmadas y nadie me dijo nada directamente, lo de romperle el móvil a Carla creo que ayudó bastante, pero mis fotos las tiene todo el mundo y las van a seguir teniendo todo el tiempo que quieran, ya no se puede hacer nada. Algunos se hacían los graciosos, miraban su móvil y luego me miraban el culo o las tetas sin cortarse un pelo, como si compararan. Yo hice como si no me diera cuenta, los ignoré porque no quiero que llegue a los profesores. Si he tenido la suerte de que no se han enterado hasta ahora prefiero seguir así. ¿Te imaginas la que se armaría si se enteran? Llegaría al director y él se lo pasaría a los de más arriba, llegaría a Valladolid, un caso de acoso de los que salen en los periódicos, preguntas, harían muchas preguntas a todo el mundo, a mí a la que más. Llamarían a mi madre y se acabaría el buen rollo, me controlarían, me mandarían interna a un colegio de niñas pijas, pondrían vigilantes de seguridad alrededor de la casa, hasta es posible que guardaespaldas y todas las paranoias que se le ocurrieran, más todavía con lo que lleva entre manos, sería un desastre porque cuando se enterara mi padre empezarían a discutir entre ellos hasta que no les quedase saliva. Le diría que no me cuida, que no me atiende y hasta pediría la custodia, más me vale que todo se quede como está. Pues eso, aguanté miradas y corrillos de salidos que se reían señalándome pero nada más. En los recreos me fui con Ely, de todas formas ya saben que estamos juntos, y nadie se acercó ni se atrevió a molestarnos. Parece que de momento está todo más tranquilo.

Ahora me queda el golpe maestro, el final de Silivía la Puñetera se acerca. Será el comienzo de todo, ya verás, lo tengo pensado desde hace tiempo pero me faltaba algo para concretar el plan, además no me atrevía, me daba miedo y pena. Miedo porque si lo hago ya no habrá manera de volver atrás, y pena porque a algunas personas les va a molestar. Me da lo mismo, bastante tiempo he sido yo la que daba pena, ya lo tengo todo y he tomado la decisión correcta, este fin de semana lo concretaré, si puedo, porque no te lo he dicho pero me toca pasarlo con mi padre y su novia.

Se ha comprado un coche nuevo, sí, otro Mercedes. Los cirujanos deben de ganar mucho dinero. Si no fuera porque hay que estudiar mucho y me mareo cuando veo la sangre pensaría en imitarlo. Pues eso, quiere estrenar el coche haciendo un viaje y como me toca con él me voy por ahí, me parece que me dijo que íbamos a hacer no sé qué de plata hacia Extremadura y que

era muy bonito, me imagino que será el mismo rollo de siempre: un buen rato en el coche y luego ver iglesias, museos, algunas tiendas de regalos. Ciudades antiguas, qué manía con lo antiguo. ¡Si ya vivo en una ciudad antigua, joder! Luego fotos, vídeos y a comer en sitios caros donde no tienen hamburguesas y hay que pedir por favor un plato de patatas fritas.

La comida es lo peor del día, durante el viaje me pongo los auriculares y a escuchar música, ellos sin parar de hablar y yo pensando en mis cosas, aunque muchas veces no llevo la música puesta, solo me los coloco para que me dejen en paz pero cuando llega la comida me los tengo que quitar, y entonces empieza el interrogatorio. Mi padre me pregunta por el insti, si me va bien, si estoy contenta, si hago deporte, qué quiero estudiar cuando termine, esas cosas de siempre que en el fondo no le importan.

Es como si tuviera un cuestionario que tuviera que contestar. ¿Sabes que la última vez le respondí todas las preguntas de forma diferente? Sí, no se dio cuenta, no me dijo: «¿Pues no me habías dicho que querías estudiar otra cosa?». No, ya te digo que no le interesa, pero el turno de preguntas de ella es peor. Me cae gordísima, no, no es que esté gordísima, al revés, es flaca y alta como las modelos, mi padre tiene buen gusto para el físico de las mujeres, ella me pregunta con quién salgo, a dónde voy, si tengo novio, por lo menos lo hace cuando él no está delante, aprovecha si va a lavarse las manos o a pagar o a por el coche, cualquier momento le vale para intentar hacerse mi amiga. Yo creo que lo tienen hablado, que es una estrategia que se han montado entre los dos pero lo tienen claro, yo no le digo nada, sí, no, a veces, no le pongo mala cara pero tampoco le doy conversación, con mi padre tiene bastante

¿Cruzamos a la Isla? ¿Ya quieres volver? Desde luego que estás floja, tendrías que apuntarte a un gimnasio tú también, por cierto, la zumba me va genial, me encanta, todo el rato bailando y como somos muchas, la profesora no puede saber si faltó o no, aunque de momento nada más que he faltado un día, lo de musculación es un poco más rollo porque no te dejan hacer lo que quieras, tengo un monitor súper cachas que me lleva de un aparato a otro, me pone el peso, me dice cómo tengo que hacerlo y cuántas repeticiones, no creo que dure mucho porque es muy aburrido y encima luego tengo unas agujetas que no me dejan ni rascarme la cabeza. No te rías que no exagero, el primer día que hice pesas, bueno, pesas de verdad no haces, son ejercicios con aparatos de esos raros, pues eso, que el primer día que hice fue muy bien,

pero al día siguiente no me podía meter el jersey por la cabeza. Me dolía todo y para colmo al día siguiente tenía que volver.

Y fui pensando en que si hacía otra vez se me quitarían, qué tonta, me salieron en otros sitios, en sitios en los que yo pensaba que no tenía ningún músculo. Según el monitor ese día trabajamos grupos musculares distintos. El caso es que sumando las agujetas de los dos días me quedé inválida. Ely se tronchaba, lo que me faltaba, otro riéndose de mí, como él va todos los días no hace nada más que presumir, creo que con lo de la musculación voy a terminar pronto, eso no es para mí.

En cambio, la zumba me gusta mucho más, bailamos, se oye música y es divertido, va mucha gente que no conozco, qué suerte, imagínate que estuviera alguna de las matonas por allí, no iría nunca más, lo importante es que al final has hecho mucho deporte sin notarlo, acabas súper cansada, pero al menos te lo has pasado bien y si de practicarlo se te pone un cuerpo como a la monitora, pues todavía mejor. Parece una chica de cómic, me parece que todos los chicos que van solo lo hacen por estar mirándola una hora seguida, no le quitan la vista de encima ni un momento, las demás como si no existiéramos.

Venga, volvamos. ¿Tienes ganas de ir a tu casa? Yo no, me gustaría no tener que volver, andar por ahí haciendo lo que me apetezca, como los hippies esos de los años sesenta. ¿Nunca los has visto en los documentales de la tele? Sí, unos tíos de pelo largo fumando porros todo el día, se pasaban la vida de un sitio a otro sin hacer nada. Ya sé que algo harían, si no, de qué iban a vivir. Y que dormir siempre en los coches o tiendas de campaña tampoco tiene que ser una maravilla, ya te he dicho que lo sé. Lo que me gusta es la idea con algunos retoques, ir a donde te apetezca, pero cuando se haga de noche tener un sitio para dormir, y cuando tengas hambre, dinero para comprar comida. Vale, tienes razón, sería como hacer turismo, no soy tan valiente como ellos. Hacer turismo todo el año, eso estaría muy bien, me encantaría, es que estoy cansada.

Tu vida está bien, nadie se mete contigo, tus padres viven juntos, tienes hermanos, hasta tienes un perro. La mía es un asco, unos me ignoran, otros me atacan... En cuanto pueda me voy, a lo mejor no se lo digo a nadie pero a ti te lo estoy diciendo por si no volvemos a vernos en mucho tiempo. Vale, no me quejo más que eres la única que me escucha y no tengo derecho a amargarte la tarde.

Alcotán

I

Le faltaba el oxígeno, cada vez abría más la boca, daba bocanadas como un pez fuera del agua intentando agarrarse a la vida y sus pulmones se dilataban con todas sus fuerzas. Notaba su corazón desbocado golpeando con fuerza la caja torácica.

No, no se detendría, siempre la cabeza debe derrotar al cuerpo. Escuchaba las señales con claridad, no se ponía música como hacía la mayoría porque le impedía escuchar a su organismo. Conocía esas sensaciones, las había experimentado miles de veces. El límite llegaba cuando comenzaba a perder la nitidez en la visión. Ésa era la alarma que había que tener en cuenta. Mientras no saltara, aguantaría respirando cada vez más deprisa hasta llegar al borde del colapso por mucho que se le secase la boca, le dolieran las piernas, el pecho o el costado. Luego, de repente, todo acababa. Seguía sintiendo la necesidad de respirar a toda velocidad, pero sus músculos dejaban de consumir oxígeno, el corazón empezaba a bajar el ritmo y unos segundos más tarde desaparecería la visión borrosa. Siempre era así y encontraba un sabor especial en llegar hasta la frontera.

Una vez tuvo que hacerlo en el trabajo. Se había introducido en un grupo

de delincuentes que trapicheaba a ambos lados de la valla. Se creía seguro. Sin embargo, lo habían descubierto y esa capacidad de sufrimiento le salvó la vida, corriendo como un loco entre las callejas de Cabrerizas hasta que perdió de vista a sus perseguidores.

Doblaba el torso y apoyaba las manos en las rodillas para facilitar la entrada de aire, miraba cómo las gotas de sudor le resbalaban por la barbilla y caían al suelo.

Poco después llegaba el momento de la comprobación: diez kilómetros a una media de tres minutos veinte, el último kilómetro en dos cincuenta y cinco. Pensaba que no estaba nada mal para una persona de treinta y cinco años que había descubierto el deporte por obligación. Sin duda el clima ayudaba a realizar esas marcas. En el tiempo que estuvo en Melilla nunca pudo hacer tiempos parecidos. Sin embargo, aquí todo era diferente. Ni tan siquiera en verano el sol te aplastaba contra el suelo, el asfalto no se derretía y no notabas el aire caliente entrando en tu cuerpo, y por supuesto nada parecido al viento cálido del desierto.

Fue una buena decisión cambiar de destino a una ciudad más pequeña, capital de provincia. Veinte mil habitantes menos conllevaba más papeleo, más rutina y mucha menos acción. Además, no se podía comparar el trabajo con el de Melilla; con la frontera, la inmigración, toda esa gente que cruza cada día para llevarse cualquier cosa que después venderá a mejor precio en Marruecos, las mafias del narcotráfico y todos los problemas imaginables de la sociedad, concentrados en doce kilómetros cuadrados como si fuera un universo reducido en el que cabe todo lo bueno y lo malo: un crisol de vida en todos los sentidos. En su nuevo destino el índice de delitos se situaba entre los más bajos de España, sin apenas inmigración, fuera de las grandes redes de comunicación y con todo lo necesario para una vida tranquila, incluido el riesgo de caer en la depresión.

Se irguió de nuevo pensando en que necesitaba un cambio de zapatillas. A pesar de que apenas tenían seis meses, notaba las ampollas en los pulgares y los gemelos sobrecargados. Reanudó el trote en dirección a su casa.

Cuando se mudó, eligió alejarse todavía más de su vida anterior y prefirió establecerse en un pequeño pueblo a cinco kilómetros del trabajo, con apenas dos mil habitantes y nada que hacer, excepto pasear y soñar. Quizás allí su vida se recompusiera, tal vez volvieran a estar juntos. En el pueblo había colegio para Jorge y le parecía un lugar perfecto para criar a un

niño. Tenía esperanzas de que las piezas diseminadas volvieran a encastrarse. El último fin de semana que estuvieron juntos no lo habían hablado, era una idea que a veces le pasaba por la cabeza y que no llegaba a definirse. Ella parecía dispuesta a intentarlo de nuevo, aunque tuviera que dejar su trabajo en Madrid. En cambio, él se sentía cómodo con su vida, con una situación en la que nadie dependía de él y en la que era libre para hacer lo que le apetecía. Seguro que a Ángela le encantaría escuchar una proposición para comenzar una vida en familia que a causa de los continuos cambios de destino nunca tuvo; o tal vez no. Lo mejor era dejarlo.

Los años voluntarios en África fueron un precio pagado para acumular puntos y conseguir un buen traslado. Lástima que la separación anegara de agua gélida la distancia que había entre los dos; y luego estaba Jorge... Fue una huida hacia adelante, un grave error que ahora adoraba. Pretendían un anillo indestructible que los uniera y hallaron una fuente inagotable de reproches y discusiones. Contaba ya nueve años, todavía una edad en la que su opinión no pesaba tanto como la de sus padres, y era un niño extravertido y alegre, capaz de adaptarse a un nuevo entorno en poco tiempo.

Seguía corriendo despacio, relajando la musculatura y pensando si continuaba tan enamorado de ella como el primer día.

El móvil comenzó a vibrar en el brazalete que llevaba en el brazo derecho; nunca iba a ninguna parte sin él. Miró el número y aceleró la marcha: el asueto parecía haber terminado. Antes de entrar en la ducha contestó con un *wasap*: «Veinte minutos». Obtuvo respuesta de inmediato: «No necesario comisaría, diríjase a C/ Campo de la Verdad 9. Robo en un dúplex». Su lectura le tranquilizó, se daría prisa sin estresarse demasiado, ya que no era una emergencia, el delito ya se había cometido. En cualquier caso, estaría allí en poco tiempo. La dirección que le habían dado le cogía de camino, ni tan siquiera tendría que adentrarse en la ciudad. Cruzaría el barrio San Frontis y luego el puente de los Poetas. Serían diez minutos escasos desde su casa.

Aparcó justo enfrente de la casa cuya dirección tenía registrada en el móvil, un dúplex bastante nuevo en una zona privilegiada de la ciudad, con áreas comunes que incluían piscina rodeada de césped a pocos minutos del casco antiguo. Seguro que el promotor inmobiliario lo había hecho constar todo en el momento de la venta. Se dirigió a la entrada comprobando que no era el primero en llegar e interpelló a un oficial para que éste le informara:

—En este momento se encuentra en la casa una señora de edad avanzada llamada Emilia Prieto que realiza labores de limpieza y mantenimiento. Ella es quien llamó. La dueña viene de camino. Es Nuria Ferrero, abogada y divorciada del cirujano Gustavo Galián, la alta sociedad de la ciudad. Vive aquí con una hija de dieciséis años que se llama Silvia y que ahora debe de estar en el instituto. Por dentro está todo revuelto, pero hasta que venga la abogada no sabemos lo que se han llevado. Es curioso: tienen alarma y la señora Emilia insiste en que la conectó antes de salir a comprar, y sin embargo no ha saltado. Si quiere hablar con ella, está sentada en la cocina. Aunque yo de usted esperaría un rato: está muy alterada.

—Gracias, entérese de cuál es la compañía de seguridad con la que tienen contratada la alarma y averigüe lo que ha pasado. Otra cosa: ¿sabemos por dónde han entrado?

—Hay una ventana abierta en una de las habitaciones de la planta de arriba. Casi seguro que entraron por allí. Tenemos la pisada de una zapatilla deportiva encima de la mesa. Una persona joven no tendría muchos problemas para encaramarse a ella ni para saltar en el momento de salir. Hemos llamado a los de la Científica para que busquen huellas.

Tras escuchar el informe, decidió dar una vuelta por la vivienda. Notó enseguida que quien allí vivía disponía de un poder adquisitivo mucho más elevado que el suyo. La decoración era sencilla y de buen gusto, como la de las revistas que a veces le enseñaba Ángela, seguramente llevada a cabo por un profesional; los muebles, lámparas y demás complementos habían sido adquiridos a mucha distancia, económica, de IKEA. Todo rezumaba clase y estilo pese al desorden. Se dirigió a la cocina donde encontró sentada, bebiendo tila, a una señora vestida de negro, de pelo blanco, la cara surcada por la edad y la mirada triste de quien piensa que lo peor todavía está por llegar. Arrastró una silla y se sentó en silencio junto a ella, sin mirarla directamente.

—Buenos días, soy el subinspector Cuadrado. Usted es Emilia Prieto, ¿verdad? ¿Le importaría contar una vez más lo que ha pasado? Le prometo que será la última.

Sin tan siquiera mirarlo, la mujer comenzó a hablar, con la cabeza agachada, como si estuviera avergonzada por lo acontecido.

—La niña y la señora ya se habían marchado cuando me fui a comprar al Mercado de Abastos. Ya sé que está lejos, pero llevo toda la vida comprando

allí y me gusta hablar con la gente a la que le compro en vez de coger cosas de una estantería y echarlas a un carrito. Habré tardado cerca de dos horas. Y cuando entré en casa me encontré con todo esto.

—¿Ha echado usted algo en falta?

—La señora tiene una caja fuerte, la han abierto y está vacía. No sé lo que había dentro ni lo que se han llevado

—¿Han abierto la caja fuerte?

—Sí.

Se levantó con energía y fue a preguntar al oficial que le había informado al llegar.

—¿Por qué no me ha dicho nada de la caja fuerte?

Recibió una mirada perpleja como única respuesta.

—¿Tienen caja fuerte?

Cuadrado volvió a la cocina, donde estaba Emilia.

—¿Le importaría mostrarme dónde está la caja fuerte?

Sin decir nada, se dirigió a la planta superior, entró en la habitación de matrimonio y descolgó un hermoso cuadro de la pared. Empotrada tras él se hallaba una caja fuerte con apertura electrónica y llave de seguridad. La puerta estaba entornada. El inspector la abrió con la precaución de no tocarla directamente con las manos.

—Vaya

—Estaba totalmente vacía.

—Fue lo primero que hice cuando vi lo que había pasado, al verla abierta les llamé enseguida.

—¿Desde cuándo conocía la existencia de la caja fuerte?

—Desde siempre, llevo aquí toda la vida.

—¿Y por qué volvió a colocar el cuadro?

—Estaba así cuando entré y pensé que tenía que dejarlo todo como me lo había encontrado.

—Está bien, volvamos abajo.

Aquella mujer, con pinta de ser la persona más honrada del mundo, acababa de entrar a formar parte de los posibles autores del delito. Si bien no había nada contra ella, no se la podía descartar. Conocía la casa, tenía la clave de la alarma y entraba y salía cuando quería sin que nadie reparara en ella. Entraba dentro de lo posible que conociera la contraseña de la caja fuerte.

El frenazo brusco de un coche y el ruido de la puerta al cerrarse con

fuerza le sacó de sus pensamientos. Miró a la calle instintivamente para ver un Audi A7 mal aparcado y a una mujer deslumbrante, aun con la cara desencajada, intentando correr hacia la casa: los altos tacones y la falda ajustada se lo impedían. Entró decidida sin que nadie osara detenerla y subió las escaleras tan rápido como pudo. El subinspector la siguió en silencio hasta que la vio, lívida, sentarse en el borde de la cama tras comprobar que la caja fuerte estaba vacía.

—Imagino que es usted Nuria Ferrero. Yo soy el subinspector Cuadrado. Estoy al frente de la investigación...

Ella se puso en pie con energía y cogió un portafolios que había en el suelo junto a una silla. Se volvió a sentar en la cama y lo abrió. Cuando miró de nuevo al subinspector, su expresión había cambiado.

—Perdone... subinspector. ¿Me decía?

Era evidente que lo que más le importaba estaba dentro de aquel pequeño maletín.

—Le iba a decir que no tocara nada, que todavía no han llegado los de la Científica para buscar huellas, pero se me ha adelantado. Al menos con lo que tiene en las manos, será difícil encontrar alguna huella válida de ahí que no sea suya.

—Créame que lo siento, no lo he pensado.

—Necesito que me haga un pequeño inventario y me diga lo que cree que le han robado. Más tarde seremos más minuciosos y usted puede ir agregando cosas según las eche en falta. ¿Qué guardaba en la caja fuerte?

—Dinero, algunas joyas y este portafolios

—¿Sabe cuánto dinero?

—Unos cuatro mil euros, en billetes de cincuenta. Me gusta siempre tener efectivo, y odio los billetes grandes, nunca hay quien te los cambie. Las joyas son de un valor considerable, mi alianza y unos pendientes son de Cartier. Además, había un collar de oro blanco de Piaget y alguna cosa más. Tengo, tenía, los certificados de autenticidad aquí mismo. En cuanto a esto, son documentos muy importantes. Soy abogado y en estos momentos trabajo en un caso de especial relevancia. Lo que hay aquí dentro tiene mucho más valor que lo que se han llevado. Parece que a pesar de todo he tenido suerte.

—¿Puedo saber de qué se trata? Dadas las circunstancias, es posible que el robo esté relacionado con su faceta profesional y no sea un hecho casual.

—Me va a perdonar, subinspector, pero no puedo facilitarle ninguna

información profesional. Esto lo han hecho exclusivamente por dinero y se han llevado bastante. Gente preparada, desde luego, pero el maletín lo han dejado, lo que quiere decir que no venían por él. Así que ya sabe cómo funciona esto. Para que hable del caso en el que estoy trabajando tendrá que ser un juez el que me pregunte.

Cuadrado se quedó mirándola sin decir nada. Era una mujer muy hermosa y le iba a complicar el trabajo. Sin duda, conocía el procedimiento y todo lo que había que hacer. Lo mejor sería medir cada paso si no quería que la abogada sacara las uñas y fuera un impedimento más para esclarecer el robo.

II

Sentía una sensación extraña en el cuerpo, como si estuviera conectada a una corriente eléctrica que iba descargando continuamente, como si hiciera mucho frío y temblara por ello sin conseguir dejar de moverse ni un momento. Sin duda, eran los nervios.

Había dado un paso muy importante en su vida, un avance sin posibilidad de retorno; ya no podía dar marcha atrás y, en realidad, tampoco lo deseaba. Cada uno debe ser dueño de su futuro o, al menos, poder decidir en el presente, que ya es algo, porque adueñarse del futuro resultaría hartamente improbable.

La mañana dibujaba contornos bien definidos de sol y de sombra, fresca nada más, agradable incluso, ideal para emprender aquella aventura en la que, como en las expediciones marítimas de siglos pasados, no se garantizaba el regreso. Caminaban rápido, sin correr, al ritmo de la gente más presurosa, con la cabeza gacha. Se trataba de avanzar sin llamar la atención, sin encontrar a nadie que los pudiera saludar. Nada quedaba al azar, cualquier detalle lo habían estudiado a propósito, o eso querían pensar. Acordar el recorrido les había llevado un buen rato. ¿Calles solitarias o concurridas? Las solitarias eran más estrechas y si se producía un encuentro con un conocido, no lo podrían evitar. En las concurridas las posibilidades de coincidir con alguien aumentaban, mas la facilidad para ocultarse entre la gente las hacía

más seguras. Al final optaron por la Avenida de las Tres Cruces, casi todo el camino en línea recta. Si no sufrían ningún contratiempo, llegarían desahogados para comprar los pasajes hacia la libertad de las diez y cuarto.

Durante el trayecto regulaban la marcha cuando veían a lo lejos un semáforo en rojo, no querían detenerse; cuando se está parado se mira mucho más lo que tienes alrededor, a la gente. Los ocupantes de algún coche que pasara cerca podrían reconocerles y arruinarles el plan. Estarían más seguros cuando no pudieran identificarla. En cuanto salieran de allí cambiaría su imagen en la primera peluquería que encontrara; hacía tiempo que eligió su nueva identidad. Fuera la melena. Se haría un corte de pelo asimétrico con la parte izquierda más larga, tan larga que le taparía la mitad de la cara; y se tinaría el pelo de rubio, nada de rubio platino sino de uno lo más natural posible, que no llamara la atención. Además, había decidido llevar un lunar. Se lo pintaría y ya nadie podría reconocerla. Había pensado en comprar unas lentillas de colores para una transmutación total, pero descartó la idea al recordar que el único oftalmólogo que conocía no consintió en venderle unas gafas de sol sin que la acompañara un adulto. No eran necesarias las lentillas: su parte del camuflaje la tenía controlada. En cuanto a él, todo era más fácil: se dejaría crecer la barba y, aprovechando la moda *hipster*, sería uno más de los jóvenes fotocopiados que caminan errantes por las ciudades.

Lo que le preocupaba era que la pudieran ubicar; no dejar rastros tras de sí la obsesionaba. Si se equivocaba, estaría de vuelta al instante y ya no existirían más oportunidades. Haría todos los pagos en metálico; después de pensarlo se dio cuenta de que era una tontería. ¡Ella no tenía tarjetas de crédito! El teléfono, eso sí que era un problema importante, seguro que podían localizarlo. Desactivaron los paquetes de datos y la conexión a Internet, tampoco lo usarían para hablar entre ellos y en caso de emergencia sería él quien la llamaría. Según la estrategia prevista no los buscarían en bastantes días. Ése sería el procedimiento hasta tener un teléfono nuevo, mas con dieciséis años ya sabía que no le venderían uno de manera legal. Ésa fue una de las dos poderosas razones que les hicieron fijar el día D o, como decidieron llamarlo ellos, el día XD. La otra, entrelazada a la primera por razones de edad, el alojamiento. Los hoteles piden que al menos una persona de los que alquilan la habitación sea mayor de edad, de modo que una semana después del cumpleaños de él les pareció el momento apropiado. Siendo mayor de edad, ya podía comenzar su nueva vida como adulto.

Llegando al cruce con la avenida del Cardenal Cisneros, divisaron en su camino a dos policías municipales. Seguro que no los buscaban todavía, no había de qué preocuparse. Intentaron continuar como si no los hubieran visto, aunque no pudieron evitar acelerar un poco más el paso al acercarse a ellos. Alcanzaron la estación casi sin resuello.

Ella se marchó hacia los aseos mirando siempre al suelo para que las cámaras de seguridad no pudieran captarla. No sabía si había o si funcionaban, pero cualquier precaución era poca. Él se dirigió directo a la taquilla, faltaban cinco minutos para que saliera el autobús. Con los tickets en la mano establecieron contacto visual y se encontraron en la fila que, con orden, se introducía en el vehículo. Apoyando la mano en la pequeña mochila colocó el billete en el bolsillo exterior y subieron como dos desconocidos. Se sentaron juntos y apenas intercambiaron un saludo. El autobús partió de inmediato y en poco menos de una hora comenzarían a realizar sus sueños; tal vez fueran efímeros o consiguieran luchar por mantenerlos en el tiempo, la ventaja que pudieran tomar sería fundamental para continuar viviendo aquella quimera. Sabían que las PDA's del instituto avisarían a su madre sobre sus faltas, eso también lo habían tenido en cuenta. Ella asistió a primera hora a Biología, luego se marchó del instituto. Pese a que en teoría no se podía entrar ni salir del centro una vez comenzadas las clases, en la práctica no era tan difícil. Los profesores de las dos siguientes clases no usaban la PDA normalmente, con un poco de suerte la falta no llegaría hasta después de las once y entraba dentro de lo posible que, dado que de las primeras clases no había llegado notificación, su madre pensara que estaba estudiando en la biblioteca. Ya se había encargado ella de hacerle saber que tenía muchos exámenes y quizás lo hiciera. Horas de margen.

Absortos cada cual en sus pensamientos, en los que la emoción y la esperanza arrinconaban al desaliento y la duda, atravesaban Castilla a la búsqueda de la tierra prometida. Con la mirada perdida en la dorada llanura, él fue cerrando los ojos hasta entrar en un estado somnoliento; la intensidad de las pocas horas transcurridas en el día le habían agotado. Más tarde sintió cómo ella le presionaba el brazo y lo zarandeaba con disimulo para despertarlo.

El autobús callejeaba por la ciudad, arrastrándose despacio como una oruga gigante. Debían continuar ejecutando el plan que habían trazado. Descenderían y tomarían caminos diferentes. Así nadie diría que eran una

pareja y eso dificultaría el trabajo de la policía, que tarde o temprano los relacionaría. El resto de los pasajeros, como mucho, recordaría a dos desconocidos que habían coincidido en el viaje.

Al bajar, tomaron caminos distintos, cada uno sabía lo que tenía que hacer. Cerca de la estación se encontraban tres peluquerías. Si investigaban allí preguntarían primero, así que la elección fue dirigirse a una cercana a la plaza Mayor, un lugar transitadísimo donde tendrían clientes foráneos y no prestarían mayor atención. Entraría sola y mientras tanto él iría al hotel. Tras varios días de búsqueda por Internet y preguntar a los colegas, se decidieron por uno de los más baratos —el dinero debía de durar el máximo posible—, un lugar acostumbrado a alojar a jóvenes que disfrutaban del ambiente universitario o de las fiestas de la Virgen de la Vega.

Estaba situado en una zona céntrica con mucho trasiego de turistas; serían dos más entre la multitud de visitantes. Esto era lo más urgente, desaparecer. Luego quedaba alimentarse. También habían pensado en eso: lo tenían todo calculado. En aquella ciudad no podían entrar en bares o restaurantes, todo era demasiado caro para un presupuesto limitado que debía estirarse hasta no sabían cuándo. Optaron por los supermercados y los parques, y comer bocadillos y, de vez en cuando, comida de lata. Servilletas de papel y cubiertos de plástico, para beber usarían el agua de las fuentes, nada más. En cuanto a la ropa, habían apostado por marchar ligeros de equipaje, ahora que los días corrían a su favor, en dirección al verano, ropa interior, camisetas, vaqueros y calcetines, de los que prescindirían en cuanto el tiempo lo permitiera. Cuando el estío acabara posiblemente estuvieran en el sur donde no necesitarían prendas de abrigo.

Salió de la peluquería entusiasmada, se sentía mayor, atractiva, diferente, alegre e ilusionada, una persona nueva para una nueva vida. Se dirigió a la calle Iscar Peyra, donde se encontraba el supermercado en el que habían quedado. Años atrás había visitado con su padre la ciudad, en la que habían visto monumentos e iglesias, entrado en tiendas y comiendo en restaurantes caros. Pese a que la visita había sido corta, la conocía como la palma de su mano, como si hubiera pasado allí toda su vida. «Gracias, *Google*. Gracias, *Street View*», se repetía constantemente. Estos amigos le permitieron planificar la ruta al detalle. Sabía dónde encontrarían cada supermercado, lavandería o cualquier otra cosa que necesitaran, pues conocían de antemano cómo eran las fachadas, las calles, dónde estaban los pasos de peatones...

todo al alcance de un clic, y ella había hecho miles. Habían pasado mucho tiempo aprendiendo las ciudades por las que ahora iban a pasar. En realidad, el trabajo se repartió de manera desigual: fue ella quien había pasado horas y horas frente al ordenador memorizando recorridos e imágenes mientras él confiaba, sin el menor atisbo de duda, en todo lo que ella dijera.

El siguiente paso consistía en no dar ninguno, esperar allí tres o cuatro días hasta que aflojara la vigilancia provocada por la alarma inicial, y mientras tanto lanzar el cebo para que la policía les siguiera la pista al otro extremo de España. Era una jugada maestra, creía, con algún inconveniente por lo costoso de su ejecución y porque no se la había contado a su compañero, consciente de que no le gustaría. Supondría un largo viaje, fatiga, soledad y un beneficio definitivo. Sabía cómo convencerle.

Tras hacerse con los alimentos imprescindibles para sobrevivir unos días –unas bolsas que pudieran acarrear sin llamar la atención–, se dirigieron al hotel. En la habitación ordenaron la compra sobre una antigua mesa que suponía todo el mobiliario, televisión y cama aparte. Sentados sobre el colchón prepararon unos sándwiches y abrieron una bolsa de patatas fritas y un bote de ketchup, una comida frugal condimentada con alegría desorbitada. Cuando todavía estaban comiendo, él la cogió de los hombros y empezó a besarla. Eran besos de amor, de pasión, de deseo. Los besos fueron respondidos con ardor y en unos instantes fueron esparciendo la ropa por el suelo hasta que, desnudos, cayeron en la cama. Hicieron el amor con la intensidad de la juventud, como si la vida se les fuera a acabar al día siguiente, aunque en realidad ya no tenían ninguna prisa. Nadie les esperaba para cenar, no había que hacer deberes, ni estudiar, ni responder ante nadie, eran libres para seguir amándose sin pensar en el tiempo, eran dos diminutos puntos en mitad de la nada y en esos momentos a nadie le importaba lo que les ocurría. Cuando saciaron su apetito sexual y descansaban exhaustos sobre las sábanas, la vista de ella volvió a posarse sobre el reloj del móvil, le quitó la batería. El plan debía continuar.

III

Un edificio alargado de ladrillo rojo con marcos de piedra gris alrededor de puertas y ventanas, en una avenida en la que los árboles de hoja caduca y el cielo gris recordaban a los paisajes del romanticismo poético.

En frente, las sólidas construcciones de la politécnica restaban importancia a su presencia, convirtiéndolo en invisible al transeúnte. El mobiliario de su cubículo tendría más de treinta años, una mesa gris metálica con cristal y el borde de aluminio, un sillón para él y dos sillas para los visitantes, todo fruto de la estética funcional de los años setenta. Lo habían colocado en aquel diminuto despacho de manera transitoria, a toda velocidad, cuando se vieron obligados a ubicarlo al presentarse antes de lo esperado en su nuevo destino. Si no fuera por el ordenador sobre la mesa, el tiempo estaría anclado en aquel sórdido lugar; sin él, existiría la duda de en cuál de los últimos cincuenta años estábamos.

Las paredes, que fueron blancas alguna vez, ahora mostraban una triste desnudez amortiguada por algún desconchado, por manchas de humedad y por una foto en la que le entregaban al inquilino del despacho una medalla en una carrera popular. Le daba todo igual, se sentía cómodo allí, como un topo en su madriguera, sin gente pasando, allí, en el sótano de la comisaría donde, en principio, solo iba a estar unos días y ya llevaba varios meses. Lo único que echaba de menos era una buena ventana por la que mirar cuando necesitaba pensar. En su lugar había instalado un salvapantallas en el que se

veía la tierra girar constantemente; le bastaba para concentrarse.

El robo en el chalet del Campo de la Verdad tenía puntos oscuros, inconexos todavía. Llevaba intentado ordenarlo en su cabeza todo el día sin conseguir ninguna certeza. Según la empresa de seguridad con la que tenían contratada la vigilancia, la alarma no había saltado. Tal como había dicho la señora que se encargaba del servicio doméstico, la conectaron a las ocho y cuarenta y siete, después fue desconectada a las nueve y veintiún minutos y vuelta a conectar a las nueve cuarenta y dos. Habían introducido el código sin ningún error. Estarían observando a la señora... Emilia, y cuando estuvieron seguros de que no volvería entraron trepando hasta la ventana trasera. Ignoraba por qué pensaba en plural. Era algo espontáneo, una intuición más que otra cosa. No tenía todavía ninguna prueba que le indicara cuántas personas habían entrado en el chalet y, sin embargo, su mente descartaba que fuera una sola. Veintiún minutos para hacer el trabajo y salir de nuevo. Si todo era tan sencillo como parecía, lo primero que tenía que establecer era cuántas personas conocían la combinación de la alarma. En cualquier caso, actuaron con rapidez, teniendo en cuenta que solo disponían de diez segundos, más o menos, para meter el código antes de que saltara la alarma. Bajar las escaleras corriendo y ponerlo es posible. Lo que no acababa de comprender era para qué activaron de nuevo la alarma al salir, clave y sprint escaleras arriba. Podían haberla dejado desconectada. Aunque también cabía la posibilidad de que entraran por la puerta principal. «Buena idea», se dijo. «La cerradura no había sido forzada, luego el círculo se estrechaba en torno a los conocidos». ¿Cuántas personas disponían de una llave de la casa? Lo preguntaría. En principio se le ocurría que las tres mujeres que la habitaban – madre, hija y asistenta– y tal vez el exmarido. Los exmaridos, fuente inagotable de problemas, son siempre personajes a tener muy en cuenta. También tendría que preguntar si habían necesitado un cerrajero o prestado la llave a algún trabajador ocasional.

Decidió trazar un pequeño esquema que le ayudara a vislumbrar la solución o el camino hasta ella.

Posibilidades: puerta o ventana.

1.- PUERTA: Investigar familia.

Exmarido (relación, trapos sucios).

Asistenta (situación económica, relación con la madre, posibles cómplices).

Hija (amigos delincuentes, expediente académico).

Madre (¿Relación con el caso tan importante?)

Seguro de robo (por si acaso)

Dudas: Si entraron por la puerta: ¿Huella de la zapatilla en la mesa del piso superior no tenía sentido?

2.- VENTANA: Jóvenes (velocidad para llegar a la alarma y para salir). ¿Cómo conocían la clave? Investigar a la empresa de seguridad. Buscar huellas en la repisa, cristal...

Mientras contemplaba las dos opciones se dio cuenta de que algo importante se le escapaba:

Caja fuerte. El ladrón o ladrones conocían la combinación. Buscar punto de observación exterior (¿imposible?). Electrónica con llave de seguridad. Posible ordenador para descifrar clave electrónica. ¿Usaron la llave en vez de combinación?, ¿y llave? ¿Dónde está? Preguntar.

Una vez anotadas las dudas de la investigación, comenzó a relacionar a todas aquellas personas con las que debía hablar:

*Emilia, la asistenta (hablar con ella en comisaría), el lugar impone y puede ser más precisa. No parece involucrada. Investigar situación familiar y económica (por si acaso).

*Vecinos, volver a preguntar en la calle y en la plaza de San Claudio (siempre hay ancianos tomando el sol por allí).

*Hija (Silvia Galián), por si anda metida en algún asunto (drogas...), poco probable dada su situación familiar.

*Nuria Ferrero – Exmarido (relación entre ambos, cuestiones de custodia, económicas...).

Nota: Posiblemente sea un caso de robo común, sin más connotaciones. Lo único que no cuadra es lo de la alarma.

Miró el reloj del ordenador pensando en que ya había cumplido con creces su jornada laboral. Eran las siete y media y tenía hambre. Con el ajetreo del día, mucho más de lo habitual en los últimos meses –una nadería

si se comparaba con su anterior destino—, apenas había comido una tapa en el «Anticrisis», un barecillo de nombre supuestamente ingenioso que estaba detrás de la comisaría. Las tripas le rugían a modo de protesta cuando unos golpes en la puerta interrumpieron los primeros movimientos de su vuelta a casa. Entró uno de los policías del turno de tarde.

—Dígame. ¿De qué se trata?

—Es relacionado con el caso de esta mañana, el del robo en casa de la abogada. Está aquí poniendo una denuncia y quiere hablar con usted.

—¿Otra? ¿Qué ha pasado?

—Su hija no ha vuelto a casa. La ha llamado al móvil, pero está apagado. No está con su padre y el instituto hace horas que cerró. La señora está muy nerviosa, dice que la niña ha desaparecido

—Dígale que enseguida subo.

Eso lo cambiaba todo. Quizás fuese una falsa alarma, a veces los jóvenes olvidan que existen personas a las que les interesa su bienestar y seguridad más que otra cosa en el mundo. Dejan de dar señales de vida durante horas, incluso durante uno o dos días, y luego vuelven como si tal cosa, como si el tiempo transcurrido fuera el de tomar un café. En caso de que de verdad hubiera desaparecido, se replantearía todas las suposiciones y líneas de investigación.

Subió las escaleras y se dejó guiar por las voces. En ese momento la comisaría estaba desierta. La vio sentada, dándole la espalda, con ropa diferente a la de la mañana e igual de atractiva. Hablaba muy rápido. Él se preguntó si estaba nerviosa o si era simplemente una deformación profesional. Gesticulaba y el tono de su voz se elevaba por encima de los parámetros normales.

Se giró al percibir que el agente que tenía frente a ella dirigía la mirada sobre su hombro. En su rostro oscurecido se reflejaba toda la tensión de la jornada y la ansiedad hizo que comenzara la conversación antes de que Cuadrado tuviera tiempo de sentarse.

—Inspector, mi hija ha desaparecido. La he llamado al móvil cincuenta veces. He llamado a los abuelos, a Emilia, a los hospitales. Nadie sabe nada.

Atropellaba las palabras pronunciando unas cuando las anteriores aún no sonaban con claridad.

—Subinspector, señora Ferrero. Subinspector Cuadrado.

Se sentó con calma en el lugar que le cedía el agente mientras intentaba

serenarla.

—Vayamos por partes. ¿A qué hora suele volver su hija a casa?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No. Cuando yo vuelvo del trabajo ella suele estar allí

—¿Suele?

—La mayoría de las veces.

Las respuestas de la abogada no satisfacían en absoluto al subinspector. Era sincera, tajante y contradictoria a la vez. Él no sabía qué tal le iría como letrada, pero como madre dejaba bastante que desear.

—¿Por qué piensa entonces que ha desaparecido?

—Porque no ha venido a comer. He llamado a Emilia y me ha dicho que eso no es normal. Además, desde el instituto me han notificado las faltas de asistencia a partir de la tercera hora de clase.

—¿Desde la tercera hora? ¿No se supone que en los institutos una vez que se entra no se puede salir hasta el final de las clases?

—O con una autorización del padre o madre.

—Y usted no ha firmado ninguna.

—No.

—¿Y su exmarido?

—No lo he llamado, pero dé por hecho que tampoco. Él es el padre guay que les hace regalos. Yo hago el trabajo sucio.

—De todas formas, debería comprobarlo. Quizá ha quedado con sus compañeros de clase. ¿Conoce algún sitio al que ella suele ir? Una academia, un bar con los amigos...

—Siempre viene directa a casa. Por las tardes va a un gimnasio, ya he llamado...

—¿Y?

—Y me han dicho que no ha aparecido por allí desde hace tiempo, varias semanas quizás.

—¿Eso le parece normal? Que haya faltado semanas al gimnasio y que usted no lo supiera. Entiéndame, lo que quiero saber es si es una chica que le consulta las decisiones que toma o si tiene mucha iniciativa propia.

—Suele consultarme siempre; al menos eso creía.

—¿Y las amigas, ha llamado a las amigas?

Se hizo un largo e incómodo silencio tras la pregunta. Por un momento,

aquella señora preparada para todo enrojecía al pensar en cómo desarrollaba su labor maternal. Los ojos se le anegaron de lágrimas, que ella intentaba reprimir mientras un nudo le obstruía la garganta.

—Va a pensar de mí que soy una egoísta a la que no le interesa su hija para nada. Y no es verdad.

—Yo no pienso nada de nadie, no es mi labor juzgar a la gente. ¿Tiene novio o algún amigo especial?

—No.

—¿Está segura?

—Totalmente.

—Hábleme de sus amigas.

—Tiene una pero no sé quién es, no la he visto nunca, no tengo su teléfono ni conozco a su familia.

Lo dijo de un tirón, sin respirar, intentando pasar de puntillas

—¿Solo una amiga?

—Una, que yo sepa, ya no estoy segura de nada. Tiene un nombre raro, vasco... Nekane, creo.

Cuadrado adoptó una posición de alivio al oírla: sería fácil dar con la chica.

—No se preocupe, con ese nombre la encontraremos en poco tiempo: no debe haber muchas Nekane.

Sus palabras surtieron efecto. La abogada apoyó la espalda contra la silla y con las manos abiertas recolocó en sus piernas los pantalones ajustados que llevaba. A él todavía le quedaba algo que preguntar.

—Dígame algo más: ¿Por qué habiendo realizado una búsqueda tan defectuosa, una persona inteligente como usted piensa que ha ocurrido algo fuera de lo normal? ¿Es por ese trabajo tan importante que lleva entre manos? ¿Piensa que puede tener relación con el robo?

La abogada no se atrevió a mirarlo, no le gustaron las palabras que acababa de escuchar y asintió con la cabeza mientras se fijaba en el suelo, abatida. La situación se le escapaba de las manos. No podía pasarle nada; a Silvia, no, la encontrarían, estaría tranquilamente sentada en el cine o con esa amiga. La cuestión que le preocupaba era si sería capaz de seguir adelante con su trabajo una vez que ella apareciera. Porque el miedo había entrado por la ventana al mismo tiempo que los ladrones, y no tenía la serenidad suficiente como para conseguir que saliera.

IV

La vio alejarse con su ropa negra y casi sin levantar los pies del suelo, con su andar cansino y constante que la llevaba a cualquier sitio por lejano que estuviera, como un fantasma venido de otro siglo, fuera de lugar, fuera de tiempo.

Le hizo una señal con la mano, sabía que estaba demasiado lejos para que escuchara su voz, quería que la viera, que viniera con ella a sentarse a su lado mientras hacía los deberes; que le preparara un Cola Cao bien caliente para merendar saltándose todas las advertencias de su madre en torno al azúcar y a su bajo consumo de fruta. La siguió, intentando recortar la distancia que las separaba sin conseguirlo, y comenzó a angustiarse. No tenía por qué. Volvería, y también lo haría su madre, y se sentarían en el sillón arropándose con la manta, verían una película y comerían palomitas. Deseaba llamarla, gritar con todas sus fuerzas para que no se fuera, no quería quedarse sola. Miró hacia todas partes con la esperanza de hallar una cara amiga que la consolara. Se sentía triste y desvalida, más débil de lo que recordaba haber sido nunca. De repente, le entraron unas ganas irreprimibles de llorar.

Abrió los ojos sobresaltada por la pesadilla y, por un instante, no supo dónde se encontraba. Enseguida reconoció la habitación y se percató de que se había dormido. Cogió aterrada el móvil y este le confirmó que solamente habían sido seis minutos. A su lado dormía un cuerpo desnudo. Tenía tiempo. Hizo un repaso mental de los siguientes pasos y despertó a su compañero

besándole suavemente en la oreja.

—Vamos, despierta, que te vas de viaje.

La miró perplejo, sin decir nada, saliendo del sueño y dudando si había entendido bien sus palabras.

—¿Me voy de viaje?

Volvió a besarlo sin perder la sonrisa, después asintió con la cabeza.

—¿Y a dónde voy?

—Te vas a Sevilla. Tu autobús sale dentro de una hora, así que lo mejor será que nos pongamos en marcha.

—¿Y tú?

—Yo no voy. Te esperaré aquí. Recuerda que a ti no te busca nadie. Les lanzarás un cebo y se alejarán de nosotros. Vístete mientras te lo explico.

Bajó la tapa del váter y se sentó sobre la taza mientras él se duchaba. Comenzó a darle instrucciones, las había anotado con la mayor concreción posible en un papel que le entregaría al partir, por si acaso. Tomaría el autobús de las cuatro y media hasta llegar a la Plaza de Armas de Sevilla, alrededor de las doce de la noche. Debía darse prisa para comprar el billete, aunque lo normal es que sobraran plazas. Desde allí tendría que ir a una pensión barata en la calle San Eloy. Comenzó a darle indicaciones sin muchas esperanzas de que le prestara atención.

—Tienes que andar en sentido contrario al río, alejándote de él hasta que llegues a la calle Marqués de Paradas. Después giras a la derecha y continúas hasta la calle Canalejas, y al llegar al cruce de la calle Bailén preguntas a alguien, que ya estás muy cerca. ¿Me estás escuchando?

—Claro que te escucho. Me lo estoy aprendiendo de memoria. ¿Te crees que no tengo buena memoria?

—La tienes buenísima. Atiende, es importante que no uses el móvil mientras estés allí y que siempre lo tengas desconectado de Internet. Si tienes dudas, me llamas desde una cabina, que alguna quedará por Sevilla. Vale, ahora te digo cómo llegar al ciber. Recuerda, nada de GPS.

—Vale, nada de GPS.

—Ni de móvil.

—Ni de móvil.

—Ni de Inter...

—¡Que ya lo sé!

—Vale, perdona. El mejor ciber al que puedes ir es el de Correos. Tiene

pinta de ser grande y moderno; allí nadie se fijará en ti. Tendrás que caminar un rato, así conoces un poco la ciudad. Lo primero que tienes que hacer es volver a donde te dejó el autobús la noche anterior. Cuando llegues doblas a la izquierda y vas paralelo al río. ¿Te acuerdas de lo que significa paralelo o te perdiste la clase ese día?

—Qué graciosa la niña. Me acuerdo, que vaya pegado al río.

—Vale, cuando lleves un buen rato pasarás al lado de la plaza de toros. Solo te lo digo para que no vayas a pensar que no es por ahí y te des la vuelta cuando te canses de andar. Vale, plaza de toros y sigues paralelo al río, después verás a lo lejos la Torre del Oro. ¿Sabes lo que es?

—No.

—Me lo imaginaba. Mira, hace unos días guardé unas fotos de ella en el móvil.

Se acercó a mirar el móvil con la toalla enrollada a la cintura y la salpicó sacudiendo la cabeza.

—No te distraigas y mira.

—Que síiiii, ya sé cómo es. La había visto antes, pero no sabía cómo se llamaba.

—Vale, no tienes que llegar a ella. Cuando la veas a lo lejos debes coger a tu izquierda la calle Santander, que es bastante ancha. Sigue su curso hasta llegar a unos árboles. Ahí es donde está Correos. Tienes que doblar a la izquierda y lo verás enseguida; es un edificio antiguo muy bonito. Enfrente hay otro sitio importante que se llama Archivo de Indias, no tiene pérdida. Cuando estés allí...

—Ya sé lo que tengo que hacer cuando esté allí, pero no creo que pueda meter la micro en un ordenador.

—Ya he pensado en eso, espera

Salió del baño en busca de su mochila, palpó los bolsillos exteriores y de uno extrajo un adaptador USB con ranuras para todo tipo de tarjetas.

—Lo compré en una tienda de los chinos la semana pasada. Espero que funcione. Sube las primeras cuatro fotos. No sé si son importantes. Si vemos que no hay reacción, subiremos más. Ahora es mejor que guardemos munición para seguir creciendo.

—¿Solo cuatro? Ya que hago un viaje tan largo podría aprovechar. Si quieres me quedo otro día y subo otras cuatro desde otro sitio.

—No. Cuatro y vuelves, ni una más. Van a empezar a buscarnos y es

mejor que no estés por allí. Esto es solo el principio.

—¿Y cuándo sale mi autobús de vuelta?

—Déjate de autobús, después de subirlas tienes que ponerlos a todos, abajo, donde pone: «¿Quién sale en la foto?».

—Ya sé cómo se hace.

—Claro que lo sabes. Toma, la lista.

—Hostias qué larga. ¿Cuándo sale mi autobús?

—A la una y veinte, desde el mismo sitio en el que te bajaste. Calcula que tardarás una hora en llegar andando. No pongas esa cara, que no será tanto. Otra en volver y media en subir las fotos, súmale media hora más de imprevistos, por si te pierdes, están todos los ordenadores ocupados o lo que sea. Tres horas. Sal de la pensión a las diez y tendrás tiempo de sobra.

—¿Y a qué hora estaré aquí otra vez?

—Sobre las nueve y media o las diez. Y una cosa más, llama a tu casa, invéntate lo que quieras, pero que no piensen que has desaparecido o te ha pasado algo. Diles que estás con algún amigo y que volverás pronto.

—No sé para qué, si a mis viejos les da igual. Pero si tú quieres, llamaré.

—Se quedó unos instantes pensando en las horas que le esperaban—. Joder, qué marrón de viaje.

—Verás cómo se te pasa volando jugando con el móvil. Además, cuando llegues te estaré esperando con muchas ganas de verte.

V

La hora no facilitaba la labor policial: los directores de los institutos de Secundaria descansarían plácidamente en sus casas o estarían entregados a tareas lúdico-festivas. Localizarlos era un trabajo como los de antaño, de patear un poco las calles.

Los centros cerrados; la Consejería de Educación de la Junta, cerrada. Se podría dejar la tarea para el día siguiente o empezar a moverse. Sin embargo, tratándose de una menor, no cabía duda, si no aparecía provocaría una gran alarma social, se harían eco los periódicos y el revuelo sería considerable. Preguntarían a los vecinos de los centros, a los conserjes que habitaban en alguno de ellos y, una vez localizados los primeros, les pedirían los teléfonos de unos directores a otros. Lo normal es que en una ciudad pequeña se conocieran entre sí. Éste era el procedimiento a seguir, lento y fiable. Envió a los agentes disponibles a los institutos con casa de conserje para empezar a tirar del hilo.

Convencer a Nuria Ferrero para que regresara a su casa fue más complicado. No se movía de la silla a pesar de que ya hacía tiempo que no le quedaba nada que aportar. Allí, sentada, fiscalizaba cada movimiento y cada llamada de teléfono. Le clavaba sus hermosos ojos como alfileres de vudú y hacía irrespirable el aire de la estancia con sus silencios prolongados. Cuadrado se encontraba cohibido bajo la mirada de la madre súper abogada,

súper atractiva, súper dispuesta y súper segura, e intentó varias veces hacerle entender que no podía ayudar y que sería de más utilidad si cuando su hija regresara, que seguro que lo haría, estaba esperándola en casa con un discurso sobre la responsabilidad preparado; eso sería fácil. Pero ella no movía ni un músculo para levantarse de la incómoda silla, permanecía allí, fuera de lugar con su ropa cara y su perfume delicioso, dándole un toque de distinción a aquel agujero infecto que hacía las veces de despacho.

Él le pidió una foto de Silvia para saber con exactitud a quién buscaba. Aunque la mujer no llevaba ninguna encima, dijo que en su teléfono tenía una del verano anterior, que le pasó por *WhatsApp*. Ante la importancia de tener una lo más reciente posible, le prometió enviarle una mejor por correo electrónico en menos de diez minutos. Se marchaba, a regañadientes, con la condición de que la informara de cualquier avance, él la tranquilizó diciéndole que no dejaría de buscar a Silvia y a su amiga Nekane hasta encontrarlas, cosa que sin lugar a dudas pasaría pronto.

Conforme caían las horas y avanzaba la noche, sus esperanzas de hallar a la muchacha fueron difuminándose poco a poco. Sus agentes habían realizado una gran labor y en poco más de tres horas podían asegurar que no existía ninguna Nekane en los institutos de la ciudad. Los directores accedieron de buen grado a colaborar con la policía y consultaron los listados de todos los cursos. Nada. Tampoco en los centros de formación profesional. Quizá fuese una alumna de la Escuela de Magisterio o de alguno de los grados que impartía allí la Universidad de Salamanca. Era una teoría improbable por la diferencia de edad entre las amigas que eso suponía, pero no quería descartarla. A esos listados no podría acceder hasta el día siguiente y lo haría con la orden de un juez, no fuera a encontrarse con un celoso cumplidor de la ley de protección de datos que le hiciera perder un tiempo precioso. A medianoche decidió llamar a la abogada con el anhelo de que hubiera regresado y fruto de la alegría hubieran omitido la llamada a la policía. Esa llamada le indicaría la disponibilidad de horas con las que contaba para el sueño y cerraría la investigación o abriría nuevos caminos. Apenas sonaron dos timbrazos cuando Nuria Ferrero descolgó el teléfono, en un estado de ansiedad que traspasaba el tendido telefónico como un rayo. Su voz oscura como la noche le ordenaba que se dispusiera para la vigilia. No había vuelto. Emilia aguardaba junto a ella, escrutando los ruidos procedentes de la calle, esperanzada en que pronto oiría la música celestial de las llaves al entrar en la

cerradura. Las dos callaban durante largos períodos para después romper el silencio con teorías optimistas cargadas de miedo, miedo a lo desconocido, miedo a pronunciar alguna palabra prohibida que las condujera hacia fatales presagios. Cambiar de emisora de radio les consumía el angustioso tiempo de espera, recorrían el dial buscando noticias en todas las emisoras locales y comarcales con el temor de escuchar el nombre de la niña en alguna de ellas. El fantasma de Alcásser se paseaba a veces por su memoria.

El sonido del teléfono casi les provoca un infarto.

—¿Dígame?

—Señora Ferrero, soy Cuadrado. ¿Ha llegado su hija? —Lo preguntó con voz queda, intentando mantener la calma ante las noticias que debía transmitir—. ¿No? Verá, tengo que volver a preguntarle algo. Disculpe la molestia, pero quizás no la entendí bien.

—Vamos, Inspector, no es momento de andarse con rodeos, pregúnteme lo que sea.

—Subinspector. ¿Está segura de que la amiga de su hija se llama Nekane?

—Claro que sí. ¿Cómo me pregunta eso? Que no supiera lo del gimnasio o no llevara una foto actualizada de mi hija no quiere decir que sea una madre despreocupada.

—Perdone, señora, ya le dije que yo solo hago mi trabajo y que no juzgo a nadie. Si le vuelvo a preguntar por el nombre de la amiga es por una razón. No existe ninguna Nekane matriculada en ningún instituto de la ciudad, y tampoco en centros de formación profesional ni en colegios de Primaria. Mañana consultaremos los listados de la Universidad, pero de momento estamos a ciegas. ¿Cree usted que podría ser de algún sitio cercano? ¿De Benavente o de alguna ciudad lo suficientemente grande como para tener instituto? ¿Es posible que Nekane sea un apodo en vez de su nombre?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio, un silencio delator que no presagiaba una respuesta esclarecedora.

—... pensaba si le importaría que mandara a alguien a su casa para que usted describa a Nekane y hacer un retrato robot, porque imagino que no tendrá una foto de ella. Algo elemental, no crea que disponemos de los medios de las películas, pero así tendríamos algo más con lo que buscar. ¿Señora? ¿Sigue usted ahí?

—Sí, espere por favor.

Tapó el auricular con la mano antes de dirigirse a la asistenta para formularle una pregunta cuya respuesta temía.

—Emilia, ¿tú has visto alguna vez a la amiga de Silvia?

La mujer dejó los ojos fijos en la nada mientras horadaba su cerebro en busca de una imagen, de un encuentro fugaz con la muchacha, de un saludo. Los posó en las pupilas de la abogada unos segundos después para decirle que no.

—Nunca, la niña me hablaba a veces de ella pero siempre quedaban por ahí. Aquí no vino nunca.

Aquellas frases y las que a continuación debía pronunciar le supusieron un peso sobre su conciencia sin alivio posible, el sentimiento de culpa crecía exponencialmente.

—Subinspector...

—¿Sí?

—No sé cómo decirle esto, porque yo misma estoy estupefacta por lo que acabo de descubrir. Nunca he visto a la amiga de mi hija; no sé cómo es, si es alta o baja, flaca, gorda, rubia, morena...

El nudo que se le formó en la garganta no le permitió seguir hablando, y, en un acto instintivo de defensa, colgó el teléfono y rompió a llorar. Al otro lado de la línea Cuadrado se quedó petrificado. Algunas neuronas de su cerebro reaccionaron a la voz de Nuria Ferrero de una manera inesperada. De repente, pensó en sí mismo, se vio frente a un espejo. En él, en Ángela y en Jorge. Tampoco conocía a sus amigos; los nombres sí, aunque no podría describir a ninguno de ellos, ni sabía dónde vivían, ni qué aficiones o juegos compartían, ni qué hacían sus padres. Era como la abogada, exactamente igual, vivía solo para él y los demás le importaban menos de lo que decía. Cogió el móvil de encima de la mesa y llamó a Ángela para acallar su conciencia, que comenzaba a hablarle demasiado alto.

Antes de regresar a su casa y dar por terminado el día, pensó en los siguientes pasos. Esperaría un poco más antes de comenzar una búsqueda exhaustiva; en muchas ocasiones los chavales vuelven a su casa antes de que transcurran veinticuatro horas de su desaparición. Si no aparecía, iría él mismo al instituto para preguntar a los compañeros y solicitaría un seguimiento del teléfono móvil de Silvia. También pediría su registro de llamadas de los últimos días. Ésas serían las siguientes actuaciones que, sin duda, pensaba, lo irían conduciendo por el camino correcto. A aquellas horas

de la noche no quedaba nada que hacer, apagó el ordenador y recogió sus cosas dispuesto a emprender el camino a casa con un sabor amargo en el corazón, sin entender por qué se sentía muy identificado con aquella familia si bien no acababa de encontrar tantas similitudes como diferencias. Núcleos familiares desestructurados, uno divorciado y el otro separado de manera transitoria; profesionales de éxito con gran dedicación al trabajo; en cuanto al éxito, diferían bastante: él no era nadie en especial; si se centraba en la dedicación al trabajo, eran iguales. En lo referente a la preocupación por los hijos, la señora Ferrero y él se parecían como dos gotas del mismo líquido y eso no le agradaba en absoluto.

VI

Miraba al pequeño correr en el parque. Era incansable, con esa energía desmedida que se tiene cuando la inocencia es la dueña del cuerpo y las ganas de experimentar y de descubrir superan todo lo demás.

Las gotas de sudor le surcaban las mejillas, ennegrecidas por tocárselas con las manos llenas de suciedad, intercambiaba juegos como si fueran a desaparecer al día siguiente. Tobogán, columpio, laberinto, red, balancín... realizaba una *gymkana* frenética con el único objetivo de no dejarse ningún aparato sin probar. Estaba colgado de uno de los travesaños del laberinto llamando a gritos a su madre para que lo viera balancearse. Cuando se cercioraba de tener su atención, intentaba las piruetas más arriesgadas para satisfacerla sin imaginar el estado del corazón de Ángela cada vez que lo veía enfrascado en tamañas exhibiciones.

Ella lo miraba pensando que era demasiado infantil para su edad, tenía solo nueve años, mas el resto de los pequeños que disfrutaban del parque contaban algunos años menos. Sin embargo, ni él ni su madre se sentían preocupados por la situación. El niño no entendía de edades, ni de plazos, hacía lo que le gustaba sin preocuparse por lo mayores que eran los otros. La madre encontraba más lógica su posición que la del resto de madres, que ya llevaban a sus hijos a actividades extraescolares, a clases de inglés o a practicar algún deporte con monitores y sujetos a un horario tiranizante.

Decidió no interferir en el desarrollo del niño si no era imprescindible,

daría los pasos según los demandara, sin empujarle a lo que él no deseara. Recordaba que la infancia se pierde pronto, pero el sentimiento de haberla perdido le acompaña a uno siempre. Ahí radicaba la gran, y quizás única, ventaja de su situación: no sentía la necesidad de someter a consultas las decisiones del día a día, solo las verdaderamente importantes, y en éstas su opinión pesaba más que ninguna otra. No existían más ventajas, el resto eran inconvenientes.

Una situación mixta entre casada y separada, ni tan siquiera casada-divorciada, con un hombre del que estuvo profundamente enamorada y que ahora era un auténtico desconocido al que cada vez veía menos. El primer año nada presagiaba el desarrollo posterior de la relación. A pesar de la distancia, él eligió Melilla como destino con el fin de ganar más dinero y acumular más puntos para un futuro traslado. Se veían con frecuencia en apasionados fines de semana. El idilio sin fisuras duró hasta las primeras vacaciones: un mes juntos a todas horas se hizo demasiado largo y, pese a que no se produjo una ruptura directa, las discusiones, que acabaron siendo por las cosas más nimias e insignificantes, dejaron un importante poso de resquemor.

El segundo año se distanciaron los encuentros y las vacaciones amenazaban con derrumbarlo todo. Seguramente, hubiera sido así de no haberse quedado embarazada. No fue algo planeado, al menos por ella, sucedió en una de las pocas veces que hicieron el amor. A partir de entonces comenzaron las acrobacias, caminaron por la cuerda floja años y años, al principio con precaución, luego como un acróbata, con los ojos vendados. Él volvió a la península, no demasiado lejos de Madrid; ella argumentó lo que pudo para no abandonar la capital: el parto, la ayuda materna los primeros meses, el trabajo que no quería abandonar... en el fondo era más sencillo: tenía miedo. Si un solo mes de vacaciones los había hecho tambalear, ¿qué pasaría en una vida en común sin límite de tiempo? No se produjeron discusiones ni reproches, él también dudaba y no forzó la situación.

Cuando nació su hijo fue a verlo todas las semanas durante el primer año de vida, después las visitas se espaciaron y, tras un acuerdo tácito, la relación entre los dos pasó al estado de hibernación. Dejaron de compartir un piso alquilado y el bebé y Ángela se fueron a vivir a la casa de ésta, donde él era un invitado y nunca se quedaba a dormir. Llamadas telefónicas interesándose en el niño y carentes de las palabras de antaño y, sin embargo, sin ruptura. La

vida transcurría estancada en compases de espera. Ninguno de los dos escatimaba el dinero para los gastos de Jorge. Ella decidía siempre y él aceptaba de buena voluntad, bien porque estaba de acuerdo o bien por el sentimiento de culpa que le acarreaba su ausencia. Y continuaron aguardando una señal que indicara el camino a tomar, once años de prórroga en los que cada vez temían más que sonara el pitido final.

Fly me to the Moon sonó en su bolsillo, devolviéndola a la realidad. Era su canción, la canción de los dos desde que se conocieron, una reminiscencia del pasado que se prolongaba en el presente. Muchas veces pensó en cambiar el tono al móvil, aunque no lo hizo.

Era él.

Descolgo dubitativa. Por primera vez sintió el deseo de no contestar, de desaparecer del todo. Oyó aquella voz cálida realizando las preguntas habituales: salud, dinero y... no, no había preguntas de amor. Empero esa tarde las cordialidades concluyeron pronto y comenzó a escuchar lo que siempre había temido y anhelado al mismo tiempo, el momento de la verdad había llegado: le proponía que volvieran a vivir juntos, a ser una familia tradicional, por el bien del niño y, sobre todo, porque él, decía, seguía estando enamorado de ella.

Lo dijo así, sin preámbulos, a bocajarro. Aquel discurso manido y costumbrista no encajaba con su comportamiento habitual. La descolocó por completo. Era lo último que hubiera imaginado, una declaración de amor de su marido después de tantos años de ausencia. Una proposición de reconstrucción desde la base... Le pedía que dejara el trabajo, la casa, todo, y se fuera con él para empezar de nuevo desde el principio, borrando del pasado todo lo que se pudiera borrar y aclarando aquello que fuera necesario, como si fueran unos recién casados con un hijo de nueve años.

Ella se quedó bloqueada, no podía hablar en ese momento, no sabía qué decir, cómo reaccionar.

—Lo siento, pero Jorge me necesita. ¿Te puedo llamar en unos minutos? De acuerdo, en cuanto pueda te llamo.

Necesitaba ganar tiempo y ordenar su cabeza, pensar con lógica sin dejarse llevar por unas emociones que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Dejar el trabajo no le importaba, hacía tiempo que lo hubiera hecho de no ser porque le servía de excusa para descansar de todo el mundo. Cambiar de casa y de ciudad tampoco era un impedimento, ya llevaba demasiados

años con su madre y necesitaba un poco de aire fresco. Que el niño tuviera que hacer nuevos amigos y adaptarse a un nuevo colegio no suponía ningún problema, con nueve años la capacidad de adaptación es mucho mayor que la de los adultos.

La verdad era otra. Podría volver con su marido, sí, pero en realidad ¿sabía quién era él? Fue su amor, su amante y poco a poco se deslizó por la pirámide de los afectos hasta llegar a ser un desconocido educado y atento. ¿Y si pese a vivir juntos seguía siendo eso, un desconocido? ¿Y si no volvía a sentir lo que la había estremecido antaño? ¿Qué pasaría si después de dar ese paso necesitaba retroceder? ¿Y si volvían las discusiones? Esta vez habría un testigo al que no le gustaría lo más mínimo presenciárselas. ¿Por qué habría de asumir el riesgo de un intento? ¿Por su hijo, que no lo echaba de menos? ¿Por él? ¿Por ella? ¿O porque en su interior todavía creía guardar algo del amor que sintió por aquel hombre? Cinco minutos después de la llamada le escribió un *wasap*: no tenía una respuesta y no quería hablar con él sin tenerla.

—Tengo un pequeño problema, nada importante, dime a qué hora te puedo llamar mañana que no te moleste ;).

La contestación llegó de inmediato

—Mejor por la tarde, a partir de las siete.

A partir de aquel momento no hubo otra cosa en su cabeza, el reloj de arena se había dado la vuelta. Le cambió el gesto tanto que, cuando volvió a su casa todos, su madre y su hijo, le preguntaron varias veces si había pasado algo. Respondía con un no tan poco convincente que alimentaba la repetición de la pregunta hasta que optó por una de las palabras mágicas: «jaqueca». La curiosidad de la familia quedó saciada y le permitieron mantenerse ausente el resto del día. Pensó por un momento preguntar al niño, al acostarlo, qué le parecería ir a vivir a otra parte con su padre, pero lo descartó al momento sintiéndose infame por intentar dejar la responsabilidad de aquella decisión a quien no le correspondía.

La noche fue la más larga de su vida. Si decía que sí, ¿qué haría ella en aquel pueblo? Porque aun estando muy cercano a la ciudad, a una ciudad bastante pequeña, seguía siendo un pueblo. Un pueblo donde esperar a que Jorge volviera del colegio, a que él volviera del trabajo con ganas de salir, a que llegara la hora en la que pudiera estar con alguien, a que pasara su vida. No se trataba de una idea que la entusiasmara demasiado. ¿Y qué pasaba con ella? Dejaría de trabajar, seguro. Tal como estaba el mercado laboral, no era

realista pensar que llegaría a una nueva ciudad y encontraría trabajo enseguida. Le esperaba una temporada larga como ama de casa, algo que odiaba.

Debía valorar todos los aspectos. Sacrificarse por que su hijo creciera dentro de una familia estructurada junto a su padre le parecía que valía la pena. No obstante, ella tenía que hallar la forma de encontrarse bien, de lo contrario volverían las discusiones y el hastío, y comenzar a recorrer ese camino acabaría por desembocar en el punto de partida, de nuevo los tres separados, con la diferencia de que su hijo, esta vez, no lo olvidaría. Existía la opción de buscar ocupaciones provechosas para sus tiempos de soledad, inscribirse en un gimnasio, en la escuela de idiomas, en alguna academia de enseñanzas diversas, cualquier cosa antes de entregarse a la vida contemplativa. Quizás lo mejor sería actuar con prudencia, no dar el paso prematuramente, sí. Empezar por visitas más cortas, de fin de semana, sí, pasar allí algunos fines de semana, incluso seguidos, después unas vacaciones como las de Semana Santa o algo parecido, ampliar el tiempo de estancia poco a poco y si todo iba bien, organizar el traslado definitivo.

Se levantó de la cama una hora antes de lo habitual, no tenía sentido seguir acostada con el cerebro a doscientos por hora. Aprovechó la madrugada para salir sin encontrarse con su madre, no se sentía con fuerzas para tratar el tema con ella. Lo haría a posteriori, cuando hubiera tomado la decisión por ella misma. Sabía que, si lo hablaba con su madre, terminaría haciendo lo que le dijera, la convencería disimulando, enredándola con diferentes ideas para que acabara creyendo que decidía cuando no era así. Se daba pena a sí misma por ser tan débil ante la presión de su progenitora, mas, al fin y al cabo, el cordón umbilical de la dependencia materna nunca había acabado de romperse.

Caminó en dirección al trabajo y tomó un café antes de llegar. El resto del día miraba el reloj cada cinco minutos; a veces deseaba que avanzara y otras, se enfadaba por ello. Advirtió a su madre para que recogiera a Jorge del colegio y a la hora de comer fue a sentarse en un banco del parque. Ya tenía claro lo que iba a decir, no cómo hacerlo. Inmersa en la ansiedad, descolgó el teléfono y llamó cuatro horas antes de lo previsto. Solo dio dos tonos antes de escuchar su voz. No le dejó hablar.

—Hola. He estado pensando en lo que me dijiste ayer. Verás, no estoy segura de lo que debemos hacer. ¿Y si no sale bien?... Sí, estoy un poco

nerviosa, esto es importante, muy importante, y ya no estamos solo nosotros dos... ¿Que si te quiero? No sé, creo que responda lo que responda no puede ser verdad, hay más cosas que valorar. ¿Estás seguro? Si hace años que no estamos juntos y que casi no nos vemos. Escúchame por favor, no voy a decir que no, no me presiones, escucha. Quiero intentarlo, al menos así nunca nos recriminaremos no haberlo hecho, pero más despacio. Iremos a verte y pasaremos allí un fin de semana. Si todo va bien, volveremos, cada vez más, hasta que lo hagamos para quedarnos... ¿Estás ahí?... Ya, imagino que te hubiera gustado más otra respuesta... No debemos actuar sin meditar bien cómo va a ser el siguiente paso. Se lo debemos a nuestro hijo, le debemos la oportunidad de tenernos a los dos y de intentar no equivocarnos... Venga, cambia el tono, que te has apagado... ¿No decías hace un minuto que me querías? ¿Ya has cambiado de opinión? Mira, yo voy a ver si tenemos algo dentro de dos fines de semana, tú haz lo mismo. Llámame mañana y cruzamos agendas... Sí, como los ministros... Vale, mañana hablamos... Me gustaría repetirte lo que acabas de decir, pero no estoy segura. Mejor poco a poco. Hasta mañana

VII

Menos mal que has venido, yo sola no sería capaz de hacerlo. Seguro que me rajaba y mañana estaría de vuelta a casa inventándome alguna historia y soportando los discursos y los castigos de mi madre.

Lo malo es que a ti también te estarán buscando. Pero no, tú me vas a ayudar a continuar, seguro, ya estaba harta de la señora perfecta. ¿Tú sabes lo que es tener una madre más guapa que tú, más lista que tú, que esté más buena que tú y que además ella lo sepa? Es insoportable, te convierte en un ser invisible, en una hormiga. Cuando vas con ella dejas de existir a los ojos de los demás, puedes hacer lo que quieras, que nadie te va a mirar y mucho menos escuchar. Pasa el tiempo y sigue siendo igual que cuando era pequeña, la única diferencia es que ya no me dicen: «mira qué niña más mona». Recuerdo un día que fuimos a Valladolid a ver a la familia y a los amigos de mi padre, yo tendría ocho o nueve años, me habían comprado un vestido alucinante, el más bonito que había visto en mi vida, con los zapatos fliparías si los vieras; y para encontrar la diadema nos pasamos una tarde entera de tiendas, parecía una princesa de cuento.

Emilia se pasó más de una hora peinándome y me dejó un pelo precioso. Cuando llegamos, esperaba que alguien me dijera algo agradable, que se dieran cuenta de algo, del vestido, de los zapatos, tenía una ilusión... pero todos los cumplidos fueron para ella, que si estaba increíble, que si le caía la ropa como un guante, todos a su alrededor riéndose y gastando bromas, era la

reina de la fiesta y yo como si no estuviera. ¿Y sabes qué es lo malo? Que ella no tiene la culpa de ser así, es perfecta y ya está, nadie elige qué cuerpo o qué cara quiere tener. ¿Te imaginas? Por eso siempre la aguantaba. Muchas veces pensé en decirle a mi padre que me quería ir a vivir con él por perderla de vista, solo lo hice una y ella casi se muere. Que la dejara para ir con su peor enemigo sería superior a sus fuerzas, porque ellos se sonríen, se saludan y parece que no pero se odian a muerte, yo sé que cuando yo no estoy no se hablan si no es para discutir por cualquier cosa. Por eso me quedaba, y estoy segura de que con él iba a estar mucho mejor, viviría más tranquila, sería más independiente y no tendría a alguien que te está demostrando a cada instante que no le llegas a la suela de los zapatos, además él siempre me ha comprado lo que le he pedido. Lo que pasa es que ella tampoco tiene la culpa de ser inteligente o de hacerlo todo bien. ¿Cómo se va a tener culpa de esas cosas si son para estar contenta de ellas?

No sé, te digo estas cosas sin saber si de verdad lo siento, cuando me pongo a hablar de ella es como si me enfadara, me entran ganas de gritar o de romper cosas y la pobre no ha hecho otra cosa que protegerme toda su vida. Bueno, es un decir, me ha cuidado mucho pero a su manera, porque se pasa la vida trabajando rodeada de tíos que la desnudan con la vista y le ríen todas las gracias. Seguro que se divorciaron por eso; no sé mi padre, pero yo no lo aguantaría. Muchas veces siento que soy un estorbo para ella, me he pasado mucho más tiempo con Emilia que con ella, no sé si me entiendes, lo que quiero decir es que nunca ha hecho nada que me perjudique o al menos no lo ha hecho aposta pero eso no hace que no me sienta mal. No pienso volver, pero me da pena por ella, seguro que lo está pasando muy mal, no quiero ni pensar en cómo estará machacando a la policía con sus leyes, los tendrá locos a todos dándoles órdenes y lo malo es que no va a parar hasta que me encuentren, y como no me van a encontrar, pues eso, les va a caer una buena a los polis.

Bueno, ya está bien de hablar de ella, que no paro, aunque la verdad es que pienso demasiado en ella, no creía que me fuera a pasar porque estaba deseando irme, pero ahora me doy cuenta de que me acuerdo de mi madre todo el rato, quizás sea por miedo.

Sí, no me mires así, te lo digo en serio, por miedo. Estoy segura de lo que hago, pero no puedo evitar tener miedo, no sé a qué ni por qué, por más que lo pienso, me siento mal, como insegura, es una sensación. Siempre he

vivido tan protegida, tan organizada, sin sobresaltos, todo programado, siempre sabía qué iba a hacer al día siguiente, dónde y a qué hora. Y si algo salía mal estaba ella o Emilia o mi padre o mi casa, mi habitación, mis cosas, estaban todos y ahora sé que no hay nada, que solamente estoy yo, bueno y tú, que nunca me fallas, aunque te dé siempre la lata, bueno, también está él, pero él es diferente, muy diferente.

Me quiere, de eso estoy segura, pero no entiende nada, cuando le di la lista de los que debía mencionar en las fotos y vio la cuenta *hipster* me miró con una cara que era para grabarlo, se quedó en blanco. Yo le dije que había descubierto de quién era la cuenta y, de milagro, cuál era la contraseña, que se la había visto escribir en el móvil un día en el insti y que así me iba a vengar por lo que me había hecho. Porque si todo esto aparecía también en su cuenta la relacionarían con el robo y mi desaparición. Le dije que era de Andrea. ¡¡Se lo tragó todo!! ¿Cómo se puede ser tan tonto? Todo esto le parece un juego divertido, como si no fuera lo más importante de nuestras vidas, no es que no le importe, es otra cosa. Él no tiene planes, no sabe a dónde va ni lo que quiere, ahora estamos aquí pero mañana no sabe dónde estaremos y le da lo mismo, no sabe el dinero que tenemos ni hasta cuándo nos va a durar, ni lo que haremos cuando se acabe, no piensa en ello, bueno, la verdad es que no piensa en nada, al menos no discutimos nunca, se deja llevar.

El dinero, eso sí que es un problema. ¿Sabes que hasta ahora nunca había sentido el problema del dinero? Claro, ya sabes que en mi casa no falta, los dos ganan bastante y si yo no tenía alguna cosa siempre era porque pensaban que no era bueno para mí, todo lo que no era malo, para ellos, me lo compraban y ahora fíjate. El dinero se va a acabar, él no va a trabajar, eso creo que va contra sus principios, y yo soy menor, no sé hacer nada y además me están buscando. Pronto tendremos que vender algunas cosas que me he traído, espero que me ayude, porque no tengo ni idea de cómo hacerlo y si hay que regatear, todavía menos, tendré que pensar bien en cómo hacerlo. ¿Sabes una cosa? Si no lo hago bien se va a mosquear, no quiero decirle siempre lo que hay que hacer porque ahora no me pone pegas, pero si se siente presionado puede hacer cualquier cosa. Ahora vive como quiere, sin ir al insti, conmigo, libre, será mejor no cabrearlo.

Venga, vamos a hablar de cosas más alegres, porque vaya mañana que te estoy dando, si todo sale bien creo que pronto llegaré al millón de *followers*,

ya sé que ahora tengo pocos pero va a ser de repente, ya verás, de poco más de mil a un millón, va a ser la caña. ¿Tú crees que pagan publicidad en las cuentas de *Twitter*? Me refiero a si se puede ganar dinero, como los *Youtubers* o los blogueros, tengo que enterarme bien de eso, el problema es que nadie puede saber que soy yo la dueña de la cuenta y si no lo saben cómo me van a pagar, bueno a lo mejor llega un momento en el que puedo decir que la cuenta es mía, aunque para eso creo todavía falta bastante. Hasta que sea mayor de edad será imposible, además tampoco podría abrir yo sola una cuenta en un banco. A lo mejor él sabe o conoce a alguien que me puede hacer un carné falso, bueno, solo la fecha, todo lo demás no hace falta, o puede que sí, un nombre nuevo me daría mucha más seguridad, entonces seguro que nadie me encontraba.

Por cierto, ¿qué me dices de mi cambio de *look*? ¿Verdad que no me va a reconocer nadie? Aunque pasen mis fotos a todas las comisarías de España o de Europa no me encontrarán, y más aún con lo mal que salen las fotos de la policía. ¿Nunca te has dado cuenta? Son siempre fotos horribles, pero el mío es un disfraz perfecto y que no me queda nada mal, parezco mayor. ¿No? ¿A que nadie diría la edad que tengo? Y más aún cuando me compre un poco de ropa, será de colores oscuros y un poco más ancha, nada de moda juvenil, a partir de ahora moverme por ahí va a ser más fácil, solo tengo que pensar a dónde voy a ir y cuándo, porque eso tampoco lo tengo claro. ¡Joder! ¿Te das cuenta de que no tengo claro nada? Bueno, una cosa sí, que no vuelvo.

No sé si es mejor quedarme quieta o moverme. Una vez me explicó mi madre lo que era la «operación jaula», lo habían dicho en la tele por algo de los terroristas, y si la policía hace una jaula de esas para mí y pone controles cerca para encontrarme, lo mejor es no tener que pasar por ellos. Por otra parte, cuanto más tiempo esté en un sitio pequeño como éste más fácil será que me cruce con alguien que pueda reconocerme, aunque me haya cambiado la imagen. Cambiaré de supermercados y a lo mejor lo hago hasta de hotel, no sé, una ciudad mucho más grande me ayudaría más, vaya lío, a veces lo tengo claro y otras dudo de todo, me gustaría estar más segura.

VIII

La vibración del móvil antes de las seis y media de la mañana no era un buen presagio. Estiró el brazo y, palpando sobre la mesilla, dio con el teléfono. El número privado del comisario brillaba en la pantalla.

Se trataba de la confirmación de los malos augurios. Cuadrado escuchó en silencio y se comprometió a estar en la comisaría en veinte minutos. Saltó de la cama, literalmente, y fue vistiéndose de camino a la calle. Cancelaba por obligación el desayuno y el aseo: el asunto parecía de suma importancia y si el comisario estaba en su oficina a esas horas, no era cuestión de hacerle esperar.

Las primeras luces del día todavía no surcaban el cielo. El frío en la cara le sirvió para despertarse por completo y tomar conciencia de la situación. ¿Qué sería de tanta importancia? Esto podía considerarse un procedimiento de emergencia y tendría que existir una poderosa razón para ello. A esas horas ni tan siquiera el tráfico le interfería la marcha, el Puente de Los Poetas estaba casi desierto y maniobró para aparcar a los diecisiete minutos exactos de haber recibido la llamada. Solo el personal de guardia lo vio dirigirse sin titubear al despacho del comisario, golpeó levemente la puerta y sin esperar a que le dieran permiso entró en la habitación. El comisario, que estaba sentado en su mesa con varios periódicos abiertos al mismo tiempo, le hizo un gesto imperceptible con la mano para que se sentara mientras le daba los buenos días.

—Buenos días, señor comisario. ¿Qué ocurre?

La respuesta tardó en llegar. La lectura abstraía a su superior.

—Buenos días, Cuadrado. ¿No ha oído la radio, ni leído la prensa, ni nada? Pues aquí tiene, algo muy gordo. Mire. Estos documentos que aparecen fotografiados en todos los diarios son del caso de corrupción que lleva la abogada Nuria Ferrero, la del robo en su casa, la niña desaparecida y todo lo demás. Ninguno dice cómo las ha conseguido, pero que las tengan todos al mismo tiempo no significa nada bueno.

—Luego el robo no era tal, solo querían distraer, fotografiaron el dossier de la abogada y lo dejaron en el mismo sitio para no levantar sospechas, todo lo demás es una tapadera.

El comisario se levantó y caminó hacia la ventana pensando en las palabras del subinspector.

—¿Y la niña? ¿Cómo encaja su desaparición en todo esto?

El silencio se adueñó de la estancia y el tiempo transcurrió silente mientras Cuadrado meditaba.

—No encaja, una cosa es un robo y fotografiar documentos, y otra, secuestrar a la menor. No hay nadie tan tonto para complicarse tanto la vida.

—Entonces, ¿una casualidad?

—Demasiada.

—Pero no tenemos indicios de que la niña tuviera problemas con la madre, ni nada que nos haga pensar que se fugaría de casa. ¿Está de acuerdo, Cuadrado?

—Tiene razón. Que sepamos, no había problemas, aunque es muy posible que la abogada no lo haya contado todo. Algunas cosas son cuanto menos extrañas. De la mejor amiga de su hija solo conocen el nombre, un nombre que no figura en ninguna parte, y además no la han visto nunca. Investigaremos más a fondo para saber qué ha pasado con la muchacha.

—Hágalo rápido, este caso nos va a durar poco. Como salga alguna foto más nos lo quitarán, si no lo hacen antes.

—Me pondré con la madre. Le pediré que me explique, hora por hora, qué hace su hija cada día de la semana, dónde va y con quién. La llamaré en cuanto compruebe si está el nombre de la amiga en alguno de los listados de la universidad, si no aparece antes por aquí...

—Póngase a ello sin demora. Despierte a quien tenga que despertar, a toda la comisaría si es necesario. Yo voy a contactar con la Brigada Central

de Investigación Tecnológica, que nos digan de dónde han salido esas fotos. Y si viene la abogada, apriétele un poco, que se deje de pamplinas y colabore de una vez.

Cuadrado se marchó a su despacho con algunos periódicos en la mano. Lo que se podía leer en las cuatro fotos que aparecían no era comprometedor, todavía... Nombres de algunos políticos y la mención a diferentes adjudicaciones de obras públicas que apestaban desde lejos. Todavía no había ninguna prueba ni ningún documento que revelase algún secreto. El peligro estribaba en lo que podía aparecer en días sucesivos.

Encendió el ordenador, descolgó el teléfono y puso la maquinaria en marcha. Algunos hombres irían a la universidad a buscar a la tal Nekane, que lo intentaran por las buenas, si había problemas que llamaran al juez y pidieran una orden. Como la posibilidad de fuga de la niña estaba sobre la mesa, dirigió a otros a revisar las cámaras de seguridad de las estaciones de tren y de autobuses. Si se había ido motu proprio lo lógico es que hubiera usado una de estas dos vías de escape. Le restaba contactar con la abogada. Miró el reloj: las siete y veintitrés minutos. Se disponía a llamarla cuando sonó su teléfono.

—Subinspector, la señora Ferrero al aparato.

—Pásemela... ¿Señora Ferrero? Iba a llamarla en este mismo instante. Tenemos que hablar de inmediato. ¿Que va camino de Valladolid? Pues dé usted la vuelta. Claro que he visto los periódicos. ¿Por qué la iba a llamar a estas horas si no?... Sí, imagino que puede ser un escándalo y que está usted en el ojo del huracán, pero tiene un problema más importante que esos papeles. Necesito hablar con usted en persona ahora. Ponga en la balanza a su hija y a los papeles... De acuerdo, la espero en veinte minutos.

Mientras esperaba a la abogada, Cuadrado pensaba en las fotos. Quedaba fuera de lo normal que todos los diarios importantes tuvieran las mismas fotos, exactamente las mismas, y todos a la vez. Cuando uno consigue una noticia de este calibre, se esfuerza mucho en dejarla fuera del alcance de la competencia, y aquí van todos de la mano. ¿De dónde las habrán sacado? Siguió mirándolas intentando encontrar alguna información adicional. Imposible, el encuadre se ajustaba al tamaño de los folios y no se veía nada más, ni una sombra, ni un dedo, ni un reflejo. Entró en Internet para ver el alcance de la noticia en la Red y se encontró con que ya era viral. Estaba por todas partes, incluso algún político, pese a las horas, ya había hecho

declaraciones. Necesitaba saber el origen. Los periódicos no lo revelaban, no era ningún experto en Internet, sin embargo, en la comisaría había a quien se le daba realmente bien.

—González, ¿ha visto los periódicos de hoy? ¿Cree usted que podría saber de dónde han sacado esas fotos? Gracias, esperaré.

Unos instantes más tarde, Nuria Ferrero entraba en su despacho, sin llamar. «Impecable, como si fuera a una boda», pensó.

—Tome asiento, señora Ferrero. Intentaré ser lo más conciso posible, después puede ir a Valladolid si quiere.

La abogada obedeció sin concesiones, rostro hierático y cabeza erguida.

—He visto la prensa y me hago una idea del problema que se le viene encima.

—No, no se la hace.

—En cualquier caso, en lo que a mí respecta ahora mismo lo único que me interesa es encontrar a Silvia.

—Para mí también es lo más importante. No dé más rodeos y comience, tengo un día terrible por delante.

—De acuerdo. ¿Silvia faltaba a menudo a clase?

—No. No falta nunca. Y le agradecería que en adelante no hable de ella en pasado.

—Perdone. ¿Nunca?

—Nunca, va a clase todos los días y si falta a alguna clase es porque se queda estudiando en la biblioteca. Lo hace a veces, cuando tiene muchos exámenes. Puede comprobarlo en su instituto.

—¿Y por las tardes?

—Últimamente no tiene ninguna actividad extraescolar. Hubo un tiempo en el que hizo ballet, después lo dejó para apuntarse a un gimnasio, al que va los cinco días de la semana, de lunes a viernes. Bueno, eso pensaba hasta que los llamé ayer preguntando por ella y me dijeron que llevaba tiempo sin ir.

—Cuando dejó de ir al ballet, ¿se lo dijo?

—Claro. Silvia es una niña que cuenta conmigo para tomar cualquier decisión.

—Excepto la de dejar el gimnasio.

—Siempre puede haber excepciones. En realidad, no creo que lo haya dejado sino que, con los exámenes, dejó de ir temporalmente, de lo contrario me lo hubiera dicho.

—¿Cuál es la relación de Silvia con las redes sociales? ¿Tiene *Facebook*, *Twitter*, *Instagram*?

—No tiene nada de eso. De hecho, hasta hace poco ni siquiera tenía teléfono móvil.

—¿Tiene novio?

—Ya me lo preguntó ayer. La respuesta es la misma: no.

El sonido del teléfono interrumpió la conversación. Cuadrado lo descolgó de inmediato.

—¿Sí? Bien... ¿Está seguro? De acuerdo, muchas gracias.

Colgó y volvió a centrarse en Nuria Ferrero.

—Noticias, y no son las mejores. Ya han comprobado los listados de la universidad, los únicos que nos quedaban por comprobar. No existe ninguna Nekane.

Las palabras del subinspector minaron la resistencia de la abogada que bajó la cabeza y comenzó a sollozar. Apenas fueron unos segundos, una concesión que mostraba su vulnerabilidad y su estado de nervios.

—Claro que existe esa Nekane. Silvia me hablaba de ella a menudo, salía muchas tardes con ella. En una ocasión me dijo que su amiga intentó comprar un móvil y no se lo vendieron por ser menor. No puedo describirla porque nunca iba a casa, pero claro que existe. ¡Búsquela!

No era Cuadrado de los que admiten que se les levante la voz, y menos en su despacho. Sin embargo, entendía la situación y no hizo nada al respecto. Dejó pasar unos segundos para bajar la tensión y continuó.

—Si existe, ya sabemos que no va al instituto, ni hace formación profesional ni va a la universidad. Puede ser que trabaje, aunque eso dificultaría mucho las constantes salidas con su hija, o puede ser que no haga nada, una nini más. ¿Qué piensa de estas dos hipótesis?

—No tengo nada que pensar, usted es el policía.

—¿Tiene su hija, digamos, algún problema especial?

—No sé qué quiere decir.

—¿La lleva a un psicólogo?

—No. ¿Por qué?

—¿Es una niña feliz?

—Como todas las de su edad, a veces es la felicidad en persona y al cabo de un rato se deprime por cualquier tontería.

—¿Frecuentes cambios de humor?

—¡No! No saque mis palabras de contexto. Silvia es una niña normal, absolutamente normal.

—¿Cómo llevó lo de su divorcio?

—Como todos los niños, imagino. Al principio mal, pero después se adaptó a la nueva situación. Para ella el único cambio que se produjo fue que su padre ya no dormía en casa. Me parece absurdo todo lo que me pregunta, Inspector.

—Subinspector.

—Subinspector. ¿A dónde quiere llegar con tantas preguntas sin ton ni son?

—Solo intento conocer la situación para entender si su hija se ha fugado o si la han secuestrado.

Volvió a sonar el teléfono

—¿Sí? Dígame, González.

—Lo han sacado de *Twitter*. Alguien colgó las fotos y nombró a los periódicos como si salieran en ella. Además, nombró a otros tuiteros, y algunos las han retuiteado directamente.

—Entonces, si le he entendido bien, podemos saber quién colgó las fotos.

—No exactamente. Ya conocemos su nombre de perfil en *Twitter*, pero no su nombre real.

—Vaya, no recordaba que en Internet todo el mundo miente sobre sí mismo. Bueno, dígame a quién buscamos.

—No lo sabemos, no podemos saberlo, los nombres son totalmente aleatorios El capitán América, Don Quijote de la Mancha...

—Sin coñas, González

—No es coña, subinspector. A estas horas ya estarán los de delitos informáticos rastreándola. No tardarán en encontrarla si no ha tomado precauciones.

—Gracias, González. Me da que este caso no va a ser para nosotros.

Volvió a colgar y se dirigió de nuevo a la abogada.

—Esta vez las noticias son buenas: en poco tiempo sabremos quién le ha fotografiado sus preciados documentos. Solo una cosa más: ¿Cree a su hija capaz de tener una amiga imaginaria?

Cetrería

I

Un bombazo. La publicación de las cuatro fotos en los periódicos de tirada nacional no se podía considerar de otra forma. De la prensa había saltado a la televisión y a la radio, tertulias, opiniones, artículos, petición de dimisión de todos los implicados...

Un escándalo más de los que sacudían cada cierto tiempo a la opinión pública, y a los que la sociedad española se había acostumbrado. Nuria Ferrero era la persona más buscada de todo el país. Los periodistas se apostaban frente a su casa con la intención de captar cualquiera imagen, una declaración, un gesto. Ella evitaba pisar la calle y a veces dormía en ciudades cercanas, cada noche en un hotel. Entraba y salía de casa por el garaje. Le había dado vacaciones indefinidas a Emilia («No vuelvas por la casa hasta que yo no te llame»), e intentaba salvar su reputación a cualquier precio.

Había pasado una semana desde que aparecieron las fotos. Una semana sin Silvia, siete días de dolor inhumano, de ganas de llorar, de gritar, de morir. A veces pensaba que era una suerte que se hubieran publicado aquellos documentos; profesionalmente desastroso, pero al menos la mantenía ocupada, luchando por su inocencia, manteniendo la cabeza en otro sitio, levantando una muralla que no dejara pasar la peor de las ideas: Había perdido a su niña.

La policía daba palos de ciego. Según le habían comunicado, el caso ya

estaba en manos de expertos, si bien el subinspector Cuadrado seguía ejerciendo como enlace en la ciudad. Daba igual, no sabían dónde estaba Silvia. Si era un secuestro, estaría relacionado con su trabajo; si se había marchado por voluntad propia, ¿por qué lo había hecho? En su casa lo tenía todo, todo lo material y lo afectivo. Ella la quería, aunque no se lo dijera a menudo; su padre también la quería, y Emilia la adoraba. Pobre Emilia. La llamaba varias veces todos los días por si había noticias. ¿En qué se había equivocado? ¿Por qué no le había contado sus problemas? ¿Por qué, por qué, por qué? Se le ocurrió buscar: «Desaparecidos en España» en *Google* y se le heló la sangre. ¿Y si nunca la encontraba? ¿Y si había...? No podía pensar así, tenía que ser más positiva, actuar por su cuenta si era necesario. Con su exmarido no podía contar. Es verdad que la llamaba a diario para informarse desde que se enteró, mas su actitud era pasiva, esperar a que los profesionales hicieran su trabajo. «Tenemos la mejor policía de Europa», decía. Pues esa fantástica policía no encontraba a su niña. ¡Y había pasado una semana!

Estaba decidida: esa noche pasaría de largo y dormiría en Salamanca. Iría al NH, que estaba muy céntrico. En hoteles de esa categoría siempre había habitaciones libres y entendían a la perfección el principio de confidencialidad. Cuando llegara a la habitación buscaría por Internet una agencia de detectives, los mejores, los más competentes, de Madrid, de Barcelona, del extranjero, de donde fuera, y los pondría a buscar. Por un lado, a Silvia, eso lo primero, tenían que encontrarla como fuera. Luego, a los ladrones que entraron en su casa y que arruinaban su carrera cada día un poco más.

Hoy había sido un día terrible. Se sentía acosada por todas partes; por un lado, la prensa, por otro la policía, que a veces la llamaba para preguntarle cosas absurdas o para informarle de sus ¿avances? Le habían pinchado el móvil y localizarían su posición en cuanto lo usara; no tardarían en traerla de vuelta a casa. ¡Pero no lo usaba! La habían situado por última vez allí mismo, en Salamanca, aunque hacía varios días que no tenían ninguna señal. Debía de estar sin batería, sin embargo ¿cómo una muchacha de dieciséis años llevaba días sin utilizar el móvil? Imposible, a no ser que... prefería no pensar la respuesta. La mayor presión, sin embargo, venía de parte del bufete. La iban a despedir, seguro. Todavía nadie le había dicho nada. No obstante, las amenazas veladas flotaban en el aire en muchos momentos: Si hubiera cuidado mejor de los documentos... ¿Por qué los tenía en su casa? Incluso

alguna insinuación que la señalaba como posible filtradora. Aquella misma mañana le pidieron que entregara el dossier momentáneamente para hacerle una copia; se lo devolverían mañana, dijeron. Su carrera estaba acabada, tendría que ir trazando un plan de vida para cuando acabara todo. Si estaba todavía al frente del caso era porque en los partidos políticos no se despide a nadie, ni nadie dimite, ni nadie reconoce sus errores, ni... Otra cosa era el bufete. Si la decisión estuviera en su mano, ya la habrían relevado. De momento, ganaba la opinión de los políticos. ¿Por cuánto tiempo?

Sobrepasó la salida de la autovía que la conduciría a su casa y cogió la A-66 rumbo a Salamanca. Quizás pasara allí más de una noche. Organizaba mentalmente las horas que le quedaban antes de dormir cuando el teléfono la sobresaltó.

—¿Sí?

—Buenas noches, señora Ferrero. Soy el subinspector Cuadrado. Tengo buenas noticias.

El corazón de la abogada se lanzó a galope tendido amenazando seriamente con salir de la caja torácica

—¿La han encontrado? ¿Se encuentra bien?

—Lo siento, señora, pero las noticias no son tan buenas. Todavía no la hemos encontrado, pero sabemos dónde se creó la cuenta de *Twitter* desde la que se subieron las fotos y estamos estudiando las cámaras de seguridad del edificio de correos de Sevilla. Desde allí las subieron.

Aquello no eran buenas noticias para ella, solo se trataba de información. Esperaba una única noticia y aún no se había producido.

—¿Oiga? ¿Sigue usted ahí?

—Claro. Disculpe, subinspector. ¿Tienen alguna idea, por pequeña que sea, de dónde está Silvia?

Se hizo de nuevo el silencio salpicado por las interferencias del manos libres.

—No, todavía no. Nos estamos acercando y por eso la llamaba. Necesito que vea los vídeos de Sevilla, quizás pueda ayudarnos a identificar al que subió las fotos. ¿Puede pasar mañana por aquí?

—Verá, no quiero parecer maleducada o vanidosa o... busque usted el adjetivo que quiera. Pero ¿no podemos vernos en otro lugar? Los periodistas me están esperando apostados a la entrada de la comisaría y no me apetece encontrármelos.

—Por mi parte no hay problema, pero dudo que podamos visionar esas imágenes fuera de aquí: son una prueba importantísima. En cualquier caso, lo consulto y mañana la llamo, hoy ya es un poco tarde.

—Se lo agradezco mucho. Es usted muy comprensivo. Espero su llamada.

Se despidieron fríamente mientras el BMW avanzaba veloz atravesando los campos de Castilla. Le pidió a Siri que contactara con el hotel por teléfono y reservó la habitación. Condujo absorta en sus pensamientos, con el piloto automático puesto, y cuando fue consciente de nuevo estaba en el parking del hotel. Cumplimentó todos los trámites en recepción y subió a la habitación con un solo pensamiento: contratar una agencia de detectives que encontrara a Silvia. Durante el trayecto se sobrecogió por el silencio del lugar. Le parecía sombrío y triste, aséptico, tan diferente a las veces en que había ido a hoteles con su hija. Ella era un ciclón, corría por los pasillos y se tiraba al suelo para resbalar o notar lo mullida que era la moqueta, martirizaba al mando a distancia de la televisión a la búsqueda de dibujos animados, saltaba sobre las camas como si fueran camas elásticas y siempre se llevaba el champú del hotel.

Fueron buenos años, todavía con su marido, como una familia «normal». Eran una pareja joven con una niña que alborotaba el aire a su paso, riendo, saltando y contagiando su estado de felicidad a los que tenía a su alrededor. Eso se acabó, todo se acaba. Llegaron los celos, las envidias, el egoísmo y el divorcio, y ya nada fue como antes. «Una liberación», pensó cuando se separaron. Una liberación ¿de qué? Una liberación de todo, de su marido, de sus reproches, de las discusiones, de su aire de superioridad, de su protección, de su olor tan agradable, de la sensación de seguridad al estar a su lado, de la sonrisa de Silvia, de su alegría, de su espontaneidad, de su felicidad. Quedaron tres adultos, dos adultos y una persona obligada a serlo sin estar preparada. Llevando caminos separados, vidas separadas que se encontraban de vez en cuando, para cenar y desayunar o una vez cada dos fines de semana. El resultado de nuestras decisiones nunca es el esperado; en ocasiones se asemeja a lo que deseamos y otras veces, por el contrario, más nos valdría no haber dado ese paso.

Se sentó en la cama pensando que una semana sin noticias era lo máximo que podía soportar. El wifi del hotel funcionaba a la perfección y en un minuto estuvo conectada a Internet. Dudaba entre seguir a su corazón o a su

cabeza. La cabeza le decía que aquello podía distar bastante de la cordura, ocasionaría interferencias con la labor policial, cruces de informaciones... pero su corazón galopaba al pensar que la iban a encontrar. Tecleó sin vacilar y aparecieron numerosas agencias; las más se publicitaban como expertos en infidelidades. Empezó por entrar en la agencia que se decía: «Líder y actual referente del sector de la investigación privada en España». En la pestaña de «Servicios» aparecían varias opciones: «Particulares, Detectives para abogados, Detectives para empresas...». Optó por «Particulares» y nuevamente tuvo que elegir.

En primer lugar, ¡cómo no!: «Infidelidades». En segundo: «Localizar personas». Hizo clic y se abrió otra ventana: «Notificaciones judiciales, Morosos, Estafadores internacionales, Personas desaparecidas». Anotó el teléfono de contacto y realizó otra búsqueda. Ahora le llamó la atención una que decía anunciar sus precios. Era falso, solo explicaba el desglose por el trabajo, no el coste.

Tarifa mínima por día es de cuatro horas. Si el servicio dista más de cincuenta kilómetros del despacho profesional, el mínimo diario se establece en ocho horas. Facturación por hora de servicio de (1) detective. Los servicios entre las 22:00 y las 06:00 y los realizados en sábados y días festivos tendrán un incremento del cincuenta por ciento. Si concurren ambas circunstancias el incremento será de un cien por cien. Los gastos necesarios para la realización del servicio se facturan aparte de los honorarios pactados. Son gastos, por ejemplo, los derivados de desplazamientos, hospedaje, alquiler de vehículos y material foto-videográfico, aportación de pruebas procedentes de los diversos registros, etc. Provisión de fondos a la firma del encargo cincuenta por ciento.

Incluso aclaraba las posibles necesidades extras.

En caso de uso necesario del servicio de motocicleta se incrementará a diez euros/hora.

Con el dinero no tenía problema, mas todo aquello le recordaba el cine negro. Se imaginaba a los detectives con gabardina y sombrero. Sin embargo, ella no era una *femme fatal*. No sabría cómo tratar con aquella gente. Ella era abogada pero no de derecho penal. Apuntó otro número y cerró su Mac. De repente, tuvo ganas de pasear: el aire de la noche podía aclararle las ideas. El calzado no era el más apropiado para caminar, aunque no le importaba. Salió en dirección al parque de los Jesuitas caminando tan rápido como le

permitían sus tacones, como si quisiera castigar a sus pies por los errores de su cerebro.

La noche era límpida y enseguida su mente la devolvió al asunto de los detectives privados. ¿Sería todo tan confidencial como se anunciaba? ¿Necesitarían, para avanzar en la investigación, saber cosas, nombres, datos, del caso de corrupción política que, todavía, llevaba? No podía revelar información ni tan siquiera dejando a su cliente. Eso supondría un grave problema pues los detectives trabajarían como si fuese una desaparición más, sin tener en cuenta que podían estar relacionados ambos asuntos. El sonido de su teléfono la extrajo de sus pensamientos.

De nuevo era el subinspector Cuadrado.

—Señora Ferrero, disculpe que la llame tan tarde.

—No se preocupe, todavía estoy despierta, últimamente casi siempre lo estoy.

—Verá, he consultado acerca del visionado de las imágenes y no es posible hacerlo fuera de la comisaría, pero hay una manera de que usted no pase por el purgatorio de la prensa.

—Dígame cómo.

—Yo la recogeré, iremos en mi coche y entraremos con él al aparcamiento de la policía, aunque no le garantizo que no se escape ningún flash.

—De acuerdo.

—¿La recojo temprano? ¿A las siete?

—Déjeme pensar: no estoy en mi casa...

—No importa, la recojo donde me diga.

—Estoy en Salamanca.

—¿En Salamanca?

La voz del subinspector denotaba algo que a la abogada no le pasó desapercibido.

—¿Qué ocurre con Salamanca, Inspector?

—Subinspector. La verdad es que es un dato de la investigación que no debería revelarle, pero creo que no pasa nada porque lo sepa. Rastreamos el móvil de su hija mientras pudimos. Fue lo primero que se hizo cuando desapareció. Los móviles se pueden rastrear incluso estando apagados. pero no se puede hacer si se quedan sin batería.

—¿Y?

—Su última localización fue la zona centro de Salamanca. Hace seis días.

El corazón se le detuvo por unos instantes. ¿Y si estaba allí? Podría haberse cruzado con ella o encontrarla incluso esa misma noche.

—¿Señora Ferrero?

—Sí, estoy aquí.

—¿Dónde quiere que la recoja?

—Creo que aparcaré el coche en el hostel San Isidro, en la carretera de Valladolid. ¿Sabe dónde es? Iré por la Autovía de La Plata.

—De acuerdo. Ya sé dónde es.

—¿A las siete entonces?

—A las siete. Que descanse.

¿Descansar? No descansaría hasta encontrar a Silvia y ahora que sabía que podía estar allí todavía menos. Recorrería noche tras noche todos los lugares a los que van los jóvenes, bares, plazas, botellones, cines, McDonald's. No abandonaría la ciudad sin haber rastreado cada rincón

II

No te lo vas a creer. ¡¡He visto a mi madre!! La vi de lejos, pero estoy segura de que era ella. Yo salía con Ely de un bar, no es que vayamos mucho porque no quiero quedarme sin dinero y algunos bares son un poco caros, cuando salimos vamos a los sitios donde hay ambiente, por la calle del Grillo o la calle Varillas, pero no tomamos nada, ni siquiera compramos litronas, OK, lo que te decía.

Ella venía por la otra acera, no me vio y si me vio no me reconoció, y a Ely no lo ha visto nunca, fue increíble. Iba mirando a todo el mundo sin cortarse, a las chicas sobre todo, y tan arreglada como siempre, sus zapatos caros, la falda ajustada y el bolso de lujo colgado del brazo. No veas cómo desentonaba, me dio un poco de pena, ¿sabes? Tiene que sentirse mal, a lo mejor hasta culpable. ¿Se estará preguntando si me he marchado de casa o si me han secuestrado?

Vi en los periódicos, no te creas que los compro es que los miro en Internet o en algún bar, que hablaban de la posibilidad del secuestro, cómo les gusta a los periodistas inventarse cosas. ¡Hasta le hacían una entrevista a mi papa! OK, más que una entrevista eran cuatro cosas que había dicho, no parecía que estuviera muy preocupado y aprovechaba para meterse con mi madre porque al final decía que cuando me encontraran iba a pedir la custodia para que estuviera siempre con él. ¡Si él no estaba nunca en casa antes de que se separaran! Bueno, ni ella tampoco, pero no sé lo que iba a

hacer ahora para que estuviera con él. A lo mejor piensa en que me vaya a vivir al hospital, reservarme alguna cama o algo así. Aunque si lo que quiere es tenerme controlada y que no me pase nada seguro que está pensando en un internado y conociéndolo será un internado para pijos, en el extranjero, en Inglaterra o Estados Unidos, lo que me faltaba. Oye una cosa más de los periódicos. ¿A que no sabes cómo le han puesto de nombre a todo este lío que se ha montado? Sí, igual que pusieron el caso Gürtel y esas cosas, pues le llaman «el caso Bombón», me parto de risa, seguro que es por mi madre, debe de ser que hacen un juego de palabras entre su apellido y su aspecto, qué finos son.

En fin, tengo que pasar de eso, si le doy vueltas a la cabeza termino volviendo a casa y no quiero, es mi vida y si vuelvo dejará de serlo, le volverá a pertenecer a ella, no podré hacer nada sin su permiso o sin que esté vigilando y empezará otra vez con el ballet, o con el gimnasio, que si las notas, que si el futuro... Volviendo a mi madre, estoy segura de que iba buscándome, imagino que rastrearían mi teléfono hace días o quizás el de Ely si lo han relacionado conmigo ya. Seguro que es el de él porque es el que uso siempre para conectarme a Internet y buscar lo que necesito, aunque a partir de ahora para las cosas importantes me conectaré desde algún ciber porque no quiero que rastreen el historial de búsqueda y sepan todos los pasos que voy a dar. A lo mejor hago lo contrario, usaré el de Ely para mandarlos a otra parte, bien lejos de donde yo vaya a ir. Pero algo saben, y mi madre también lo sabe, lo que quiero decir es que, si mi madre me busca aquí, la policía también lo estará haciendo y ésta no es una ciudad tan grande como para pasar escondida mucho tiempo.

Había pensado en cambiarnos de hotel, pero en el nuestro ya se han acostumbrado a nosotros y ni nos miran, y si la policía ha pasado fotos de mí no me van a reconocer, si me voy a otro hotel es posible que me miren con más atención. Ha llegado el momento de irnos de aquí, ya es demasiado tiempo sin moverse y no quiero que me encuentren. Y también ha llegado el momento de ir un poco más allá, de separar nuestros caminos. ¡La reina de Internet va a hacer su entrada! Es broma, bueno, no del todo. He estado dándole vueltas a la cabeza y creo que el destino final será Barcelona, también estuve pensando en ir a Oporto, la frontera se cruza sin problemas y la ciudad es grande, seguro que te puedes perder sin que nadie te encuentre y con la universidad hay más posibilidades de esconderte entre los estudiantes,

lo que pasa es que miré en Internet y no me acaba de gustar, muy bonita por algunas partes pero por otras está muy vieja, no sé cómo decirte... muy pobre. Además, está el idioma. Que aunque es parecido seguro que no lo entiendo y luego que siendo extranjera será más difícil encontrar cómo ganarse unos euros.

Iré a Barcelona, donde tampoco entiendo el idioma, allí hay mucha más gente, muchos turistas, inmigrantes, gente de otros pueblos que va a la ciudad a trabajar. Nadie me buscará allí, está a más de quinientos kilómetros y llegaré sin dejar ni una pista. ¿Sabes cómo? En BlaBlaCar, primero uno hasta Cáceres, para despistar por si alguien me sigue, después un tren a Madrid y desde allí en coche, será como si me teletransportara, como en las películas del futuro, y en una ciudad tan grande todo será más fácil, tendré que conseguir un carné falso, ya sé que suena película, pero seguro que se puede hacer ¿Qué no se podrá conseguir en Barcelona? Y tendré que vender las joyas, hacerlo aquí es muy arriesgado porque hay poca gente que pueda comprarlas y todos se conocen.

Ya he pensado en lo que voy a hacer cuando llegue, me tendrás que ayudar, ¿ok? Voy a trabajar buzoneando, porque el dinero que tengo no me durará siempre y con ese trabajo me quedará mucho tiempo libre para hacer lo que me dé la gana. Para vivir me buscaré un piso de estudiantes, el más barato que encuentre, iré a mirar los tabloneros de anuncios de las universidades. ¿Cuántas hay en Barcelona? Seguro que muchas, me haré pasar por una estudiante más y nadie sospechará. Solo me queda el truco final, como a los magos ¿Has visto esa de *Ahora me ves?* Ah, sí, ya me lo dijiste. He pensado que voy a darle un empujón a mi *Twitter* y ya sabes cómo, de ésta paso el millón de *followers* y a lo mejor puedo empezar a poner anuncios en mi *Twitter* y así me pagan. ¿O no se puede meter publicidad? El caso es que mi futuro está en Internet, ya sé que te he dicho que voy a buzonear pero eso será algo temporal, luego me haré bloguera, me cambiaré el pelo todos los días y los ojos también, con lentillas de colores, tendré pelucas, gafas, extensiones, rastas. Aún no sé de qué voy a hablar en el blog, pero puede que hable de eso, de cómo cambiar de imagen cada día y yo misma seré el ejemplo, me cambiaré también de ropa, la compraré en los mercadillos, en las calles, todo superbarato y haré combinaciones de la ropa, crearé la moda de los jóvenes, será guay.

¿Tú crees que en Barcelona me encontrarán? Ya sé que por la calle no,

pero en Internet, si me ve mucha gente puede que alguien se dé cuenta de quién soy. OK, ya lo pensaré. A lo mejor entrando en diferentes ordenadores con IP distintas o mejor, me enteraré cómo hacen las páginas de enlaces para que no las puedan localizar, haré lo mismo que ellos.

Oye, se me ocurre ahora que quizás podríamos ir a Francia o a Italia. Sí, Italia sería mejor, que los franceses son más organizados y seguro que les llamaba la atención verme por allí, pero tendría que saber italiano y me parece que allí todo es mucho más caro y se me acabaría el dinero enseguida, mejor Barcelona.

Otra cosa, vaya matraca que te estoy dando, le he dado muchas vueltas a la cabeza y me da mucha pena entregarlo. OK, en realidad no lo voy a entregar, pero lo voy a poner fácil para que lo cojan. Si no lo han fichado ya, estarán a punto. Él no se va a dar cuenta y seguro que acabará creyéndose que algo ha salido mal, pero yo voy a ser una traidora. ¡Con todo lo que me ha ayudado! El Judas ese de la biblia va a ser un aprendiz a mi lado. Porque sin él estaría aun recibiendo de las matonas en el insti, fue mi salvador, puso las cosas en su sitio y a mí me subió a un altar, a partir de entonces las cosas cambiaron un poco, seguían mirándome mal y seguro que me hubieran hecho algo si no estuviera con él. Ya sé que tú no podías ayudarme, claro que lo hubieras hecho, desde el primer día y seguramente mejor que él pero tú no podías, era imposible. Como te decía, el tener su apoyo hizo que empezara a pensar en todo esto, me solucionó problemas, me ayudó con Internet, que yo no tenía ni idea, ha hecho todo lo que yo lo he dicho y ahora mira. En fin, así es la vida, parezco una vieja diciendo eso, ¿verdad? Es que es así.

En cuanto a ti, ¿qué vas a hacer? Si te parece mal algo dilo, si no te gusta Barcelona o si piensas que lo del BlaBlaCar no es una buena idea, o si te lo traerías a él también, o si crees que algunas cosas, como el DNI o vender las joyas, van a ser demasiado complicadas para las dos solas, o si no ves claro lo del blog, o si crees que debería volver a casa. No. Cualquier sugerencia será muy bienvenida menos la de dejarlo todo y volver, eso olvídalo.

¿Sabes? A veces me canso de pensarlo todo yo sola y me vendría de perlas una ayuda para poder descansar. Cómo me gustaría que pudiésemos estar juntas a todas horas, cuando llegue ese día no me lo voy a creer, va a ser increíble y a ese día le falta poco para llegar. ¿Tú vas a tener problemas para venirte a vivir a Barcelona? Ya me imaginaba que no, no sé cómo te las arreglas, pero siempre haces lo que quieres. ¡Me das una envidia! O mejor

dicho, me la dabas porque ahora ya estoy como tú, haciendo lo que me da la gana, lo único que me falta es un poco más de dinero y que dejen de buscarme, que se olviden de mí y me dejen en paz, entonces sí que voy a ser libre para hacer lo que quiera sin preocuparme, ahora todavía tengo que llevar cuidado en algunas cosas para que no se fijen en mí, pero cada día falta menos para que llegue ese día.

Oye, tengo que volver al hotel, ¿ok? Ely me estará esperando y no sabes lo pesado que se pone cuando me tiene que esperar y no tiene el móvil al lado, y esta vez el móvil lo llevo yo. ¿Tú que vas a hacer? ¿Te vas a quedar por aquí unos días o vuelves a tu casa? La verdad es que no sé qué iba a hacer sin ti, estaría sola y sin nadie con quien hablar. OK, nos vemos pronto que no me quiero poner sentimental, es que no me van las despedidas, ya lo sabes. Y piensa cómo puedo conseguir dinero. Dinero.

III

Vaya nervios. Llegó al hostel media hora antes de la cita. Al principio pensó en no bajar del coche; sin embargo, no aguantó más de tres minutos sentada en su interior. Solo pensaba en si podría reconocer a alguien en las imágenes y comenzaría el final de aquella pesadilla.

Salió y se encaminó a la entrada del bar del hostel. La luminosidad del interior le molestó y tuvo que entornar los ojos por unos segundos. Las paredes, el suelo blanco y los focos led empotrados en el techo proporcionaban una claridad de quirófano. No tardó en ser el destino de las miradas de los presentes, el camarero y otros dos hombres, posiblemente camioneros, que no tenían la costumbre de ver mujeres como ella a esas horas por el bar. Se sentó en uno de los taburetes de terciopelo verde que estaban junto a la barra y pidió un café solo con sacarina.

Apenas pudo conciliar el sueño la noche anterior. Cuando Cuadrado le habló de la localización del móvil de Silvia se lanzó a las calles con la absurda esperanza de cruzársela en cualquier sitio, así, sin más, confiando en que el azar se pusiera de su parte esta vez. Anduvo durante horas por todas las calles del casco antiguo, pese al daño que le hacían los zapatos, y se retiró desolada, con la idea de contratar a un detective. Se dio una ducha buscando una relajación que no llegó y se metió en la cama con los ojos abiertos como platos imaginando detectives como Al Pacino. Unas pocas horas más tarde volvió a la ducha y se encaminó al hostel sabiendo que, por muy puntal que

fuera Cuadrado, tendría que esperarlo.

Paseó la mirada por todo el local con el único objetivo de dejar pasar el tiempo. Todo le resultaba anodino, indiferente. El soniquete de una máquina tragaperras, los extintores de incendios, las botellas de licor, la televisión encendida, una máquina de tabaco... Nunca había fumado y en esos instantes sintió la necesidad de hacerlo, quizás la relajara, al menos eso excusaban algunos fumadores. Se levantó y caminó en dirección a ella sintiendo tres pares de ojos sobre su trasero. Miró los precios y volvió a la barra para pagar el café y conseguir cambio. Al tiempo que se giraba de nuevo en dirección a la máquina de tabaco, Cuadrado entraba en la cafetería. Se acercó a ella con los ojos entrecerrados por la luz.

—Si no le importa, tomaré un café y enseguida nos marchamos.

—Tome lo que quiera, no tiene buena cara.

—Digamos que esta noche no he dormido como hubiera querido.

—Entonces ya somos dos.

Le pareció que por primera vez la abogada le daba conversación. Prefería que no lo hiciera, no era el mejor día. No mentía al decirle que no había sido una buena noche. Ángela y Jorge llegaban a pasar el fin de semana con él, esperaba que el primero de muchos, y quería que estuviera todo perfecto.

Se puso a limpiar como no lo había hecho nunca, pero al cabo de dos horas desistió, agotado, dejando la tarea a medio hacer. Decidió llamar a una empresa de limpieza que se comprometiera a dejar la casa sin una mota de polvo al día siguiente, ellos no tenían previsto llegar hasta las siete de la tarde, tenía tiempo y la alarma puesta en el móvil para empezar a buscar limpiadores en cuanto abrieran los negocios.

Después fue consciente de que casi no tenía muebles. Había alquilado el dúplex cuando todavía no lo había habitado nadie y se contentó con que el dueño amueblara lo imprescindible. Una habitación, la suya; el salón, la cocina y los baños. Los demás muebles que había en la casa los compró él según fueron surgiendo las necesidades, eran pocos y heterogéneos. Tenía que convertir una de aquellas habitaciones vacías en la guarida de un niño de nueve años del que apenas sabía nada. ¿*Star Wars* o *Los Simpson*? ¿*Mario Bros* o *Pokemon*? Sería mejor dejar la decoración, de momento. Localizó en Internet varias tiendas de muebles, a las que pensaba llamar en cuanto pudiera para adquirir una cama con muebles auxiliares. Llegaría a un acuerdo con la que más rápido trabajara. El armario era empotrado y estaba sin forrar,

con lo que no podía hacer nada. Además, había pensado en poner algunos muebles en el porche, que también estaba desierto.

A todo eso debía sumarle que su frigorífico era el de un soltero que nunca comía ni cenaba en casa: demasiada tarea para unas pocas horas máxime cuando tenía que trabajar. O la suerte le acompañaba o las cosas no iban a comenzar muy bien, y con razón. ¿Cómo había podido dejarlo todo para el último día? ¿Es que lo había olvidado? Esas dos preguntas eran las primeras que le haría Ángela cuando comenzara la discusión.

No lo olvidó, al contrario, pasaba tantas horas pensando en ellos que había ignorado la parte práctica de la visita. Imaginó las conversaciones que tendría, cómo haría de guía turístico por la ciudad, dónde llevaría a Jorge para que se divirtiera, qué pasaría cuando llegara la noche y tuvieran una sola cama para los dos. Durante días intentó preverlo todo y no se detuvo en la logística más elemental, en la de andar por casa. Ahora necesitaba suerte, mucha suerte.

—Subinspector, ¿sigue usted aquí?

—Sí, perdón. Pensaba en otra cosa. Si le parece podemos marcharnos.

—Cuando usted quiera.

Cuadrado pagó su consumición y emprendieron el camino de salida sin cruzar palabra. Una vez en la calle se dirigieron, ante la extrañeza de Nuria, hacia a un Opel Corsa blanco con bastantes años y kilómetros a cuestas.

—Pensé que iríamos en un coche camuflado, de esos con los cristales tintados, pero esto supera mis expectativas.

—No nos sobran los medios y en este vehículo nadie esperará verla. Estaremos en el interior de la comisaría antes de que se den cuenta.

—Desde luego, tiene razón. Ni yo misma me veo dentro de este coche.

El subinspector le abrió la puerta sin añadir más comentarios. Entrar y sentarse con la falda estrecha no era una tarea sencilla; sin embargo, Nuria Ferrero lo hizo con la facilidad del que lo practica continuamente. Recorrieron los pocos kilómetros del trayecto en silencio, escuchando las noticias de la radio. Por primera vez en varios días no hablaban de ella, del caso Bombón. La estrategia del policía dio resultado: apenas había dos fotógrafos apostados y no se percataron de la presencia de Nuria Ferrero. Una vez en la comisaría ella lo siguió por diferentes pasillos hasta bajar a su despacho.

—Siéntese mientras conecto el ordenador y pido que me envíen el

archivo con la grabación. Lo visionaremos aquí mismo.

—Lo haremos como usted quiera, estoy a su disposición.

Cargar los programas de inicio no era un trabajo nimio para aquella máquina antigua. Esperaron con paciencia hasta que estuvo dispuesta, mas en ese momento todavía no había recibido el archivo de la grabación. El subinspector se disculpó diciendo que sería cuestión de minutos.

—Dígame, Inspector...

—Subinspector.

—Tendrán más avances en la investigación. ¿No debería estar informada? ¿O no han averiguado nada más?

—Queríamos tener más información que darle antes de hablar con usted. Pero sí, sabemos algunas cosas más. Hemos localizado la IP del ordenador desde el que se creó la cuenta de Twitter en la que subieron las fotos de sus documentos. Es un cibercafé aquí mismo, en el centro, a quinientos metros de donde estamos. Esperábamos el visionado por si usted reconocía a la persona que las colgó.

—¿Las subieron aquí?

—No. Lo hicieron en Sevilla, se lo dije ya. ¿No lo recuerda?

—¿En Sevilla? ¿No me dijo que creía que Silvia estaba en Salamanca?

—No. No se lo dije. Solo le comenté que la última localización de su móvil fue en Salamanca. Que subieran las fotos en Sevilla no significa, necesariamente, que ella esté allí. De todas formas, todas las comisarías tienen su foto y la buscan allí con mayor ahínco, si cabe. En cuanto a su primera pregunta: sí, en el edificio de correos. Que, por cierto, es un lugar muy curioso para hacerlo porque tiene cámaras grabando. De ahí las imágenes que veremos.

—Eso me confundió. ¿Y el cibercafé de aquí?

—Ahí no hay cámaras, es un lugar sin nada especial. Después iremos a preguntar.

—¿Cuándo?

—Cuando digo «iremos» no la incluyo a usted. Discúlpeme, pero no procede. No se preocupe, la mantendré informada.

—¿Como hasta ahora?

—La informaré como usted quiera. Desde este momento puede llamarme a mi móvil cuando lo necesite. Le daré mi número particular y si sé algo más, se lo diré. Ya ha llegado el archivo, mire.

Cuadrado giró la pantalla hacia ella y pulsó Play. Las imágenes eran en blanco y negro y con poca definición. Con el índice señaló dónde debía poner su atención. Unos segundos más tarde apareció una persona y se sentó frente a un ordenador. Llevaba una gorra puesta y gafas de sol. No se las quitó. Sacó de un bolsillo un pendrive y lo conectó al ordenador. Permaneció unos dos minutos frente a la pantalla, luego retiró el pen y se marchó.

—¿Lo reconoce?

—¿Cómo lo voy a reconocer si casi no se ve? La imagen no es clara y él lleva casi toda la cabeza tapada entre la gorra y las gafas. Por eso le daba igual que hubiera cámaras.

—¿Le suena de algo?

—No, pero podría ser que sí, no se lo puedo decir.

—Mírelas otra vez, las que haga falta. ¿Quiere que busquemos un ordenador con mejor pantalla o que las veamos en una televisión?

—No. Lo que necesitaría es un programa informático de esos de CSI, pero me temo que no disponen de él.

No hubo respuesta. Claro que no disponían de él; no disponían de nada que pudiera denominarse actualizado. Continuaron pasando las imágenes una y otra vez durante media hora. Nuria paraba a veces el vídeo y se quedaba unos instantes buscando en su cerebro alguna conexión que no llegaba a producirse. Cuadrado aprovechó el *impasse* para dejarla sola y emprender la tarea que más le preocupaba del día. Se dirigió a uno de los ordenadores que había libres en la sala contigua y buscó en *Google* empresas de limpieza y su horario de apertura, anotó sus horarios en un bloc de notas y a continuación buscó tiendas de muebles para copiar sus números de teléfono. Con unas hojas llenas de números garabateados, volvió junto a la abogada que había dejado de mirar la pantalla.

—Esto no conduce a nada, es imposible, no puedo decirle quién es.

—No se preocupe por eso, ya sabíamos que era difícil que lo reconociera. Tenemos otras líneas de investigación.

—¿Tenemos? ¿Sigue usted al frente de la investigación? Creía que estaba en manos de, perdóneme, personal más cualificado.

—Y así es. Yo soy, digamos, el enlace en la ciudad y con usted. Aunque me mantienen informado y participo en algunas ocasiones. Ahora, si no quiere ver más las imágenes, es mejor que la lleve de nuevo a su coche, cuanto antes lleguemos al ciber, mejor.

Nuria Ferrero se levantó y sin decir palabra se dirigió hacia el aparcamiento con el subinspector detrás. Hicieron el camino de vuelta en silencio, cada uno pensando en sus cosas, tan distintas y tan parecidas a la vez. La familia, no fallarle a los seres queridos, no decepcionar a quien espera todo de ti. Él intentaba no hacerlo y ella se hundía pensando en que no había sido capaz de conseguirlo y, en el fondo, descubría que deseaba que se tratara de un secuestro antes que de un abandono, a pesar de tener que tratar con delincuentes que no dudarían en hacerle daño a Silvia, que la extorsionarían, que... Lo prefería a tener que asumir su fracaso absoluto como madre.

Llegaron al hostel y el Opel Corsa se detuvo junto al coche de la abogada.

—Manténgame informada, por favor.

—Se lo prometo.

En cuanto se quedó solo sacó el móvil y el bloc para marcar el número de la primera empresa de limpieza. Cerrado. Llamó a la segunda y obtuvo respuesta, negativa: les resultaría imposible ir esa misma mañana. Continuó llamando hasta que consiguió escuchar lo que esperaba: estarían en su casa en media hora. Condujo hasta allí sabiendo que no disponía de media hora para esperarlos, tendría que intentar dejar la llave a algún vecino para que abrieran. No tenía apenas trato con ninguno, pero eso, bien visto, no era un problema. Sin trato, ni bueno ni malo, solo un saludo al cruzarse. Le pediría a la señora de al lado el favor de que abriera la puerta. Ya vendría él más tarde para cerrar.

El siguiente paso era comprar la cama. Sin haberlo intentado siquiera, y ya se le antojaba mucho más difícil. No tardaría en comprobar que así era. La mayoría no disponía de muebles en stock y cuando consiguió que una le vendiera el dormitorio de la exposición, resulta que no tenía sitio en el camión de reparto. No se amilanó por la falta de éxito en todas las de la ciudad. Cuando ya empezaba a flaquear, pensó en llamar a todas las de la provincia, y la suerte le sonrió. Se la traerían desde Mombuey si hacía una transferencia del importe de la habitación en el acto. Se la dejarían montada antes de las cinco de la tarde. No sabía lo que acababa de comprar, si era apropiado o no. En la tienda le preguntaron las medidas de la habitación, de las que no tenía ni idea, y quedó con ellos en que instalaran lo que pudieran, si no cabía el puente completo que pusieran una parte, o nada. Lo indispensable era la cama y la mesilla, lo demás no importaba. En cuanto a la

ropa de cama, decidió que la comprarían en familia durante la tarde, así tendrían algo más que hacer. Irían al centro comercial, comida, ropa, una alfombra para Jorge y, después de comprar, al cine o a la bolera. En cuanto al mobiliario de jardín para el porche, decidió que ya era demasiado. Eso quedaría para otra semana y lo haría sin las prisas del último momento.

Le estaba pidiendo a su vecina, una señora septuagenaria, que le hiciera el favor de abrir la puerta cuando el teléfono vibró con insistencia en su bolsillo. Aceleró la marcha de la conversación intentando concluirla para coger el móvil antes de que colgaran, mas no fue posible. La señora Carmen pedía detalles y más detalles sobre su labor con el fin de cumplirla escrupulosamente. Cuando se dio por satisfecha, la llamada había cesado. Liberado de la vibración, se explayó con su colaboradora y se fue de allí con la certeza de que todo quedaría perfecto, mejor incluso que si hubiera estado él.

Devolvió la llamada en cuanto estuvo solo y tuvo que excusarse ante su superior. Le esperaban para ir al ciber desde el que se creó la cuenta de Twitter. Se verían en él, nueva orden, en quince minutos. Arrancó el coche y salió tan rápido como pudo. Desde Villaralbo al centro de la ciudad se tardaba más, y no quería encontrarse caras largas a su llegada. A pesar de sus esfuerzos, cuando llegó ya estaban dentro los de la unidad de delitos informáticos preguntando al dueño del local, un hombre con barba de dos días y cara de pocos amigos. Le mostraron una foto extraída de las imágenes de Sevilla sin éxito; sin embargo, reconoció a Silvia al ver su foto. Iba allí a menudo, al principio sola y luego acompañada, mas no podía asegurar que fuera por el hombre de la otra imagen.

Cuadrado se despidió de sus colegas y partió rumbo a la comisaría pensando en limpieza y en muebles, se descubrió imaginando la habitación de Jorge y fue consciente de que tampoco tenía cortinas y una bombilla conectada a los cables que salían del techo hacía de lámpara. Se resignó a su destino. No intentaría nada más. No quedaba tiempo, y si continuaba comprando cosas sin verlas y sin un mínimo de perspectiva estética convertiría la casa en un adefesio inmobiliario.

Había que ser positivo y centrarse en el lado bueno de la situación. Si al final Ángela aceptaba volver con él, no vendría a vivir a una casa que no consideraría suya. Ella podría decidir todos los aspectos de decoración y amueblado que quedaban, que eran muchos, y transformar aquel dúplex

desértico en su hogar, sentirse cómoda allí. Miró el reloj calculando las horas que le quedaban para que llegaran. En ese espacio de tiempo debía continuar en el trabajo y controlar lo que ocurría con los limpiadores y los de la tienda de muebles. Llegó a la comisaría con la mente divagando y encontró más novedades sobre el caso Bombón.

Tras la identificación de Silvia, habían descubierto que desde ese ordenador se habían creado otras cuentas de *Twitter* unos días antes. Los informáticos trabajaban con una eficiencia a la que no estaba acostumbrado. Tres cuentas, una llamada @silgaza (corazón solitario) que sin duda pertenecía a ella, SILvia Galián... En ella apenas hubo movimiento ni *followers*, unos cuantos insultos y menosprecios nada más.

Sin embargo, en la de @sinthemoon, *The Wizard of Sheba*, donde colgaron los documentos, aparecía un examen del instituto, lo que hacía pensar en que algún compañero de clase podía estar relacionado con el caso. Había una tercera cuenta, @hipsterlapuñetera, donde aparecían algunas fotos de Silvia, las más antiguas tirando la basura y otras posteriores desvistiéndose hasta quedar en ropa interior, hechas a través de la ventana. Además, había insultos de todo tipo, incluso amenazas.

Era evidente que no contaba con la admiración de mucha gente y que su escasa popularidad permitía que la acosaran en el instituto, y esta cuenta había sido mencionada para que aparecieran en ella las fotos de los documentos. En el mismo ordenador en el que ella creó su cuenta habían registrado otra en la que se dedicaban a acosarla con crueldad. Esa información conducía la investigación por caminos diversos. Silvia podía estar secuestrada, obligada a la fuerza a entrar en su casa para desvalijarla, quitar la alarma, abrir la caja fuerte y después a acompañar a los ladrones. Y alguien que la conocía muy bien estaba implicado: no había ningún signo de violencia o de lucha en su casa. No obstante, esto no tenía por qué guardar relación con la cuenta de *Twitter* desde la que la acosaban. Eso parecía más bien cosa de chavales.

Otra vía que explorar era la del secuestro, aunque remota, ya que no habían pedido ningún rescate. Sin embargo, de confirmarse esta teoría, debía de estar planeado con mucha antelación: es complicado mantener a alguien retenido si no se ha planificado bien y se cuenta con medios para ello. También cabía la posibilidad de que estuviera muerta. No era la primera vez que un caso de *bulling* se les iba a los chavales de las manos y acababa

apareciendo un cadáver en un pozo. Entonces nada tendría que ver con las fotos de los periódicos.

Por último, se podría pensar en que, simple y llanamente, se hubiera ido de su casa y nada tuviera que ver con las fotos. Esto parecía un tanto improbable. ¿Hasta dónde podía la casualidad actuar para que dos hechos tan extraordinarios coincidieran en el tiempo sin guardar relación entre sí? El siguiente paso sería hacer que el dueño del ciber viera todas las fotos de los compañeros de instituto de Silvia; tenían que estar ahí los creadores de las otras dos cuentas y quizás el portador de las fotos.

IV

Uno al norte y el otro al sur. Fin de la historia sin que él lo sepa. Algún día tenía que llegar. Un nuevo grupo de fotos verían la luz desde La Coruña, esta vez muchas más.

El escándalo sería ya de proporciones internacionales. Mientras tanto, ella emprendería su viaje sin retorno hacia Barcelona, daría un pequeño rodeo para no volver a pasar cerca de su casa y cambiaría de medio para que cada tramo no pudiera relacionarse con el anterior. Le quedaban algunos detalles y preparativos. Ya había sacado casi toda la ropa. Las joyas las tenía en una consigna de la estación, y apenas le quedaban en la habitación enseres mínimos. Podría sacarlos discretamente, sin que pensasen en recepción que se marchaba. Y, lo más importante, quedaba convencerle a él para que volviera a coger un autobús.

Cuando volvió de Sevilla se pasó varios días refunfuñando por lo cansado del viaje. Habían sido días felices, sin nada que hacer excepto pasear y estar juntos, disfrutar del tiempo sin mirar el reloj, recorrer todos los rincones de aquella maravillosa ciudad y hacer el amor cuando les apetecía. Solamente fue un paréntesis en el camino de ella. Aprovechando la siesta de su acompañante, se acercó hasta la estación de autobuses y compró los dos billetes con una sensación de euforia que no había recuperado desde el primer día. Cuando regresó lo encontró sentado en la cama de la habitación viendo la tele.

—¿De dónde vienes? ¿Sabes que en la tele ya no hablan de tu madre?

No le gustó el tono de la primera pregunta ni su actitud: le recordó a su padre cuando esperaba en casa el regreso de su madre.

—¿A qué pregunta quieres que te responda primero? OK, a la de mi madre, que tiene relación con lo que te tengo que decir. No lo sabía, pero lo imaginaba, por eso tengo que proponerte algo.

—Hostias, no me gusta nada eso de que me propongas cosas.

Se puso a la defensiva.

—No seas tonto. Creo que ha llegado el momento de que subamos más fotos a la red.

—¿Más fotos? ¿Y por qué tenemos que subir más fotos? Que no digan nada en la tele es una buena noticia.

—Se están olvidando de nosotros y dentro de poco no nos buscará nadie. ¿Para qué vamos a poner a la policía en marcha otra vez? ¿Es por tu madre? ¿Tanto la odias?

No iba a ser fácil conseguir que hiciera lo que pretendía. Sin razón alguna parecía enfadado.

—OK. Corta el rollo, que no entiendes nada. ¿De verdad tú crees que si nos estamos quietos se olvidarán de nosotros y nos dejarán en paz? Se nota que no conoces a mi madre. Ahora mismo nos estarán buscando por todas partes, sobre todo por Sevilla, pero también empezarán a pensar en que si no nos encuentran allí es que nos hemos ido. Mi madre no les dejará vivir hasta que le den una respuesta que le guste. Hay que hacer que se vuelvan locos intentando encontrarnos: unas fotos en Sevilla, otras en La Coruña, otras desde Oporto y, si podemos, las siguientes las subiremos en Murcia. Así nunca sabrán dónde estamos y nos buscarán por tantos sitios que nunca nos encontrarán.

—¿En La Coruña? ¿Quieres que vaya a La Coruña? Tú estás loca, si hacemos eso no solo nos buscará la policía de Sevilla, será la de muchos sitios la que estará esperando cazarnos. Deberíamos irnos de aquí, que ya estoy cansado de no moverme, y buscar algún sitio lejano y dejar que pase el tiempo hasta que se olviden de nosotros. Eso sería lo mejor, esconder la cabeza como esos pájaros grandes.

—Los avestruces.

—Eso.

Dejó pasar unos instantes antes de proseguir. La conversación se estaba acelerando y podría conducirla por donde no quería.

—Ya veo que tú has hecho tus planes, o al menos has pensado en lo que tenemos que hacer. OK, hazme un favor más, porfa, solo una vez más. Cuelga las fotos desde La Coruña y cuando vuelvas hablamos y entre los dos pensamos lo que hacemos.

—¿Y por qué no te vienes conmigo? Así no me aburriría tanto en el viaje. Seguro que son ocho o nueve horas de autobús y tú no quieres que use el móvil.

Tanta traba la estaba poniendo nerviosa. Normalmente, él aceptaba sus opiniones sin replicar, pero hoy ocurría algo que no entendía.

—Ya te he dicho que a quien busca la policía es a mí, no a ti. Tú puedes moverte por donde quieras, nadie te va a preguntar nada y esta vez te he sacado ida y vuelta en el mismo día, así no tendrás que dormir allí y yo te estaré esperando con muchas ganas de verte.

—¿Ya has sacado los billetes sin preguntarme?

—No seas tonto, estabas durmiendo y he aprovechado el paseo, pero si quieres los devuelvo. No creo que haya problema.

—Quedó esperando a que dijera que no. Los segundos se le hicieron eternos. Si se negaba a ir, todo el plan caería por la borda.

—Vale, pero será la última vez que voy solo. Si luego quieres subir más fotos en Oporto, Murcia o donde sea, te vienes conmigo.

—OK. La próxima vez nos iremos juntos y así hacemos un poco de turismo los dos.

—Vale, ahora dime dónde tengo que ir para subir las fotos y cuántas quieres que suba.

—OK. Te lo voy a explicar y después, si quieres, te hago una nota en el móvil. Cuando llegues a la estación de autobuses, sales en dirección a unos árboles, detrás hay una pasarela para cruzar unas calles anchas con muchos coches. Ve por la pasarela hasta el final. Aunque te podrías salir a mitad, no lo hagas, hasta el final donde verás más árboles, sigue un poco a la derecha hasta un paso de cebra, lo cruzas y coges la calle que tienes justo enfrente, se llama rúa Ángel Senra. Tienes que seguir por ella un buen rato. Tendrás que atravesar cuatro calles y en el quinto cruce doblas a la derecha. Es muy fácil porque la calle por la que vas acaba ahí, te encontrarás de frente un edificio y un triángulo con más árboles. Dobla a tu derecha, esa es la calle San Vicente, y tienes que buscar un sitio que se llama *Cool Cyber*. Lo encontrarás enseguida porque está muy cerca. Ahí tienes que subir las fotos.

—Será mejor que me hagas una nota en el móvil.

—Ok. He estado mirando la mejor combinación para que estés fuera el menor tiempo posible. Esta noche nos iremos de fiesta por ahí y a las dos tú te vas a la estación y yo al hotel. Llegarás sobre las nueve de la mañana, te das un paseo, cuelgas las fotos y a las tres y cuarto coges el bus de vuelta. Te haré otra lista con todos los nombres que tienes que mencionar como que aparecen en las fotos, aunque es la misma que la de la otra vez.

—Joder, otra noche en el autobús.

—No te preocupes, entre lo que te voy a cansar esta tarde y los litros que van a caer, vas a dormir como un tronco.

Le cambió la cara ante la sugerencia de sexo y alcohol que le estaba haciendo. Ella lo percibió y supo que ya no tendría problema para llevar a cabo su plan.

—Está casi todo bien. Solo que vendré muy descansado del viaje y me tendrás que cansar de nuevo para que pueda dormir esa noche.

—Lógicamente.

—Perfecto, entonces. ¿Y cuántas hay que subir esta vez?

—Catorce. Las he estado leyendo y ya aparecen muchos nombres, cantidades de teléfono, citas y muchas más cosas. Con catorce va a ser la bomba del bombón y todavía nos guardamos otras tantas para la próxima vez.

—Vale. Todo correcto. Creo que ahora podríamos empezar la parte en la que me cansas, no vaya a ser que no tengamos tiempo.

—¿Y si acabas tan cansado que no podemos salir a tomar algo?

—Correré el riesgo.

Ella sonrió mientras se quitaba la camiseta. Acostarse con él la satisfacía plenamente y si todo iba como había pensado, no sabía cuánto tardaría en volver a tener una relación. Era cuestión de aprovechar el momento.

V

No se trataría de una conversación sencilla, había cosas que decir que a ninguna madre le gustaría saber.

Si a su desesperada circunstancia personal se le sumaba la aparición de nuevos documentos sobre el caso Bombón, la situación se agravaba aún más. Eran muchas más páginas que la primera vez y se revelaban nombres, datos e incluso notas, de mucha importancia, de las conversaciones entre abogado y cliente. En cualquier caso, su obligación era informar a Nuria Ferrero de los avances en la investigación y, de paso, comprobar si de verdad conocía a su hija tan poco como parecía. Sin dudar más, marcó el número del móvil de la abogada, que no tardó en responder a la llamada.

—Buenos días, Inspector.

—Subinspector. Buenos días, señora Ferrero.

—Dígame que la han encontrado, por favor, es lo único que necesito oír.

—Me gustaría, pero no es eso lo que debo decirle. La llamo para informarle de algunos aspectos nuevos de la investigación y pedirle su colaboración en otros. Me comprometí con usted a que la mantendría al corriente y aquí estoy.

—Le agradezco la llamada, aunque dudo que pueda colaborar en algo. Diga, estoy dispuesta a lo que sea, le escucho. ¿O esto hay que hacerlo en persona?

—De momento, no es necesario, podemos hablar por teléfono. Verá, como usted sabe estuvimos en el ciber en el que se creó la cuenta desde la que se subieron los documentos que fotografiaron en su casa. El dueño del local no consiguió reconocer a la persona que tenemos en las imágenes de Sevilla. Sin embargo, reconoció a su hija.

—¿A Silvia? ¿Cómo es posible? No entiendo nada. Su padre le regaló un móvil de los más modernos. ¿Para qué querría ir a un ciber?

—No puedo responderle a eso. Según nos contó, iba bastante a menudo a conectarse a Internet. A veces sola y otras acompañada por su novio.

—Creo que ese hombre se confunde: mi hija no tenía novio. Lo sabría si así fuera.

—Bien, llamémosle «amigo» si le parece; un amigo cariñoso a ojos del dueño del local. El caso es que frecuentaban el ciber, siempre a la misma hora y en el mismo ordenador. Tras saber esto se ha rastreado la IP para saber si teníamos alguna otra sorpresa en ese ordenador y sí que la había, vaya que sí la había. Otras dos cuentas de *Twitter* que pudieran estar relacionadas con el caso. Una llamada @silgaza (corazón solitario) que podríamos asegurar que sin duda pertenecía a ella, SILvia Galián... Otra, que es la que utilizan para publicitar los documentos que le robaron; y una tercera de alguien que se dedicaba a acosar a su hija.

—¿Acosar? ¿Ha dicho que alguien acosaba a Silvia?

—Así es, en ella hay unas cuantas fotos de Silvia. Sacando la basura, otras en ropa interior y sobre todo hay insultos. Parece ser que su hija no gozaba de mucha popularidad en el instituto, o quizás «popularidad» no sea la palabra correcta porque en esa cuenta tiene más de tres mil *followers*.

—¿Qué? ¿Más de tres mil personas se conectaban para insultar a mi hija o para verla en ropa interior? Es una locura.

—Exactamente, no se conectaban para verla, seguían la cuenta esperando novedades. Los insultos son de un grupo más reducido, en su mayoría de gente que la conoce personalmente. En cuanto a @thewizardofsheba, además de los documentos también tuiteo una fotografía de un examen.

—¿Un examen?

—Sí, un examen de Matemáticas de la clase de su hija. Toda esta información nos ha llevado a pensar que estábamos buscando demasiado lejos y hemos ido a realizar unas preguntas en el instituto donde hemos averiguado algunas cosas más.

—Cosas que yo puedo saber, ¿verdad?

—Algunas sí. Por ejemplo, parece claro que su hija sí tenía un «amigo». Un tal Ely. ¿Le suena? Debe de ser del que habla el dueño del ciber. ¿Oyó su nombre alguna vez en su casa?

—Nunca. Lo recordaría.

—Ely es un alumno mayor de edad, repetidor en varios cursos y al parecer un guaperas. Todavía no hemos hablado con él. En cuanto a la vida de su hija en el centro, le puedo garantizar que no era nada fácil. Los insultos vienen de prácticamente todos sus compañeros de clase e incluso de bastantes chavales de otros grupos. Ha sido fácil que lo reconocieran, al fin y al cabo, tienen dieciséis años y les impresiona mucho la policía. Algunos se sentían mal con lo que había pasado y nos han contado algún episodio que va más allá de la violencia verbal. ¿Recuerda alguna vez que viera a su hija intentando no ir a clase? ¿Sigue ahí?

La respuesta tardó en llegar bastante más de lo normal

—Sí, aquí estoy. Ahora que lo pienso, la recuerdo temblando por las mañanas, pero yo lo achacaba al frío.

—¿Nada más? Es importante cualquier información que me pueda dar

—También vomitaba a veces y se tenía que quedar en la cama. Nunca se me ocurrió pensar en algo así. No sé cómo no lo vi.

—No se preocupe, a veces pasa.

—No intente consolarme, por favor. Tenía un caso de *bulling* ante mis narices y no era capaz de darme cuenta. ¿Tiene algo más que decirme?

—Sí, una cosa más. Es sobre su amiga Nekane.

—¿Sabe ya quién es?

—No, nadie la ha visto. Sus compañeros del instituto hasta ponían caras raras cuando escuchaban el nombre. Ahora que sabe más cosas sobre Silvia, ¿se le ocurre que tuviera algún otro comportamiento anormal?

—¿Como qué? No me venga con que Nekane es su amiga imaginaria. Lo del amigo imaginario es de niños pequeños y ella no tuvo ninguno, ni antes ni ahora.

—También hay quien los tiene en la adolescencia. Sin ánimo de ofenderla, ¿le importaría tener una charla con un psicólogo de la policía? Son profesionales muy capacitados y tal vez nos ayude.

—Claro que me importaría. Ya sé lo que va a decir el psicólogo, que tiene una amiga imaginaria y que puede ser por falta de cariño, por estar

rodeada solo de personas mayores, por no tener amigos reales... Yo también leo Wikipedia.

—Pues habrá comprobado que alguno de esos supuestos encaja a la perfección.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Parece ser que su hija no tiene muchos amigos reales. La sensación que tenemos después de hablar con sus compañeros es que más bien no tiene ninguno, excepto Ely.

—Mire. Inspector, coja a cualquier chaval y verá cómo alguno de esos supuestos le encaja «a la perfección...» —Cuadrado comenzó a arrepentirse. Pensaba que había sido un gran error mantener la conversación a través del teléfono. Ella se estaba alterando mucho y le hubiera sido de gran ayuda poder observar sus expresiones. Le convenía reconducir el diálogo hacia una atmósfera más calmada—. No tengo tiempo para tonterías. Usted se ha dado cuenta de todo lo que ha salido en los periódicos después de la nueva remesa de fotografías. Va a ser mi fin como abogada, mis clientes están siendo juzgados por la opinión pública y por los medios de comunicación sin ninguna opción de defenderse. Hasta puede que me prohíban seguir ejerciendo, todos los secretos entre mis clientes y yo están saliendo a la luz...

—Creo que es mejor que se tranquilice, señora Ferrero.

—¡No me diga que me tranquilice! Y no me haga perder el tiempo. Encuentre a Silvia, busque por donde sea y encuéntrela... por favor.

El inspector percibió como la tormenta había pasado y dejó que la abogada sollozara unos instantes antes de volver a hablar.

—Siento haberla molestado. No era mi intención. El tema del psicólogo no es para juzgarla a usted, ya le dije el primer día que hablamos que yo no juzgo a nadie. Lo que intentamos es establecer un perfil psicológico de su hija. ¡De una adolescente! Insisto, es muy probable que nos ayudara a localizarla.

—Entiendo lo que dice... —respondió en un tono de voz mucho más relajado que el anterior—pero no le creo.

—¿Cómo?

—Lo que quieren es dictaminar que se ha fugado de casa y que ella misma se ha llevado las fotos para hacerme daño. Créame, subinspector, no es así. Silvia nunca haría nada semejante. Ustedes no la conocen.

—No he dicho nada de eso y tiene usted razón: necesitamos conocer

mejor a su hija para saber a qué atenernos. Tanto si la han secuestrado como si se ha marchado voluntariamente.

—No se ha marchado, la han secuestrado. ¡Secuestrado! ¿Es que no lo entiende?

Cuadrado no dijo nada ante el nuevo ataque de ira de Nuria Ferrero. Dejó que su voz se apagara y que la línea quedara en silencio durante unos segundos.

—Señora Ferrero, no tengo que informarle de nada más. Seguiremos haciendo todo lo que esté en nuestra mano para devolverle a Silvia. Gracias por su colaboración y no dude de que la mantendré informada.

—Inspector, por favor, le ruego que me disculpe. Que disculpe mis modales y mi actitud furibunda hacia usted. Gracias por llamar. En cuanto al psicólogo, sigo pensando que es una pérdida de tiempo, del suyo y del mío, y yo no puedo perderlo. Gracias otra vez.

El subinspector Cuadrado colgó el teléfono pensando que todo había ido incluso mucho peor de lo que esperaba. No conocía a Ely, no quería ver al psicólogo, por lo menos parecía claro el tema del acoso a Silvia, eso lo había corroborado. En el fondo le daba pena, ella no era el delincuente, era la víctima. Le habían robado todo lo que amaba, su hija y su trabajo, y de momento no estaban siendo capaces de devolverle nada.

VI

Como un niño con zapatos nuevos, o a la espera de los reyes magos, solo que esta vez su papel no podía ser pasivo.

Al contrario, en él estaban depositadas sus esperanzas, en que supiera conducirse sin errores, actuar con naturalidad y sobre todo hablar, comunicarse, ser capaz de explicar su cambio de actitud, su propósito, sus intenciones. Pensaba en ello y eso lo ponía cada vez más nervioso. Habían cogido el autobús de las tres y media, que debía llegar en cinco minutos, y él los esperaba con flores en una mano y dos paquetes envueltos en papel de regalo debajo del otro brazo.

Después del trabajo había pasado por su casa, para comprobar qué tal se había portado la legión de operarios comandados por su vecina que la usurpó durante la mañana. Todo estaba en su sitio y la casa más limpia que ningún día; esa parte del plan se cumplió mejor de lo esperado. Dio las gracias a la señora Carmen por su ayuda eficaz y pasó sin dilación al siguiente punto de su lista: los regalos.

La compra del regalo para Jorge le supuso más problemas de los que pensaba encontrar. En la carrera de obstáculos que se había convertido el día halló uno más grande de lo esperado. No conocía bien a su hijo. Siendo honesto, podía eliminar el adverbio «bien» de la frase; no lo conocía en absoluto. De modo que fue a una tienda de juguetes dispuesto a despachar el

asunto en un minuto. Error. ¡Cuánta inexperiencia poseía! Cuando estuvo frente a las estanterías repletas de artefactos de todo tipo y color, se bloqueó. En primer lugar, optó por un videojuego. Con eso se acierta siempre. Momentos más tarde, ante las preguntas de una simpática vendedora, no tuvo ninguna respuesta que ofrecerle. ¿Nintendo? ¿PlayStation? ¿Lexibox? ¿Jouernow?... Quizás acertara, pues algunas de las marcas ni le sonaban. Dispuesto por fin a dar un nombre, tuvo una revelación. ¿Qué pensaba su madre sobre los videojuegos? No tenía ni idea. ¿Y si era contraria? ¿Y si era una luchadora contra la vida sedentaria y la electrónica? Podía ser: en el tiempo que estuvieron juntos nunca se planteó ese problema, así que no tenía ni idea de la solución. ¿Y si provocaba el primer desencuentro nada más llegar? Descartado definitivamente. Buscaría otra cosa en cuanto apartara la vista de su reloj.

Lo mejor sería un muñeco articulado con sus correspondientes accesorios. Todavía recordaba con cariño los que tuvo en su infancia, o un Lego, con eso nunca se falla, o si se falla, el receptor del obsequio, al menos, puede disimular fingiendo que intenta construir algo, aunque si había heredado sus habilidades para la construcción acabaría en un cajón en un breve espacio de tiempo. Cogió uno de Spiderman y se encaminó a la caja. Tuvo una nueva visión durante el trayecto, los tres alrededor de una mesa jugando. Un juego de mesa. ¿Era una buena idea o un nuevo problema? Un nuevo problema.

Siguiendo los indicadores, llegó a una zona en la que descansaban apilados más de treinta juegos diferentes, casi todos desconocidos para él. Para no tener que leer instrucciones, lo odiaba, cogió un clásico. Tabú. Antes de salir cruzó el área de deportes y se detuvo de nuevo. ¿Y si su hijo aspiraba a ser el nuevo Cristiano Ronaldo? Imprudente sería aspirar a ser Messi, habiendo nacido y vivido en Madrid.

Salió de la tienda con un balón del Real Madrid, arriesgándose a que Jorge simpatizara con el Athletic, un Lego, Spiderman y el conocido Tabú. Acomodó los dos paquetes en el asiento delantero y puso detrás el balón y a Spiderman. No los sacaría del coche para que fueran una segunda sorpresa y porque no tenía manos para todo. Apenas le quedaba media hora y no tenía nada que llevarle a ella. Unas flores siempre quedaban bien. Lo malo es que todas las mujeres saben que cuando solo hay unas flores se trata de un regalo de última hora.

Se dirigió a una joyería ubicada en un centro comercial. A esas horas se arriesgaba a que cualquier otra no hubiera abierto todavía para la sesión vespertina. Allí buscó algo que, sin ser pretencioso, fuera de buen gusto. Se hizo con una pequeña cadena de plata con un colgante cuyo tamaño oscilaba entre pequeño y diminuto. Se echó el paquete al bolsillo y compró un ramo de flores que, cuando complementa a otro regalo, se convierte en algo estupendo. De nuevo rally hasta llegar a la estación de autobuses con diez minutos de sobra sobre el mejor horario previsto, un poco de taquicardia, sudoración excesiva y la boca terriblemente seca, o sea, debía de tener un aspecto radiante.

Quería evitar a toda costa pensar en cuando llegara el momento de la verdad, porque ese momento llegaría. Ángela no era tonta y cuanto menos debía de parecerle muy extraño su cambio de actitud. De ser un pariente que venía de visita muy de cuando en cuando a querer retomar su vida en común. ¿Por qué? ¿Quién necesitaba ese cambio? ¿Era por Jorge o era por él? Sin duda, esas preguntas ya se las había formulado ella y tarde o temprano las verbalizaría. ¿Tenía respuesta para todas? ¿Para alguna? Claro que las tenía, para todas incluso. Sin embargo, ni él mismo estaba seguro de que respondiera la verdad. El cambio, si la nueva situación evolucionaba favorablemente, era bueno para todos. Para ellos sería volver a empezar, una segunda oportunidad que no todo el mundo tiene. Con el paso del tiempo se habían ido separando mas sin una ruptura traumática. Todavía podían mirarse a la cara sin tener que retirar la mirada o temer por un exabrupto del otro. Para Jorge significaría la integración, tener una familia como los demás, un hogar propio, una figura paterna en la que apoyarse, una explicación a su situación representaría la estabilidad en la vida del niño, una estabilidad que, una vez transcurrida la infancia, se agradece. Solo quedaba responder el porqué, lo otro eran posibles beneficios atribuibles a la nueva realidad, mas el porqué quedaba sin respuesta, o al menos sin la respuesta verdadera.

También Cuadrado se lo había preguntado y no quería reconocer que la verdadera razón podía encontrarse en Nuria Ferrero, en verse reflejado en ella, en reconocer en sí mismo todos y cada uno de los problemas que había descubierto en la abogada. Y eso le horrorizaba. Preguntó en Información el horario de llegada del bus de Madrid. Lo sabía de sobra, solo quería estar seguro de no haber metido la pata en lo más importante. Se sentó en un banco de la estación, en el que apenas aguantó tres minutos, y repasó mentalmente

el *planning* de lo que quedaba de día y del fin de semana. En el andén estaría mejor, creía, así los localizaría enseguida, en cuanto bajaran los escalones. Caminó hasta la parada saboreando los gases de los tubos de escape de los autobuses y consultando el reloj a cada instante, pese a los impedimentos que le ponían los paquetes y las flores. Estaba tan nervioso como en su primera cita, pensó, como el día en el que, harto de inventarse excusas y falsas anomalías en el funcionamiento del coche, fue hasta la oficina del taller para intentar quedar con ella.

Trabajaba de administrativa en el concesionario-taller de una de las marcas importantes de automoción. La descubrió cuando fue a pagar la primera revisión del vehículo. Sentada, mirando la pantalla del ordenador, contestando al teléfono, atareada con mil cosas sin reparar en él y de repente lo miró, sonriéndole con una luz sobrenatural en la mirada que jamás imaginó que pudiera existir, sus ojos, su boca, la sonrisa, la voz. Era una diosa de Bernini que cobrara vida en su presencia iluminando aquel cuchitril rebosante de papeles y con manchas de grasa en todas partes.

Desde ese momento, decidió que, por seguridad, su coche pasaría siempre las revisiones allí, a pesar del sobre coste que le iba a suponer. Una vez en la oficina volvió a salir sin decir una palabra, ni una consulta ni nada. La esperó fuera y aprovechó la hora del café para abordarla. Sabía que se llamaba Ángela gracias al alfiler con el nombre que llevaba en el pecho, nada más. En la zona en la que estaba ubicado el concesionario, un encuentro casual carecía de toda lógica y ella, mejor que nadie, sabía que su coche no estaba en el taller. Consciente de esas premisas se presentó, no hacía falta, y le preguntó si podía acompañarla a desayunar. Durante aquel café habló más que en los siguientes meses. Intentaba evitar el incómodo silencio entre los dos. De modo que no hubo descanso, historias, preguntas, bromas y al final le pidió su número de teléfono, podía llamarla al trabajo sin embargo no quería alimentar las chanzas que de aquello pudieran surgir. Ella lo dudó un instante, y después le dijo que no tenía móvil, algo increíble, y ella era consciente de ello, pero apenas le conocía, no daba su número al primero que se lo pedía y pese a que él no le caía mal no sería una excepción.

Fue suficiente para que Cuadrado entendiera que no iba a ser fácil comenzar una relación con aquella mujer de mirada luminosa. A la semana siguiente la llamó al trabajo con insistencia. Cuando respondía ella intentaba quedar o le daba conversación hasta que, argumentando su presencia

inexcusable en otro lugar, Ángela colgaba. Si era otra persona la que cogía el teléfono preguntaba por ella con suerte dispar. En ocasiones mentían diciendo que no se encontraba allí, si bien Cuadrado estaba seguro de que sí, otras veces le pasaban la llamada y charlaban como dos grandes amigos. Cansado de las incomodidades y la falta de intimidad de las llamadas al trabajo le envió unas flores con una nota que decía. ¿De verdad no tienes móvil? Te regalaré uno. Mientras lo compro te invito a comer mañana, donde tú quieras. Te estaré esperando.

Al día siguiente la esperó con el coche más limpio de lo que había estado nunca y obtuvo el premio de su presencia sonriente. Estuvieron repitiendo comidas varios días, contándose su pasado y comentando el presente sin embargo ninguno de los dos hablaba del futuro. Un viernes antes de despedirse, Ángela cogió una servilleta y le apuntó su número justo después del texto impreso que rezaba: «Gracias por su visita».

VII

Subió al coche, conectó el manos libres y la radio. Seguía estando en todas las emisoras a la hora de las noticias, las últimas fotos publicadas fueron demoledoras, tras ellas la habían citado con los socios del bufete para una reunión.

No quería pensarlo, algo le decía que iba a ser para despedirla, para ejecutarla. Adiós a la abogacía también: el colegio de abogados tomaría cartas en el asunto y sería su fin. Quizás cuando todo acabara se iría al extranjero, a algún país poco exigente con los abogados. No creía tener otra opción.

Conducía distraída mirando la ciudad. Había vuelto a dormir en un hotel, en un hotel diferente. No soportaba la soledad de su casa ni la presión de la prensa. Se detuvo en el semáforo en rojo y por delante de su coche cruzó raudo un hombre joven con la cabeza cubierta por la capucha de la sudadera. Éste se paró un instante y le dejó un papel bajo la escobilla del limpiaparabrisas. En principio, no le dio ninguna importancia. «Más publicidad», pensó. Circuló hasta un nuevo semáforo y entonces miró el papel, distinguió una palabra y un número con muchos ceros, se aproximó a la acera despacio, para que no se desprendiera la hoja, y se detuvo con cuidado. El mensaje era escueto: «*Si quiere volver a ver a Silvia, prepare*

100.000 €. *La llamaremos. Nada de policía».*

Guardó el papel en el bolsillo y miró a su alrededor; no vio nada anormal. Arrancó y salió de la ciudad como si nada hubiera pasado. Después de recorrer varios kilómetros se detuvo en el arcén y llamó a Cuadrado:

—Buenos días, Inspector. Soy Nuria Ferrero. Tenemos que hablar.

—De acuerdo, dígame, le escucho.

—Por teléfono, no. Vamos a quedar en el hostel de la otra vez, es un lugar discreto. En media hora.

—¿Le ocurre algo?

Colgó sin esperar respuesta. El mensaje decía claramente: «nada de policía», y era lo primero que había hecho. Aquello no parecía un comportamiento inteligente. Aceleró a fondo ignorando los límites de velocidad. Quería llegar cuanto antes, necesitaba que alguien más supiera que a Silvia la habían secuestrado, que no era tan mala madre como pensaban. Se imaginaba la cara de ese subinspector, que, aunque él dijera lo contrario, había estado juzgándola desde el primer momento, hablando de psicólogos y amigos imaginarios. Se quedaría de piedra cuando viera el papel con el que se desmontaban sus absurdas teorías. ¿O quizás no debería enseñárselo? ¿Y si quería quedárselo? No, no lo vería, así tampoco tendría nada con lo que entorpecer. Llegó frente al hostel-cafetería con tiempo de sobra y buscó el lugar más escondido para dejar el coche. Después entró rauda y fue directa al camarero, que secaba vasos distraído con la mirada en la televisión.

—¿Tienen teléfono?

No era una pregunta muy habitual a estas alturas del siglo veintiuno, cuando todo el mundo tiene un móvil.

—En la zona del hostel hay uno.

—Dígame por dónde.

Siguió las instrucciones y, tras andar unos cuantos metros, divisó una puerta con un pequeño cartel que indicaba el teléfono. No había nadie en la recepción del hotel y esperó a que apareciera el recepcionista intentando no perder de vista la entrada de la cafetería. Al cabo de un instante apareció un hombre con barba del día anterior y cara de haber dormido poco.

—Necesito hacer una llamada.

La miró de arriba abajo, sorprendido: no parecía de esas personas que no llevan móvil. Podía haberse quedado sin batería. Con la mirada le indicó la portezuela de la cabina después de trastear unos instantes con el ordenador.

—Pase cuando quiera, lo tiene preparado.

Entró en el reducido cubículo y buscó en la agenda de su móvil el número de Cuadrado, marcó desde el teléfono del hostel y esperó respuesta.

—Subinspector Cuadrado, dígame.

—Buenos días de nuevo, subinspector. Soy Nuria Ferrero.

—Vaya. ¿Tiene algún problema? Estoy entrando en la cafetería, pero no la veo. ¿No ha llegado todavía? Además, este no es su número. ¿Desde dónde me llama?

—Quédese ahí y tómese un café. Quiero que observe si hay alguien que le pueda parecer sospechoso o si entra alguna persona buscando, buscándome.

—Señora Ferrero, ha visto usted muchas películas. Yo soy el policía, a mí no me sigue nunca nadie.

—Haga lo que le digo. Mientras tanto le contaré lo que ocurre. Le estoy llamando desde otro teléfono porque temo que el mío esté pinchado. Ya me la jugué llamándolo hace un rato.

—¿Pinchado? ¿Por quién? Para eso hace falta una orden judicial y créame nadie la ha pedido. No sé qué le pasa, pero está empezando a preocuparme.

—No sea usted ingenuo, no estoy hablando de que me lo haya pinchado la policía. Hoy día hay hackers que tienen más medios y conocimientos que ustedes. Escuche bien lo que voy a contarle. Esta mañana me han dejado una nota en el parabrisas de mi coche pidiendo un rescate por Silvia.

—¿Un rescate? No puede ser.

—Sí puede ser. De hecho, es así. No había dormido en mi casa e incluso pasé la noche en un hotel diferente al de otras veces. Sin embargo, me seguían, me tienen controlada y me juego mucho viniendo a hablar con usted. Cuando estaba detenida en un semáforo, pasó un hombre y me dejó un papel bajo la escobilla del limpiaparabrisas, una nota que dice: «Si quiere volver a ver a Silvia, prepare 100.000 €. La llamaremos».

Se hizo un repentino silencio. El subinspector no daba crédito a lo que escuchaba. Habían pasado demasiados días y podía tratarse de algún desalmado que quisiera aprovecharse de la situación. Aquello no encajaba en una situación de secuestro.

—No me lo creo.

—¿Cómo que no se lo cree? ¿Piensa que estoy gastándole una broma,

Inspector?

—No quiero decir que no le crea a usted, digo que no creo a los que han puesto esa nota: es mentira.

—¿Por qué ha de ser mentira? ¿Por qué mi niña debe de haberse escapado? ¿Para que ustedes archiven el caso pronto?

—No se altere, señora Ferrero, pero algo no cuadra. Deme la nota para que busquemos huellas, lo más probable es que se trate de un chantaje emocional. Están intentando aprovecharse de usted. Alguien que, además de ver las noticias cada día, conoce su situación personal.

—Escúcheme bien. No le voy a dar la nota, ni tan siquiera se la voy a enseñar. Le he llamado porque confío en usted y le pido máxima discreción. En realidad, no deseo que intervenga la policía. Estoy dispuesta a satisfacer a los secuestradores y a recuperar a mi hija. Dispongo de esa cantidad. El único problema será retirarla del banco en efectivo.

—Por favor, no siga. En primer lugar, no la creeré si no veo la nota; y en segundo, si no quiere que intervenga, no diga ni una palabra más y yo, jugándome mi carrera si algo le sale mal, haré como si esta conversación no se hubiera producido. No tenía que haberme llamado, no somos amigos ni nos conocemos de nada, solo soy el poli cuyo destino se ha cruzado en su camino. Dé gracias a que no la detengo. Solo un consejo, no se precipite. Exija una prueba de vida y no le dé cien mil euros al primero que se los pida.

—Inspector. Quiero que me entienda: no pretendo que intervenga la policía, pero le necesito a usted.

—Eso es imposible.

—Usted sabrá más que yo de estas situaciones; incluso tiene un arma.

—Esas son las razones por las que es imposible. Tengo un arma y sé más de esto que usted. También tengo unos procedimientos y unos superiores a los que informar y obedecer. No puedo acceder a lo que me pide.

—Entonces ayúdeme como pueda. Asesóreme, dígame dónde es mejor quedar, si debo entregar el dinero primero o si debo negociar con ellos. Si no me ayuda, contrataré una agencia de detectives.

Aquellas palabras le hicieron dudar.

—¿Detectives? —Solo conseguiría acrecentar el problema. Aguardó en silencio unos segundos antes de continuar—: Es imposible, no haré nada de eso, es su responsabilidad y es usted quien elige entrar en ese camino. No tengo opción, si no va a hablar de otro tema, esta conversación ha terminado.

Y si no quiere encima de usted a otros policías menos comprensivos, tenga cuidado al sacar el dinero del banco, que no levante sospechas. Y algo más, no es buena idea lo de los detectives. Piense bien lo que va a hacer.

—Sacarlo del banco no es difícil. Lo solicitaré con un modelo S1 o tal vez le pida prestado a algunos amigos cantidades pequeñas que les devolveré después y...

—Nuestra conversación ha terminado, no puedo escuchar nada más. Suerte.

Cuadrado pagó el café y se marchó sin volver la vista atrás. Aquello era una locura en la que él no iba a participar. Se jugaba su carrera y su vida podía dar un giro de ciento ochenta grados si algo salía mal. La abogada era una mujer prepotente, pensaba que podía hacer frente a todo, no sabía con quién se enfrentaba y, lo que era aún peor, no conocía hasta dónde puede llegar la gente de esa calaña. Necesitaba una buena dosis de suerte, mucha suerte. Con las palabras de Nuria Ferrero en la cabeza salió a la calle. ¿Y si tuviera razón y la hubieran seguido? Hizo una inspección ocular de los alrededores sin detener la marcha, pero no percibió nada anormal. Por si acaso memorizó las matrículas y modelos de los pocos vehículos que había aparcados. Luego, dentro de su Opel Corsa, lo anotó todo.

La abogada salió de la pequeña cabina y abonó la llamada al recepcionista de mirada ovina. Se disponía a marcharse cuando la vibración de su teléfono casi le para el corazón. Lo miró esperando encontrar un número desconocido y temiendo que una voz le recriminara lo que acababa de hacer; la nota no dejaba lugar a duda: «Nada de policía». Se tranquilizó cuando reconoció el número personal de su jefe, a pesar de que imaginaba que no le esperaban buenas noticias. Respondió y encontró la voz grave y entrenada del señor Arredondo, vencedor en mil litigios y socio mayoritario del bufete que le pagaba generosamente. No hubo conversación. En su relación asimétrica ambos conocían a la perfección su papel: él hablaba y ella escuchaba. Lo hizo en un tono neutro, más bien severo, sin concesiones. Era indispensable que tuvieran una entrevista lo más pronto posible. Debían de tratar temas de suma urgencia. La llamaría su secretaria para confirmar la fecha. Nada más. Era lo que le faltaba. En las palabras de Arredondo no se traslucía la intención de despedirla, no hacía falta, no se necesitaban dotes de adivino para entender lo que significaba aquella llamada. Sus horas en el bufete estaban contadas.

Llegó hasta la cafetería con paso titubeante. De repente, la seguridad y el estilo que lucía sobre los tacones habían desaparecido. Se sentó en un taburete junto a la barra, apoyó los codos y se sujetó la cabeza con las dos manos en la frente. Necesitaba un poco de paz en aquel día que acababa de comenzar y amenazaba con destruir lo que quedaba de ella, cerró los ojos e intentó, por un instante, no pensar en nada. Al otro lado de la barra el camarero la miraba indeciso. Dudaba entre acercarse a ofrecerle sus servicios o dejarla descansar. Tal vez se encontraba mal y necesitaba un poco de reposo.

Desde luego se había producido un cambio entre la persona que le preguntó por el teléfono y la que ahora se acodaba en la barra. Transcurridos unos minutos se dirigió a ella y le preguntó si quería tomar alguna cosa. No obtuvo respuesta y optó por dejarla descansar un poco más. Permaneció atento a ella un rato más y volvió a intentarlo una segunda vez. Ella levantó la cabeza y lo miró con los ojos acuosos, carraspeó levemente para aclarar su garganta y pidió un café con leche y tostadas de mantequilla. Después se marchó al lavabo a recomponer su imagen. Debía mantener la calma, retomar el control, acopiar las fuerzas imprescindibles para afrontar lo que se avecinaba.

Decidió que no se presentaría en el bufete. ¿Para qué? Mejor pensaría en cómo retirar todo el dinero que necesitaba. Se lavó la cara y el agua fría le causó un repentino bienestar. Después extrajo un pequeño estuche de maquillaje del bolso y resaltó sus hermosas facciones. Cuando regresó del aseo era una mujer diferente. Cogió un periódico de la cafetería y se dispuso a desayunar.

La vibración de su teléfono volvió a avisarla cuando se llevaba la taza del café a la boca. Sin soltarla miró el número que aparecía en la pantalla: Desconocido. Sus dedos aflojaron y la taza se estrelló contra el suelo, dejando esparcido el café con leche a su alrededor. Fue una conmoción. No acertaba a responder, su cerebro estaba bloqueado. Con el móvil apretado entre los dedos levantó la mirada y le dijo al camarero como si le dijera a su madre:

—Lo siento, lo recogeré todo.

VIII

Ha sido mucho más difícil de lo que me imaginaba, qué mala suerte tengo. Cualquier cosa que quiero hacer se complica siempre.

OK, no voy a empezar a quejarme, pero es que lo del *BlaBlaCar* me ha fastidiado bastante. Resulta que me registro y todo eso y cuando voy a confirmar el viaje me pide un número de tarjeta de crédito. ¡Un número de tarjeta de crédito! ¡Vaya rollo!

Bueno, te voy a contar desde el principio, pues no quiero dejarme nada. ¿Sabes lo que pasa? Que no puedo creer que estés aquí también, me estás ayudando más que nadie y ahora solo quedamos nosotras. Pero no creas que voy a olvidar lo que estás haciendo por mí, me vas a tener siempre, para lo que necesites, sea lo que sea. ¡Qué suerte la mía al tenerte como amiga! Y él no sé dónde estará, a lo mejor ha vuelto a su casa. Ya sabes que me fui sin decirle nada, no estuvo bien, pero no podía hacer otra cosa, no me entendía y se quejaba a todas horas. ¿Cómo me iba a despedir? ¿Te imaginas que hubiera tenido que convencerle de que no podíamos seguir juntos? Recogí todas mis cosas en cuanto se fue y tuve cuidado de dejar las tuyas tiradas por la habitación. No quería que si llegaban las de la limpieza creyeran que nos habíamos marchado los dos.

Estuve pensando si escribirle una nota o no y al final no la escribí, no quería una despedida romántica como esas de las películas, porque cara a cara no se lo digo ni de coña. Eso sí, le dejé un poco de dinero, me daba pena

irme colgándole el marrón de pagar la habitación, total, a mí me da igual tener trescientos euros más o menos, con lo que tengo aún me queda para un tiempo y además tengo las joyas. Todo eso sin contar que dentro de poco empezarán a pagarme por mis seguidores en Internet, aunque eso aún no sé bien cómo lo voy a hacer. OK, lo que te decía, metí todas las cosas en la mochila y salí dispuesta a coger un BlaBlaCar, ya lo tenía todo previsto. Fui al ciber y ¿qué me encuentro? Pues que esos cabrones de *BlaBlaCar* me pidieron una tarjeta de crédito para pagar el viaje hasta Cáceres, fue una jugada porque yo no tengo tarjeta. ¿Cómo la voy a tener si no soy mayor de edad? Me quedé un buen rato pensando en lo que hacer y entonces se me ocurrió, le pregunté al que más sabe del mundo. Sí, a *Google*. Tecleé: «similar BlaBlaCar», y ahí estaba la respuesta, enseguida me metí en la página de Amovens y me registré. A partir de ahí fue muy fácil, tenía bastante tiempo hasta que él volviera así que me daba igual la hora de salida.

Al final me fui con un señor muy majo que se llamaba Pedro, digo «señor» porque no era un tío joven, me recordaba a mi padre. Le pagué en efectivo y tuve un viaje muy divertido, además, conocí a otra pareja que iban recorriendo España y no veas cómo nos reímos, yo creo que iban un poco colocados, pero a mí me daba igual, yo iba sentada delante con el conductor y los otros dos detrás sin parar de reírse y contar historias, yo también me inventé algunas y les dije que iba a casa de mi novio a pasar una temporada. No sé si se lo creyeron, pero no me dijeron nada, lo vieron normal. Llegamos en menos de dos horas a Cáceres y yo me bajé como si fuera de allí de toda la vida, tuve tiempo de mirar en *Google Maps* un plano de la ciudad y aprenderme el nombre de las calles más importantes, me quedé cerca del Paseo de Cánovas y me fui sin mirar atrás.

Luego desde allí caminé hasta la estación del tren y me cansé un montón de tanto andar, menos mal que en el tren siempre se va sentado. La cosa es que tomé un tren que me dejó en Madrid a las once de la noche y en la estación de Chamartín pasé la noche. ¿Tú sabes lo que quiere decir Chamartín? Bueno, es igual, lo que te decía es que fue ideal porque no tuve que buscar ningún hotel y como siempre había gente no pasé miedo, me acosté en un banco y me puse la alarma, cada dos horas me levantaba y me cambiaba de sitio para que nadie se diera cuenta de que pasaba allí la noche entera, al principio me costó mucho dormirme pensando en que me podían robar la mochila con el dinero pero luego me la puse encima y la abracé con

los dos brazos. Así me dormía como si nada, lo malo es que cada vez me despertaba con más sueño.

A la mañana siguiente elegí un tren que saliera hacia el norte y que no fuera directo a Barcelona. No sé si lo estaré haciendo bien o será una tontería, pero no quiero ir directa a Barcelona, creo que así será más difícil seguirme el rastro y siempre podré despistarlos en un cambio de trenes o autobuses. Me he fijado en que, exceptuando Madrid, en las estaciones de tren apenas hay cámaras. Para salir de aquí voy a mirar también Amovens, pero como es una ciudad pequeña tal vez no encuentre.

¿Sabes una cosa? Lo echo de menos, mucho, quizás sea porque es la única persona conocida, además de ti, con la que he estado últimamente. Es verdad que no me ayudaba, ni me entendía, ni le interesaba lo que le decía, ni tenía planes para el futuro, ni nada de nada. Bueno, nada no, acostarse conmigo sí que le interesaba y a mí me gustaba. El caso es que estaba a mi lado. ¿Tú crees que es eso el amor? Quiero decir, lo que yo sentía por él, de lo que él sentía no puedo decirte nada porque nunca me lo dijo. Al principio todo lo que hacía o me decía me encantaba, resultaba gracioso u original, a veces romántico y poco a poco me fui acostumbrando a él hasta dejar de valorarlo, ya me sabía la mayoría de sus chistes y lo que iba a decir. Ahora que no está, no sé si he hecho bien, la cabeza me dice que sí pero cuando lo recuerdo conmigo pienso que no tenía que haber dado este paso, me lo pasaba genial con él. No me hagas caso, te digo que ya sabía lo que me iba a decir y un segundo después que me lo pasaba genial, estoy un poco liada. ¿Crees que vivir con una persona toda la vida es esto multiplicado por mil? ¿Es la costumbre? ¿El cariño? No sé, yo creía que siempre me iba a sentir igual y sin embargo sin darme cuenta dejé de sentir. Lo veía a todas horas y se convirtió en mis zapatillas. OK, es un mal ejemplo. Vale, muy mal ejemplo. Lo que te quiero decir es que siempre que miraba estaba, podía estirar la mano y lo tocaba, no me mires con esa cara, no sé si era malo o bueno tenerlo a mi lado a todas horas, o quizás fue por eso por lo que me cansé de él.

Me hubiera gustado verlo cuando llegó a la habitación del hotel y yo no estaba. Seguro que se tiró en la cama a ver la tele y se quedó durmiendo. Me esperó creyendo que había salido a dar una vuelta, luego empezaría a impacientarse y a enfadarse hasta que se le ocurriera mirar si estaban mis cosas. Puede que pasaran varias horas hasta ese momento, hasta que para

entretenerse mientras esperaba pensó en jugar con su móvil y, claro, se dio cuenta de que no estaba el teléfono. Se pondría a buscar por todas partes, tampoco es que la habitación fuera muy grande, hasta que estuvo seguro de que faltaba el móvil, mis cosas y la mayor parte del dinero.

¿Qué hizo después? Venga, atrévete, apuesta algo conmigo. ¿Se quedó más tiempo en Salamanca o se marchó enseguida? ¿Tú qué crees? OK, te diré lo que creo que hizo. Imagino que se fue, pagó la habitación y volvió a su casa, con lo mal que le iban las mates y sin la calculadora del móvil no sabría si tenía dinero para quedarse más días en el hotel, tardaría un buen rato en hacer los cálculos. Cogería un autobús y regresaría, llegaría a su casa como si tal cosa, como si se hubiera ido a dar una vuelta. Lo bueno de su familia es que nadie le pregunta nunca nada, es como si no les importara lo que hace. Se inventaría cualquier mentira, que había estado con sus primos de Madrid o con algunos colegas por ahí. ¡O trabajando! Si le sobró dinero después de pagar el hotel y del autobús de vuelta seguro que dijo que estuvo trabajando. ¡Y se lo creyeron! Siempre se creen todo lo que les cuenta. ¡Qué envidia! Yo que me pasaba el tiempo dando explicaciones de todo, claro, como tenía a la fiscal en mi casa más me valía decir siempre la verdad.

OK, no hablo más de él que me estoy poniendo un poco pesada. ¿A que no sabes cuánto me cuesta el hotel? Sí, hoy voy a dormir en un hotel, como una señorita. Pues me cuesta trece euros, solo trece, increíble, ¿verdad? ¡Y no me han puesto pegatas por la edad! Me voy a quedar un par de días antes de seguir, en realidad es un hostel pero está muy bien, aunque no en el centro pero no me importa. Te dije de quedar en la plaza Mayor porque todas las ciudades importantes castellanas tienen plaza mayor, y aunque no conocía ésta estaba segura de que también tenía. ¿Te das cuenta de que llevamos un rato hablando y aún no te he dicho nada de mi madre? Genial, tengo decidido que no me va a mandar más y la voy a ir sacando de mi vida hasta que no me acuerde de ella. Han sido muchos años sin poder opinar sobre mis propias cosas, solo se podía hacer lo que ella dijera, sin preguntarme qué me parecía, yo no contaba para nada, no existía, creo que a veces pasaba a mi lado y no me veía. Por eso, punto y aparte, verás cómo esto se acaba. Mejor hablamos de otra cosa.

¿A que no te imaginas cuántos *followers* tengo ya? Venga, di un número, el que se te ocurra, pero si quieres acertar tienes que pensar en número muy alto. Más de trescientos mil, es alucinante, genial, pero mi objetivo sigue

siendo pasar del millón, como los más famosos, y lo voy a conseguir, espero que las últimas fotos que subí hagan que el número se dispare, solo llevan colgadas un día y tengo más de cuarenta mil nuevos, lo que no sé es cómo voy a conseguir que toda esta gente me siga cuando me abra el blog o me haga *Youtuber*, ahora están enganchados con el escándalo ese, pero después puede ser difícil porque solo están ahí porque les gusta la sangre. Podría decir que soy la dueña de la cuenta, pero eso me traería muchísimos más problemas que beneficios. Ya lo tengo, me abriré un canal en *YouTube* y en *The Wizard of Sheba* aparecerán enlaces que los lleven allí, todos los vídeos que suba tendrán su link, muchos miles clicarán y yo tendré que estar preparada para que les guste lo que vean, pensaré en lo que voy a subir para que cuando no tengan qué hacer vuelvan a entrar en mi canal. No me gustaría hacer sensacionalismo sino cosas interesantes, lo pensaré y tú me ayudarás a diseñarlo. Seguro que tienes muy buenas ideas.

Ven, vamos, te invito a una Coca-Cola, un día es un día, en este bar, qué curioso, se llama ochenta y siete, luego le pregunto al dueño a ver qué me dice del nombre. OK, ahora te voy a contar lo que voy a hacer para coger mi destino con las manos. ¿Tú me esperarás en Barcelona? ¿Crees que podrás estar allí dentro de un par de días? Me quitas un peso de encima porque, aunque tengo planes, ya te conté lo de los pisos de estudiantes y eso, me va a ser de gran ayuda tenerte a ti allí, si me pudiera quedar contigo algunos días sería genial. No te preocupes, que no voy a ser una carga, y en cuanto pueda me independizo, si tú quieres. Desde luego, no sé qué haría sin ti ni cómo hemos llegado a ser tan buenas amigas y, por supuesto, cómo me soportas porque cuando me pongo a hablar no paro.

Ok, lo siguiente que voy a hacer es, quiero decir cuando me vaya de aquí, ir a Zaragoza y desde allí, en vez de ir a Barcelona iré a Lérida, puede que me quede allí algún día más y por fin la última parte del viaje. En Zaragoza puede que me quede a dormir, depende a la hora que me vaya de aquí porque eso no lo sé seguro, si se me hace tarde me quedo a dormir en la estación, seguro que con el AVE tienen una buena estación para dormir. No te rías, es que seguro que no encuentro hoteles de trece euros y si los encuentro serán muy cutres y para eso prefiero quedarme en la estación, de aquí me voy a ir en autobús y de Zaragoza a Lérida buscaré un Amovens. Cuando llegue a Lérida no me quedará ni un segundo, cambio de opinión, me imagino que tendré unas ganas de llegar a Barcelona que no me podré

aguantar. Me tienes que dar tu dirección para que vaya a tu casa, no hace falta que vengas a buscarme porque no sé a qué hora voy a llegar, la verdad es que no sé ni el día, puede ser dentro de tres o de cuatro, o a lo mejor cuando te vayas esta tarde me pongo tristonera y me voy mañana mismo. Una cosa que me preocupa, no pongas esa cara, es el idioma. Yo no entiendo ni una palabra de catalán y allí hablan todos así, aunque en inglés me defiendo muy bien. Me tendrás que ayudar otra vez más, de verdad que eres un ángel que me ha aparecido, si no estuvieras aquí tendría que inventarte.

IX

No era el mejor día para la segunda visita. La última conversación con la abogada lo situaba en el centro de la encrucijada. ¿Debía informar a sus superiores? No tenía dudas acerca de que eso era lo más correcto.

Sin embargo, ¿y si eso provocaba una situación de estrés para los secuestradores? ¿Y si con esa acción ponía en peligro la vida de la muchacha? El asunto era demasiado grande para unos policías de una ciudad pequeña en la que nunca pasa nada, aquello los superaba. Tampoco disponían de medios suficientes. Todo lo que podían hacer era pinchar el teléfono de la abogada y seguir esperando a que los secuestradores establecieran contacto con ella para investigarlos. Todo eso contando con un juez que cursara la orden y sin que ella lo supiera, porque si se daba cuenta no colaboraría.

De momento, no había informado, de momento... Se jugaba su carrera como policía. Si algo le salía mal a la abogada, él estaría acabado, profesional y psicológicamente. ¿Cómo podía permitir que le entregara el dinero ella sola? O lo que era peor, que entraran en escena unos detectives desalmados a la busca de dinero y fama. No disponía de respuestas para tantas preguntas. Todos los caminos eran inseguros y el más seguro de ellos no quería transitarlo. ¿Qué haría él en lugar de la abogada? ¿Qué haría si fuera Jorge el secuestrado? Porque en este punto la desaparición voluntaria era una opción que podía ser descartada. ¿Confiaría en la policía cuando, a pesar del tiempo

transcurrido, habían sido incapaces de conseguir ningún avance significativo? Lo más probable es que él fuera tan inconsciente como la señora Ferrero y apostara por hacer las cosas por sí mismo, por tomar el mando o al menos pensar que lo tomaba.

Quizás debía implicarse personalmente, ayudar sin que lo supieran sus superiores, al fin y al cabo, él era policía y en un momento dado podría ejercer como tal, detener a los secuestradores o hacer uso de su arma reglamentaria si la situación se complicaba en exceso. No, descartado. ¿Qué explicaciones tendría para lo acontecido si acababa interviniendo? ¿Le diría a sus superiores que pasaba por allí? ¿Que fue una casualidad o una llamada de última hora sin tiempo para avisar a nadie? Todas las excusas sonaban a eso, a excusas.

Pensaba en el terrible dilema mientras terminaba de ordenar la casa a la espera de la llegada de Ángela y Jorge. Siempre pensaba que era una persona ordenada y se daba cuenta de lo contrario cuando tenía visita. Éste era el segundo fin de semana que pasarían juntos.

En el primero todo fue a la perfección, mejor de lo soñado, incluso las posibles contrariedades que podían suponer los problemas domésticos se aliaron a su favor. Ir de un sitio para otro comprando cosas hizo que se sintieran relajados, no quedaba tiempo para largas conversaciones, ni espacios pequeños, ni silencios. Solo cuando fueron llegando los momentos de pagar hubo alguna disputa que siempre zanjó a su favor. Ellos le estaban ayudando a decorar su casa, así que no solo debía de pagar lo que se comprara, sino que incluso tendría que recompensarlos a ellos por su asesoramiento y buen gusto. Disfrutó comenzando a conocer a su hijo. No era como lo había imaginado, aunque siendo honesto consigo mismo reconocía que era poco el tiempo que había dedicado a imaginarlo, tal vez ninguno. La mayoría de las veces recordaba que existía cuando rellenaba un formulario en el que requerían su estado civil y descendencia. Tuvo que jugar bastante tiempo al fútbol con él, aquí no conocía a nadie y en su pueblo tampoco es que hubiera muchos niños. No le importaba hacer de portero toda la tarde e incluso le prometió comprar una portería para ponerla en la calle o en un parque y poder jugar. La promesa se cumplió y la portería estaba en el sótano esperando su turno.

Los regalos, todos, fueron de lo más certeros. Jugaron a Tabú después de pasar un buen rato construyendo y destruyendo con las piezas de Lego. A

Jorge le proporcionaba más placer destruir lo que hacían sus padres que construir algo por sí mismo. ¿Sería eso normal para un chaval de su edad? Spiderman desarrolló su labor a la hora de dormir: actuó como guardián de los sueños y el pequeño durmió plácidamente con aquel enorme muñeco rojo y azul a su lado.

Tras dejarlo en su habitación, puso en marcha un plan que tenía bien meditado; no forzaría de ningún modo su relación con Ángela. Él dormiría en el sillón y ella en la habitación. Antes de que surgiera el dilema, cogió las sábanas y un plumas y los dejó encima del sillón, a la vista, para que no cupiera ninguna duda de lo que iba a pasar. Acto seguido, sintió que debía decir algo. Ella seguía pareciéndole terriblemente atractiva y, quizás, quedarse en el salón sin ninguna explicación o conversación podía dañar su ego femenino. Hacer que se sintiera rechazada no podía ser un buen comienzo, de modo que pronunció un pequeño discurso que tenía preparado desde tiempo atrás.

—He pensado que lo mejor será que tú uses mi habitación y yo duerma aquí; este sillón tiene pinta de confortable. No quiero que pienses que no siento nada por ti o que no me gustas, al contrario. Solo que no pretendo empujarte a nada que no quieras, entiendo que venir aquí a pasar el fin de semana es principalmente por nuestro hijo, al menos por el momento. Es mucho el tiempo que hemos estado separados y no se puede olvidar la soledad, o el abandono que podías sentir de un día para otro. Imagino que necesitas tiempo, que necesitamos tiempo los dos, los tres. Espero que no te moleste esto y si te molesta, dímelo enseguida que puedo cambiar de opinión sin ningún problema.

No había sido fácil aceptar, de repente, salido de la nada, después de años de ausencia, intentando borrar el tiempo de un plumazo, construyendo un puente elevado sobre el olvido para unir el pasado lejano y el futuro, la época del cariño con un amanecer de esperanza. Nunca imaginó que esto pudiera ocurrir. Caminaba despacio hacia la separación oficial firmando unos papeles tarde o temprano. La llamada la cogió por sorpresa y pese a todo, dijo que sí. No sabía si lo hacía por ella o por su hijo, pero se subió al autobús con dos pequeñas maletas, maquillada como si se vieran por primera vez y con un temblor en el estómago que no le permitía tomar nada sólido. Se sentía ridícula por aquella emoción, mas no era capaz de controlarla.

El primer fin de semana transcurrió mucho mejor de lo que esperaba. Él

estuvo amable, atento, cariñoso... podría aplicarle cualquier adjetivo afectivo que quisiera, ninguno desentonaba y, para qué negarlo, a ella le encantó su actitud. Volvía a ser el hombre del que se enamoró. Había sufrido una metamorfosis inversa para acabar en la casilla de salida. Y si a ella le gustaba, a Jorge todavía más. Sin saber cómo, estaba con su papá, al que no había visto casi nunca en su vida, y no era un papá como el de los demás, el suyo era un policía secreto muy importante, que además era muy buen portero y le hizo muchos regalos. El brillo de sus ojos no dejaba lugar a dudas sobre su estado, y eso para Ángela era una señal excelente.

Padre e hijo conectaron al instante, tal vez por todos los obsequios que le hizo o porque se puso a su altura desde el primer momento. Recorrieron el centro comercial como si fueran dos niños de la misma edad, comieron helado, se detuvieron en las tiendas de juguetes y ¡hasta echaron una carrera! Fue el fin de semana perfecto, casi perfecto, pues su relación no se había reiniciado. ¿Qué pasaba con ellos? No se habían tocado, ni besado, ni tan siquiera mirado como correspondía. Fueron como dos hermanos que se divierten con el hijo de uno de ellos. Su relación seguía estacionada en una vía muerta y ella no se atrevía a arrancar. ¿Por qué había aceptado entonces volver de nuevo? Podía haber dicho que no por cualquier motivo o al menos aplazar el segundo encuentro hasta que, por lo menos, su corazón le mandara señales esclarecedoras.

Sin embargo, ahí estaba, maquillada, con un pelo perfecto y un olor a perfume que desarmaría a cualquiera, yendo a su encuentro cual colegiala a su primera cita, ilusionada, esperando a que él no se mostrara tan distante e incapaz de tomar las riendas. Todas las respuestas al porqué del reencuentro soportaban el peso de una gran losa que las aplastaba, que las hundía. El tema prohibido que no se podía verbalizar y ensombrecía todas las perspectivas de futuro. Sabía que si era ella quien lo sacaba a colación todo terminaría, sería tocar la herida que nunca se cierra, echarle sal.

Conocía la historia por su suegra, ni tan siquiera había sido capaz de contársela él. No podía reconocer que toda su vida había sido un intento de recorrer la misma senda que su padre para superarlo y demostrar a todos que era mejor que él, y no lo consiguió. Era posible que llegara al rango de inspector como él. Con el paso de los años, sería otro inspector Cuadrado, nada más, ni comisario, ni nada. Tampoco en su vida había marcado ninguna diferencia con su progenitor. Quiso ser lo contrario y acabó siendo lo mismo,

o lo que es peor, una burda copia del original. Su padre los abandonó sin razón alguna cuando él era pequeño. Sin amantes, sin problemas, sin nada que pudiera explicar aquella decisión. Les dio todo lo que le pidieron en el momento del divorcio sin el más mínimo signo de contrariedad y luego desapareció para siempre. Pidió traslado y se marchó, sin volver la vista atrás, hacia una vida insulsa y carente de compromisos, hacia su propia vida. Aquello destrozó a su madre y los llenó de rencor. Él, sin proponérselo, había imitado a aquel que tanto odiaba. Poco a poco abandonó a su mujer y a su hijo, no del mismo modo, no de una manera definitiva ni de forma tajante, más bien se fue escondiendo, alejándose, refugiándose en la distancia, en el trabajo, en el olvido, dejando pasar el tiempo, espaciando las llamadas, alargando los periodos fuera de casa, impregnándolo todo con su ausencia hasta tal punto de que fue su presencia lo que empezó a resultar molesto. Fue un adiós por pereza.

A partir de ese momento se alejó todavía más. No se encontraba ya cómodo junto a ellos y fue marchándose sin estrépito y sin pausa. ¿Y si por fin había descubierto los paralelismos con su padre y todo esto no era más que un intento por reafirmar su superioridad? ¿Y si era un intento de enmienda basado en el odio a otra persona y no en el amor hacia ellos? ¿Qué pasaría si se embarcaban en un viaje sin destino ni retorno? Le angustiaba pensar en ello, no poder hablarlo con nadie, no tener la oportunidad de preguntarle a su marido, qué rara se encontraba con esa palabra, no llegar al fondo cuando sabía exactamente dónde moraban todas las dudas que la inmovilizaban. Quizás no tenía otro camino que el empirismo. Cuando se desconfía de la formulación teórica y de la sinceridad de las palabras no quedan más opciones. Aceptaría volver a empezar si se convertían de nuevo en una pareja, si percibía el deseo en sus ojos, si volvía a tratarla como a una mujer y no como a la madre de su hijo. Ahí estaba la frontera, la línea que delimitaba el futuro del pasado. Todo o nada.

X

Era el fin y ella lo sabía, una nueva andanada de fotos en Internet en las que aparecían todos y cada uno de los documentos que poseía. Declaraciones, apuntes, extractos bancarios, estrategias de defensa, transcripciones de llamadas telefónicas... absolutamente todo.

Dobló el segundo de los periódicos que hojeaba con las manos temblorosas. ¿Y ahora qué? El sonido del móvil la hizo regresar a la realidad.

—Subinspector Cuadrado. Buenos días.

—Permítame que no responda de la misma manera. ¿Ha visto los periódicos?

—Los de papel no, pero lo he leído en Internet. Permítame una pregunta, señora Ferrero: ¿Queda algo por publicar?

—No. Al menos de los documentos que yo tenía.

—Entonces se acabó.

—Sí, se han acabado muchas cosas, entre ellas mi carrera como abogada. Por lo menos me queda el consuelo de que es el principio del fin. A partir de ahora no habrá más publicaciones y espero que poco a poco todo el mundo se vaya olvidando de mí... Dígame qué desea, subinspector.

—Quería informarle de algo, pero ya no sé si tiene sentido.

—Si va a decirme que han encontrado a Silvia, adelante. De lo contrario, no vale la pena.

—Lo siento mucho: sobre Silvia no tenemos ningún avance.

—Luego tienen avances en otras cosas.

—Efectivamente, hemos localizado el ordenador desde el que se colgaron las fotos anteriores. La llamaba porque tenía la esperanza de encontrarlo antes de que volvieran a la carga. Sin embargo, no ha sido así, ya han terminado su trabajo.

—Sí, lo han hecho.

—Y ahora que sabemos que el robo buscaba principalmente los documentos, ¿no tiene usted idea de quién puede haber sido o cuáles han sido los motivos para hacer esto?

—No, estoy perdida en este asunto. ¿Quién? Cualquiera. ¿Los motivos? Están claros: acabar conmigo, con el cliente, con el bufete de abogados, manchar todavía más a la clase política... Podría seguir si tuviera ánimos para ello.

—Pues si era ése el propósito, creo que lo ha conseguido.

—Yo diría que sí, aunque es posible que haya pecado de soberbia y encuentre alguna sorpresa.

—No la entiendo.

—Mire, subinspector, no debería decirle esto, pero ya todo me da igual, excepto que mi hija aparezca. Estoy segura de que en el bufete se agarrarán a cualquier cosa. Digo «se agarrarán» porque esta mañana tengo una reunión en la que seguro me van a despedir sin honores, y ¿sabe a lo que mejor se pueden agarrar? A la indefensión del cliente. Con todo lo que ha salido a la luz no hay defensa posible, no hay secreto abogado-cliente, se vulnera su derecho a no declarar contra sí mismo, no hay nada. Créame que se acogerán a ella como a un clavo ardiendo y no abrirán la mano. En mi bufete, mi exbufete, hay gente muy buena que sabe aprovechar las oportunidades y si no lo hacen se hundirán.

—Vaya, seguro que quien se llevó los documentos no ha pensado en esa posibilidad.

—Es una posibilidad remota, pero existe. El ladrón actúa movido por la venganza. Si quieren encontrar al responsable, busquen a alguien a quien mi cliente haya perjudicado de forma reiterada, o a alguien con intereses en la obra pública. O incluso, pueden buscar en otra dirección, quizás su inquina está destinada a mí o a mi bufete. No sé por qué le cuento todo esto. Usted representa a la policía y todas estas hipótesis las habrán estudiado con calma.

—Como ya sabe, yo solo soy el enlace. Imagino que todo lo que me dice ya fue analizado sin éxito.

—Y dígame: ¿desde dónde colgaron las fotos anteriores?

—Fue desde La Coruña. Al igual que la primera vez, utilizaron un cíber. Se llama *Cool Cyber* y está en la calle San Vicente, bastante cerca de la estación de autobuses. Sin duda, es una maniobra de desubicación: quien sea el que lo haga, pretende que no sepamos dónde está. Una en el sur, otras en el norte, y las terceras aún no sabemos desde dónde.

—Pues parece que su táctica funciona, me da la sensación de que no tienen ni idea de dónde buscar. Una cosa más, subinspector. ¿Por qué no cerraron la cuenta de *Twitter*? Hubieran conseguido que dejaran de aparecer los documentos.

—No tengo una respuesta oficial para su pregunta, pero creo conocer la respuesta. Cerrando la cuenta no conseguiríamos nada, crearían otra y ya sabe que basta con mencionar a «quien aparece en la foto» para hacer llegar la información a todos los periódicos. No se hubiera conseguido nada; al contrario: tener que empezar a hackear una cuenta nueva supondría un gran retraso.

—Escúcheme, subinspector. Voy a hablarle sobre el secuestro y el pago del rescate de mi hija; si quiere que no lo haga, dígalo. No le reprocharé nada, entiendo su posición y le agradeceré eternamente su silencio.

—Nuestra conversación ha terminado. Mucha suerte, señora Ferrero. Y recuerde que siempre está a tiempo de llamar a la policía.

—Gracias, Inspector, lo haré.

Estaba sola. Sin embargo, ningún atisbo de duda aparecía en su mente. Reunir los cien mil euros fue una tarea ingente que le había ocasionado grandes quebraderos de cabeza. Decidió que pediría dinero prestado a algunas personas de confianza. En primer lugar, no disponía de tanto efectivo; y en segundo, era una cantidad que levantaría sospechas. Cinco contribuyentes a veinte mil euros cada uno serían menos sospechosos. Además, estaba segura de que todos sus colaboradores disponían de una buena suma en metálico, con lo que deberían retirar menos dinero de sus cuentas. Los candidatos estaban claros. Su exmarido, sus dos hermanas, ella, y faltaba uno. Tras mucho meditarlo, decidió hablar con su exmarido para que éste convenciera a su hermana. No quería salir del círculo familiar, necesitaba lazos afectivos con suficiente fuerza para soportar la carga. Cuando consiguió tenerlo todo, solo le quedaba esperar a que se produjera un nuevo contacto. Fueron días de angustia en los que no podía hacer nada. El

móvil volvió a sacarla de sus pensamientos. Reconocía el número y sabía que no eran buenas noticias. La llamaban desde el bufete y desde allí, últimamente, no llegaba nada bueno.

—Buenos días, señora Ferrero. Soy Carmen, la secretaria del señor Arredondo. Me ha pedido que le comunique que quiere verla esta misma tarde. A las cuatro, si es posible.

—Por supuesto, Carmen, allí estaré.

No por esperadas, las cosas desagradables dejan de serlo. Había llegado el momento en el que su cabeza sustituiría a la del Bautista y el señor Arredondo suplantaría a Salomé para apaciguar a los clientes. Decidió darse un mínimo homenaje y abrió el grifo del agua caliente buscando una ducha reparadora. Por unos instantes disfrutó del agua sobre su piel e intentó olvidarse de todo lo que la rodeaba. No tenía prisa, de modo que prolongó el momento de placer bastante más de lo necesario, hasta que un ruido proveniente de la cocina la arrancó de su edén. Agudizó el oído por si se trataba de una alarma infundada.

Otro sonido le llegó con nitidez, había alguien en su casa. No cerró el grifo para que el intruso siguiera pensando que no se movía, se enfundó el albornoz de la forma más silenciosa que pudo y pensó dónde tenía un objeto contundente con el que defenderse. Para su desgracia, la mayoría estaba en la cocina. Lo mejor sería llamar al subinspector Cuadrado y no salir del baño. Empezó a buscar entre sus ropas sin suerte, su móvil no estaba allí. Debía tranquilizarse y trazar un plan. De momento, quien fuera que estaba en su casa no la buscaba, y la puerta del baño tenía un pestillo por dentro. Hizo memoria. ¿Dónde se había quedado el móvil? Se miró en el espejo, tenía que estar segura antes de salir. Sí, lo había dejado sobre la cama en el piso de arriba. Con la mayor delicadeza que pudo, recorrió el pestillo, abrió la puerta intentando no hacer ningún ruido, y cuando tuvo el camino franco emprendió el mayor sprint que había realizado en su vida, voló escaleras arriba para llegar al teléfono sin resuello. Marcó y esperó con el corazón desbocado en su pecho.

—Subinspector Cuadrado. Dígame.

—Soy Nuria Ferrero. Creo que hay alguien en mi casa.

—Señora Ferrero, no la oigo. Sé que es usted porque tengo el número memorizado, pero la escucho muy mal. Hable más alto, por favor.

El tono de voz que utilizaba para evitar ser descubierta y la falta de

oxígeno en sus pulmones impedían que el subinspector entendiera nada. Lo mejor sería tranquilizarse, tomar una pausa de unos segundos. Lo hizo sin soltar el móvil:

—Escúcheme, no puedo hablar más fuerte porque estoy en peligro: ha entrado alguien en mi casa mientras me duch...

—Señora, señora. ¿Ha terminado de ducharse? Se ha dejado el grifo abierto. ¿Dónde se ha metido? Salga de prisa señora, que tengo algo muy importante que decirle.

Era la voz de Emilia, se sintió como una tonta ¿Cómo no se le ocurrió? Ella todavía tenía llaves de la casa.

—Perdóneme, Inspector.

—Subinspector.

—Subinspector, perdóneme, es una falsa alarma. Estoy tan nerviosa que creo que voy a perder el juicio.

—No se preocupe. ¿Está bien?

—Sí, es Emilia quien anda por mi casa. Todo está bien. Gracias por su ayuda. Ahora tengo que hablar con ella. Le dejo. Gracias de nuevo.

Colgó y comenzó a vestirse sin conseguir que sus pulsaciones retornaran al ritmo habitual. Cuando estuvo lista salió del cuarto de aseo y vio a Emilia con sus eternas ropas negras, trajinando en la cocina. Al sentirla se dio la vuelta y fue hacia ella alargándole un folio doblado varias veces, con la cara desencajada por el terror.

—¡Emilia, qué susto me has dado! Pensé que habían entrado a robar otra vez. ¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que ocurre?

—Señora, he encontrado esto en mi casa. Lo habían metido por debajo de la puerta. Es muy importante

Y le entregó una nota escrita a ordenador con instrucciones precisas:

«Póngase un chándal y calzado deportivo. No llame la atención. Vaya en coche hasta la calle Caballeros y aparque en la parte más ancha, encima de la acera. Continúe andando hasta la iglesia de Santiago de los Caballeros. Deje el dinero a las ocho de la tarde entre el ábside y el muro, en la parte más estrecha y váyase. Utilice una bolsa de Mercadona y solo billetes de cincuenta euros. Siga las instrucciones y tendrá a su hija. No avise a la policía, la estamos observando. Si aparece su amigo Cuadrado no volverá a ver con vida a su hija».

La mención a Cuadrado la puso más nerviosa todavía. ¿Tendrían

pinchado su teléfono? Levantó la vista y encontró los cansados ojos de la anciana. No tenía ninguna duda de que Emilia había leído la nota.

—Emilia, por favor escúchame: tenemos que recuperar a Silvia. O lo hago así o no la veré nunca más. Esto debe quedar entre tú y yo, no digas nada a nadie, y a la policía tampoco. Yo sé que quieres a mi niña casi tanto como yo... Emilia, por favor, por favor, entre tú y yo.

El llanto ahogó su voz transformándola en un murmullo casi imperceptible. Cuando levantó de nuevo la mirada, Emilia ni se había movido.

—No se preocupe, señora, haga lo que sea para que la niña vuelva. Dejaré que me maten antes de decir una palabra, y si necesita dinero para pagar, yo tengo unos pocos ahorros.

Nuria Ferrero no pudo contener la emoción y abrazó a la anciana.

—Gracias, Emilia. Vamos a quemar esta nota y después vete a tu casa. Te avisaré en cuanto sepa algo. Si ves que no lo hago, ten paciencia: serás la primera en enterarte. Vamos a traer a Silvia a casa. Te lo prometo.

Acompañó a Emilia hasta el porche y de regreso a casa se sentó en el sillón. Tenía que planificar la tarde para que todo saliera bien. Ir a Valladolid, donde la esperaba Arredondo, volver, preparar el dinero, entregarlo y esperar. Lo mejor sería ir a la reunión con el dinero y la ropa de deporte en el coche. Si se alargaba, no tendría que perder tiempo en pasar por su casa de nuevo, se cambiaría en una gasolinera o en una cafetería e iría directa a la iglesia para hacer la entrega. Lo mejor era no correr más riesgos de los necesarios.

El único problema que no podía solucionar era el del dinero. No todo estaba en billetes pequeños, no eran muchos los billetes de cien, aunque había algunos, y no disponía de tiempo para ir a un banco a cambiarlos. Escribiría una nota a modo de disculpa por no cumplir esa parte de las instrucciones y la pondría en la bolsa. Después rezaría, cosa que no recordaba cuándo fue la última vez que lo había hecho, para que los secuestradores no se sintieran ofendidos por su pequeña desobediencia.

De tener que buscar un adjetivo para aquel edificio, «suntuoso» sería el adecuado, o tal vez «pretencioso». Acristalado de arriba hasta abajo, sin dejar escapar una imagen de él. Una arquitectura moderna y un mensaje claro para el viandante: «*No pase, no es sitio para gente normal*». A ella le amedrentó durante mucho tiempo aquella mole vestida de espejos. A medida que fue afianzándose en el bufete, el miedo se disipó y hacía ya mucho tiempo que lo

pisaba como si estuviera en su casa. Sin embargo, aquella tarde no era así: la sensación de seguridad la había abandonado por completo. Era consciente de que la reunión no sería precisamente amistosa, no le importaba, solo llevaba una idea en la cabeza, una idea que lo dominaba todo.

Debía regresar para entregar el rescate, de modo que su estrategia sería no discutir, aceptar su suerte sin rechistar y salir de allí lo antes posible. Tomó el ascensor hasta la planta veintidós, la penúltima, un lugar con unas vistas espectaculares del río y de la playa de las Moreras. A la entrada la saludó el guardia de seguridad y le dijo que la esperaban en la sala de juntas. Miró su reloj por si llegaba tarde, aunque estaba segura de que no: todavía faltaban cinco minutos para las cuatro. «Están impacientes por acabar conmigo», pensó. Carmen, la secretaria de Arredondo, la recibió con su sonrisa de todos los días. Era un rostro imperturbable, para ella nunca pasaba nada.

—Pase cuando quiera señora Ferrero: la están esperando.

Aquel plural no le gustó nada. Suponía que la cita era solo con Arredondo, y ahora todo indicaba que no estaba solo. Entró sin llamar. La sala principal era un lugar majestuoso en el que se recibía a los clientes importantes con la intención obvia de impresionarles. Enmoquetada, con una gran mesa de roble y la mejor panorámica de la ciudad, transmitía sobriedad y ambición, una mezcla perfecta. Encontró, sentado en la cabecera de la mesa, al señor Godoy, el socio de mayor edad; a su lado, Bruña, Blasco y Arredondo. Los cuatro dueños del bufete vestidos de forma impecable e impregnando el aire con sus caros perfumes masculinos. Se levantaron al verla y la saludaron con cordialidad, como si fuera una reunión de trabajo más, Luego la invitaron a sentarse frente a ellos y Blasco tomó la palabra.

—Señora Ferrero, la hemos convocado hoy a raíz de las últimas publicaciones aparecidas en prensa y en las redes sociales. El desafortunado robo del que fue víctima nos está causando un gran daño, a nosotros y nuestro cliente...

Nuria quiso realizar un comentario de disculpa, por su torpeza en la custodia de los documentos. Blasco no se lo permitió, levantó la mano indicándole que no había terminado y que quería continuar hablando

—... Sabemos que un incidente de este tipo puede pasarle a cualquiera, no la culpamos de ello, sin embargo, dado el desarrollo de los acontecimientos nos vemos obligados a intervenir.

La abogada interrumpió esta vez obviando la mano de Godoy.

—Créame que entiendo la situación y soy consciente de los problemas que esto puede acarrear al bufete. Pese a que yo soy una víctima más, sin duda la más perjudicada con todo esto, en este mismo instante les presento mi dimisión que firmaré en los términos que ustedes redacten. Desde el primer día me he sentido muy bien en esta casa y no deseo su perjuicio en ningún caso.

—Le agradecemos sinceramente su gesto, pero a la altura en la que nos encontramos temo que con eso no es suficiente. No se preocupe, no la vamos a demandar por negligencia ni por cualquier otra causa. Lo que queremos es mandar un mensaje al resto de nuestros actuales clientes y a los futuros que podamos tener. Nuestro bufete controla a sus abogados y no le tiembla la mano si alguno de ellos no realiza el trabajo como se espera de él. Somos nosotros quienes tomamos las decisiones y, en este caso, nos vamos a encargar de que se sepa que no es usted quien dimite, el bufete prescinde de sus servicios desde este momento. Es lo menos que podemos hacer por el cliente y por el futuro de esta empresa. Debemos transmitir seguridad y acción al mismo tiempo. Las publicaciones constantes están erosionando nuestra imagen, una imagen de calidad y solvencia conseguida con el trabajo de muchos años. Espero que entienda nuestra postura y que lleguemos a un acuerdo amistoso en el tema de la indemnización. No es nuestro deseo provocar más ruido mediático. Difundiremos mañana una breve nota de prensa en la que solo constará que usted ha dejado de trabajar en el bufete.

Se produjo un breve silencio en el que los cuatro hombres esperaban la respuesta de Nuria Ferrero.

—No se preocupen, no pretendo litigar contra el bufete, estaría loca si lo hiciera. Me parece lógica la postura que adoptan y yo, en su lugar, probablemente hubiera hecho lo mismo. Les agradezco que hayan tenido tanta paciencia con este caso y siento no haber podido hacer nada. Toda mi vida se ha desmoronado en unas pocas semanas. —Volvió a callar en un oportuno intento por controlar sus emociones—. Caballeros, ha sido un placer compartir estos años con ustedes. Ahora me deben disculpar, tengo otro asunto de máxima importancia que no puede esperar. Ya saben cómo ponerse en contacto conmigo, aceptaré lo que me propongan. Y si fueran tan amables, me gustaría que alguien enviara mis cosas a casa.

Nuria Ferrero se levantó de la silla y hierática estrechó la mano de los

cuatro hombres sorprendidos por su reacción y por su manera de dar por terminada la reunión. Después se dio la vuelta y se marchó sin despedirse de la secretaria ni del guardia de seguridad. Entró en el ascensor sin mirar atrás y fue caminando hasta su coche. Su mente ya no estaba allí, hacía tiempo que visualizaba el ábside de una pequeña iglesia románica. Las piedras de más de diez siglos que le servirían como pasarela hacia la felicidad.

Condujo de regreso mucho más nerviosa que cuando iba a la reunión para ser defenestrada. Lo realmente importante se aproximaba. Eligió detenerse en el área de servicio de Los Nogales. Disponía de una cafetería grande donde se podría cambiar de ropa sin que nadie se fijara en ella, después haría un poco de tiempo para no llegar antes de la hora. Lo más probable es que estuvieran controlando el lugar. Con unos prismáticos se podía hacer desde un buen número de puntos elevados que había en los alrededores, para llevarse el dinero en cuanto ella lo dejara. No quería precipitarse. Salió del vehículo con la bolsa del dinero dentro de la que contenía la ropa y fue directa a los aseos. Estaban más limpios de lo que pensaba y se cambió en el pequeño espacio de uno de los váteres, luego fue a la barra y pidió una Coca-Cola light, que pagó al instante para ir a sentarse frente a la televisión. La miraba sin prestar ninguna atención. Sacó la nota del rescate del bolso y volvió a leerla. ¿Y si aquella suma era solo el principio? ¿Qué haría si, pasado un tiempo prudencial, no tenía noticias de Silvia? Aquellos pensamientos la pusieron mucho más nerviosa y sin pensarlo dos veces cogió el móvil y le escribió un *wasap* al subinspector Cuadrado: «*Voy a pagar. Esta tarde*».

Esperó un instante para ver si leía el mensaje. Después de unos segundos apagó su móvil y lo dejó sobre la mesa.

XI

Tener la cabeza de Ángela apoyada en su hombro era una sensación perteneciente al pasado que había regresado en todo su esplendor.

No recordaba cuándo fue la última vez que había estado tan cerca de ella. Podía oler su frondoso cabello, su perfume, notaba su cuerpo pegado a él, y eso le hacía sentirse realmente bien. Ocurrió sin premeditación, como suelen ocurrir las cosas importantes de la vida.

Paseaban por Los Tres Árboles después de una intensa tarde de actividades lúdico-festivas. Tenía un amigo en el club náutico que se había ofrecido a dar un paseo en piragua a Jorge. Desembarcó encantado pidiéndole a su padre que le comprara una. Luego fueron a jugar al tenis y acabaron dando un paseo al caer la tarde. El ocaso les sorprendió con sus brochazos naranjas sobre el azul pálido celeste. Caminaban en paralelo y al sentir frío, en un acto reflejo, ella se pegó a él que la rodeó por la cintura para seguir la marcha agarrados. Jorge iba y venía orbitando a su alrededor, incansable. A raíz de la posición que habían adoptado notó el teléfono que le molestaba desde el bolsillo de su chaqueta, se separó ligeramente para sacarlo con la otra mano, en ese momento ella se alejó un tanto asustada al ser consciente de que estaban abrazados.

—¿Ocurre algo? ¿Te llaman?

—No era nada.

Le explicó que solo cambiaba el móvil de sitio para estar más cómodos. Ella insistió tanto en que lo atendiera que lo conectó para enseñarle que no tenía ninguna llamada perdida. Fue entonces cuando vio que tenía un *wasap*.

—Míralo por si es importante.

Lo hizo sin abrir la aplicación y comprobó que era de Nuria Ferrero. Intentó salir pronto de la pantalla para evitar preguntas incómodas sin conseguirlo.

—No quiero ser indiscreta, pero ¿quién es Nuria Ferrero? Me suena mucho ese nombre. Debo de haberlo oído en algún sitio o conocerla y ahora no consigo situarla.

Cuadrado optó por decirle la verdad y le habló del caso. Ángela sabía muchas cosas de él, las que salían en prensa y redes sociales, mas no imaginaba que fuera su marido quien lo llevara. Quedó muy sorprendida por la revelación, era un caso de mucha trascendencia. A pesar de todo lo publicado, él le contó cosas que no sabía y que, tal vez, no debería haber contado. Después de ponerla al día, advirtiéndole a riesgo de enfadarla, que nada de lo que estaba escuchando podía llegar a oídos de otras personas, creyó haber dado por terminada la conversación. Sin embargo, todavía hubo una pregunta más.

—¿Y por qué no miras el *WhatsApp*? A lo mejor es importante.

Intuía que no debía hacerlo. Algo en su interior le avisaba de que si habría ese mensaje los momentos románticos que estaba viviendo con Ángela acabarían, y era posible que no tuviera otra oportunidad como esa para retomar su relación con ella y debía aprovecharla.

—Venga, hombre, míralo y así te quedas tranquilo. Si no, vas a estar pensando en él lo que queda de día.

Aquellos comentarios quebraron su resistencia y, pese a la señal de alarma que sentía, abrió el mensaje: «*Voy a pagar. Esta tarde*».

Miró la hora de recepción y la que marcaba el móvil. Un escalofrío le recorrió la espalda. Hacía tres horas que lo tenía en su teléfono. Tres horas. Tiempo más que suficiente para que hubiera ocurrido cualquier cosa, para un éxito o para una tragedia. Ángela se percató al instante de que algo no iba bien, se quedó esperando a que él dijera algo, que la mirara al menos. No lo hacía. Él seguía mirando el teléfono como si buscara una respuesta a un problema insoluble.

—¿Qué ha pasado? ¿Es importante?

—Déjame pensar, tengo que tomar una decisión que puede marcar el resto de mi vida, de nuestras vidas.

—Me estás asustando, de verdad. Cuéntame qué pasa.

—No. De momento no. Necesito estar solo unos minutos para darle unas vueltas a la cabeza. Vamos a hacer una cosa: os vais a sentar en el merendero a tomar algo y mientras yo voy a pensar qué hago. Por favor, dame diez minutos y, si quieres, después te cuento lo que pasa. Si puedo.

Así lo hicieron. Los acompañó a una mesa del cercano merendero y se sentó con ellos hasta que los hubo atendido el camarero. Dos Coca-Colas sin cafeína, un bocadillo de jamón y un plato de patatas fritas los iban a mantener entretenidos durante un rato.

—Esperadme aquí, no tardaré en volver.

Se alejó despacio, en dirección al río, con la cabeza agachada, como si estuviese buscando algo por el suelo. Intentaba poner en orden sus pensamientos, decidir cómo iba a actuar. ¿Sería un profesional e informaría a sus superiores o continuaría omitiendo su deber de auxilio con la abogada? Se culpaba por no haber actuado antes, aunque, en realidad, se había limitado a cumplir lo que Nuria Ferrero le pedía: que no interviniera. ¿Acaso no tenía una madre potestad para decidir sobre lo que atañía a su hija? Sí y no, ese era el problema. Decidió que el primer paso consistía en enterarse de lo que había sucedido; luego tomaría una determinación. Seleccionó el contacto y pulsó el icono de llamar. Oyó los tonos de llamada sintiendo que su corazón se aceleraba más tras cada uno de ellos. No hubo respuesta y lo intentó de nuevo inmediatamente con una nueva subida de su frecuencia cardíaca. La segunda vez tuvo más suerte y escuchó su voz, que le produjo un efecto relajante al instante.

—Dígame, Inspector.

—Buenas tardes, señora Ferrero. Acabo de leer su mensaje. Siento no haberlo visto antes. Espero que no sea demasiado tarde, quizá hubiera podido ayudarle, o aconsejarle.

—No se preocupe, todo ha salido bien. Creo. He dejado el dinero...

—No me diga dónde.

—De acuerdo. Lo he dejado donde me han dicho y me he marchado sin tener ningún problema, no me he cruzado con nadie, no me han seguido, incluso diría que nadie me ha visto hacerlo. Me ha resultado más fácil de lo que imaginaba. Ahora quiero pensar en positivo, estoy segura de que en

breve me devolverán a Silvia.

—Disculpe que le pregunte esto ahora y no lo haya hecho antes: ¿Tiene alguna prueba de que quien o quienes le han pedido el dinero son en realidad los secuestradores de Silvia? ¿Le han enseñado alguna foto de ella, grabado un audio, algún objeto personal? ¿Le han dado alguna muestra de vida? En fin, algo que demuestre que no le ha solucionado la vida a uno de tantos listos de los que hay por el mundo.

Después de un breve silencio, escuchó de nuevo la voz de la abogada, ahora con mucha menos intensidad

—Le voy a parecer una tonta, pero no. No se me ocurrió pedir nada, yo solo quiero recuperar a mi niña cuanto antes y cien mil euros era una cantidad que podía conseguir. Ni por un momento he pensado que podía ser una persona sin escrúpulos intentando aprovecharse de mí. No puede haber gente tan cruel en este mundo de locos.

—Créame que la hay y usted, por su trabajo debería saberlo ¿Se atrevería a decirme que no encontraría a montones de personas capaces de hacer cualquier cosa por cien mil euros? Y si ha picado tan fácilmente, esto puede ser solo el principio.

—Inspector, me ha vuelto usted a traer a la realidad, sin ningún remilgo. Después de dejar el dinero he pensado que ya estaba todo solucionado y que solo restaba esperar. Ha sembrado cizaña en mi corazón y en mi cerebro.

—Si me proporciona las notas, la primera y la de la petición del rescate, podríamos analizarlas en busca de huellas. Si se trata de un delincuente habitual es posible que tengamos suerte y lo tengamos fichado. Esas notas nos proporcionarían una información muy valiosa.

—Ya lo sé, pero no se las voy a dar. También es posible que las hayan escrito los verdaderos secuestradores y no quiero poner en peligro, más de lo que está, a mi hija. Si pasado un tiempo prudencial no tengo noticias de ella tal vez cambie de opinión.

—Entonces no la entiendo. Si no quiere que intervenga, si me niega la posibilidad de comenzar una investigación a no ser en contra de su voluntad. ¿Para qué me pone ese *wasap*? Sabe que podría, que debería, actuar inmediatamente, informar de todo y eso le supondría un gran número de problemas.

—Lo sé, no es necesario que me amenace.

—No le estoy amenazando, le estoy advirtiendo de que se podrían

presentar varios cargos contra usted: ocultación de pruebas, obstrucción a la justicia, colaboración con...

—No siga, Inspector.

—Subinspector.

—Subinspector, no siga. Me conozco bien el Código Penal, soy abogada y sé lo que me estoy jugando. Créame es una apuesta nimia, una insignificancia lo poco que arriesgo teniendo en cuenta que, si gano la apuesta recupero a mi hija.

—Pues si quiere jugar con sus reglas no vuelva a escribirme. Bastante me juego yo haciendo como que no sé nada de lo que pasa. No es necesario que me diga nada más. Si lo vuelve a hacer, actuaré de acuerdo con mi cargo, aunque me cueste una suspensión por no haberlo hecho antes.

—Eso sí que ha sonado a amenaza.

—Tómeselo como quiera.

—Lo siento, no sé por qué se lo envié. Me sentía sola, nerviosa, puede que asustada. Tal vez necesitaba justificarme, que alguien supiera lo que iba a hacer y me dijera que era lo correcto, claro está que me equivoqué al elegir a quien llamar. No se preocupe, no volveré a contactar con usted a no ser que necesite que intervenga.

—Eso espero. Le deseo mucha suerte.

—Gracias.

Cuadrado dio por terminada la conversación y regresó junto a su familia. Estaba de mejor humor y mucho más tranquilo. Jorge había dado cuenta de la merienda; no quedaba ni una sola patata sobre el plato, y correteaba alrededor de la mesa haciendo volar a su Spiderman. Ángela lo seguía con la mirada mientras se acercaba a la mesa. Estaba tensa, él le sonrió para que se tranquilizara.

—¿Cómo ha ido?

—Todo lo bien que podía ir. No es perfecto, pero de momento es inmejorable. Creo que no nos va a afectar.

—¿Me puedes contar de qué se trata?

—No, es demasiado. Si te lo cuento, pasarás a estar involucrada. Yo no he actuado bien. No temas que no he matado a nadie, ni he aceptado sobornos ni nada de eso, más bien he dejado de hacer mi trabajo en beneficio de algunas personas. Es mejor que no lo sepas, no quiero agrandar el círculo de posibles afectados.

—Si de verdad piensas en que volvamos a estar juntos, en ser una familia, tendrás que confiar en mí.

—Y confiaré, pero hay cosas que no podrás saber. Será la mejor manera de que estéis protegidos. Te haré partícipe de mi vida, de todo lo que me ocurra fuera del trabajo, y tú deberás aceptar que no soy un vendedor de una tienda, o un repartidor, o un trabajador de un banco, o un camarero. Soy policía, subinspector, y la confidencialidad de mi puesto incluye a todos aquellos que no pertenezcan al cuerpo.

Mientras hablaba fue bajando la voz y acercando su cabeza a la de ella lentamente, después la besó con suavidad.

—Mejor vámonos a casa.

—Espera.

Le rodeó la cabeza con las manos y lo besó con pasión.

—Ahora podemos irnos.

XII

Tres días transcurridos, tres días sin noticias. Se preguntaba una y otra vez si había cometido alguna torpeza.

Quizás que no todo el dinero estuviera en billetes pequeños lo habían interpretado como un desafío. No. Pagó lo que le pidieron, siguió las indicaciones paso a paso, exceptuado que se lo contó a la policía. No. También cumplió con eso, habló del tema con un conocido que es policía, pero le ordenó que no interviniera. ¿Y si el dinero no llegó a sus manos? Dejarlo en aquel sitio fue una temeridad, cualquiera se les podía adelantar y llevarse la mejor bolsa de Mercadona de la historia. No. Lo hizo cuándo y dónde le dijeron. Imposible que se lo llevara otra persona. Seguro que vigilaban desde alguna parte, desde un sitio alto con unos prismáticos o desde el interior de la misma iglesia. Lo recogerían enseguida, en cuanto ella se diera la vuelta.

Entonces, si fue así, ¿por qué no se ponían en contacto con ella todavía? ¿Tendría razón el subinspector y todo había sido un engaño? Aquella misma mañana la había llamado interesándose, quería ayudar, saber. Nuria Ferrero le transmitió todas sus dudas, sus temores, mas no quiso darse por vencida y reconocer que la hipótesis de la estafa cobraba fuerza cada minuto que pasaba. La llamarían pronto, o sería Silvia quien cruzara el umbral de su casa como si nada hubiera pasado, con su mochila a la espalda y su cara de

insatisfacción perenne. Imaginar ese momento la animaba, la ponía de buen humor, hacía que el tiempo se esfumara y desaparecieran los malos augurios. Ocurriría, deseaba con todas sus fuerzas que la pesadilla concluyera y retomar las riendas de su vida.

Emilia también tenía el alma en vilo. A pesar de que le pidió que no volviera y le aseguró que la mantendría informada, aparecía todos los días. No usaba la llave para no asustarla otra vez, llamaba al timbre tres veces seguidas como si fuera una contraseña secreta. Cuando le abría la puerta la miraba a la cara y se iba sin decir nada, ni una palabra. Solo con verla tenía la respuesta, se marchaba despacio, sufriendo, recorría el camino hacia su casa pensando a quién rogar. Allí rezaba y ponía velas frente a las estampas de los santos más milagrosos aguardando su intervención celestial.

De momento era inútil. Tres días sin respuesta, inútiles, estériles. Tres días desquiciantes en los que los recuerdos se adueñaban de los pensamientos, los tiranizaban y programaban imágenes del pasado, teniendo a la niña presente a todas horas. Tres días de suplicio, de agonía; y lo peor de todo era que no había fecha para la respuesta. ¿Y si pasaban tres meses sin saber nada? ¿Podrían soportarlo? ¿Hasta cuándo quedarían calladas cargando con ese peso? No entraba en los planes de ninguna de las dos ir a la policía en busca de ayuda. Sin embargo, dudaban si resistirían aquella incertidumbre mucho más tiempo.

El día amaneció claro, diáfano. Daría un paseo de no estar esperando la llegada de un comunicado, de una nota, de una llamada. Decidió revisar su ropa. Hacía tiempo que lo posponía y era una manera como otra de estar ocupada, de hacer tiempo, una forma productiva incluso. Comenzó por clasificar los zapatos. Contó dieciocho pares, descartando los que parecían anticuados. Continuó con la ropa de invierno. Tenía mucha y miró el reloj calculando si le daría tiempo antes de comer, se centraría en los chaquetones y abrigos, lo demás en otro momento. Tres toques en el timbre le interrumpieron la tarea. Emilia, otra vez. Era inconfundible su llamada, la segunda vez que venía aquella mañana. La pobre estaba tan angustiada... Como si se tratara de su propia hija. Bajó las escaleras sin darse prisa. ¿Para qué? Se mirarían y después se marcharía otra vez. Abrió la puerta y no vio a nadie, se quedó paralizada. ¿Una broma o una señal? Miró a un lado y otro de la calle y no vio a nadie excepto a un buzoner que se alejaba con publicidad de una gran superficie. Bajó la mirada y encontró un folleto a sus pies con las

ofertas de la quincena. Nada más. Lo recogió y entró en su casa hojeándolo de manera automática, cuando llegó a la mitad creyó que el corazón se le saldría por la boca. Escrita a mano leyó una dirección, una fecha y una hora: «*Laie Parc Güell. Carrer d'Olot. Jueves, 10 A.M.*».

El Parque Güell está en Barcelona, lo visitó en el viaje fin de curso del instituto. ¿La estaban citando para el día siguiente en Barcelona? Tenía menos de veinticuatro horas y estaba a casi mil kilómetros de distancia, no podía perder ni un minuto.

Cogió la primera maleta que encontró y metió dentro las prendas que cayeron en sus manos. Mientras corría hacia el sótano a por el coche, pensó en llamar a Cuadrado. Ahora sí necesitaba de él. Le había dicho que no volviera a llamarla para nada, pero esta vez era para algo y lo quería a su lado. Nunca se planteó por qué le inspiraba confianza aquel hombre menudo y taciturno, quizás simplemente porque se trataba de un policía. Fuera como fuere, confiaba en él. Podía ser peligroso presentarse sola ante esa gente. Estaba emocionada y tenía miedo, veía la meta cerca y quería cruzarla con seguridad.

—Cuadrado. Dígame.

—Buenos días, Inspector. Soy Nuria Ferrero.

Le temblaba la voz dificultándole articular las palabras con claridad.

—Sé quién es. ¿Ya?

—Sí. Hace cinco minutos. Han dejado publicidad en mi casa con una dirección escrita y han tocado el timbre antes de marcharse para que la encontrara. Necesito que venga conmigo. ¿Lo hará?

—Por supuesto, dígame dónde la recojo y allí estaré.

—No, lo recogeré yo a usted. Mi coche es mucho mejor que el suyo.

—¿Vamos lejos?

—Muy lejos, a Barcelona. ¿Le supone algún problema?

—Ninguno. La espero en comisaría.

—Le agradezco su premura, pero es posible que tardemos más de un día en ir y venir, si quiere coger ropa o cualquier otra cosa le doy media hora.

—No se preocupe. Siempre tengo lo necesario aquí preparado, por si acaso. Solo una cosa más: tengo que informar de esto a mis superiores.

—No, de ninguna manera. Considere que se lo está pidiendo una amiga, aunque no lo seamos, tan amiga que puede decirme que no me acompaña sin que eso suponga ningún problema.

La tozudez de la abogada lo dejaba perplejo. Lograba entender su posición días atrás, ahora no. Un contacto físico era más que posible y preparar el terreno resultaba lo más consecuente.

—Informar solo traerá ventajas. Podemos contactar con la guardia urbana de Barcelona para que nos apoyen si hay algún problema. Pueden vigilar el lugar desde ahora mismo y capturaríamos a los secuestradores. Ese tipo de gente tiene que estar entre rejas, son peligrosos para la sociedad.

—No. Nada de informar. Me da igual lo que pase con esos desgraciados, y con el dinero. La quiero a ella, únicamente me interesa recuperar a Silvia. Todo lo demás no me importa.

Guardó silencio un instante digiriendo lo que acababa de oír, intentando empatizar con ella.

—¿Cómo será la entrega? ¿Habrá alguien? ¿Quién la traerá? ¿Tiene idea?

—No.

—¿No a qué?

—No a todo.

—¿Se da cuenta del riesgo que va a correr? ¿Y si la situación se nos va de las manos? Estaremos nosotros dos solamente, no podemos prever nada de lo que va a pasar. Su hija puede correr peligro.

—No siga, por favor. Hasta ahora he hecho lo que me han pedido y están cumpliendo con todo

—¿Cumpliendo con qué? Hace tres días que pagó y lo único que tiene son unas palabras en un papel que la mandan a la otra punta de España. Un plan perfecto para que le desvalijen la casa en su ausencia.

—Me da igual la casa. ¿Me acompaña o no?

Cuadrado optó por no seguir discutiendo. Tendría un viaje por delante de casi ocho horas para intentar convencerla. Antes de salir rellenó una solicitud de permiso por enfermedad grave de un familiar y buscó a su mejor amigo en la comisaría. Se la entregó para que la guardara y le pidió que, si preguntaban por él, diera largas o se inventara alguna excusa. Si no le quedaba más remedio, tenía que poner fecha y hora a la solicitud y registrarla.

No te imaginas lo contenta que estoy, esto es fantástico, esta debe ser la mejor ciudad del mundo. No puede haber nada igual y, además, lo más

importante, tú estás conmigo.

Somos como dos turistas de un lado a otro viéndolo todo, bueno, una turista y un guía que se lo enseña todo. Cuando te encontré en la estación casi se me caen las lágrimas. No es que tuviera dudas de nada, lo que pasa es que ya tenía ganas de dejar de moverme. Encontrarte allí, por casualidad, fue demasiado, a veces tengo una suerte increíble. Ha sido mucho tiempo de un sitio a otro y aunque el viaje ha tenido momentos muy divertidos, ya estaba cansada, porque la última parte no te la vas a creer, en Zaragoza dormí en la estación, bueno, lo intenté, porque había un tipo que no me quitaba ojo y me ponía muy nerviosa. Sería un vagabundo o alguien que también esperaba un autobús, pero la verdad es que me daba miedo, tenía la sensación de que me observaban. Hasta me cambié de banco varias veces y me hacía la dormida, luego abría los ojos y lo tenía enfrente otra vez, me dio tanto miedo que me fui un par de horas por ahí para ver si a la vuelta ya se había ido, pero nada, allí estaba. Menos mal que no se subió al mismo autobús que yo, que si no me pongo a gritar, ya estaba histérica.

Luego, cuando llegué a Lérida, ¿o tengo que decir Lleida? No te rías, que ya que estoy aquí quiero aprender e integrarme lo antes posible. OK, lo que te decía es que en un principio había pensado quedarme algunos días allí, pero me asusté tanto que se me quitaron las ganas. Aquí no me encontrarán nunca, entre millones de personas, nadie sabe dónde estoy, ni Ely, ni mi madre, lo siento, ya salió de nuevo doña Perfecta. Te aseguro que va a ser la última vez que hablo de ella y no sé por qué lo hago, cuando estoy sola ni me acuerdo, y cuando me pongo a hablar contigo se cuela entre nosotras, debe ser su espíritu, que no soporta que la haya dejado, o que como últimamente nos vemos muy poco ya no sé de qué hablar.

De quien sí que me acuerdo es de Ely, él siempre me ha tratado muy bien y tú también, claro. Sin vosotros aún estaría aguantando a aquellas matonas que me hacían la vida imposible en el insti, es curioso lo lejano que me parece todo aquello ahora, como una pesadilla, como si hubieran pasado muchos años, como si no fuera yo la que estaba allí para que me hicieran todas las putadas que se le ocurrían a los demás. Lo de Ely fue increíble y lo tuyo también. Que tuvieras que estar todo ese tiempo cuidando de tu abuela me parece mentira, es increíble lo que el azar hace para que dos personas se encuentren, ¿verdad? Nos conocimos hace poco, casi por casualidad y nos hemos hecho amigas inseparables. A ver si te vas a sonrojar, mejor hablo de

Ely. Con lo guapo que es y se fijó en mí, es verdad que es un poco caní, siempre marcando músculos con sus camisetas ajustadas y tan bruto para algunas cosas, podía haberse liado con otra chica más, más... no sé cómo decirte, sí, con una tía que estuviera más buena que yo. A lo mejor fue por verme desvalida por lo que se enamoró de mí, porque estoy segura de que se enamoró de verdad. A algunos chicos les gusta sentirse protectores de las chicas y yo en ese tiempo necesitaba protección, mucha protección. En el insti, quiero decir, en mi casa tenía de sobra con la abogada, el cirujano y Emilia.

No, Emilia no, ella me quería muchísimo y yo a ella también, es por la única que me da remordimientos el haberme marchado, por los otros no. Siempre tenía la sensación de que les estorbaba, de que si yo no existiera estarían encantados de la vida. Yo era una carga para ellos y en cuanto podían me soltaban para que no los molestara, pues hala, ya no les voy a molestar más ¿No es eso lo que querían? Lo que pasa es que yo no me podía ir así como así. Desde luego que lo de fotografiar los papeles fue una idea buenísima, no me explico cómo se le pudo ocurrir a Ely que no piensa nada más que en tonterías, sin duda la mejor idea que ha tenido en toda su vida y luego, después de esa idea de genio, el tío era un vago que siempre me ponía pegas para ir a subir las fotos, que si estaba muy lejos, que si eran muchas horas en el autobús, siempre tenía alguna queja. Es su forma de ser, quiere hacer siempre lo que le apetece en ese momento y no soporta que nadie le mande o le diga lo que hay que hacer. Si le parece que le estás mandando algo se niega a hacerlo, en eso es como un niño. ¿Tú crees que lo volveré a ver? Lo echo de menos. A lo mejor, cuando pase un tiempo y ya tenga una casa y dinero puedo llamarlo para que venga, se lo pasaría muy bien aquí, seguro, con lo grande que es la ciudad y todas las cosas que tiene, se pasaría los días dando vueltas por ahí sin hacer nada, es lo que más le gusta, eso y los juegos del móvil o de la Play, con eso se puede pasar la vida, no necesita nada más, bueno había otra cosa que le encantaba, yo.

OK, lo pensaré, quiero decir lo de llamarlo, dentro de un tiempo, de un año o así, aunque puede ser que si dejo pasar tanto el tiempo se líe con alguna y ya no quiera venir. Correré el riesgo porque ahora es imposible, tengo que independizarme primero, sí, no me mires así, contigo estoy muy bien, pero no me gustaría ser una carga para ti. Seguiremos siendo amigas y nos veremos todos los días, a veces quedaremos en mi casa, otras saldremos, iremos al

cine, lo que sea. Lo único diferente será que yo viviré en otro sitio, si puedo, en el mismo barrio, para que no tenga que coger el metro o el autobús para venir. Me has ayudado mucho y quiero que nos veamos porque nos apetezca a las dos. Venga, no te pongas seria que no nos estamos despidiendo. Yo no podría despedirme de ti, solo de pensar en que no volviéramos a vernos hace que me entren ganas de llorar.

OK, estoy hablando demasiado de cosas personales y eso no es normal en mí, será que todo esto me tiene maravillada y me da por decir estas cosas tan ñoñas. La semana que viene voy a buscar trabajo, si me compras una tarjeta prepago para el teléfono, que no sabes lo harta que estoy de no poder usarlo, siempre con miedo a que me localicen. Lo que te decía, con otro número puedo poner anuncios ofreciéndome para cuidar niños, en los tablones de la universidad, que los profesores seguro que tienen mucha vida social y necesitan dejar a sus hijos con alguien responsable. Sí, ya sé, que he hablado mucho sobre ganarme la vida con Internet, tengo dos millones de seguidores en *Twitter*, pero esa gente va a dejar de seguirme porque ya no tengo más fotos que poner, se acabó el caso Bombón. Tengo que pensar muy bien en lo próximo que subiré, tiene que ser interesante, espectacular, *amazing*, si no quiero que me abandone todo el mundo. Mientras consigo eso y tener un canal en *YouTube* muy visitado, tengo que vivir de algo.

Por cierto, aunque aún me queda mucho dinero tendríamos que pensar en vender las joyas, ahora que todavía no lo necesito podríamos buscar con más tranquilidad el sitio que mejor las pague. ¿Tú conoces alguno de confianza? Es que si vamos a una de esas tiendas de compro oro me van a dar muy poco dinero y seguro que me hacen muchas preguntas. A lo mejor si lo llevas tú no te preguntan nada, a ti nadie te busca y tienes tu carné de identidad y todo. ¿Podías preguntar hoy en algún sitio? Vaya, no me acordaba de que me habías dicho que hoy tenías que pasarte por la universidad. OK, no pasa nada, quedamos dentro de un rato donde dijimos ayer, no creas que se me ha olvidado. Nos vemos arriba y así de paso me muevo yo sola por aquí que no está mal que vaya conociendo la ciudad en la que voy a vivir. Te estaré esperando.

Llevaban dos horas dando vueltas. El viaje había sido duro, sobre todo por las discusiones que lo amenizaron. Al final Cuadrado desistió de

convencerla. Necesitaban la ayuda de la guardia urbana. Incluso si todo iba bien, una vez hecha la entrega deberían informar a la policía que la estaba buscando como persona desaparecida, mas era inútil intentar razonar con aquella mujer. Lo más que consiguió fue su compromiso de retirar la denuncia por desaparición cuando Silvia estuviera a salvo, entonces rellenaría los papeles que hicieran falta, colaboraría en lo que fuera necesario siempre y cuando eso no perjudicara a ella ni a su hija.

Nada más llegar, el subinspector puso en práctica sus conocimientos y sus años de servicio. Observó el lugar y buscó un punto desde el que tuvieran al alcance de su vista toda la explanada. El mejor lugar era al final de la primera escalinata. Desde allí veía la entrada al parque y toda la extensión que se abría ante ella. Si subía más, iría llevando su visión hacia un embudo y perdería de vista los laterales de la parte más baja. Sacaron la entrada y se colocaron allí en cuanto abrieron las puertas. Intentando no llamar la atención, se turnaban para vigilar la entrada.

Cuando se aproximó la hora, tenían la boca seca y los nervios a flor de piel. Convinieron en que Nuria Ferrero bajara las escaleras y se fuera hacia un lateral buscando un ángulo que le permitiera reconocer a Silvia en cuanto entrara, y acercarse a ella desde un lado. Si venía acompañada, lo mejor era esperar que la dejaran y no encontrarse de frente. Prefería no ver a nadie y que no la vieran. Eso evitaría problemas posteriores. El único que podía ver bien a los secuestradores, en caso de presentarse, sería Cuadrado.

Pasaban ocho minutos de las diez de la mañana cuando la vieron entrar, sola, o al menos eso parecía. Silvia no se detuvo y comenzó a subir las escaleras, como si tuviera instrucciones de continuar hasta algún sitio. Al llegar a la altura del subinspector, éste la cogió del brazo con su mano izquierda, mientras con la derecha tanteaba el bulto de la pistola, y le dijo al oído:

—Tranquila, todo ha terminado.

Lo miró con cara de espanto y estupor e intentó soltarse sin conseguirlo.

—Suélteme ahora mismo o empiezo a gritar. ¡Suélteme!

Él no aflojó la tenaza. Entonces notó que alguien la agarraba de los hombros haciéndola girar.

—¿Mamá? —dijo al verla frente a ella. Al sentir su abrazo comenzó a llorar desconsolada.

XIII

A veces uno da por sentado cosas que luego no resultan como se habían pensado, y este hecho nos descoloca por completo, hace que nos preguntemos de qué manera pudimos razonar para llegar a una conclusión tan errónea, o en qué momento la realidad nos parece imposible.

El camino de regreso, imaginado como una fiesta por el fin del secuestro, fue un valle de lágrimas. Desde que la encontraron, Silvia entró en shock y dejaba de llorar únicamente cuando se quedaba dormida. No decía nada, no se comunicaba de ninguna manera, ni tan siquiera los miraba a los ojos. No consintió probar bocado en todo el camino. Le ofrecieron una botella de agua que no abrió, no quiso ir al baño. Tal fue la situación que Nuria Ferrero entregó las llaves del BMW al subinspector Cuadrado y se sentó en el asiento trasero con su hija para intentar tranquilizarla, en vano. No dejó que le cogiera la mano, ni la acariciara, y miraba hacia otro lado si le hablaba. Un síndrome de Estocolmo elevado a la máxima potencia, mucho trabajo para los psicólogos, psiquiatras y, de seguir sin ingerir nada, para los médicos.

Hicieron el viaje casi en silencio, Cuadrado conectaba la radio cuando no soportaba más los sollozos y en contadas ocasiones, aprovechando el sueño de Silvia, cruzó alguna palabra con la abogada. A la vista de los acontecimientos, Nuria Ferrero contactó con su exmarido para darle buenas y malas noticias, informarle y pedirle consejo. Él conocía a mucha gente y al

cabo de unas cuantas llamadas acabó por facilitarle el número de una clínica psiquiátrica en Valladolid. Ya estaban esperando la llamada gracias a un compañero. La abogada mantuvo después varias conversaciones con la clínica, en las que respondía a constantes preguntas sobre el estado de su hija y optó por ingresarla de inmediato hasta que se recuperara. Ellos sabían cómo tratarla.

Horas más tarde, se detuvieron en la puerta y un celador vestido de blanco se llevó a la muchacha, inerte, en una silla de ruedas. Su madre la acompañó al interior y Cuadrado aprovechó para estirar las piernas y ponerse en contacto con la comisaría. Tenía dos llamadas perdidas que no había devuelto. Habló con González; en cuanto a su ausencia, no hubo problemas, nadie preguntó por él ni lo echaron de menos. En realidad, su compañero quería informarle de algunas novedades en la investigación del caso Bombón, o más bien colateralmente relacionadas con el caso.

Habían seguido hablando con los chavales del instituto de Silvia y poco a poco, con alguna palabra de uno, una insinuación de otro, llegaron a la conclusión de que tenía un novio, o un amigo íntimo, si no se le quería llamar así. Un tal Ely, Elías, *maxirrepetidor*, altanero, provocador y que había tenido ya algunos encuentros menores con la policía. Casualmente, el chico dejó de asistir a las clases el mismo día que se produjo el robo y la desaparición de ella. Volvió a aparecer hacía cuatro días e iban a interrogarlo dentro de dos horas. Le pareció una noticia irrelevante; la chica había aparecido sola y por la descripción y facultades que se le atribuían al tal Ely no parecía capaz de organizar algo como lo de los documentos. Siendo optimistas, podría estar involucrado de alguna manera, acaso ser un peón en el juego. No perdían nada hablando con él.

La abogada salió de la clínica con la cara desencajada y Cuadrado prefirió no comentarle nada de lo que se acababa de enterar; ya habría tiempo. Condujo en silencio el resto del trayecto hasta la comisaría. Tras muchos minutos de silencio ella tomó la palabra cuando faltaba poco para llegar a su destino.

—Gracias por todo, Inspector. Aunque no lo crea, ha sido usted de gran ayuda, y siento mucho si le he causado algún problema. Haré lo posible, si todavía estoy a tiempo, para que no sea así.

—Subinspector. Y créame, se tenía que haber dejado ayudar mucho más. Ahora debería retirar la denuncia de la desaparición y prepararse para

contestar algunas preguntas del tipo: ¿Cómo sabía usted que su hija estaba en Barcelona? ¿Pagó algún rescate o a alguien por esa información?

—Estoy preparada, pero prefiero dejarlo para otro día. Necesito llegar a mi casa y descansar. Antes pasará a decírselo a Emilia. Se volverá loca de contenta si le miento un poco en cuanto al estado de Silvia. Me queda un favor que pedirle. —Cuadrado la miró, temiéndose cualquier cosa. Aquella mujer no tenía límites cuando quería algo, pedía lo que necesitaba y si no se lo daban, lo cogía—. Es sobre Silvia. Quitaré la denuncia, responderé a preguntas, lo que sea, pero no quiero que se sepa el estado en el que se encuentra. Ella siempre ha sido muy pusilánime y esto la ha superado, estoy segura de que se recuperará muy pronto y volverá a su vida normal. Si se supiera esto en el instituto, lo pasaría muy mal. Por favor, no diga nada.

—Descuide, no tiene por qué preocuparse. Entiendo que la proteja después de todo lo que ha pasado.

—Gracias.

—La espero ver mañana haciendo los trámites pendientes.

—No se preocupe, aquí estaré.

Se quedó mirando cómo se alejaba y sintió que se había quitado un peso de encima. Lo más importante de todo estaba resuelto: tenían a Silvia con vida. Lo demás, el dinero, el prestigio, la corrupción... siempre era secundario. Entró en la comisaría y se dispuso a preparar el interrogatorio con Ely, un chico o un novio del que la abogada ignoraba su existencia. Otro apunte más en su debe como madre. Sin quererlo, se encontró pensando en Jorge y en Ángela. ¿Cómo estaría el debe y haber de su contabilidad con ellos? Apartó la idea y buscó la máquina de café, necesitaba despejarse un poco antes de empezar. Con el vaso de café en la mano llamó a González con el fin de conocer detalles y toda la información que no le facilitó por teléfono. Lo esperaba en su despacho.

—Silvia ha aparecido en Barcelona.

—¿En Barcelona?

—Sí, ahora ya está bajo la tutela de su madre. Mañana vendrá a retirar la denuncia de desaparición.

—¿Y cómo ha ido a Barcelona?

—No lo sé, no puedo responderte a nada, yo también me hago esas preguntas. Habrá que esperar a que pasen unos días para hablar con ella, ahora no se encuentra bien.

González entendió que ese tema concluía ahí y se centró en el interrogatorio cercano.

—Hablamos ayer con él, a la salida del instituto. Es un *nini* total y más chulo que un ocho. Apenas nos quiso responder y tuvimos que citarlo aquí para ver si se le bajan un poco los humos. Se cree el rey de Roma.

—¿Dijo dónde había estado todos esos días que faltó al instituto?

—No concretó nada. Dijo que por ahí, que llamó a sus padres cuando se fue. Ya le digo que apenas habló.

—De acuerdo, veremos qué le sacamos.

Ely apareció por la comisaría diez minutos después de la hora en la que estaba citado. Vestía una camiseta ajustada y pantalones pitillo, gafas de sol y gorra colocada con la visera hacia atrás. Lo condujeron hasta un despacho pequeño para interrogarle.

—Vaya. ¿No tenéis sala como las de las películas? ¿De esas sin ventanas y con un espejo muy grande que es un cristal por el otro lado?

Ni a González ni a Cuadrado les gustó cómo empezaba y fue el primero el que tomó la palabra.

—Dejemos unas cuantas cosas claras: primero se quita la gorra y las gafas de sol, que ya no está en la calle. Segundo, cuando se dirija a nosotros hágalo de usted; y tercero, no hable si no le preguntamos. ¿Entendido?

—OK.

—Una cosa más: las salas no son como las de las películas, pero las cárceles sí.

Las palabras y el tono empleado por González le borraron por un instante la sonrisa de la cara. Fue Cuadrado quien a continuación comenzó a formular preguntas

—¿Conoce usted a Silvia Galián?

—¿Por qué me pregunta eso? Ya lo sabe.

—Conteste, ¿la conoce, sí o no?

—Sí, la conozco.

—¿Desde cuándo?

—Va a mi instituto, la conozco de toda la vida.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Pues no sabría decirle, a lo mejor desde que desapareció.

—¿Cómo sabe que desapareció?

—Lo sabe todo el mundo, ha salido hasta en la tele.

—¿Qué relación tiene con ella?

—Ninguna, como con cualquier chica del instituto.

El subinspector le formuló las preguntas sin intervalo de tiempo entre ellas, no quería dejarlo pensar y esperaba que se contradijera. Tras la última respuesta se tomó unos segundos y cambió a un modo más grave y pausado.

—¿Sabe que si nos miente se meterá en líos? Le repetiré la pregunta, por si me ha entendido mal. ¿Qué relación tiene con Silvia Galián?

—Era una amiga.

—¿Solo una amiga? No es eso lo que nos han contado. ¿Y por qué dice «era»? ¿Han cortado?

—Una amiga, o mejor una «folla-amiga».

La ordinariez de Ely les llamó la atención. No les cuadraba aquel joven con la hija de la refinada abogada.

—¿Tuvo relaciones con ella?

Se quedó callado como si se hubiera dado cuenta de que había dicho algo que no le convenía.

—¿Para qué va uno con tías? Para ver si caen, ¿no?

—¿Y cayó?

—¡Claro que cayó, vaya con la Puñetera! ¡Y se hacía la inocente!

—¿Sabe que es una menor?

—Yo, también.

—Usted no.

—Ahora no. Pero cuando empecé con ella sí que lo era. ¿Me van a meter en la cárcel por eso? Yo no hice nada que ella no quisiera; si me meten a mí, tendrán que meter a medio instituto.

—No nos interesa medio instituto. La madre de la chica es abogada. Si le denuncia, tendrá problemas

Cuadrado calló, deseando que sus palabras hubieran hecho algún efecto. Y con la mirada le dijo a González que siguiera él.

—¿Qué sabe de su cuenta de *Twitter*?

—Yo le ayudé a hacerla. Ella no tenía ni idea. Se llama *silganosequé*. Quería tener amigos en *Twitter*, pero le salió la cosa mal: se metieron mucho con ella.

—¿La acosaban en el instituto?

—No, como era tan fina y tan pija se reían un poco de ella, solo eso.

—¿Solo?

Pensó lo que iba a decir antes de continuar.

—Vale, puede ser que alguna vez se pasaran un poco, pero no para decir que la acosaban.

—¿Tenía una amiga especial?

Cuadrado cambió de tema de repente, intentando desubicar a Ely.

—No le entiendo. ¿Qué quiere decir «una amiga especial»? ¿Que si era lesbiana?

—No, que si tenía una mejor amiga, alguien con quien quedara a menudo para salir, con quien compartiera sus cosas... ¿La vio por ahí con otra chica?

—No.

—¿Y era lesbiana? Ya que estamos.

—Para nada. Le iba mucho la marcha.

—¿Conoce a Nekane?

—¿A quién?

—A Nekane.

—No he oído ese nombre en mi vida.

—¿Seguro? Piénselo bien.

Aguardó un instante antes de reafirmarse.

—Claro, yo salía con ella y nunca me dijo nada de esa Nekane o como se llame.

—Vaya, hemos pasado de no tener ninguna relación a salir con ella. ¿Dónde ha estado en los últimos días? Ha faltado mucho al instituto.

—Yo siempre faltó, no me interesa lo que dicen allí.

—¿Dónde ha estado?

—Por ahí, por el mundo. Algunos días aquí sin ir a clase y luego me fui a Madrid a visitar a mis primos.

—¿Puede alguien corroborarlo?

—¿Qué?

—Digo que si llamamos a sus primos, ¿nos confirmarán que estuvo con ellos?

—Sí, pero solo los vi un día, luego me fui a dar vueltas por Madrid

—No dudó a la hora de responder: estaba seguro o tenía pensada la respuesta.

—¿A dar vueltas? ¿Y dónde dormía?

—Donde podía. La verdad es que por la noche no dormía, me la pasaba

yendo de un sitio a otro. Luego, durante el día siempre encontraba algún sitio, un banco en un parque al sol, un cine, la estación de Atocha. Madrid es la caña para eso.

—Y me imagino que nadie podrá asegurar que nos está contando la verdad.

—A lo mejor encontramos a alguien, pero va a ser un poco chungo porque cada día iba a garitos distintos.

—¿Tiene teléfono?

—Claro.

—Podemos pedir una orden para saber por dónde se ha movido en los últimos días. ¿Nos dirá lo mismo que usted?

—No, porque lo he tenido roto y no lo he podido usar, por eso nadie sabía dónde estaba.

Los dos policías se miraron. Estaban de acuerdo en dejar aquel interrogatorio. De momento, nada implicaba a Ely, excepto haber mantenido relaciones con una menor. Sus coartadas eran dudosas. Podrían apostar a que mentía, pero dados sus antecedentes ni su versión también era posible.

—De acuerdo, por hoy es suficiente. Se puede marchar. Si piensa salir de la ciudad, quiero que me lo diga. Vamos a continuar esta charla en otro momento.

—Vale, me voy.

Se levantó y emprendió camino a la salida con la misma naturalidad con la que andaría por su casa, como si estuviera allí todos los días.

XIV

A pesar de haber alcanzado un punto tan cercano a la meta siguiendo un procedimiento amistoso, todo indicaba que se vería obligado a cambiar su forma de actuar por otra mucho más imperativa.

Creyó en la palabra de la abogada y esperó su llegada durante todo el día, en vano. Tampoco llegó al siguiente, ni al otro. Ya no podía esperar más, conocía el pago del secuestro y que la niña se encontraba a salvo, y si no actuaba conforme a la legalidad, su carrera peligraba seriamente.

Llamó a Nuria Ferrero varias veces y al no obtener respuesta decidió ir hasta su casa. Salir de la comisaría le sentaría bien. Era un día caluroso, demasiado incluso para las fechas, en el cielo no se divisaba ni una sola nube y optó por coger el coche. No quería presentarse sudoroso ante una mujer tan exquisita. Con la fluidez habitual del tráfico llegó a la casa en apenas diez minutos; abrió la puerta Emilia, que le miró como si llevara tiempo esperándolo.

—Buenos días. Soy el subinspector Cuadrado. ¿Está la señora en casa?

—No.

Tenía la impresión de ser recibido con hostilidad. Aquella mujer había sido mucho más colaboradora en el pasado.

—¿Sabe dónde está o cuándo regresará?

—No.

Sin duda era más comunicativa unos meses atrás.

—Haga el favor de decirle que he venido y que tenemos que hablar.

—Lo haré. Adiós.

Y cerró la puerta sin esperar nada más. Ahora ya no tenía duda de que la habían asesorado sobre cómo comportarse si él aparecía. Irritado, volvió a llamar a la abogada con el mismo resultado, apagado o fuera de cobertura. Se dio el plazo de un día para contactar con ella. Si no lo conseguía, iría a la clínica o montaría guardia delante de su casa. No fue necesario: antes de llegar a comisaría recibió un *wasap* de Nuria Ferrero: «*Mañana sin falta hablamos, ahora tengo que estar junto a mi hija. Yo le llamaré*».

Esta vez sí cumplió con su palabra, a primera hora de la mañana, cuando acababa de entrar en su despacho, sonó el móvil. Hablaron durante muchos minutos en los que el subinspector no consiguió nada. Ella pasaba los días en la clínica con Silvia y ésta, según su madre, no mejoraba, no estaba en condiciones de ver a nadie. En cuanto el estado de salud de la niña mejorara, pasaría por la comisaría para retirar la denuncia y contestar a cualquier pregunta. Mientras tanto, contestaría a todas las llamadas que le hiciera, por si podía ayudar en la distancia.

Después de aquella conversación, Cuadrado no tuvo duda de cómo proceder. No debía dejarla que se evadiera sin que todo quedara aclarado, insistiría y sería él quien la llamaría todos los días para interesarse por el estado de salud de Silvia y para ponerla al día de los avances, pese a que éstos rara vez se producían. La informaba con el único fin de ofrecerle justicia, algo a lo que suponía que un abogado nunca renuncia. En una de esas llamadas hablaron de Ely. La abogada no creía ni una palabra de lo que escuchaba. Para empezar, ella no tenía novio y, aun concediendo el beneficio de la duda, ¿cómo iba a estar su hija relacionada con semejante personaje? ¡¡Y mucho menos, haber mantenido relaciones sexuales con él!! Si era una chiquilla de dieciséis años... Seguro que aquel desgraciado se lo inventaba todo para darse importancia. Un momento de gloria entre los que eran como él valía mucho. Lo haría para pavonearse en el instituto a costa de Silvia. Pues bien, que se anduviera con cuidado, si no quería tener un problema serio, varios capítulos del Código Penal incluían artículos sobre abusos a menores por los que iría a la cárcel. De eso se encargaría ella misma si continuaba manchando el nombre de su hija de esa manera.

El subinspector la oía pensando en lo ignorante que era en relación con su hija, nunca fue capaz de contestar correctamente ninguna pregunta de las

que le hicieron. Él si creía lo que decía Ely. ¿Por qué no? Una muchacha de su edad, sin amigas y acosada en el instituto, vería como a un salvador a cualquiera que la defendiera, que se interesara por ella. Seguro que no se lo puso muy difícil al musculitos. Mejor le hubiera ido si su madre ejerciera como tal.

Tras una semana de llamadas diarias, recibió una sorpresa.

—Mañana a las diez estaré en su despacho. Prepare todo lo que necesite, no me gustaría tener que quedarme mucho tiempo. Responderé a todo lo que me pregunte, si es que le interesa saberlo todo.

Sus últimas palabras no le sonaron bien. ¿Qué quería decir? Prefirió no darle vueltas y se centró en el papeleo. También él deseaba acabar con aquello de una vez, sin denuncia, y con Silvia en su casa terminaba todo. Las publicaciones de fotos en Internet habían cesado, porque no quedaba nada más que publicar, y esa parte la llevaban desde Madrid con lo que solo quedaría hablar con Silvia, preguntarle por la coincidencia de su desaparición con el robo y saber si podía describir a sus captores.

Tal como había dicho, a las diez de la mañana apareció con todo su glamur. Vestido blanco sin mangas, entallado con un cinturón rojo, zapatos de tacón y bolso a juego, maquillada como una actriz y con unas piernas deslumbrantes. Llevaba un maletín en la mano y una elegante rebeca sobre los hombros. Cuadrado se quedó pensando si usaba medias o era alguna crema la que le proporcionaba ese tono de piel. Ni uno solo de los policías pudo evitar mirarla mientras atravesaba el vestíbulo en dirección a la oficina del subinspector.

—Buenos días, subinspector. ¿Lo tiene todo preparado?

—Diría que sí. ¿Cómo sigue Silvia?

—Evoluciona despacio. Si le parece bien, lea usted el informe que le traigo. Él responderá a muchas de sus preguntas. Después hablamos.

Clínica de Psiquiatría y Psicología

Clínica Poveda

INFORME DE EVALUACIÓN PSICOLÓGICA

Nombre: Silvia Galián Ferrero

Sexo: Mujer

Edad: 16

Estudios: Cursando 4.º de la ESO

Fechas de exploración: 2, 3 y 4 de mayo de 2016

Realizado por: Isabel Morales Poveda, psicóloga especialista en Psicología Clínica.

Clínica de Psiquiatría y Psicología Clínica Poveda, Valladolid.

Colegiada número: CM 12453

MOTIVO DE CONSULTA

Realización de Evaluación psicológica a petición de Nuria Ferrero Botía, madre y tutora legal, de Silvia Galián Ferrero, tras haber sido víctima de un secuestro durante dos meses. El caso se encuentra en investigación policial.

DATOS BIOGRÁFICOS

Área familiar

Nacida en Zamora donde reside hasta la actualidad. Hija única. Padres separados desde hace seis años (2010).

La madre posee la custodia con visitas semanales del padre y fines de semana alternos. Nivel sociocultural medio-alto. Ocupación del padre: cirujano. Ocupación de la madre: abogada. En el domicilio familiar vive una

mujer de edad avanzada (setenta y cuatro años) que cuida de la menor desde su nacimiento. Nivel cultural bajo.

Área social

Relaciones sociales escasas. Nunca ha tenido un grupo social de referencia. Evita relaciones sociales, pasando casi todo su tiempo libre en casa, sola o con la cuidadora. Durante los últimos seis meses la paciente refiere haber salido con una amiga a la que nadie conoce, ni los compañeros del instituto, ni su madre, ni la cuidadora. No existen fotos ni imágenes de ella. La madre ha intentado sin éxito ponerse en contacto con ella tras la desaparición de la paciente. Según la policía que ha llevado a cabo la investigación, no figura en ningún registro de la ciudad, ni está escolarizada en ningún centro educativo de la zona.

Área académica

Comienza escolarización a los 3 años. Escolarización normal. Buen rendimiento académico. La madre refiere episodios de acoso escolar por parte de compañeros durante el último año. Se tiene constancia de los hechos por información detectada en las redes sociales, ya que los supuestos hechos nunca fueron denunciados por la paciente, ni revelados a familiares ni profesores.

HISTORIA CLÍNICA

La Paciente es ingresada en la clínica por su madre el 23 de abril de 2016

Los síntomas corresponden a un estado de *shock*: agitación, irritabilidad, carencia de contacto visual, inmovilidad, amnesia, temblores, llanto constante.

Dicho estado es congruente con los hechos referidos por la madre, quien explica que ha sido víctima de un secuestro, y desconoce saber si ha sufrido agresiones sexuales o maltrato.

La exploración física descarta dichas sospechas. Su estado físico es bueno.

Se decide sedarla y mantenerla ingresada en observación.

PRUEBAS REALIZADAS

Tras una semana de ingreso hospitalario bajo observación se remite para

evaluación psicológica. Por la sospecha de haber sido expuesta a un hecho traumático, la evaluación se centra en la búsqueda de síntomas asociados al trastorno por estrés agudo 308.3 (F43.0), que pueda precipitarse, pasado un mes, en un diagnóstico de trastorno por estrés postraumático, 309.81 (F43.10)

En entrevista no ha sido posible registrar datos ya que la paciente se niega a relatar el suceso traumático al que la madre hace referencia.

Sí ha realizado sin oposición, las pruebas de evaluación psicológica por autoinforme (MMPI-2 RF, Escala de Trauma de Davidson – DTS, ISRA , STAXI-2)

RESULTADO DE LA EVALUACIÓN

Por la negativa de la paciente a comunicarse de forma oral en entrevista, no es posible registrar los dos principales criterios diagnósticos: Recuerdos angustiosos recurrentes, involuntarios e intrusivos y sueños angustiosos recurrentes en los que el contenido y/o el afecto del sueño está relacionado con el suceso traumático.

Sin embargo, no debe descartarse la posibilidad de que el malestar psicológico intenso que presenta sea la causa de la evitación a recordar el hecho y relatarlo, evitando así exponerse a pensamientos o sentimientos angustiosos acerca del suceso.

Presenta un estado emocional negativo persistente con alta sintomatología de ansiedad, tanto a nivel cognitivo, como fisiológico, con pensamientos rumiativos y preocupaciones de alta frecuencia e intensidad, hipervigilancia y respuesta de sobresalto exagerada. A nivel comportamental, destaca un elevado desinterés por la participación en actividades y un comportamiento irritable frecuente con arrebatos de furia (con poca o ninguna provocación) especialmente dirigidos hacia la madre. Todos estos síntomas presentes no pueden ser asociados al suceso traumático hasta que dicha información sea aportada por la paciente.

Las pruebas de autoinforme revelan un estado emocional inestable, con alto rasgo de ansiedad y hostilidad, concordantes con la sintomatología descrita.

A pesar de que la información sobre la amistad con una amiga que nadie ha visto y conoce revela sospechas de trastorno de naturaleza psicótica, los resultados del MMPI, no confirman dichas sospechas ni presenta perfil

simulador.

IMPRESIÓN DIAGNÓSTICA

Trastorno de ansiedad no especificado 300.00 (F41.9), que cursa con sintomatología depresiva y estado de irritabilidad. Sospecha de Trastorno relacionado con trauma y factores de estrés, que será confirmado cuando se tenga la información correspondiente por parte de la paciente o de la derivada de la investigación policial.

RECOMENDACIONES

Mantener ingreso bajo observación psiquiátrica para ver evolución. Restringir visitas y situaciones que puedan alterar el estado emocional de la paciente.

Comienzo de tratamiento cognitivo conductual que permita estabilizar el estado emocional negativo presente.

Pendiente de nueva evaluación.

En el momento presente la madre de la paciente, tutora legal, ha leído el documento y ha expresado su consentimiento en cuanto a la evaluación y el tratamiento, mostrando plena comprensión de lo expresado.

El presente informe psicológico de evaluación, de acuerdo con el protocolo de actuación del centro y siguiendo las recomendaciones del Colegio Oficial de Psicólogos en la actuación clínica se entrega a Dña. Nuria Ferrero Botía, madre y tutora legal de Silvia Galián Ferrero, por ser ésta menor de edad.

Valladolid a 4 de mayo de 2016

Fdo.: Isabel Morales Poveda
Psicóloga especialista en Psicología Clínica.
Colegiada número: CM 12453

Retiró la vista del documento y encontró los ojos de la abogada fijos en él.

—Gracias por traerlo. ¿Puedo quedármelo?

—No.

Recogió el informe de encima de la mesa y lo guardó en el maletín. Se miraron como en las antiguas películas del oeste antes de desfundar en el duelo

—¿Todo claro, subinspector?

No entendió bien la pregunta. Claro que no, en el informe había demasiado lenguaje técnico que no comprendía.

—Pues no, ¿MMPI? ¿F41.9? No sé usted, pero yo no entiendo el alcance de algunas partes del informe. Creo que hace mención de Nekane sin aclarar nada. En fin, no lo comprendo bien.

—No me refiero a eso... —Se quedó mirándolo mientras escenificaba una pausa—. En «RECOMENDACIONES» especifica claramente: «Restringir visitas y situaciones que puedan alterar el estado emocional de la paciente». Silvia no va a venir a declarar.

—El informe no está firmado.

—¿Y? Se lo he traído porque le di mi palabra de venir, si quiere se lo traigo firmado.

—Lo entiendo. No se preocupe: dejaremos que se recupere del todo antes de hablar con ella.

—No, no lo entiende. No va a declarar ahora ni nunca. Lo mejor será que no lo intente, ni usted ni un juez, porque si lo hace pondré en juego todos mis recursos como abogado, me aferraré a informes, haré testificar a los médicos... Lo que haga falta para que ella no tenga que recordar nada de lo sucedido. Ya ha sufrido bastante. ¿No le parece?

—¿Se da cuenta de que con esa actitud nunca encontremos a los secuestradores?

—¿Secuestradores? ¿Ha habido algún secuestro? Yo no sé nada de eso.
—Cuadrado escrutó su cara con la esperanza de que hablara en broma, pero

no encontró una mueca o un gesto que revelara buen humor. Se quedó callado esperando a que la abogada continuara—. ¿Usted sabe algo de un secuestro?

El juego de Nuria Ferrero estaba al descubierto. Nunca quiso su colaboración sino tenerlo como rehén. Tenía dos opciones, enfrentarse a ella, lo que significaría su final en el cuerpo, o dejarla ir. Sintió que podía luchar un poco más antes de abandonar.

—Está el informe, donde se menciona el secuestro varias veces.

—Zanjemos el asunto, subinspector. Ni Silvia ni yo vamos a declarar, porque si tengo que hacerlo diré que estaba al corriente de todo, que me acompañó a Barcelona y que me aconsejó sobre el pago. Me escandalizaré cuando sepa que usted no ha informado de nada, quizás le demande y puede que sugiera que usted está implicado en el secuestro. Encontraré testigos que aseguren que nos vieron juntos en la cafetería e incluso es posible que consiga alguna foto de nuestra estancia en Barcelona, no se imagina cuantas cámaras de seguridad hay hoy día por las calles, en semáforos, bancos, tiendas, a la entrada del parque Güell. No me mire usted así, no es nada personal. De hecho, le estoy muy agradecida por todo, usted ha sido el único que de verdad me ha ayudado, pero póngase en mi lugar. Robaron en mi casa, me sustrajeron documentos que han acabado conmigo como abogada, me echaron del bufete, secuestraron a mi hija y pagué cien mil euros para recuperarla. ¿Le parece que estoy en deuda con la policía? ¿O con el sistema? No. No han podido solucionar ninguno de mis problemas, y ahora que por fin ha terminado todo, ¿quiere que siga? ¿Para qué? ¿Para continuar sufriendo? ¿Para hacerla sufrir a ella? —Por un momento, Nuria Ferrero quedó en silencio aguardando alguna puntualización del subinspector, que no se produjo—. Esto termina aquí y ahora. Es lo mejor para todos. Usted no tendrá problemas, no tendrá que dar explicaciones de nada, ni tan siquiera de su viaje a Barcelona, porque, si alguien me pregunta, yo insistiré en que fui sola y Silvia no abrirá la boca. Siga con su vida y yo intentaré volver a poner en marcha la nuestra y, de verdad, le agradezco todo lo que ha hecho. Sé que se ha extralimitado y estoy en deuda con usted. Si alguna vez necesita algo de mí, sea lo que sea, le ayudaré.

—Lo tenía todo planeado.

—No, se equivoca. Le llamé porque confío en usted, me parecía la única persona con la sensibilidad suficiente para entender la tragedia que acontecía

en mi vida, y si ahora actúo así es porque pienso que nadie me defenderá si no lo hago yo. No se lo tome así, de nada serviría continuar con esta locura. Silvia nunca nos dirá nada, yo no hablé con nadie ni vi ninguna cara. Dejémoslo. Deme los papeles que retire la denuncia.

Cuadrado puso encima de la mesa unos folios que ella fue leyendo, rellenando y firmando. Se sentía abatido, derrotado y utilizado. Sin embargo, no dejaba de encontrar razonable los argumentos de aquella mujer. ¿Qué le reportaría continuar? ¿Haría que mejorara la salud mental de Silvia? ¿Recuperaría el dinero? Incluso pensando que consiguieran detener a los secuestradores, juzgarlos y condenarlos, la respuesta a esas preguntas sería la misma. No, ya nada cambiaría lo sucedido ni sus consecuencias.

XV

Primera clase, por primera vez, y rumbo a Sidney, donde siempre quiso ir y jamás pensó que pudiera. Su novia no se lo creía cuando le dijo que se iban, hasta que lo vio con los pasajes en las manos creyó que era una broma.

Con su cometido realizado con éxito y una suma considerable de dinero en su cuenta corriente, meditaba sobre la suerte, mientras pedía dos cervezas bien frías a la azafata. Algunos días la suerte viene a verte sin que hayas hecho méritos para esperar su visita, de repente, sin aviso, como le ocurrió a él a principios de ese mismo año. Un correo de su tío en el ordenador fue el principio del mejor trabajo que tuvo nunca. *«Es posible que jamás vuelva a cobrar tan bien por nada de lo que haga en mi vida»*, pensaba. Era un conciso escueto, como el que lo mandaba: *«En unos días recibirás un mail de una persona que no conoces; haz sin dudar todo lo que te pida, será bueno para ti»*.

Aquellas palabras intrigantes lo mantuvieron en vilo durante tres días, en los cuales consultaba el correo electrónico a cada instante, a pesar de tener activadas las alertas en el móvil. A las tres de la madrugada de un jueves llegó lo que esperaba. Al principio estuvo a punto de mandarlo a la papelera: parecía un correo de una casa de apuestas colombiana. Sin embargo, no lo hizo. La suerte de nuevo se aliaba con él. El remitente era

vinividivinci@apuestabien.com.co y su contenido, claro y amenazante:

«Te nombraron persona de confianza. Si no lo eres no continúes leyendo y elimina este mail. Si has seguido leyendo, podemos empezar. Te daré unas pocas reglas que respetarás siempre:

Nunca intentarás ponerte en contacto conmigo ni escribir a esta dirección. Para dirigirte a mí utiliza esta otra hipnosterra@hong-kong-7.com y solo me escribirás cuando yo te lo pida.

1-Sigue siempre mis instrucciones, no las cuestiones en ningún momento.

2-Dame el número de una cuenta donde pueda ingresarte dinero de inmediato.

3-Compra una tarjeta prepago y facilítame el número.

4-Busca un hacker y dame una forma de ponerme en contacto con él, no te preocupes por el dinero.

5-Lo más importante, no seas curioso, no intentes saber quién soy ni encontrarme, solo obedece y todo irá bien.

Elimina cada mensaje que recibas después de leerlo.

Por hoy es todo, mañana seguiremos. A.F.»

En ningún otro momento tomaría en serio algo así. Esta vez era diferente. Apenas pudo conciliar el sueño tras leer el mensaje; aun viniendo de su tío, no sentía la confianza necesaria. No le parecía sensato dar su número de cuenta a un desconocido. Pensó que tomar alguna medida de seguridad sería prudente por su parte. Abrió una nueva cuenta en la banca online con cien euros y envió el número a A.F. Después se quedó dándole vueltas a la cabeza, intentando localizar a todas las personas que conocía con esas iniciales. Tal vez fuera una broma. Semejante idea desapareció por completo cuando comprobó que una transferencia aportaba a la nueva cuenta tres mil euros con el concepto *First Payment*. Su bandeja de entrada registró un nuevo mail al instante: *«Dos mil son parte de tus honorarios; los otros mil, para gastos. Busca al hacker antes del domingo y dale esta dirección para que se ponga en contacto conmigo. A.F.»*

Tiró de agenda pensando cómo encontrarlo. No sabía a qué se enfrentaría el hacker, por lo que tampoco conocía el nivel de profesionalidad que necesitaba. Tenía a su amigo Guille estudiando informática en la facultad de

la Complutense. Él sería la llave. En vez de llamarlo se vistió y salió rumbo a la universidad. Lo abordaría en persona y lo convencería para que le ayudara. Si era necesario, empezaría a usar el dinero que le había transferido. Tras convencer a Guille de que no se vería implicado en nada ilegal, aceptó realizar unas llamadas. Obtuvo el compromiso de un conocido en tercer grado de que le proporcionaría una dirección de correo en unas horas. Cumplió lo acordado por la módica cantidad de cien euros. La maquinaria se había puesto en marcha y no se detendría en los meses siguientes:

«Tienes que contratar a dos personas. Antes de nada cambia de aspecto, déjate barba, usa siempre gafas de sol o de ver y tíñete el pelo de pelirrojo. Mañana te llegará documentación con otro nombre, solo podrás usarla mientras dure el trabajo. Características de los dos sujetos:

1-Mujer, 18 años, aspecto lo más infantil posible. Estudiante de la Escuela Superior de Arte Dramático, escuelas de teatro o cualquier otra actividad relacionada con la interpretación. Carné de conducir y coche propio. Su trabajo consistirá en hacerse amiga de alguien y mantenerse a su lado con discreción. Necesita vivir en otra ciudad española mientras dure el trabajo, se le proporcionará casa. Diez mil euros al mes.

2-Hombre, 18 años. Estudiante del instituto Claudio Rodríguez. Repetidor. Independiente. Atrevido y sin antecedentes. Su trabajo consistirá en hacerse novio de alguien. Dispuesto a vivir alguna aventura. Diez mil euros al mes. Ni ellos ni nadie de los que contrates en el futuro deben conocerse entre sí. Hazles fotos sin que lo sepan, quiero conocer sus caras.

Comienza a trabajar y elige bien. A.F.»

Tras leer el nuevo mensaje, comprendió en qué consistiría su trabajo. Reclutaría a gente para llevar a cabo más encargos. ¿Qué tipo de encargos? Sintió miedo. Ya había comenzado e intuía que no podía dejarlo. Le dieron ganas de vomitar. Podía acabar en la cárcel o quizá peor. Sin dudar, se puso en contacto con su tío, que le tranquilizó:

—No temas, no pasará nada. No te estás enfrentando a la mafia ni nada parecido, es solo un negocio y tú eres mi sobrino. Eso sí, concéntrate en el trabajo y hazlo bien. ¡Y disfruta, coño, que a todo el mundo le encantaría jugar a los espías y tú, que tienes la ocasión, te mueres de miedo!

Oírlo le tranquilizó. Si existía una persona en el mundo en quien

confiaba sin reservas, era su tío. Seguiría su consejo y comenzaría a ser alguien de la CIA. Si él decía que adelante, es que no había peligro. Efectivamente, al día siguiente recibió un paquete sin remitente con documentación a nombre de Álvaro Yepes Tovar. ¡Con barba, pelirrojo y gafas en las fotos! No pudo evitar sentir otra vez miedo. ¿Cómo lo habían hecho? La calidad de los documentos era buena, la de las fotos no tanto. Pensar que la utilizaría únicamente si alguno de los contratados se lo pedía, lo calmó. Encontrar a las primeras personas que le habían encargado no resultó nada fácil. Más que encontrarlas, lo complicado fue convencer a una de ellas para que aceptara el trabajo. Entregarles quinientos euros para que se lo pensarán les ayudó a decidirse. Sería un trabajo de unos meses por el que cobrarían una cantidad que nunca habían visto. Ella era menuda, de cara bonita y cuerpo sin curvas. Discreta y con carácter, le advirtió de que, si le pedía que hiciera algo ilegal, se iría y le contaría todo a la policía. Necesitaba dinero para subsistir después de los múltiples enfrentamientos familiares que le había costado estudiar arte dramático. Valoró durante unos días si sus faltas a la facultad le harían perder el curso y consiguió que le permitiera ausentarse algunos días de su nuevo trabajo para asistir a los exámenes.

Él era otro tipo de persona. Chulo, engreído, con muchas horas de gimnasio y pocas de estudio, de bajo nivel cultural y amante de las marcas y el buen vivir. Fue fácil convencerlo y difícil hacerle entender que aquello iba en serio y que tendría graves consecuencias si no seguía las instrucciones. Le pareció increíble lo que iba a cobrar por ligarse a una chavala y no puso ninguna pega, estaba deseando comenzar. La única pega era que todavía no había cumplido los dieciocho. Le faltaba poco.

Comunicó la identidad de las personas elegidas y adjuntó sus fotos en el mensaje una semana después de comenzar a buscar. Durante ese tiempo el fondo fue aumentando poco a poco con transferencias de cantidades siempre inferiores a tres mil euros. Dos días más tarde, llegaron nuevas instrucciones y todo comenzó:

«Compra dos tarjetas prepago con tu identidad nueva, dale una a cada uno y envíame los números. Les dejarás el dinero cada mes en una consigna de la estación. A ella en Madrid y a él en su ciudad, y le enviarás la llave por correo. Te informaré del número de la consigna que utilizarás en cada pago. No volverás a verlos. A.F.»

Después de aquello, transcurrió tanto tiempo hasta la siguiente orden, que llegó a pensar que todo había terminado. No fue así.

«Recibirás un mail de un desconocido con asunto: “Razas de gatos”. Son listas del INEM. Selecciona una persona de las siguientes ciudades: Cáceres, Madrid, Zaragoza. Su trabajo consiste en seguir a alguien y asegurarse de que no le ocurra nada. Velarán por su seguridad y no intervendrán si no es absolutamente imprescindible. Tendrán que viajar en tren o autobús, no hacerse notar y bajo ningún concepto establecer contacto con el protegido. Imprime las listas y consévalas, es posible que tengas que contactar con más personas. Quinientos euros más transporte por día, cada uno. Avisaré con veinticuatro horas de antelación, deben estar preparados. A.F.»

Quinientos euros por día para un desempleado, en España, era un regalo del cielo. Hizo un trabajo concienzudo y escogió personas diferentes en edad y sexo en cada ciudad. Contactó con ellos por teléfono (¡Cuántos datos tiene el INEM de los parados!) y les pagó en efectivo antes de realizar el trabajo. En todos los casos tuvo la precaución de hacer que una tercera persona les entregara el dinero. ¿Qué importaban cincuenta euros más o menos? Quedaba en un bar, se sentaba en una mesa apartada, le enseñaba la foto del destinatario al camarero y le daba el sobre, más los cincuenta euros de propina. Se quedaba sentado leyendo el Marca hasta completar la transacción y desaparecía discretamente. No siempre resultó tan sencillo, recordaba saboreando los frutos secos del avión. Hubo un mail con asunto: *Urgente, razas de perros y gatos.*

«Contacta con alguna de estas personas. Adjunto datos: Viajan mañana en Amovens de Salamanca a Cáceres. Vigilancia y seguridad de una niña de dieciséis años. Adjunto descripción de persona y ropa. Quinientos euros. A.F.»

Antes de terminar de leer el mail vio cambiar el número de la bandeja de entrada.

«Seguimiento Cáceres-Madrid. Misma niña. Averigua la hora de llegada a Madrid y avisa al vigilante. Si no va a Zaragoza, que informe del destino y la acompañe vaya donde vaya. A.F.»

Se le acumulaba el trabajo. Fue el único momento en el que se puso nervioso. Para empezar, no sabía muy bien qué era Amovens. Internet le informó de que se trataba de una plataforma similar a *BlaBlaCar*. Pensó cómo organizar el seguimiento hasta Cáceres y llamó a una joven usando su tarjeta prepago.

—¿Hola? ¿Sí? Verá, no nos conocemos. He visto su nombre en la página de *Amovens*... Sí, debe de ser un fallo del sistema... Sí... Bueno, yo quiero pedirle un pequeño favor. Sí, ya sé que no nos conocemos. Descuide, no será nada. Por supuesto, le recompensaré. No, no, escúcheme. Mi hija viajará en el mismo coche que usted mañana hasta Cáceres... Sí, se ha empeñado en viajar sola. Ya sabe usted que a ciertas edades se es muy cabezota... Claro... La he tenido que dejar, pero, la verdad, no estoy nada tranquilo... Sí, uno nunca sabe con quién va a montar... Ya, lo normal es que sea gente corriente... Sí, entiéndame, soy su padre. Solo quiero que no pase nada. Es una chica de dieciséis años con mucha imaginación que sabe Dios que les dirá... Gracias... Muchas gracias. Por suerte o por desgracia también he podido ver su dirección en Internet, les llegará un regalo en breve... Sí que hace falta, uno vuelve a creer en la humanidad cuando encuentra gente como usted dispuesta a ayudar a cambio de nada... Gracias de nuevo. Se lo agradezco muchísimo, me quedo mucho más tranquilo

No fue tan difícil como parecía en principio. A partir de ese momento las piezas encajaron y cada cual hizo su papel. Tuvo que buscar en las listas del INEM a dos cooperantes más, uno de Soria y otro de Lérida, y encargarles su tarea. En tanto se desarrollaba la acción, ocurrió lo más increíble de todo tras un nuevo mail con instrucciones diferentes:

«Mañana tendrás que recoger una bolsa de Mercadona junto al ábside de la iglesia de Santiago de los Caballeros. 20.02 exactos. Deja el coche en el camino del polígono y cruza andando campo a través. No llames la atención. Usa ropa deportiva o llévate un perro, que parezca que paseas. Lleva una bolsa de Mercadona con algo dentro y la cambias por la que encuentres. No abras la bolsa hasta regresar a Madrid. A.F.»

¿Santiago de los Caballeros? Ni tan siquiera sabía dónde estaba. Buscó en *Google* y encontró dos iglesias con el mismo nombre. Se detuvo a mirar las imágenes de ambas con el fin de intentar identificar la correcta. Fue evidente. Una estaba en el casco antiguo de una ciudad y la otra en las afueras de otra, con bastante campo a su alrededor, a unas tres horas de viaje. «Escucho y obedezco», pensó, recordando los cuentos de *Las mil y una noches*. Hizo su plan de viaje y cumplió las órdenes sin ningún contratiempo. Cuando regresaba a Madrid, escuchó el aviso de un nuevo correo en el móvil; prefirió esperar a llegar a casa para leerlo. Lo hizo en cuanto entró.

«Lo que hay en la bolsa es para ti. Este es el último mensaje, sigue las instrucciones como has hecho hasta ahora y habrá un final feliz. De lo contrario, preferirías no haber empezado nunca con esto.»

Cambia de servidor de Internet. Cambia tu dirección de correo electrónico. Formatea el ordenador o compra otro y no uses el que tienes. Cambia de teléfono, de número y de servidor. Aféitate la barba y vuelve a tu imagen anterior. Quema la documentación y la tarjeta prepago del móvil. Cierra la cuenta bancaria donde has recibido las transferencias. El remanente de las provisiones es para ti. Nunca hables de esto con nadie, ni con tu tío, y no vuelvas a tener contacto con ninguna persona de las que hayan trabajado en este proyecto. Buen trabajo. A.F.»

Se quedó durante un rato releendo las instrucciones. No le gustaban las amenazas, pero no le dio mayor importancia. Seguro que se trataba del argot habitual de los espías. Haría exactamente lo que le pedía. En el tiempo que había durado el trabajo, el remanente de su cuenta ascendía a treinta mil euros, dinero de sobra para comprar otro ordenador. Abrió la bolsa de Mercadona y se quedó petrificado. Billetes, muchos billetes, de cincuenta, de veinte, de diez... Los contó con calma: ¡cuarenta mil euros! No se lo podía creer. En unos meses había pasado de no tener nada a disponer de setenta mil euros más el efectivo. Tendría que pensar cómo gestionar todo aquello. Bendito su tío, que le había proporcionado el trabajo, y bendito Antonio Fernández, Adrián Flores o quien quiera que fuera A.F.

Abrió los ojos y miró por la ventana del Airbus: nubes y más nubes. Giró

la cabeza y vio a Marta, su novia. No soñaba.

XVI

Todo en la vida y en la naturaleza tiene sus tiempos y sus pausas. Las relaciones personales no son una excepción; si acaso son el proceso en el que la duración de las mismas es más impredecible porque dependen del pensamiento, los sentimientos, las emociones y el raciocinio de cada uno de los relacionados.

Eso, para cada persona, para cada cerebro, es una suma de conceptos diferente.

Cuadrado se sentía contento de estar recuperando a su familia. Tras varios periodos de visitas, días, fines de semana en los que fue ganando su confianza, se encontraba en un punto sin retorno, o con retorno definitivo. Debía de decidirse a dar el siguiente paso o desistir para siempre. Ya conocía a su hijo mejor de lo que nunca imaginó, y no le disgustaba estar con él. Compartieron ratos de fútbol, videojuegos, paseos, cine, leían cómics antes de dormir. Había dejado de ser un extraño para convertirse en el héroe del pequeño, en un ser superior al que adoraba. Un papá policía era algo increíble, no lo tenía ninguno de sus amigos ni nadie que conociera, y, aunque le pidieron que no fuera contándoselo a todo el mundo para que los malos no se escaparan, lo pregonó a todos sus compañeros. Venir a la casa de Villaralbo le encantaba. El cambio de los fines de semana con su abuela a esta otra ciudad lo imaginaba como una excursión y, verdaderamente, así era.

Su padre siempre preparaba con mimo las actividades de cada encuentro para que no se aburriera, pasearon en barco por los Arribes del Duero, montaron a caballo, incluso organizó una fiesta, una barbacoa con algunos compañeros del trabajo y conocidos para que hiciera nuevos amigos allí.

Con Ángela vivía un segundo noviazgo, compartían habitación y hacían el amor como antaño. Le gustaba. ¿Cómo no? Era una mujer muy atractiva sin parecerse a Nuria Ferrero. Volvían a ser una pareja. Al principio se contentó con tenerse mutuamente, con gozar de la compañía del otro. Después, él comenzó a hacer planes necesarios. Aquella situación no podía prolongarse sine die, no le gustaba dejar pasar los días sin saber qué se encontraría mañana. La interinidad tarde o temprano acabaría y lo mejor sería adelantarse a los acontecimientos. El subinspector Cuadrado pensó en comprar aquel dúplex que alquilaba desde que llegó a su nuevo destino y ponerlo a disposición de Ángela para que lo reformara a su gusto; pintura, obras, mobiliario, lo que quisiera. Esa adquisición supondría el compromiso definitivo. Aprovechó una tarde calurosa en que salieron hasta el lago de Sanabria. Los nuevos lugares que enseñarle al niño les obligaban a alejarse de la ciudad cada vez más. Paseaban tranquilos por sus orillas mientras que Jorge lanzaba sin cesar piedras al agua intentando que rebotaran sobre la superficie.

—Quiero decirte algo importante.

Ella lo miró expectante. El tono que él había empleado la puso a la defensiva.

—He pensado en comprar la casa. Tengo algún dinero ahorrado y con mi nómina no me pondrán pegas para subrogarme a la hipoteca. Aunque el dueño no está muy dispuesto a venderla, le haré cambiar de opinión. Luego haremos las reformas que quieras, si es que te parecen necesarias. ¿Qué te parece?

—Bien. No sé, yo también tengo algo de dinero. Es que no me habías dicho nada, me coges de improviso.

No lo esperaba. Aun siendo consciente de que su relación caminaría hacia alguna parte, vivía en el pasado, en su sueño de juventud, en un tiempo ausente de problemas, en algo parecido a la felicidad, y no quería despertar.

—Lo he estado pensando mucho y me gustaría que el próximo curso escolar ya estuvierais aquí. Así Jorge comenzaría con sus nuevos compañeros desde el principio y la adaptación sería más fácil. Por eso ahora me parece

buen momento para comprar la casa y reformar lo que haga falta. Además, el precio de la vivienda y el Euríbor no lo vamos a encontrar mejor. Seguro que dentro de poco empezará a subir.

—Ya, si todo eso me parece muy bien, digo lo del Euríbor y el precio. Solo que no lo había pensado. Me encuentro cómoda tal como estoy y no había hecho demasiados planes de futuro.

Continuaron paseando unos minutos sin hablar, cada uno ordenando sus argumentos, tratando de encontrar un alegato que convenciera al otro de que su postura les mantendría en la felicidad. El niño, mientras tanto, corría y saltaba como un cachorro de felino. A veces los llamaba para que vieran sus proezas y otras les pedía agua. Tenía la cara roja y la cabeza sudorosa. Disfrutaba de la naturaleza impresionado por el lago, como si fuera la primera vez que estaba libre en el campo.

—Yo pienso que estamos bien, muy bien, como nunca hemos estado, y si no aprovechamos este momento, podemos arrepentirnos toda la vida. Empecemos de nuevo aprendiendo de los errores del pasado. Vendrán tiempos peores que superaremos juntos. Él es todavía muy pequeño y apenas recordará el tiempo de la separación cuando sea mayor. En su memoria solo será una nebulosa y, nosotros... Nosotros vamos a intentarlo otra vez, borrando el pasado, como si nos conociéramos desde hace poco y fuera nuestro primer proyecto en común.

—Sí, tienes razón, pero me siento como una primeriza. Me horroriza eso de la hipoteca, el compromiso, la monotonía, todo eso. La primera vez no nos fue bien y no quiero sufrir de nuevo. ¿Qué sería de Jorge? Para él sería una catástrofe, se desmoronaría su mundo si acabamos en un nuevo fracaso. Con toda la ilusión que tiene, se vuelve loco cada vez que sabe que vamos a venir. Le habla de ti a todo el mundo, te dibuja constantemente deteniendo a delincuentes, ahora mismo eres la persona más importante de su vida. Si nos fuera mal y tuviera que volver a vivir solo conmigo, lo pasaría fatal.

—Pero no podemos seguir así para siempre, tampoco es bueno para ninguno. Confía en mí. Ya sé que si miras atrás no tienes demasiadas razones para hacerlo, pero confía en mí, y confía en ti. Tú me haces mejor de lo que soy.

Ángela se detuvo mirando las aguas quietas del lago y entrecerró los ojos para que el sol no la deslumbrara. Sus reflejos en el agua convertían la imagen en una postal. Intentaba atrapar aquel momento e ignorar la

conversación más importante de su vida. Imposible. Lo cogió de la mano y se giró para mirarlo

—De verdad que me hace mucha ilusión lo que me propones. Es algo que hace solo unos meses no hubiera imaginado. Estabas fuera de nuestras vidas y ahora podemos volver a estar juntos, dejar la vida triste que llevaba. Es todo maravilloso, pero necesito que me digas algo, que me cuentes, que me expliques lo que no puedo entender. ¿Por qué después de años de olvido vuelves a aparecer de esta manera? ¿Qué ha cambiado? ¿Qué te ha cambiado? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué quieres empezar de nuevo con nosotros?

Esas eran las preguntas para las que se había preparado durante mucho tiempo. Las preguntas que sabía que le haría estaban ahí, solemnes, como un muro entre los dos. Siempre supo que iban a llegar. La suya no era una relación que partiera de cero, así que tendría que contestarlas con la máxima convicción. Él conocía las respuestas a todas desde el primer momento, desde que se planteó que se formularían.

El problema estribaba en explicarlas. ¿Cómo decirle que todo surgió cuando se vio reflejado en otra mujer? En una mujer que desconocía a su hija de dieciséis años, que la alimentaba como a una mascota y la tenía abandonada a su suerte sin saber nada de ella, nada de cómo era, nada de qué pensaba, como él hacía con Jorge. Que ese reflejo le hizo compararse y descubrir que la abogada y él eran muy similares.

¿Cómo contarle que había descubierto estupefacto que estaba actuando con ellos como su padre lo hizo con su familia y eso le asqueaba? Su padre desapareció de la vida familiar de repente y él había hecho lo mismo, algo que marcó su vida. Se había marchado sin razones poderosas, por pereza, por desidia, por comodidad, por evitar hablar, por evitar sufrir. Se había quitado de en medio cuando los demás lo necesitaban dejándolos a su suerte. Imitó a la única persona que había odiado en toda su vida. ¿Cómo explicar todo aquello y pensar que podía continuar adelante? ¿Cómo revelar sus ideas mezquinas sin hacerles daño de nuevo? Si lo hacía sería el fin de todo y su consagración como copia, como híbrido, entre Nuria Ferrero y Mariano Cuadrado.

La transformación en el abominable ser humano que detestaba en su interior, el reconocimiento de su estrepitoso naufragio como ser humano, de su incapacidad para amar, para pensar en alguien que no fuera él. Si lo hacía,

les produciría un daño irreparable, sería tocar la herida, volver a abrirla reconociendo que no se volvería a cerrar. Llevaba demasiado tiempo alimentando sus sueños, creándoles ilusiones, jugando a hacerlos felices para curar su ego y eliminar la amargura de su alma. Sería pintar sus vidas de gris, y la suya propia de negro hasta el final de sus días.

Había llegado el momento de esforzarse, de jugarlo todo a una carta, a la carta que le reportaría la victoria momentánea y, después, confiar en que el destino fuera capaz de hacer lo que él no podía, que durmiera los temores y los dejara avanzar con placidez esquivando el pasado. No encontraba otra solución posible. No existía otra respuesta para aquellas endemoniadas preguntas.

—¿Me has escuchado? Oye, ¿estás ahí? De verdad, lo necesito, necesito saberlo y lo necesito ahora. ¿Por qué nos has traído y por qué quieres que estemos juntos otra vez? ¿Por qué lo has hecho?

La miró pensando en su garganta, en conseguir emitir una voz que le transmitiera la confianza necesaria.

—Porque te quiero.

XVII

No conocía nada en el mundo comparable con la sensación de bienestar que le proporcionaba aquel hotel.

En él se sentía intocable, inalcanzable para el resto de la humanidad. Aquel edificio *Art Nouveau* de principios del siglo veinte exhalaba clase por los cuatro costados: las instalaciones, el personal, cada detalle, cada rincón. El lago Lemans se mostraba soberbio desde su habitación. Definitivamente, el mundo es mucho mejor cuando se dispone del dinero necesario para disfrutarlo.

Decidió bajar al Spa a relajarse. Le apetecía abandonarse en sus aguas tibias, no pensar en nada y dejar de un lado, por fin, el ajetreo del último año. Solo le quedaba una reunión para iniciar un nuevo capítulo de su vida, un trámite, casi un homenaje hacia ella. No esperaba a nadie hasta la noche. Habían quedado a las ocho, lo que le dejaba varias horas para dedicárselas a ella misma, para autocomplacerse con placeres livianos que acaban siendo los mejores. Se lo merecía, había arriesgado y había ganado. No siempre ocurre. Tal vez cuando se cansase del relax de las aguas saldría de compras, la volvía loca el chocolate suizo, y pasaría un rato deambulando por la fundación de L'Hermitage.

Se tumbó en la cama un instante antes de cambiarse de ropa, cerró los ojos y se quedó profundamente dormida. Cuando despertó, comprendió disgustada que sus planes para la tarde se habían esfumado. Aún tenía media

hora, suficiente para ducharse y acicalarse para estar a la altura de la ocasión. Lo hizo con calma y cinco minutos después de las ocho entraba radiante en el bar, donde ya la estaban esperando.

—Nuria, está usted preciosa, perfecta, como siempre.

—Gracias, señor Arredondo.

—Por favor, Nuria, ha llegado el momento de que me tutees. Llámame Carlos. Al fin y al cabo, dentro de unos momentos seremos socios. En realidad, ya lo somos, solo resta el formalismo de las firmas.

—No sé si me acostumbraré. Ha sido mucho tiempo llamándole, llamándote «señor Arredondo».

—Lo harás, uno se acostumbra pronto a los cambios, si son para bien. ¿Te apetece tomar algo aquí o prefieres que pasemos directamente a la *brasserie*?

—Prefiero que entremos ya. No soy de tomar aperitivos: me quitan el hambre

Arredondo le cedió el paso con galantería y se dirigieron al restaurante del hotel. El maître los recibió a la entrada y un camarero los guio a través de un hermoso salón, en diferentes tonos de gris, hasta su mesa. El ambiente era selecto.

—Antes de perdernos en conversaciones y de que me expliques algunas cosas, todavía no salgo de mi asombro ante tu capacidad para gestionar este asunto. Será mejor que rubriquemos nuestro acuerdo.

Puso sobre la mesa una carpeta negra con algunos documentos que ella empezó a leer detenidamente.

—Por favor, Nuria, no seas desconfiada: está todo tal y como acordamos.

—No lo soy, de verdad, no te ofendas. Es solo que siempre me gusta leer lo que firmo.

Él no pudo evitar sonreír. Cada vez estaba más seguro de que había acertado con aquella mujer. Nuria firmó todas las copias con una *Montblanc* que Arredondo le ofreció, y le devolvió la carpeta satisfecha. Él hizo lo mismo y después dejó a un lado los documentos.

—Desde este momento somos socios al cincuenta por ciento en el nuevo bufete de Miami, sin contar la transferencia con un número considerable de ceros como pago por tu imponderable trabajo. ¿Contenta?

—Por supuesto. Estoy deseando instalarme allí. Ya he alquilado una casa...

La presencia del camarero les hizo aplazar la conversación. Recogieron las cartas y esperaron a que se marchara para continuar.

—Y dígame: ¿cómo va nuestro caso? ¿Conseguiremos la suspensión por indefensión?

—Ese asunto está ganado, después de todo lo publicado. He de decirte que, si tu idea de provocar el robo para sacar a la luz todos los documentos fue brillante, todavía lo fue más la de crear pruebas falsas inculpatorias, las declaraciones que se inventó, los informes con las transcripciones de sus entrevistas con nuestro defendido. Con todo eso expuesto a la opinión pública, no quedaba ninguna garantía de defensa para nuestro cliente. Todavía no es definitivo, pero lo será, y si no, apelaremos. No puedes imaginar lo agradecido que está y lo generoso que ha sido con las minutas. Magnífico trabajo, Nuria. —Recibió una cálida sonrisa por respuesta y continuó hablando—. Déjame que sea yo quien te pregunte, porque todavía tengo algunos cabos sueltos en mi mente. Por ejemplo, el dinero. ¿Por qué pediste dinero a tu marido y a otros de tus familiares? No necesitábamos nada, nuestro defendido disponía de lo que hiciera falta para llevar a cabo tu plan.

Ella lo miró entendiendo que el momento de las confesiones había llegado. No podía negárselo, él también había apostado fuerte al dejarla llevar el caso a su manera. Además, ahora eran socios y la confianza entre ellos debía ser total.

—Digamos que me sirvió para saldar algunas cuentas pendientes. Si la policía investiga en algún momento, aunque, créeme, no lo hará, encontrarán movimientos bancarios en la cuenta de mi exmarido, de mi excuñada, de mis hermanas y en la mía. En total cien mil euros, como le conté al subinspector Cuadrado, ni uno más ni uno menos. El dinero de mis hermanas y el mío está a buen recaudo cerca de aquí, el de la arpía de mi excuñada y el del vanidoso cirujano, en los bolsillos de tu sobrino. Me hicieron sufrir mucho durante el divorcio y esto ha sido una compensación generosa por sus desmanes anteriores. Por cierto, tu sobrino ha hecho un trabajo increíble; se merece lo que ha cobrado por él. Si alguna vez no sabe qué hacer podríamos contratarlo para que trabaje para nosotros, ese chico tiene mucho futuro.

—Me parece increíble que dejaras el dinero allí, en mitad del campo, arriesgándote a que lo cogiera alguien.

—No me arriesgaba a nada. Piénsalo: el dinero no era mío y, por otro

lado, no confiaba del todo en el subinspector, que no acababa de definirse. ¿Y si su papel de indeciso era solo una fachada y en realidad me tenía bajo vigilancia? Necesitaba cubrir todos los flancos, el dinero, el bar donde me entrevisté con él. Por cierto, tiré una taza para que todos me vieran. Interpreté bien mi papel de madre sufridora e histérica, presionándolo. Fue todo muy convincente.

—¿Sabes quiénes me dan mucha pena? Emilia y tu hermana.

—A mí también me la dieron. La pobre Emilia estaba descompuesta, al borde de una depresión. Iba todos los días a preguntarme por Silvia y ni tan siquiera era capaz de articular palabra. La he recompensado económicamente por todo. Ya sé que eso no la resarce de la angustia de esos meses. No piense que soy despiadada: no había otra alternativa. Nadie, absolutamente nadie podía saber lo que ocurría en realidad. Mi hermana es más joven: no tenía mucho trato con Silvia y también ha recibido su recompensa.

Esta vez era el maître quien, con su PDA, se disponía a tomar nota de la cena. De entrantes, siguiendo sus consejos, eligieron *Foie Gras H y Vallorbe Snail Cassolette*, para continuar con *Risotto Vialone Nana* para Nuria y *Beef Tartare* para él y un *Château Larcis Ducasse* para beber. De nuevo solos, Arredondo volvió a preguntar:

—Y, sin intención de molestarte, ¿no tenías miedo por tu hija? Ha estado por ahí sola mucho tiempo, una muchacha de dieciséis años... ¿No temías que le pasara algo?

Meditó la respuesta mientras clavaba sus ojos en su interlocutor. Era su forma de avisarle de que, por muy socios que fueran, no se dejaría juzgar. Odiaba que lo hicieran.

—Veo que su sobrino ha trabajado a conciencia siguiendo todas mis instrucciones. Ni tan siquiera usted, tú, sabes cómo me organicé.

—Lo único que me contó es que los mensajes los firmaba A.F. y que venían de Hong Kong. ¿Por qué pusiste una efe? ¿Era una pista?

En realidad, me divertí buscando una firma que me gustara. Esta contenía dos pistas: la efe que coincide con mi apellido y las iniciales del nombre y apellido de un abogado: Atticus Finch. Volviendo a tu pregunta anterior, te diré algo que te sorprenderá. Mi hija nunca estuvo sola, siempre tuvo a su lado a alguien que me informaba y cuidaba de ella. El novio que tenía trabajaba para mí; yo le pagué para que saliera con ella. Pobre, si ni tan siquiera le habían dado un beso. ¡Con dieciséis años! Cada vez que se movía,

gracias a un pirata informático que me consiguió listados de personas con falta de dinero, colocaba a gente en los transportes o en las estaciones para que la vigilaran y la siguieran. En cada trayecto uno diferente, sin levantar sospechas. Nunca, ni por un momento, corrió ningún peligro, ni el más mínimo.

—¿Y su amiga imaginaria? Aunque has intentado ser discreta, ya ves que algunas cosas se han filtrado.

—¿Imaginaria? ¿Quién tenía una amiga imaginaria? Silvia desde luego no. Se llamaba, se llama Carmen y estudia Arte Dramático e Interpretación. Era otro de mis informadores. La acompañaba a todas partes desde antes del robo y le dejaba que le contara su vida. Después me elaboraba un informe detallando todas sus conversaciones. No me mires así, sé lo que estás pensando. Si leyeras esas conversaciones, es posible que me entendieras, pero no las vas a leer, nadie lo hará, ya no existen. ¿Sabes una cosa? Mi hija me odia, me odiaba antes de todo esto. Y sé que a esa edad muchas chicas no tragan a sus madres. Ella es como las demás, pero en grado superlativo: me odia a muerte. Es una muchacha sin espíritu, con poca ambición y me culpa a mí de todos sus males. Acepta que le manden y que la opriman sin objetar nada. Quizás todo venga por el divorcio, no sé, ella también lo pasó mal y me culpa a mí de todo. El caso es que intentaba hacer amigos y no era capaz, hasta se abrió una cuenta de *Twitter* pensando en que así lo conseguiría. Y tampoco. Me daba pena, era un pajarito enjaulado y necesitaba volar. Yo le abrí la puerta de la jaula sin que lo supiera, se lo organicé para que diera su primer vuelo y viera el mundo y, después de todo, no lo hizo mal. Su único fallo fue confiar demasiado en los demás, no sospechar nada, entregarse sin reservas. Ahora me sigue odiando: estamos como al principio. Sin embargo, ella ha tenido una experiencia vital muy enriquecedora, es otra persona. El pajarito está dispuesto para volar de nuevo, pero esta vez sin límites. Cuando se le fue el disgusto la saqué de la clínica y nos fuimos a Estados Unidos. No me dirigió la palabra en todo el viaje. Yo hice de madre amantísima aguantándole todas las impertinencias, como si pensara que la habían secuestrado de verdad. Visitamos la Deerfield Academy, un instituto carísimo de Massachussetts, y todo cambió. Le pregunté si le gustaría estudiar allí y me dijo que sí, le recordé que se trataba de un internado y no le importó. Yo ya tenía la solicitud aprobada. Sé que lo hace por alejarse de mí, por vivir su vida, y en eso estoy de acuerdo. Tiene que hacerlo, tomar sus decisiones y

volar, volar. Hace tiempo que la perdí sin saber cómo. Solo espero que sea feliz lejos de mí. Junto a mí no lo era...

Nuria percibió el movimiento de los camareros acercándose a servirles con sus modales refinados. Se movían como actores de teatro.

... A partir de ahora hablemos del futuro. Del pasado ya lo hemos hecho bastante.

*Al concluir un proyecto de dos años
y volver atrás la mirada,
encuentras a personas sin las que el resultado, de haberlo, sería otro.*

*Ana García, Maribel Casado, Elías Martínez,
Fátima y Pelayo Mellado, Ana Escarabajal, Ana Valero
y, sobre todo, Ana Lobato.
Gracias.*